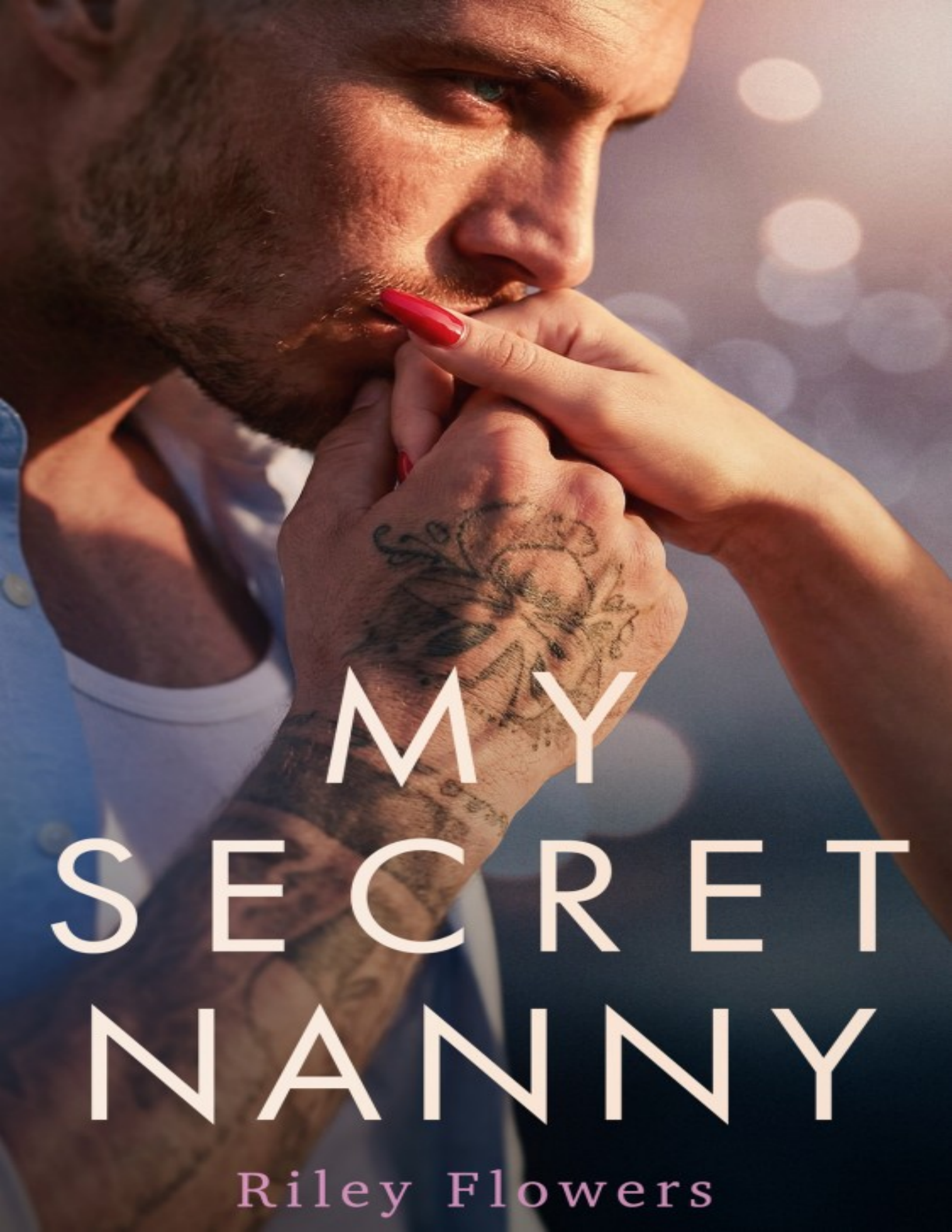




MY SECRET NANNY

Riley Flowers

My Secret Nanny

Riley Flowers

Índice

[Portada](#)

[Copyright and Disclaimer](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[***](#)

[***](#)

[***](#)

[Capítulo 3](#)

[***](#)

[Capítulo 4](#)

[***](#)

[***](#)

[***](#)

[Capítulo 5](#)

[***](#)

[***](#)

[Capítulo 6](#)

[***](#)

[Capítulo 7](#)

[***](#)

[***](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[MAEVE](#)

[Gracias](#)

[Mi regalo para ti](#)

[Muestra de lectura de pecado secreto \(¡La historia de amor de Julian,
el hermano de Hunter!\)](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Sobre Riley](#)

Copyright and Disclaimer

Copyright © 2026 Riley Flowers

Alle Rechte, einschließlich dem des vollständigen oder teilweisen Nachdrucks in jeglicher Form, sind vorbehalten.

Dieses Buch ist reine Fiktion. Alle in diesem Buch geschilderten Handlungen und Personen sind frei erfunden. Ähnlichkeiten mit lebenden oder verstorbenen Personen wären zufällig und nicht beabsichtigt.

Dieses Buch enthält explizite Szenen und ist für Leser unter 18 Jahren nicht geeignet.

Prólogo

HUNTER

Odio las galas benéficas. No por el motivo por el que se recauda —esta noche es algo sobre la selva tropical o los osos polares, o quizá osos polares en la selva, la verdad es que no terminé de leer la invitación—.

Lo odio por todo lo demás.

Por las botellas de champán de cuatrocientos dólares que saben a aburrimiento líquido. Por los apretones de manos que duran tres segundos de más porque el otro tipo quiere comprobar cuánto valgo. Por la forma en que todos fingen conocerse cuando, en realidad, solo se necesitan los unos a los otros.

Llevo tres horas en este salón y la cara me empieza a doler de tanto sostener la sonrisa. El Four Seasons se ha superado esta noche: candelabros de cristal que parecen tener su propio sueldo. Arreglos florales por los que una persona normal pagaría tres meses de alquiler. Y gente por todas partes —inversores, miembros de la junta, la esposa de alguien con un vestido que grita: "tenemos dinero, pero no hablamos de ello"—. Todos quieren lo mismo: un pedazo de mí.

Aunque eso no es del todo cierto. No me quieren a mí. Quieren el nombre que tengo detrás. Vane. Cuatro letras que hacen que la gente, de repente, se vuelva más cautelosa en las conversaciones, como si yo fuera una curva de la que no quieren salirse. Julian me ha presentado tres veces esta noche a los mismos tipos de la junta que deciden sobre la fusión. Tres veces he sonreído y dicho cosas como "absolutamente", "lo vemos de forma muy positiva" y "las sinergias son considerables" —aunque con esa última frase ni siquiera estoy seguro de saber qué son las sinergias—. Pero suena bien. Suena a alguien que sabe lo que hace. Yo, la mayoría de las veces, no tengo ni idea.

A las 22:47 decido que tengo que salir de aquí. Unos minutos en los que nadie quiera nada de mí. Me escurro del salón, paso por delante del guardia de seguridad que finge no conocerme —aunque me conoce de sobra— y pulso el botón del ascensor. Las puertas se abren y entro.

Cuando se cierran: silencio. Al fin. Apoyo la cabeza contra la pared fría y cierro los ojos. Respiro. No pienso en nada. Disfruto, por primera vez en tres horas, del lujo de ser simplemente un hombre sin apellido.

Pero entonces las puertas se abren de nuevo y, con ellas, mis ojos, que no dan crédito a lo que ven. Brielle Voss está frente a mí. Por si no os suena el nombre: 2,4 millones de seguidores en Instagram, rostro de dos campañas de perfumes, famosa por estar siempre en el lugar adecuado en el momento preciso. Nos conocemos de vista —fiestas, conocidos comunes, la típica burbuja

de Chicago donde todos se conocen un poco y nadie de verdad—. Sonríe. La sonrisa de una mujer que sabe exactamente lo que hace.

—Piso equivocado —dice.

—En realidad yo quería...—

—Sé lo que querías —entra en el ascensor. Las puertas se cierran tras ella—. Querías cinco minutos de paz.

Es cierto. Lo que pasa después es... bueno, digámoslo así: no fue precisamente una cena romántica a la luz de las velas, sino más bien un servicio exprés de comida a domicilio. Brielle Voss me mira como si yo fuera lo último que tiene que tachar en su lista de tareas de hoy. O lo primero, según se mire.

Pulsa el botón de emergencia, el ascensor se detiene con una sacudida que casi me tira al suelo y, antes de que pueda decir "sinergia", ya está arrodillada frente a mí. —Relájate, Hunter —murmura, mientras sus manos manipulan mi cinturón como un cerrajero experto con una caja fuerte. De un tirón rápido me baja los pantalones y ahí está, agarra mi polla que —sinceramente— en este momento ya está a media asta porque, oye, es Brielle Voss y está de rodillas ante mí. La rodea con fuerza, bombea un par de veces para ponerla bien dura y se inclina. Sus labios se cierran alrededor del glande, cálidos y húmedos, y succiona con suavidad mientras su lengua traza círculos, como si estuviera lamiendo un maldito helado. Suelto un gemido, me apoyo en la pared y ella se la mete más en la boca, mueve la cabeza adelante y atrás, chupa rítmicamente, con la presión perfecta —ni muy fuerte, ni muy suave, como si lo hubiera practicado cien veces (cosa que probablemente ha hecho)—.

Su mano masajea la base, gira y tira ligeramente mientras su boca se encarga del resto. Siento cómo sube la presión en mi interior, más rápido de lo esperado, porque el subidón de adrenalina del momento lo intensifica todo. —Joder —murmuro. Ella levanta la vista, sus ojos se clavan en los míos con esa mirada pícara que dice: "te tengo". Acelera, succiona más profundo, hundiendo las mejillas, y ya no puedo aguantar más. Estalla, exploto, y me corro en su

boca, chorro tras chorro, mientras ella traga y sigue como si fuera lo más normal del mundo.

Cuando termina, se limpia la boca, se levanta y pulsa el botón de nuevo como si nada hubiera pasado. —¿Mejor? —pregunta con una sonrisa que dice: "bienvenido a mi rutina". Lo que sí os puedo decir es que Brielle Voss es muy buena haciendo que un hombre olvide dónde está... y que puede haber cámaras en los ascensores. Pero, joder, en ese momento me da igual. Lo que aún no sé es que su asistente había enviado veinte minutos antes un mensaje anónimo a tres agencias de paparazzi.

Las puertas se abren en la planta baja y tardo un tercio de segundo en entender lo que veo. Flashes. Dos docenas, por lo menos. Una pared de objetivos, todos apuntándome a mí, a nosotros, a este momento que en menos de una hora estará en todos los portales de cotilleos de la ciudad. Hunter Vane con los pantalones bajados, una erección que encoge lentamente de la que gotean los restos de la mamada, y a mi lado Brielle Voss, limpiándose la boca con naturalidad, sin pestañear.

Me quedo ahí, en medio del bombardeo de flashes en el vestíbulo del Four Seasons, y hago lo único que puedo hacer. Sonrío. No la sonrisa de verdad —esa no se la he enseñado a nadie hoy—, sino la sonrisa Vane. Amplia, relajada, como si esto fuera exactamente lo que quería. Como si lo hubiera planeado. Como si fuera el hombre que siempre gana, pase lo que pase. Veinticuatro horas después sabré que esta sonrisa me va a hundir en la crisis más profunda de mi vida.

El vídeo se vuelve viral en 38 minutos. Las acciones de Vane caen un 3,2 por ciento de la noche a la mañana.

Julian llama a medianoche.

No respondo.

Llama a las doce y media.

No respondo.

A la una envía un mensaje de una sola frase: "Mañana temprano. Mi oficina. Nueve en punto".

Estoy sentado en mi loft, mirando al techo e intentando despejarme a base de agua porque necesito tener la cabeza fría. En mi teléfono se reproduce el vídeo sin sonido. Lo miro una vez —no por masoquismo, sino porque necesito saber qué tienen exactamente—.

Curiosamente, lo tienen todo. No solo la escena de la planta baja cuando se abren las puertas, sino también el vídeo del ascensor en el que Brielle me la chupa como si yo fuera un puto chupa-chups humano. Aunque no me explico cómo han llegado las grabaciones tan rápido a la red (probablemente los medios tengan contactos en el equipo de IT del hotel), al final da igual. No cambia el hecho de que mañana por la mañana lo habrán visto millones de personas.

Suelto el teléfono, pero no me acuesto. No voy a pegar ojo. Me quedo ahí sentado, en mi loft demasiado grande que aún huele a una fiesta de la semana pasada que casi he olvidado, y pienso. Pienso en Julian, que mañana estará sentado tras su escritorio mirándome como a un problema que tiene que solucionar. Pienso en la junta, que seguro que ya ha visto el vídeo. Pienso en la fusión, en los inversores y en las sinergias, signifique eso lo que signifique.

Y entonces dejo de pensar, porque no sirve de nada. Mañana es mañana. Esta noche es esta noche. No soy un puto santo. Nunca lo he sido y lo sabe cualquiera que conozca mi nombre. Pero tampoco soy lo que muestra ese vídeo. El problema es que, ahora mismo, no es fácil demostrarlo.

Capítulo 1

HUNTER

No he dormido y se me nota en cada poro. Estoy sentado frente a Julian en su oficina, en lo más alto de la sede central de Vane Medical. Son las nueve de la mañana, llevo la misma ropa que anoche y este es mi tercer café desde las seis. Julian, en cambio, luce como siempre: impecable, descansado; es el tipo de hombre cuya camisa no se atreve a arrugarse por puro respeto.

Él me mira.

Yo lo miro.

Nadie dice nada.

Es una técnica que aprendió de papá: el primero que habla, pierde. La conozco desde los doce años y, aun así, caigo siempre porque el silencio me desquicia. Treinta segundos. Cuarenta. Aguanto hasta que—

—Vale, ya sé cómo se ve esto —suelto.

Julian exhala por la nariz. Lento, controlado. Es la forma de respirar de la gente que hace yoga o que está a punto de estrangular a alguien. En el caso de Julian, suelen ser ambas cosas a la vez.

—Cuatro millones doscientas mil reproducciones —dice.

—En realidad, es un alcance impresionante si lo piensas—

—Hunter.

—Solo decía.

Lanza un periódico sobre la mesa. No necesito mirar; ya me conozco la foto. La he visto unas siete veces esta madrugada en mi teléfono, en todas las resoluciones y plataformas posibles. No es una imagen favorecedora. Aunque, bueno, salgo bastante bien. Quizá no

sea el punto, pero es la verdad. Y la parte de mi polla que tapa el recuadro negro parece bastante grande.

—La cotización —dice Julian.

—Se recuperará.

—Un 3,2 por ciento de pérdida de la noche a la mañana.

—Los mercados son volátiles, lo sabes de sobra—

—Sean Witherford ha llamado a las siete de la mañana.

Eso no es bueno, así que cierro el pico.

Witherford. El CEO de Archangel Holdings. El hombre con el que Julian lleva meses negociando una fusión que supuestamente lo cambiará todo: mercados, alcance, el futuro de la empresa, bla, bla, bla. Coincidí con él una vez y me bastó un segundo para notar que tiene un palo metido por el culo.

—¿Qué ha dicho?

—Ha preguntado si tenemos "problemas de estabilidad interna"

—Julian hace el gesto de las comillas con los dedos. Julian *nunca* hace eso. Es nuevo, y otra señal pésima—. Es el lenguaje de Witherford para decir: me estoy pensando si poner mi firma en este contrato.

Me reclino en la silla y miro al techo. El techo es blanco, liso y no tiene opinión sobre mis decisiones vitales. Envidio a este techo.

—Mira —digo—, entiendo que el momento no ha sido el más oportuno—

—¿Oportuno?

—...pero me tendieron una trampa. Brielle Voss lo montó todo, he analizado el vídeo, las cámaras ya estaban colocadas antes de—

—Dejaste que una influencer te la chupara en un ascensor durante una gala benéfica.

—Suenas peor de lo que fue.

—Hunter —Julian se levanta. Camina hacia el ventanal. Es lo que hace cuando está a punto de perder los papeles, así al menos no tiene que mirarme a los ojos—. He tenido que explicarle a Harper esta mañana por qué Henry no podía tocar mi teléfono durante el desayuno. Henry tiene dos años. Solo quería ver un vídeo de dinosaurios.

No digo nada.

—En su lugar, estaba tu cara.

—Lo siento —digo, y lo digo en serio. Henry es un buen crío. Tiene esos ojos enormes y curiosos que se parecen a los de Julian antes de que Julian... bueno, se convirtiera en Julian—. No quería que Henry—

—No —Julian se da la vuelta—. Tú no querías nada. Ese es precisamente el problema. Nunca quieres nada, Hunter. Simplemente dejas que las cosas pasen y luego pones cara de sorpresa cuando hay consecuencias.

Eso no es justo. Rara vez me sorprende. Casi siempre soy... optimista respecto a las consecuencias.

Julian vuelve a sentarse. Apoya las manos planas sobre la mesa, otro gesto de papá que significa: ahora va en serio.

—Tenía la esperanza —dice, y su voz adquiere un matiz que no oigo a menudo, algo entre el cansancio y la decepción real—, de que con el tiempo... Henry lleva dos años en este mundo. Dos años en los que eres su tío. Esperaba que eso tal vez te— se corta. Busca la palabra.

—¿Estabilizara? —sugiero.

—Iba a decir "inspirara". Pero sí. Con que te estabilizara habría bastado.

Miro mi café. Eso ha dolido. Ha dolido de verdad porque Henry es, de hecho, la única persona en el mundo ante la que a veces siento vergüenza. No por Julian, sino por el propio Henry, por sus

ojos gigantes y la forma en que me mira, como si yo fuera alguien importante.

Y no lo soy. Soy alguien que tiene buen tipo, que monta fiestas y sabe en qué restaurantes no hace falta reservar porque te dejan pasar de todas formas.

—Papá— empiezo.

—Deja a papá fuera de esto.

—No, quiero decir— me detengo. Vuelvo a empezar. Esto es más difícil de lo que pensaba—. Desde que papá ya no me reconoce. Desde que él— hago un gesto con la mano que lo dice todo y nada —. A veces pienso que la vida es corta, ¿sabes? Lo veo ahí sentado, me mira y ya no sabe quién soy, y pienso: ¿cuál es el punto? ¿Cuál es el puto punto de comportarse y discutir sinergias y estar disponible a las siete de la mañana para Sean Witherford—

—El punto —dice Julian, y ahora su voz vuelve a ser fría, no cruel, pero clara como el cristal— es que a papá le importábamos nosotros y esta empresa. Eso lo sé ahora. Y nuestra tarea es seguir adelante. Por él, por mamá, por nuestra familia.

Pausa.

—Por suerte —añade—, papá ya no se entera de nada de esto.

El silencio que sigue es de otra clase.

Julian me mira. No ha querido ser cruel, eso es lo peor. Lo ha dicho como lo dice todo: como un hecho. Como una clasificación. Como si fuera una información más, como la cotización de las acciones o la llamada de Witherford.

Por suerte papá ya no se entera de nada.

No sé qué decir. Ni siquiera sé qué siento, porque la sensación es demasiado grande para esta oficina y esta mañana y esta ropa de anoche, y si empiezo a mirarla de frente, igual no puedo con ella.

Así que sigo mirando al techo hasta que Julian pone un montón de papeles sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

—Un acuerdo. Por los próximos tres meses. Te mantendrás lejos de la prensa, de los escándalos y de cualquier cosa que le dé a Witherford otro motivo para coger el teléfono —lo desliza hacia mí—. El seguro de Vane Medical exige supervisión externa. Un gestor de riesgos. Alguien que—

—Una niñera.

—Un gestor de riesgos.

—Julian. Es una niñera.

—Es alguien que tendrá acceso a tus cuentas relevantes y a tu agenda —continúa Julian, como si yo no hubiera dicho nada—. Y que se asegurará de que los próximos tres meses transcurran sin incidentes.

Me quedo mirando el contrato. Luego a Julian. Luego otra vez el contrato.

—¿Y si no firmo?

—Fondo fiduciario congelado. Participaciones de la empresa bajo administración judicial —lo dice como si leyera el pronóstico del tiempo—. No es decisión mía, es de la junta. He pasado dos horas esta noche impidiendo que te echen del todo.

Dos horas. Julian ha luchado por mí durante dos horas esta noche y aun así llega a la oficina fresco y sin arrugas. Es admirable o sobrenatural, no estoy seguro.

Cojo el bolígrafo, pero antes de firmar, me detengo.

—Dime que al menos el gestor de riesgos es simpático.

—Es profesional.

—Eso suena a que no.

—Hunter. Firma.

Firmo.

No porque Julian tenga razón. No porque la cotización o la llamada de Witherford o la fusión me importen una mierda. Firmo porque necesito el dinero. Porque el fondo fiduciario no puede congelarse. Porque tengo planes de los que Julian no sabe nada, y esos planes necesitan ese fondo como una planta necesita agua.

Pero eso no puedo decírselo aquí. En su lugar, le devuelvo el contrato y me levanto.

—El gestor de riesgos se presentará pasado mañana —dice Julian—. Espero cooperación.

—Por supuesto —voy hacia la puerta y me giro una última vez—. Julian.

Él levanta la vista.

—Harper y Henry— busco la frase adecuada y no la encuentro del todo—. Dile a Henry que la semana que viene lo llevaré a jugar al minigolf. Se lo prometí.

Julian me mira fijamente durante un largo rato.

—Se lo prometiste en mayo. Estamos en agosto.

—Pues eso —digo—, ya va siendo hora.

Me marcho antes de que pueda responder.

En el ascensor, apoyo la cabeza contra la pared fría y cierro los ojos. Pienso en papá, sentado en su habitación mirando a gente que ya no conoce. Pienso en Henry y sus ojos curiosos. Pienso en el contrato que acabo de firmar y en los tres meses que tengo por delante.

Tres meses.

Qué difícil puede ser.

Capítulo 2

MAEVE

Escribo listas.

No es una manía; es mi sistema personal de supervivencia. Hay una diferencia, aunque la mayoría de la gente que ve la puerta de mi nevera no lo entienda a la primera. Ahora mismo hay siete, todas con códigos de colores y subcategorías.

Algunas personas meditan. Otras corren. Otras se quedan mirando al techo esperando que la vida se arregle sola de algún modo.

Yo escribo listas.

Empezó cuando tenía once años y mis padres nos sacaron a rastras de un piso en Tucson a las tres de la mañana porque alguien llamaba a la puerta: el casero, la policía, un cliente estafado... en algún momento dejé de llevar la cuenta. Lily tenía cinco años, se olvidó su peluche y se puso a llorar; yo le dije: «Vamos a escribir lo que necesitamos. Así no olvidaremos nada».

Desde aquel momento, no volvimos a olvidar nada. El peluche, las chaquetas de invierno, mi libro favorito.

El sistema funciona. Siempre.

Actualmente, la lista número uno, prioridad Rojo, pegada arriba a la izquierda en la puerta de la nevera, dice:

Comprar casa. Pago inicial: 320.000 dólares. Contratar abogado. Honorarios legales: mínimo 8.000 dólares. Solicitar la custodia de Lily. Juicio: en aprox. 3 meses. Salvar a Lily.

El último punto no tiene subcategorías. El último punto no las necesita.

Trabajo como Liability Consultant en Harrington Risk Management, lo que significa que soy la persona a la que llaman las

aseguradoras cuando sus clientes empiezan a convertirse en riesgos de responsabilidad civil con patas. Famosos, atletas, directivos, herederos de imperios familiares... gente con demasiado dinero y muy poco juicio que hace que algún asegurador, en alguna parte, se ponga nervioso.

Soy buena en mi trabajo.

No porque sea especialmente simpática o ambiciosa o cualquier otra cosa. Sino porque crecí con personas que eran impredecibles de profesión y, por eso, he aprendido a leer la imprevisibilidad como otros leen el pronóstico del tiempo. Veo cuándo se acerca una tormenta. Casi siempre antes de que la propia tormenta lo sepa.

Mi oficina es la más ordenada de todo el edificio. No lo digo yo, lo dicen los demás, casi siempre con un matiz que oscila entre el respeto y una ligera incomodidad. Tengo una pizarra blanca. Dos monitores. Un calendario relleno con tres meses de antelación, porque las sorpresas producen errores, los errores tienen consecuencias inesperadas y las consecuencias inesperadas son lo último que necesito ahora mismo.

Dillan, mi jefe, llama a la puerta de mi oficina a las diez de la mañana.

Es inusual. Dillan suele enviar correos electrónicos. Dillan envía correos por cosas por las que otras personas simplemente cruzarían el pasillo. Si Dillan llama en persona, significa que hay noticias muy buenas o muy malas.

—Siéntate —digo, aunque él está en mi oficina y técnicamente yo debería ser la que está sentada.

Él se sienta. Yo me quedo de pie.

—Tengo un encargo especial —dice—. Categoría Rojo.

Categoría Rojo significa: el cliente ya es un problema público. Categoría Rojo significa: las medidas normales no bastan. Categoría Rojo significa también: los honorarios son el triple de lo habitual.

No digo nada, porque sé que Dillan seguirá hablando.

—Vane Medical —dice—. ¿Te suena?

—Empresa farmacéutica, Chicago, capitalización de mercado aproximada de 4.800 millones, CEO Julian Vane, a punto de una fusión con Archangel Holdings —hago una breve pausa—. Y su hermano menor, Hunter Vane, estuvo anoche en todos los portales de cotilleos.

Dillan me mira.

—Has visto el vídeo.

—He visto el vídeo.

Vi el vídeo anoche porque escaneo los portales de cotilleos a diario. No por interés, sino porque mi trabajo me exige mantener una visión general de los riesgos de responsabilidad activos. Hunter Vane había aparecido en mi *feed* tres veces en los últimos dieciocho meses. Ayer no hubo otro tema.

—El seguro de Vane Medical necesita a alguien que mantenga a raya al hermano menor los próximos tres meses —dice Dillan—. Jornada completa. *In situ*.

Me desliza un expediente.

—Los honorarios son... —menciona una cifra.

Miro el número.

Miro la lista número uno en mi nevera imaginaria.

Pago inicial: 320.000 dólares.

—Cuéntame más —digo.

Paso el resto de la mañana analizando la huella digital de Hunter Vane y debo admitirlo: como riesgo de responsabilidad profesional, es notablemente coherente. Hay que reconocérselo.

En los últimos dieciocho meses: dos informes policiales sin cargos, un incidente en un club nocturno resuelto fuera de los

tribunales, cuatro apariciones públicas que probablemente le han sacado canas al departamento de prensa de Vane Medical y, ahora, el vídeo.

El vídeo. Lo abro y lo miro una vez más. Luego cierro el portátil.
Vale.

Así que este es mi próximo cliente.

Hago una lista nueva. Lista número ocho, prioridad Naranja:

Ningún sentimiento personal. Ningún error. Ninguna distracción.

Me quedo mirando el tercer punto. Lo tacho. No porque sea incorrecto, sino porque es superfluo. Soy Maeve Gallagher. La distracción no es mi problema.

Le escribo un correo a Dillan aceptando el encargo.

Vivo en Elmwood Park, uno de esos suburbios de Chicago que parecen sacados de una revista. Jardines cuidados, entradas amplias, árboles que en otoño parece que hayan contratado a alguien para asegurarse de que tengan un tono dorado de catálogo. Ahora, en agosto, todo brilla con un verde intenso.

Mi casa —más exactamente: mi *townhouse*, que alquilo desde hace ocho meses y que pienso comprar en cuanto tache la lista número uno— está en una hilera de seis casas adosadas idénticas. Fachada de ladrillo, marcos de ventanas blancos, pequeño porche delantero, jardín trasero, garaje doble que he reconvertido en oficina porque solo tengo un coche y el espacio de almacenamiento es más importante que los símbolos de estatus.

Las casas comparten una pared cada una. A mi izquierda: un matrimonio de jubilados, los Okafor-Sullivan, que cada mañana a las 6:47 sacan a pasear a su perro mestizo y a veces me dejan magdalenas en la puerta; me las como por principio, aunque no me gusten las magdalenas, porque son amables y la amabilidad debe ser correspondida.

A mi derecha: desde hace poco, un vecino nuevo.

Aún no lo he visto. Solo he oído que alguien se ha mudado: una furgoneta con muebles, dos hombres con polos negros y, por la noche, el ruido de alguien trasteando en la cocina como si cocinar fuera un deporte olímpico. No he cotilleado. No es mi trabajo catalogar a los nuevos vecinos.

Hoy lo sé: está dando una fiesta de inauguración.

Lo sé porque mi salón vibra.

A las 22:30 intento dormir.

No funciona, porque desde la derecha una frecuencia de bajos atraviesa la pared compartida; se siente como si alguien presionara mi clavícula de forma suave pero firme cada treinta segundos. A eso se suman voces, risas, el tintineo de vasos y una música que oigo a través de mi almohada, a pesar de que me la he apretado contra la cabeza.

Miro el reloj. 22:47.

Me levanto.

Mi primer impulso —y soy una mujer que confía en sus primeros impulsos porque suelen ser los correctos— es llamar a la policía. Párrafo 14b de los estatutos municipales de Elmwood Park: ruido por encima de 70 decibelios después de las 22:00. Multa: 500 dólares por hora. La policía estaría aquí en veinte minutos, el ruido habría desaparecido en veinticinco y yo estaría de vuelta en la cama en treinta.

Solución limpia. Proceso eficiente.

Me quedo cinco minutos junto a la ventana mirando la casa iluminada a mi derecha, de la que brotan música, voces y el sonido de gente que, obviamente, jamás ha oído hablar de las horas de descanso.

Entonces decido no hacerlo.

No por bondad, sino por cálculo. La policía deja informes. Los informes dejan huellas. No sé nada de mi nuevo vecino; quizá sea alguien con quien viva pared con pared los próximos años, y una intervención policial el segundo día no es un buen punto de partida para una vecindad funcional.

Me pongo el pijama. El gris, no el de los zorritos; eso sería poco profesional. Luego reflexiono sobre si un pijama en general es poco

profesional para lo que pretendo, pero decido que son las 23:00 y que una conversación directa entre adultos no requiere vestimenta de negocios.

Cojo mi teléfono. Abro los estatutos municipales que guardé hace ocho meses, porque nunca se sabe. Anoto la hora exacta.

Entonces voy hacia allí.

La entrada de la casa de al lado parece el aparcamiento de un concierto mediano. Coches por todas partes, dos de ellos en mi lado del límite de la propiedad, algo de lo que tomo nota y también apunto. Luz en todas las ventanas. En el porche hay al menos diez personas con copas en la mano, mirando el móvil o hablando, o haciendo ambas cosas a la vez.

Voy hacia la puerta principal.

Llamo al timbre.

Nada.

Por supuesto que nada; la música está lo bastante alta como para que ni una campana de iglesia pudiera competir con ella. Llamo tres veces. Luego golpeo. Luego golpeo más fuerte, con la palma de la mano, lo cual es menos cortés pero más eficiente.

La puerta se abre.

Me encuentro frente a dos rubias, lo cual es casualidad o forma parte de la temática de la fiesta. Una lleva un vestido que yo calificaría de «atrevido» si fuera educada y de «milagro estructural» si fuera honesta. La otra lleva un top que plantea la duda de en qué momento un top deja de serlo.

Ambas me miran como si estuvieran viendo a un alienígena.

—Hola —digo—. Son las 23:00. El horario de descanso en este municipio empieza a las 22:00. El nivel de ruido en esta casa supera considerablemente los 70 decibelios permitidos. La multa correspondiente es de 500 dólares por hora —hago una breve pausa—. Me gustaría comunicárselo al residente de esta casa. En persona.

Las dos se miran. Luego vuelven a mirarme a mí.

—Nosotras no vivimos aquí —dice una.

—Solo somos invitadas —dice la otra, con el tono de una mujer que cree que esa es una información de gran ayuda.

Exhalo una vez, despacio, por la nariz.

—Entonces, por favor, traed al residente —digo.

Capítulo 3

HUNTER

Tengo que explicar brevemente cómo hemos llegado a esto.

La casa es nueva. La casa es estéril. Y, sobre todo, la casa es tan silenciosa que desde hace dos días tengo la sensación de vivir en un catálogo de muebles: todo impecable, todo ordenado, todo tal y como Julian se lo imaginó cuando me envió la dirección con el mensaje: «Zona tranquila. Buenos vecinos. Sin margen para escándalos».

Yo lo interpreté como un desafío personal.

Así que invité a treinta personas. No a treinta personas planeadas: invité a seis, y cada una se trajo a otras cinco, y en algún momento la cocina se llenó, el jardín se llenó y alguien descubrió la piscina y preguntó si se podía entrar, y yo dije: «Solo si tú...».

Da igual. El punto es: la cosa va bien.

Va muy bien. De hecho.

La piscina está caliente, la música está a tope y estamos jugando a una variante de un juego de beber llamado *Kings*, donde cada carta sacada introduce una nueva regla; la regla actual es que con cada carta roja vacías tu vaso y te quitas una prenda de tu elección, lo que explica por qué estoy ahora mismo sentado en la piscina sin nada de ropa encima sacando un siete de tréboles.

—Bebe —dice Marco, mi mejor amigo desde la universidad y, al mismo tiempo, la peor influencia de mi vida.

—Es trébol —le digo—. El trébol no es una carta roja.

—Pero con el siete siempre se bebe.

—Nunca dijimos que con el siete siempre se bebiera.

—Sí, en la segunda ronda.

—En la segunda ronda la regla era que con un siete contabas un chiste.

—Es verdad —admite Marco—. Pues cuenta un chiste o bebe.

Pienso un momento si quiero discutir, pero decido que no y bebo. Suele ser la solución más sencilla.

El agua está agradablemente caliente, el cielo nocturno sobre Elmwood Park está oscuro y estrellado, y por primera vez en días no pienso en Julian, ni en Witherford, ni en fondos fiduciarios o sinergias; y para eso exactamente inventó Dios las fiestas.

Entonces aparecen Bianca y Lena.

A las dos las conozco del *Blue Room*, un club del centro al que solía ir a menudo donde todos se conocen y nadie pregunta el apellido. Ambas rubias, ambas de buen humor, ambas con atuendos que se mueven justo en el límite de lo legal. Buena gente. Cero complicaciones.

Están al borde de la piscina y me miran con esa cara de quien tiene que dar malas noticias y no sabe muy bien cómo.

—Hunter —dice Bianca.

—Ahora no —le corto—. Marco tiene que sacar la siguiente carta, y espero que sea una jota.

—¿Por qué una jota? —pregunta Lena.

—Jota significa «Papá Pájaro» —respondo—. Eso significa que tiene que meterse un chupito en la boca y alimentar a uno de sus polluelos.

Lena pone cara de que le encantaría ser el polluelo de Marco, pero Bianca no cede.

—Hay alguien en la puerta.

—La puerta está abierta. Tenemos política de puertas abiertas, ese es el sentido de una fiesta de inauguración.

—No, alguien ha llamado al timbre. Y ha golpeado. Y luego ha vuelto a golpear —Lena hace una pausa—. No tiene pinta de ser alguien que quiera venir a la fiesta.

Levanto la vista. —¿Ella?

—Ella.

Marco y yo nos miramos. Marco sonríe, lo que significa que le parece interesante, lo que significa que a mí también debería parec rmelo.

Salgo de la piscina, mi colgajo golpea contra mis muslos y me pongo rápido el bañador.

Lo primero que pienso cuando abro la puerta es: quién enviaría a alguien como ella a una puerta a las once de la noche.

No es justo, lo sé. Pero soy sincero conmigo mismo, es una de mis pocas virtudes.

Es más baja de lo que esperaba; no minúscula, pero sí lo suficiente como para que tenga que bajar la vista ligeramente de forma automática. Pelo oscuro, que parece haber estado recogido con pulcritud esta mañana hasta que las horquillas han ido capitulando una tras otra a lo largo del día. Ojos que me miran con la expresión de alguien que ya ha realizado un análisis de coste-beneficio de esta situación. Lleva un pijama gris.

Sostiene su teléfono ante mi nariz como si fuera un arma.

Y me mira —a mí, que estoy de pie en mi propia puerta en bañador, empapado, con el regusto de alta graduación de una noche de juegos en la piscina— con la cara de alguien que no encuentra esto ni la mitad de divertido que yo.

Entonces parpadea.

Conozco ese parpadeo. Es el parpadeo de alguien que me reconoce. No como al vecino, sino como a Hunter Vane. El vídeo solo lleva fuera dos días y ahora mismo soy el nombre más buscado en el mundo del cotilleo de Chicago, y mi nueva vecina está frente a mí en pijama y con la cara de quien ha decidido que no se le note que sabe quién soy.

Quizá sea el alcohol, pero me fascina de una manera extraña.

—Buenas noches —digo.

—Son las once y cuatro minutos —suelta ella. Nada de devolverme el saludo. Nada de sonrisas. Nada de contacto visual con mi torso, lo cual es o una autodisciplina extraordinaria o un ataque

personal—. El horario de descanso en este municipio empieza a las diez. Eso significa que ya ha acumulado 500 dólares de multa.

—No tenía ni idea de que Elmwood Park fuera tan caro.

—Párrafo 14b de los estatutos municipales.

—Te lo has aprendido de memoria.

—Lo tengo guardado —levanta su teléfono. Efectivamente. Los estatutos municipales. Abiertos. Con subrayados—. Soy Maeve Gallagher. Vivo al lado. Mañana a las ocho tengo que estar en condiciones de trabajar.

Maeve, pienso. Suena a alguien que lee libros y guarda los recibos.

—Hunter Vane —le digo—. Vivo aquí. Pero solo temporalmente; tres meses y me largo —me apoyo en el marco de la puerta y le sonrío—. Lo bueno es que casi no tendremos que vernos. Tú a lo tuyo, yo a lo mío, quizá nos saludemos de lejos junto al buzón y ya está.

—Eso suena —dice ella— al plan de alguien que ya se siente abrumado con solo tener que subir al ascensor con las personas adecuadas.

Autsch. —Soy un hombre espontáneo.

—Se nota.

Mira un momento por detrás de mí hacia el interior de la casa. Me giro para ver lo que ella ve.

En el pasillo baila alguien que definitivamente ya no está sobrio. En la cocina alguien construye una pirámide con latas vacías, con la concentración de quien cree que eso es lo más importante que ha hecho en su vida. Y a través de la puerta de la terraza se ve, si tienes el ángulo adecuado, la piscina, donde Marco está explicando a gritos una nueva regla del juego que desde aquí no entiendo del todo, pero la palabra «chupito de castigo» suena varias veces.

Me giro de nuevo hacia Maeve.

Ella me observa.

—Bonito lugar —dice. Seca. Tan seca que tardo un segundo en entender que no es un cumplido.

—Si quieres unirte...

—No.

—Solo quería...

—No.

Sonrío. No puedo evitarlo. Es tan coherente en su rechazo que resulta entretenido, como un rival de ajedrez que predice cada movimiento con dos de antelación. —Escucha, Maeve...

—Señorita Gallagher.

—Maeve —acentúo ligeramente el nombre. No con insolencia, solo lo suficiente para ver qué pasa. Lo que pasa es: nada. Su expresión no cambia ni un milímetro. Es impresionante—. Entiendo que es tarde. Entiendo que la música está alta. Y te prometo que soy un vecino muy poco complicado en cuanto la fiesta de inauguración...

Detrás de mí suena un ruido que es una mezcla de júbilo, asombro y un grito de sorpresa.

Me giro.

La pirámide de latas de la cocina ha colapsado por completo. A una escala épica. Sobre dos personas, un perro que no conocía y no había invitado, y un bol de guacamole que ahora decora la pared de la cocina como una obra de arte abstracto.

Me giro de nuevo hacia Maeve.

Ella también ha visto la escena y ahora vuelve a mirarme a mí.

—«Vecino poco complicado» —repite ella.

—Eso ha sido... ha sido un caso aislado.

—Hay guacamole en su pared.

—El guacamole se quita. Y el bueno más, es aceitoso...

—Hunter Vane —dice mi nombre completo como los profesores dicen los nombres cuando se les ha acabado la paciencia—. O la fiesta se termina en diez minutos —hace una pausa. La pausa es precisa. Calculada—. O llamo a la policía.

Lo dice con la tranquila naturalidad de una mujer que ya sabe qué tecla tendría que pulsar y solo está esperando a ver si realmente tiene que hacerlo.

La miro.

Ella me mira.

En mi cabeza se activa, de forma muy desagradable, una única cadena de pensamientos: Policía. Informe. Julian. Siete de la mañana. Witherford. Fondo fiduciario. Tres meses.

Y justo después: sabe quién soy. Y no ha pestañeado ni una vez.

—Diez minutos —digo.

Ella asienta una vez. Luego se da la vuelta y regresa hacia su casa, con su pijama, su moño desastroso y su teléfono con los estatutos municipales guardados, sin mirar atrás ni una sola vez.

La sigo con la vista hasta que cierra su puerta.

Entonces me doy la vuelta, salgo al jardín y digo en voz alta: —Se acabó la fiesta. Todo el mundo fuera.

Marco emerge de la piscina como una foca indignada. —¿Qué? ¿Por qué?

—Mi vecina.

—¿La del pijama?

—La del pijama.

Marco mira hacia la pared de la casa de al lado. Luego a mí. Entonces sonrío de una forma que no me gusta, porque conozco esa

sonrisa y suele significar que está pensando algo que sería mejor que se guardara para él.

—¿Qué? —le digo.

—Nada —dice Marco.

—Marco.

—Solo digo —suelta Marco mientras sale de la piscina— que le has dado a una mujer en pijama en diez segundos lo que Julian no ha conseguido en años.

No digo nada.

Marco sigue sonriendo.

—Fuera —sentencio.

Capítulo 4

MAEVE

Es lunes.

Sé que es lunes, no porque haya mirado el calendario —me sé mi agenda de memoria con tres meses de antelación—, sino porque los lunes se sienten como lunes. Este huele a café recién hecho, a un cálido sol de agosto y a esa sutil pero persistente sensación de que la semana ya ha tomado impulso.

Me he despertado a las 6:47.

No por el despertador. Ese suena a las 7:00, pero mi reloj interno me despierta antes por sistema. Me he despertado porque los Okafor-Sullivan han pasado por delante de mi ventana con su perro mestizo y el animal, como cada mañana, ha soltado un solo ladrido.

Me he quedado mirando al techo.

La casa de al lado estaba en silencio.

Lo he disfrutado. Exactamente durante trece minutos. Luego he preparado café, he actualizado mis listas y he planificado cómo será el día de hoy.

Hoy es mi primer día en Vane Medical.

Ya conozco a Hunter Vane por su expediente: leído tres veces, notas al margen, clasificaciones de riesgo, una cronología de sus escándalos públicos que se lee como el protocolo de alguien que intenta activamente destruir su propia vida. El vídeo es solo el ejemplo más reciente.

Conozco al hombre que el viernes por la noche estaba en la puerta de su casa en bañador explicándome que el guacamole es aceitoso.

A partir de hoy es mi cliente, y he pasado el fin de semana clasificando ese hecho en un cajón mental etiquetado como

Irrelevante y cerrado con triple llave.

El sistema funciona. Siempre.

Me pongo el blazer azul, los zapatos de tacón bajo que dicen «soy una profesional» y conduzco hasta Vane Medical.

El edificio es tal como esperaba: cristal, acero, el vestíbulo de una empresa que quiere que entiendas de inmediato quién manda aquí. Recepcionista con sonrisa permanente entrenada. Ascensores silenciosos. Moqueta que traga los pasos como un cómplice educado.

La asistente de Julian se llama Elena. Tiene la energía de una mujer que gestiona tres agendas a la vez en su cabeza y aun así encuentra tiempo para sonreír con atención; el tipo de sonrisa que es real, pero también profesional, una combinación rara que respeta de inmediato. Me acompaña a la sala de juntas de la planta 34, me pregunta si quiero café —sí, por favor, solo— y desaparece sin hacer ruido.

Me siento, coloco mis documentos sobre la mesa y pongo mi taza de café exactamente en paralelo al borde de la mesa.

Julian Vane llega dos minutos tarde. Debo admitir que su aura es palpable: un hombre que entra en una habitación y parece que siempre ha sido su dueño. Traje oscuro, ni una pelusa, ni rastro de desorden humano de ningún tipo. El contrapunto genético de lo que estaba en aquella puerta el viernes por la noche.

Nos damos la mano, hablamos del encargo, las modalidades, las obligaciones de información. Julian es preciso y espera precisión, algo que me gusta. Es casi agradable.

Entonces Elena dice por el intercomunicador: «Ya está aquí».

Julian mira su reloj. Luego a mí.

Algo en su rostro —apenas visible, pero soy buena viendo cosas apenas visibles— dice: ahora viene lo interesante.

Estoy preparada.

Debo recalcarlo porque es importante: estoy preparada. Sé quién va a cruzar esa puerta. Tengo el expediente. Tengo el vídeo. Tengo lo del viernes noche. He pasado todo el fin de semana clasificando cada información relevante en el cajón adecuado.

La puerta se abre.

Hunter Vane entra en la sala con un traje gris oscuro que le queda informal; el pelo parece el de alguien que se ha levantado un cuarto de hora tarde y, aun así, ha tenido éxito con ello. Mira a su alrededor —Julian, mesa, documentos— y entonces su mirada aterriza en mí.

Se detiene y sonrío.

La sonrisa de verdad, no la de la prensa. La del viernes noche.

Miro mis documentos. No porque me desconcentre. Sino porque mis documentos son relevantes y su sonrisa no.

—Sr. Vane —digo—. Siéntese, por favor.

Se sienta y nos mira a ambos.

—Ambos sabéis que somos vecinos —dice.

—Lo sé —dice Julian.

—Lo sé —digo yo.

—Y eso para los dos es...

—Profesionalmente irrelevante —digo yo.

—Logísticamente ventajoso —dice Julian al mismo tiempo.

Nos miramos un segundo, Julian y yo. Luego ambos volvemos a mirar a Hunter.

Hunter nos observa alternativamente. —Habéis ensayado esto.

—No lo hemos ensayado —dice Julian.

—Parece ensayado.

—Sr. Vane... —empiezo.

—Hunter —lo dice automáticamente, por reflejo, como alguien que ha corregido a la gente tantas veces que ya no es una decisión consciente. Luego mira a Julian—. Lo digo con respeto...

—No —dice Julian.

—Aún no he...

—La respuesta a cualquier cosa que vayas a decir es no —Julian pone una carpeta sobre la mesa—. El mandato está en marcha. Harrington Risk Management ha firmado. Tú has firmado. Esto es definitivo.

—No tenía ni idea de que el paquete incluyera a mi nueva vecina.

—Ese era el punto.

Hunter mira al techo. Luego a mí. Luego al techo. Luego a Julian.

—¿Al menos puedo saber si ronca? —pregunta.

—Sr. Vane... —empiezo.

—Vivimos puerta con puerta. Es una pregunta logística legítima.

—No es una pregunta legítima.

—Paredes finas...

—Las paredes son de ladrillo.

—El ladrillo transmite el sonido mejor que...

—Sr. Vane —apoyo las manos planas sobre la mesa—. Estoy aquí para asegurarme de que los próximos tres meses transcurran sin incidentes. No voy a interrogarle sobre sus hábitos, no voy a darle sermones y no voy a tratarle como a alguien que no sabe lo que hace —pausa—. Aunque las pruebas disponibles de las últimas 72 horas digan lo contrario.

Hunter me mira.

Yo le devuelvo la mirada.

—«Las pruebas disponibles de las últimas 72 horas» —repite despacio.

—Viernes noche. Estatutos municipales, párrafo 14b. Guacamole en la pared de la cocina —abro mis documentos—. Ya he abierto un expediente.

Hunter se reclina y respira hondo. Es casi como si estuviera calculando cuánta resistencia soporta todavía la situación. Tras unos instantes, le queda claro: no mucha.

—¿Desde cuándo sabías que era mi vecina? —le pregunta a Julian.

—Antes de elegir la casa.

Silencio.

Antes de elegir la casa.

La casa que está en la misma calle que la mía, la que ocupo desde hace ocho meses, la que quiero comprar en cuanto tache la lista número uno.

—No era consciente de que querían que fuéramos vecinos —le digo a Julian.

—Sra. Gallagher, usted no conoce a mi hermano tan bien como yo —dice Julian—. Necesita supervisión las veinticuatro horas. Para usted, todo esto también es una ventaja: sin tiempos de desplazamiento adicionales, tiempo de reacción mínimo ante eventos imprevistos.

—Usted lo sabía —digo—, ¿y no se lo dijo a Dillan?

—Dillan lo sabía.

—Dillan no me lo dijo a mí.

—Ese no es mi problema. Pagamos a su empresa una millonada para que esto funcione.

Cojo mi taza de café, bebo un sorbo y vuelvo a dejarla, en paralelo al borde de la mesa.

Dillan lo sabía. Julian lo planeó. Yo firmé. Los honorarios son el triple. Lista número uno. Lily. 320.000 dólares. Tres meses para la vista por la custodia.

El cajón con la etiqueta *Irrelevante* recibe otro candado.

—Entendido —digo.

Hunter me mira. —¿Eso es todo lo que mi nueva gestora de riesgos tiene que decir? ¿«Entendido»?

—¿Qué más debería decir?

—No lo sé... ¿Una objeción? ¿Indignación? ¿Algo? —hace un gesto con la mano que significa, más o menos: una reacción humana.

—He firmado un contrato, Sr. Vane. Cumpló los contratos —abro mis papeles—. ¿Podemos continuar?

Hunter parece alguien a quien acaban de decirle «jaque» y todavía no puede ver con qué pieza.

Julian abre la carpeta. —La Sra. Gallagher tendrá todos los accesos para final de semana. Informes semanales para mí, resumen mensual para la junta —mira a Hunter—. Acceso a todas las cuentas relevantes. Agenda. Derecho de veto en actividades fuera de programa.

—Define fuera de programa —dice Hunter.

—Cualquier cosa que no esté en mi escritorio y ocurra de todos modos —digo yo.

—Es una definición muy amplia.

—Su historial de los últimos dieciocho meses justifica una definición amplia.

Silencio.

Julian tose. Suena sospechosamente a alguien que oculta una risa, pero Julian no se ríe, así que debo de estar equivocada.

Julian abandona la sala veinte minutos después. Hemos discutido todo lo que había que discutir con la eficiencia de personas que no quieren perder el tiempo.

Entonces Hunter y yo nos quedamos solos.

Él gira en su silla y me mira.

—Así que... —dice.

—Así que... —digo yo.

—Mi hermano eligió tu casa.

—Su hermano eligió *su* casa. La mía la elegí yo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí —me levanto. Recojo mis documentos—. Recibiré un correo electrónico esta tarde con las primeras medidas organizativas. ¿Hay alergias o limitaciones médicas que deba tener en cuenta para la planificación de la agenda?

Él parpadea. —Yo... ¿qué?

—Alergias o limitaciones médicas.

—Soy alérgico a los lunes.

—Anoto: ninguna alergia relevante —cojo mi taza de café—. ¿Algo más?

Se reclina y sonríe. —Por las mañanas suelo tener una erección dura como una piedra. O sea, dura de verdad. Aunque hasta ahora no he podido explicarme si tiene algo que ver con una alergia. Y no es una limitación médica en absoluto, más bien al contrario.

—Entonces por las mañanas debe de haber incluso menos sangre en su cerebro de lo habitual. Qué lamentable.

—Maeve...

—Sra. Gallagher.

—Vivimos uno al lado del otro.

—Me consta.

—No puedes estar todo el tiempo...

—Buen día, Sr. Vane —voy hacia la puerta y me encuentro fuera con Elena.

—¿Necesita algo más, Sra. Gallagher? —pregunta ella.

—Envíeme sus entradas de calendario de los últimos seis meses, por favor. Necesito un punto de partida para organizarlo todo. Y luego las citas para los próximos tres meses.

—Por supuesto.

En el ascensor, a solas, miro mi reflejo en el acero pulido. El blazer sigue bien puesto. Mi pelo está ordenado.

Pienso en Julian, que eligió la casa. En Dillan, que lo sabía y no dijo nada. En el triple de honorarios, que de repente cobra un nuevo significado; no solo por el riesgo del cliente, sino por la complejidad de la situación.

No pienso en el hecho de que puso la sonrisa de verdad cuando me vio.

El ascensor se abre.

Salgo al vestíbulo y le escribo a Hunter Vane el primer correo del mandato.

Asunto: Onboarding – Semana 1.

Primera frase: Buen día, Sr. Vane. Aquí tiene mi dirección de correo oficial. En breve recibirá su nueva estructura de calendario. Por favor, confirme recepción.

Su respuesta llega en cuatro minutos.

Confirmado. Confirmando además que mi lunes ha sido oficialmente más interesante que los últimos tres juntos. Solo quería

mencionarlo.

Me quedo mirando el teléfono.

Entonces escribo: *Anotado. Por favor, confirme también la lectura del Anexo 2, página 4, párrafo 3: la comunicación por canales oficiales se mantendrá profesional.*

Su respuesta llega en once segundos.

Anotado. Pregunta secundaria, puramente profesional: ¿ronca usted?

Guardo el teléfono.

Aquí tienes la traducción al español del capítulo 5, manteniendo el estilo directo, el ritmo dinámico y la caracterización profunda que definimos.

Capítulo 5

HUNTER

Debo admitirlo: esperaba que esto fuera peor.

No es que sea bueno. No lo es. Es lo opuesto a bueno si defines "bueno" como: «puedo hacer lo que quiera, cuando quiera, sin que alguien con una tablet en la mano esté a mi lado haciendo cálculos de riesgo en silencio».

Pero tampoco es tan terrible como pensaba.

Maeve aparece cada mañana en mi puerta a las 8:00 en punto. Ni un minuto antes, ni un minuto después. Cada día lleva un blazer diferente —he empezado a catalogarlos por diversión: verde oscuro, burdeos, negro, azul marino— y siempre sostiene dos cafés. Uno para ella y otro para mí, que me entrega sin preguntar si lo quiero, porque obviamente ya sabe que lo quiero.

La primera mañana me quedo en el umbral, con el pelo aún sin peinar, mirando el café.

—Me has traído café —digo.

—Solo, sin azúcar. He comprobado su historial de pedidos en la cafetería de la esquina. —Consulta su tablet—. Tiene una reunión con el consultor de estrategia a las 10:00, un almuerzo con dos inversores a las 13:00 y a las 16:00...

—Sé lo que tengo hoy.

—Entonces también sabrá que tenemos que salir en veinte minutos. —Levanta la vista un segundo—. Aún no se ha duchado.

Es cierto.

—Eso es rápido.

No dice nada. Pero mira su reloj, y con eso basta.

Me ducho en diecisiete minutos. Récord personal.

No me gusta admitirlo, pero Maeve Gallagher parece ser muy buena en su trabajo.

No porque sea ruidosa, llamativa o esté presente de esa forma que uno espera cuando oye "vigilancia a tiempo completo". Sino porque funciona en silencio. Resuelve cosas antes de que yo sepa que son problemas. Cancela una cita de la que yo no sabía que entraba en conflicto con otra. Por las mañanas me envía correos con tres puntos que estructuran el día, y los tres son correctos.

Le escribo: *¿Cómo sabías que se me habría olvidado la cita con el abogado?*

Ella responde: *Porque la anotó usted mismo hace tres semanas y no ha vuelto a abrir el evento desde entonces. Veo su calendario, Sr. Vane.*

Escribo: *Eso da un poco de miedo.*

Ella escribe: *Es mi trabajo.*

En las reuniones se sienta una silla detrás de mí. No a la mesa —eso sería demasiado obvio, demasiado "niñera"—. Una silla atrás, un poco de lado, como una asistente que toma notas. Nadie pregunta quién es. Nadie pregunta qué anota.

Yo me pregunto qué anota.

Una vez, entre dos explicaciones de mi consultor Gerald sobre el sector farmacéutico —Gerald es la persona más aburrida a la que jamás le he estrechado la mano, y el listón está alto—, me giro un momento.

Ella ya ha desviado la mirada. A su tablet. Pero la forma en que lo hace —medio segundo demasiado rápido— me dice que me estaba mirando.

Me vuelvo a girar con la sensación de haber ganado un punto, aunque no sepa a qué estamos jugando.

En un almuerzo con inversores, uno de los tipos —Brendan, sonrisa de autosuficiencia, demasiado golf— se gira hacia ella:

—¿Y usted es...?

—Gallagher —dice Maeve—. Me encargo de la parte organizativa.

—Ah. —Brendan asiente—. La asistente.

—Liability Consultant —suelta Maeve, sin mover un solo músculo de la cara.

Brendan finge entender lo que eso significa.

Algo más que noto, pero que no le diría a nadie: la primera semana es más tranquila que los últimos meses juntos. No porque pasen menos cosas. Sino porque alguien se asegura de que las cosas que pasan ocurran en el orden correcto. Es una sensación extraña. Aún no estoy seguro de si me gusta.

La cena del jueves por la noche es idea suya. No como un evento social; ella lo formula así: «Sería más eficiente discutir la planificación semanal en un marco informal, en lugar de utilizar vías de comunicación separadas». Lo que traducido significa: cenamos juntos, pero no lo llama así para no tener que admitir que estamos "saliendo a cenar".

Yo lo llamo salir a cenar de todos modos. En mi cabeza.

El restaurante es un italiano a tres manzanas de casa. Es el tipo de sitio que elige alguien que sabe lo que es bueno pero no quiere llamar la atención. Mesas pequeñas, luz cálida, de esos menús impresos en papel que no ponen precios a los platos especiales porque los clientes habituales no lo necesitan.

Maeve ha reservado.

Nos sentamos. Abre su tablet —por supuesto— y empieza con la planificación semanal. Lunes: dos citas. Martes: Vane Medical, reunión interna. Miércoles...

—Maeve.

—Sra. Gallagher.

—Maeve. —Lo digo con calma, sin buscar pelea, simplemente así —. Estamos en un restaurante. La comida está a punto de llegar. ¿Puede la planificación esperar cinco minutos?

Vacila un instante, luego guarda la tablet.

—Cinco minutos —concede.

Nos centramos en las cartas y me pregunto si se las habrá aprendido de memoria antes de venir.

—¿Qué vas a tomar? —pregunto.

—Pasta. Los carbohidratos son eficientes —dice ella.

—Esa es la justificación más romántica para pedir pasta que he oído nunca.

Llega la camarera. Se llama Sofia, lo pone en su placa, y Sofia es, objetivamente, muy atractiva. Al menos si te gustan los pechos que plantean la duda legítima de si podrían causar problemas de espalda por todo ese peso que la mujer lleva delante.

Sofia, con su talla generosa, nos trae la carta de vinos y se queda un momento de más al entregarme la carta a mí.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes? —pregunta. La pregunta va dirigida técnicamente a ambos, pero el contacto visual se reparte en un noventa por ciento hacia mí y un diez hacia ella. Creo que si quisiera merendarme a Sofia en el baño del personal durante su descanso, ella estaría encantada.

—No, gracias —respondo.

Pedimos: Maeve tagliatelle, yo una pizza. Dios, o quien sea el responsable, puso en mis genes que puedo comer lo que quiera sin que mis abdominales sufran.

Sofia vuelve tres veces. Una por la pimienta, otra por el parmesano, ambas sin que se lo pidamos. A la tercera vez, apoya una mano brevemente en el respaldo de la silla de al lado —no en la mía, eso sería demasiado directo, pero lo bastante cerca para que mi idea sobre su descanso empiece a tomar forma en mis pantalones.

—Disfrute de la noche —dice, esta vez claramente solo para mí.

—Gracias —respondo. Y luego, porque es verdad—: La noche ya va muy bien.

Maeve levanta la vista de su tablet hacia la dirección por la que Sofia se ha ido. Veo cómo algo trabaja en su rostro y llega a una conclusión que no sé clasificar.

—La planificación semanal —corta ella.

—Por supuesto —digo.

Y entonces, antes de que abra la tablet, no puedo evitarlo:

—¿Eres de Chicago?

—No.

Espero. No añade nada más.

—¿Esa era la frase completa?

—Era una respuesta completa.

—A una pregunta de sí o no, claro. —Me reclino—. ¿De dónde, entonces?

Lo piensa un segundo. No porque no lo sepa, sino porque sopesa cuánto contarme.

—De todas partes —dice al fin—. Hemos vivido en muchos sitios.

—¿Hemos?

Otra pausa. Más corta esta vez.

—Mi hermana y yo.

—¿Qué edad tiene? —pregunto.

Maeve levanta la vista.

—¿Quién?

—Tu hermana.

—Catorce —dice.

—¿También vive en Chicago?

La forma en que Maeve agarra el tenedor —un instante demasiado fuerte, un instante demasiado controlado— me dice que es una pregunta más complicada de lo que parece.

—Todavía no —responde.

Espero a que diga algo más, pero no ocurre. Sin embargo, ese "todavía no" se queda flotando en el aire como una frase que, en realidad, es más grande que dos palabras.

—Va a venir contigo —digo. No es una pregunta.

Maeve me mira con fijeza, evaluándome.

—Ese es el plan —dice ella. Luego, más bajo—: Esa es la razón por la que este trabajo es importante.

Es lo más que me ha dicho sobre cualquier cosa hasta ahora.

En este punto parece dar por terminada la conversación, porque empieza a meterse la pasta en la boca como si no hubiera comido en días.

Comemos un rato sin hablar. No es un silencio incómodo; es más bien el silencio de dos personas que acaban de descubrir que pueden estar sentadas una junto a la otra sin que resulte extraño.

Entonces, porque no puedo evitarlo:

—¿Cómo se llama?

Maeve me mira un segundo. Casi sorprendida, como si no esperara que yo siguiera allí.

—Lily.

Asiento.

—Bonito nombre.

Ella no dice nada. Pero gira el tenedor una, dos veces, y mira su plato. Estoy casi seguro de que está sonriendo. No es la sonrisa profesional, ni la controlada; es la de verdad, la que se le ha olvidado esconder.

Aparto la vista a tiempo.

Entonces ella abre su tablet.

—La planificación semanal —dice.

—Por supuesto —respondo.

Hablamos de la planificación y yo escucho, pero de vez en cuando pienso en una chica llamada Lily que tiene catorce años y aún no vive en Chicago, y en la forma en que Maeve dijo «esa es la

razón por la que este trabajo es importante». No como una explicación para mí, sino como un recordatorio para ella misma.

Pido otro vaso de agua, pero dejo el tema en paz.

A veces lo más inteligente es dejar de preguntar antes de que el otro se dé cuenta de que ya ha respondido.

Aquí tienes la traducción al español del capítulo 6, manteniendo la voz analítica de Maeve, el ritmo emocional que marcamos y eliminando los adjetivos vacíos según tus directrices.

Capítulo 6

MAEVE

Le he hablado de Lily.

La certeza me golpea como un bofetón nada más despertarme. Anoche ya sabía que me arrepentiría, pero Hunter Vane tiene algo que hace difícil mantener la boca cerrada.

Maldita sea, le he hablado de Lily.

Por suerte, no de todo. Nada sobre nuestros padres, ni sobre el juzgado, ni sobre las listas, ni sobre aquel motel en Phoenix. Solo el nombre. Solo la edad. Solo ese «esta es la razón por la que este trabajo es importante», que, visto en perspectiva, ha sido tan discreto como un cartel luminoso que dijera: este es mi punto más vulnerable, por favor, no presionar.

Me levanto, preparo café y abro mi libreta —la física, no la digital; para las cosas que no quiero confiar a una aplicación— y busco la página donde, hace tres semanas, cité un manual.

El libro se titula El arte de la vulnerabilidad estratégica. Me lo recomendó Dana, una colega. Ella no lo ha leído, pero ha oído que es bueno, lo que resume bastante bien quién es Dana, pero me desvió del tema.

Yo no solo lo he leído; lo he llenado de marcas y notas al margen.

Una de las citas dice: «La apertura controlada genera confianza. Comparte detalles personales de forma dosificada para establecer una base de credibilidad que pueda ser utilizada para objetivos profesionales».

Me quedo mirando la frase.

El manual tiene razón. La apertura controlada genera confianza. Un cliente que confía en mí es más cooperativo. Estos tres meses

serán más llevaderos si Hunter Vane me ve como un ser humano y no como su carcelera. Es una buena estrategia. El problema es que, cuando pronuncié el nombre de Lily, no estaba pensando en el manual.

Simplemente dije su nombre. Porque él preguntó. Porque preguntó de esa manera... sin presión, sin segundas intenciones, como si escuchar fuera lo más natural del mundo. Y mi boca soltó «Lily» antes de que mi cerebro hubiera emitido la autorización correspondiente.

Eso no es apertura controlada. Es apertura involuntaria. Lo contrario de lo que pretendía el libro.

Escribo debajo de la cita: Estrategia ≠ Sinceridad real. Mantener la distinción.

El asunto con los hombres es el siguiente: en algún momento dejé de confiar en ellos y, desde entonces, no he encontrado una razón convincente para volver a hacerlo.

Puede sonar amargo, pero hay un motivo.

Se llamaba Tyler Marsh. Clase avanzada de inglés en algún instituto de Denver; yo acababa de cumplir diecisiete. Estábamos de paso por Denver —uno de los once lugares, más o menos, en los que viví entre los catorce y los dieciocho años, dependiendo de hacia dónde nos arrastraran mis padres cuando alguien descubría algo que no debía—.

Tyler leía libros, se sentaba en la última fila y era amable a su manera.

Ese fue mi error. Y yo no cometo el mismo error dos veces.

Nos vimos durante tres semanas después de clase en la biblioteca del instituto. Hablábamos de libros, de música, de las cosas de las que hablas cuando tienes diecisiete años y has olvidado temporalmente que lo más probable es que pronto vuelvas a mudarte. Y entonces, una noche en el aparcamiento, me besó.

Lo permití, incluso me gustó. Pero cuando intentó meterme la mano por dentro del pantalón, lo rechacé.

Dije que no. Sin dramatismos, sin una explicación que no merecía. Simplemente: no, eso no.

Tyler lo aceptó. O eso creía yo.

Al lunes siguiente, en el instituto, les contó a sus amigos que yo era frígida. Aunque no fue exactamente eso; dijo que era una virgen reprimida que probablemente llevaba un cerrojo de hierro alrededor del coño.

Vi cómo se reían sus amigos. A partir de ese día solo fui «la del cerrojo», y el único consuelo fue que nos mudamos pocas semanas después.

Ese fue el momento en el que decidí que los hombres son gilipollas superficiales, aunque lean libros.

No he vuelto a ver a Tyler Marsh. Rara vez pienso en él.

Con la excepción de esta mañana, porque le he hablado a Hunter Vane de Lily y porque mi cerebro se empeña en que existe una conexión relevante.

Anoto: La conexión no es relevante. Tyler Marsh no es Hunter Vane.

Me temo que Hunter Vane es mucho peor.

Aquí tienes la traducción al español del capítulo 7, manteniendo el pulso narrativo de Hunter y respetando tus directrices sobre el ritmo y la atmósfera.

Capítulo 7

HUNTER

Tengo que decir en mi defensa que la cita ya la había concertado antes de firmar el contrato.

Es un detalle importante, probablemente incluso relevante desde el punto de vista jurídico. Hice match en Tinder con Jade hace tres semanas. Jade: veintiséis años, fotógrafa, una foto de perfil con un vestido rojo que mandó mi cerebro directamente a zonas en las que no voy a profundizar ahora. Eso fue antes de Julian, antes del contrato y, sobre todo, antes de Maeve Gallagher, sus estatutos municipales y su maldita tablet.

La cita existía antes de que yo firmara. Eso la convierte en un compromiso previo. Es, por así decirlo, una causa de fuerza mayor.

Jade escribió esta semana: «¿Cuándo nos vemos por fin?». Venía con una foto que anuló por completo mi capacidad de juicio, que de por sí nunca ha sido mi rasgo más fuerte.

Soy un hombre. No un santo. Eso ya lo hemos dejado claro.

El problema es el sistema de alarma de Maeve.

En su primer día como mi "vigilante", instaló un puto sistema de alarma en mi casa.

Me limité a mirar, pero no dije nada. Por dentro, quería preguntarle tanto a ella como a Julian si habían perdido la cabeza, pero en su lugar diseñé un plan alternativo.

Lo que descubrí tras tres días de observación meticulosa es que Maeve se duerme siempre sobre las diez. Lo sé porque la luz de la casa de al lado se apaga a las 21:58 cada noche con la precisión de un cronómetro. Su teléfono se queda cargando, en silencio, sobre la mesa de la cocina; lo he visto a través de la ventana, no porque sea un acosador, sino porque soy una persona atenta (que es distinto).

Pero lo más importante es esto: el sistema de alarma tiene un punto ciego.

Entre las 22:15 y la reactivación automática de las 22:30 hay una ventana de tiempo. Quince minutos en los que los sensores de movimiento de la parte trasera del jardín no están activos. Probablemente, la Señorita-pienso-en-todo cometió un error en la programación.

Y yo he aprovechado ese error esta noche para escabullirme.

Jade me espera en el Underground Club. Me escribió a las 22:30: «Ya estoy aquí. Vestido rojo». Adjuntó una foto que casi me provoca una erección épica al instante.

A las 22:17 ya estaba fuera de casa. Llevaba mi chaqueta, las llaves, el Rolex y la satisfactoria sensación de haber burlado al sistema.

El Underground Club está en el sótano de un antiguo almacén en Pilsen, en una calle que de día huele a madera vieja y grafiti, y de noche a música y gentío. Aquí no me conocen como un Vane. Aquí soy Hunter: el tipo que siempre pide las mejores copas, el que no da la chapa cuando alguien necesita tranquilidad y por cuyo apellido nadie pregunta. Nadie pide apellidos en un sótano donde la música suena tan fuerte que las paredes respiran.

Necesito esto. El volumen que me revuelve las entrañas hasta que vuelvo a ser yo, y no lo que Julian necesita, Witherford espera y un expediente documenta.

Jade está sentada en la barra. El vestido rojo es todavía más provocativo que en las fotos, su pelo oscuro la hace parecer una diosa egipcia y su sonrisa dice: «Sé que eres puntual porque te morías de ganas de venir».

Tiene razón. Me muero de ganas de venirme. Preferiblemente en ella.

—Conque de verdad eres Hunter Vane —dice cuando me siento.

—En carne y hueso. ¿Dudabas?

—Tenía la esperanza. —Se ríe—. El vídeo fue...

—¿Podemos no hablar del vídeo? El zoom no me hizo justicia precisamente. Al natural soy mucho más imponente.

—Me lo creo. —Sonríe—. ¿De qué quieres hablar?

Pido dos copas y Jade me cuenta que es fotógrafa, algo que no me esperaba. La mitad de los perfiles de Tinder tienen cargos profesionales que tienen tanto que ver con la realidad como mi carrera de medicina con mi vocación. Pero Jade habla sobre la luz, la composición y la forma de fotografiar a alguien que no quiere ser fotografiado. Es realmente interesante.

La música está alta, el aire aquí dentro es cálido y Jade se inclina hacia mí.

Pienso por un momento, un momento muy breve, en Maeve, que apagó la luz a las diez y no sabe que estoy aquí.

Entonces huelo el perfume de Jade y dejo de pensar en Maeve.

Ella dice algo que no entiendo por la música, así que se acerca todavía más y apoya la mano en mi brazo. Me mira con la cara de una mujer que sabe perfectamente qué es lo que viene ahora, y...

—¿Está libre este sitio?

Me doy la vuelta.

Maeve Gallagher está de pie junto a mí.

Lleva todavía la ropa de trabajo —el blazer azul marino, el pantalón negro—, pero tiene el pelo suelto. Eso es nuevo. Nunca la he visto con el pelo suelto; siempre lo lleva recogido, o en ese moño desastroso, o las dos cosas a la vez. Pero ahora lo lleva libre, le cae sobre los hombros y necesito un segundo que no tengo para procesar la imagen.

No me mira a mí, sino a Jade. Con la sonrisa más amable que le he visto en toda la semana.

—Tú debes de ser Jade —dice ella. Tono cálido. Casi afectuoso. Completamente falso—. Hunter me ha hablado de ti.

Me quedo petrificado.

Jade nos mira alternativamente.

—Yo... él ha... ¿quién eres tú?

—Maeve. —Se sienta en el taburete libre a mi lado, al otro lado de Jade, de modo que me quedo en medio como un amortiguador muy incómodo—. Nos conocemos desde hace mucho. —Me pone una mano en el brazo, un gesto breve y profesional, pero Jade no tiene forma de saberlo, y me mira con unos ojos que dicen: «Di algo inconveniente y verás lo que pasa».

No digo ni una palabra.

—¿De verdad te ha hablado de mí? —Jade me mira. Su tono ha cambiado ligeramente. Ha pasado del «sé lo que viene ahora» al «ya no estoy segura de qué es lo que viene ahora».

—Constantemente —dice Maeve. La oigo mentir y es impresionante lo convincente que resulta—. Nosotros tenemos... —Hace una pausa breve, con la duración exacta—. Bueno. Ya sabes. Una relación abierta y esas cosas.

Jade mira su teléfono. Luego a mí. Luego a Maeve.

—Creo —dice Jade, con el tono gélido de una mujer que ha decidido conservar su dignidad— que he olvidado escribirle a mi amiga.

Coge su bolso y se levanta. Me dedica una última mirada.

—Ha sido un placer conocerte, Hunter.

Se marcha sin decir nada más. La veo irse con cierta melancolía. Mi polla me echa en cara de inmediato que no vaya tras ella.

Entonces me giro hacia Maeve.

—Lo sabías desde el principio —digo.

—Escondí un localizador en su Rolex. —Le da un sorbo al agua mineral que el barman ya le ha servido. Estaba aquí antes que yo, ahora lo entiendo; se ha asegurado un sitio, ha pedido un agua y ha esperado—. Modelo GPT-4X. Alcance de cuarenta kilómetros. La batería dura seis meses.

Me quito el Rolex y le doy la vuelta. En la parte interior de la correa, oculto entre dos eslabones, hay un transmisor tan pequeño que solo lo ves si sabes exactamente dónde mirar.

—¿Cuándo...?

—El martes, cuando se quitó el reloj antes de ir al gimnasio.

Me quedo mirando el emisor.

Entonces ocurre algo que no había planeado y que me sorprende a mí mismo: me río. Una carcajada auténtica de alguien que acaba de ser derrotado de forma tan limpia y absoluta que resulta admirable.

Tres personas se giran. El barman levanta la vista un segundo. Maeve mira al frente y finge que no me conoce, lo cual es una hazaña notable dadas las circunstancias.

—Esa era mi cita de Tinder.

—Lo sé.

—Se ha ido.

—Lo sé.

—La has espantado.

—Solo me he sentado aquí. —Hace girar el vaso de agua entre sus manos—. Lo que ha pasado después ha sido decisión suya.

—¿Y el sistema de alarma? —pregunto—. El punto ciego.

—Yo lo puse ahí.

La miro fijamente.

—Tú lo pusiste ahí.

—Quería ver si era capaz de encontrarlo. —Bebe un poco de agua—. Ha tardado tres días. Yo aposté por dos.

—Has apostado contra mí.

—He realizado una evaluación de riesgos. —Pausa—. Es mi trabajo.

Me reclino en el taburete. Miro al techo, donde las luces del club se mueven en ondas lentas. Luego miro a Maeve, que sigue con la vista al frente, fingiendo que es totalmente normal estar sentada en un after bebiendo agua mineral después de haber saboteado con éxito una cita de Tinder.

—Me hablaste de Lily —digo.

No es lo que quería decir. No sé por qué lo he dicho.

Maeve me mira directamente. Por primera vez desde que nos sentamos aquí. Sus ojos están —busco la palabra— alerta. El tipo de alerta que no es miedo, sino cautela. La diferencia entre alguien que huye y alguien que sabe exactamente dónde están las salidas de emergencia.

—Sí —dice.

Asiento. No añado nada más.

Nos quedamos una hora más. La música sigue sonando. El barman rellena mi copa. Maeve bebe su agua, observa el local y probablemente redacta informes de riesgos en su cabeza.

Cuando salimos, caminamos uno al lado del otro.

Mientras bajamos la escalera del antiguo almacén, digo:

—La cita de hoy la tenía planeada antes del contrato.

—Eso es jurídicamente irrelevante.

Me detengo en mitad de la acera, a dos casas de distancia, porque si sigo caminando entraré y se acabó, y eso se siente mal. Se siente como perder, y no me gusta perder. Es una de mis pocas constantes.

—Has espantado a una mujer que quería conocer, en un club en el que según tú no debería estar, y que has encontrado porque has metido un transmisor en mi Rolex sin preguntarme.

—El contrato, párrafo 7, sección 3, me otorga el derecho a intervenir en actividades fuera de programa si estas ponen en peligro el mandato. —Lo dice como si estuviera leyendo una lista de la compra—. Una cita de Tinder en un club clandestino ilegal a medianoche entra dentro de la categoría de actividades fuera de programa.

—Eso es...

—Usted firmó.

Dos palabras. Así de simple. Yo firmé, así que el tema está cerrado, así que no hay nada más que decir. Ella ha ganado, y ni siquiera lo celebra como una victoria, porque para ella no es un juego, es simplemente el párrafo 7, sección 3. Y eso, de alguna forma, lo hace peor.

La miro. Me sostiene la mirada sin esfuerzo, sin esa ligera incomodidad que muestra la mayoría de la gente cuando la observo demasiado tiempo. Casi todo el mundo acaba desviando la vista. Ella no.

—No puedes simplemente adueñarte de mi vida —digo, y yo mismo noto que sueno más calmado de lo que pretendo, más que antes, porque la noche ha perdido, en algún lugar entre el club y esta acera, la energía necesaria para gritarle.

—No me adueño de nada. —Su voz no cambia ni medio tono—. Me aseguro de que, dentro de tres meses, todavía tenga lo que tiene ahora. Es mi trabajo.

Miro a algún punto por encima de su hombro. Pienso en Jade y su vestido rojo, y en cómo se habría visto sin él. Pienso en Maeve, que llegó al club media hora antes que yo, pidió agua y esperó. Pienso que esta noche ha salido de una forma muy distinta a la planeada, y que ni siquiera estoy seguro de si me molesta tanto como debería.

Y eso es lo que más me molesta de todo.

Aquí tienes la traducción al español del capítulo 8, manteniendo la voz introspectiva de Maeve y respetando las directrices de estilo.

Capítulo 8

MAEVE

Julian está sentado tras su escritorio, pero no está solo. Harper permanece junto a la ventana, con la mano apoyada en el hombro de un niño pequeño. Henry. Lleva un jersey de cachemira azul oscuro y mira con concentración un modelo de corazón humano que ha montado sobre la alfombra. Clasifica las válvulas cardíacas por tamaño.

Una punzada me atraviesa el pecho.

Henry parece tan seguro. Tan anclado. Sabe que el suelo bajo sus pies mañana será el mismo que hoy. Sabe que sus padres no lo despertarán en mitad de la noche para cruzar la frontera del estado en un coche familiar destartado. No tiene que hacer maletas mientras la policía hace aullar las sirenas tres calles más allá.

Veo a Lily frente a mí. No en una oficina con aire acondicionado, sino en el asiento trasero de un coche en el que teníamos que dejar el motor encendido por la noche para no morir congeladas. Veo a mi madre, Marissa, cerrando las cortinas en alguna habitación cutre y susurrando que tenemos que estar muy calladas. La estabilidad era una palabra extranjera para nosotras; para Henry, es el aire que respira.

Reprimo el impulso de frotarme los dedos. Este no es lugar para sentimentalismos.

—El informe del fin de semana —digo, dejando la carpeta sobre la superficie lisa del escritorio—. Hunter puenteó el sistema de alarma. Una ventana de quince minutos entre la desactivación y la reactivación. Conocía el hueco con exactitud.

Harper me lanza una mirada fugaz, luego vuelve a centrar su atención en su hijo. No puedo calibrar qué piensa de Hunter o de mi

nuevo papel en su vida y, sinceramente, me da igual. Julian es mi cliente.

Julian inspira profundamente y echa un vistazo rápido a la portada sin llegar a abrir la carpeta. Se reclina con los brazos cruzados tras la cabeza.

—Sigue pensando que está en un campamento de verano y que solo miramos para ver si ordena su habitación.

No sé qué responder a eso, así que guardo silencio. Aunque no es del todo cierto. Julian parece dar en el clavo con el análisis de su hermano. Hunter me parece un escolar que preferiría pasarse el día gastando bromas, y para quien el reto consiste en no dejarse atrapar por los profesores.

Julian levanta la cabeza y me observa casi divertido. Henry deja caer el corazón de plástico. El golpe sordo resuena en la estancia. Harper se inclina, le acaricia el pelo y toma su pequeña mano.

—Tenemos que irnos, Henry. Di adiós a papá.

—Adiós, papá —balbucea Henry.

—Pásalo bien, campeón. Nos vemos esta noche —dice Julian, estrechando a su hijo y a Harper antes de darles un beso de despedida.

Intento no establecer comparaciones con mi propia situación familiar mientras observo la escena, que rebosa amor paternal por todos los poros.

Por loco que parezca, estoy convencida de que Julian también siente cierto tipo de amor hacia Hunter. Con la excepción de mis padres, creo que la mayoría de las personas tienen buenas intenciones y están convencidas de hacer lo correcto.

Aunque en este caso eso signifique ponerle a su hermano pequeño una niñera delante de las narices que lo vigile de la mañana a la noche.

—¿Cómo queremos proceder? —pregunto.

—Tendremos que apretar más las tuercas —responde Julian.

Aquí tienes la traducción al español del capítulo 9, manteniendo el ritmo impulsivo de Hunter y respetando las directrices de estilo.

Capítulo 9

HUNTER

Me gusta el agua de la piscina de mi jardín por varias razones. Es fresca, cristalina y sabe cerrar la boca. Me sumerjo, me impulso desde el borde y me deslizo sobre el fondo de azulejos hasta que me arden los pulmones. Nada de inversores, nada de Julian, nada de herencias. Solo el azul del cielo reflejándose en el agua.

Salgo a la superficie, me sacudo el agua de los ojos y me agarro al borde. Nado desnudo y disfruto de la sensación del agua resbalando por cada rincón de mi cuerpo. Por un momento, se siente casi como la libertad.

Entonces, el chirrido de la puerta de hierro del jardín rompe el silencio.

Me quedo petrificado. Dos hombres con pantalones de trabajo grises desfilan por el césped, cada uno con una caja pesada bajo el brazo. Se dirigen directos a la casa de invitados, al fondo del jardín. Sin llamar. Sin preguntar.

—¡Eh! —grito. Mi voz rebota en los muros—. ¿Qué cojones es esto? ¿Os suena de algo lo de «propiedad privada»?

Los tipos me ignoran, dejan las cajas en el porche y regresan hacia la puerta a paso ligero.

Y entonces la veo a ella.

Maeve. Lleva pantalones oscuros y una camisa blanca con las mangas remangadas, y las gafas de sol clavadas en el pelo. Sostiene un portapapeles como si fuera un arma.

Salgo de la piscina de un salto sin molestarme en coger la toalla de la tumbona; mi rabia quema más que las losas de la terraza bajo mis pies.

—¡Maeve! —bramo.

Se da la vuelta despacio. Su mirada recorre mi cuerpo hacia arriba, se detiene una milésima de segundo de más en mi pecho y luego regresa a mis ojos, totalmente impasible. Ni siquiera pestañea.

—Está empapado, Hunter —dice con tono plano.

—Estoy desnudo, Maeve. Ese es el punto —este empeño en seguir tratándome de «usted» solo me cabrea más.

Me planto a dos metros de ella, el agua escurre de mi cuerpo formando charcos sobre la pizarra. Cruzo los brazos sobre el pecho, lo que probablemente no hace que la situación sea menos ridícula. —¿Qué hacen esas cajas de mudanza en mi jardín?

—Minimización de riesgos —responde. Da un paso hacia mí, sin dejarse intimidar por mi traje de Adán—. Julian y yo estamos de acuerdo: la vecindad no es suficiente. A partir de esta noche, me instalo en la casa de invitados.

El golpe me deja seco. —Es una broma. Esta es mi propiedad.

—Eso no es exacto. Pertenece a Julian, él solo le permite vivir aquí —corrige—. Además, ha demostrado que considera las vallas como meras sugerencias. Ahora, la valla soy yo.

—¿Ah, sí? ¿Y también puedo montarte? —pregunto sin una pizca de sonrisa.

Ella ni se inmuta. Va totalmente en serio: piensa mudarse a mi jardín.

Doy un paso hacia ella, llevando el calor húmedo de mi cuerpo a su espacio personal.

—Julian quiere asfixiarme y tú le sujetas la almohada, ¿es eso?

—Si la luz de la casa de invitados le resulta demasiado brillante, baje sus persianas.

La estática entre nosotros está cargada, espesa como el almíbar. Veo la determinación en sus ojos, esa lógica inquebrantable que no admite excepciones. Toda la situación es tan absurda que mi ira se evapora de golpe.

Relajo los brazos y una sonrisa ladeada asoma a mi cara.

—Sabes, Maeve —digo, apartándome el pelo mojado de la frente mientras una gota de agua rueda lentamente por mi cadera—, la mayoría de las mujeres se esfuerzan un poco más cuando quieren mudarse conmigo. Un poco de vino, quizá una cena. Tú solo traes a dos tíos musculosos y un portapapeles. No es muy original.

La comisura de su boca tiene un espasmo durante una fracción de segundo, pero se recompone al instante. —Yo no soy como «la mayoría de las mujeres».

—Cierto. Eres la única que me mira desnudo y probablemente esté calculando si mi índice de masa corporal representa un riesgo de responsabilidad civil —doy un paso atrás y abro los brazos—. Anda, deléitate. Si a partir de ahora somos compañeros de casa, no deberíamos tener secretos, ¿no crees?

Inspira hondo por la nariz. —Póngase algo de ropa, Hunter. Mañana a las ocho tenemos la primera cita.

Se da la vuelta y se encamina hacia la casa de invitados.

—¿Quieres que te ayude a desempacar? —le grito—. Soy experto en lencería de encaje... ¡profesionalmente hablando, claro!

No responde.

Capítulo 10

MAEVE

La luz de la casa de invitados es cruda y hostil. No he desempacado ni una sola caja; me he limitado a colocar el portátil sobre la pequeña mesa de comedor con el móvil al lado. Fuera, la noche es cálida; el aire flota, estancado entre los árboles.

Me quedo mirando la pantalla oscura y noto cómo una imagen se ha quedado grabada a fuego en mi retina. Hunter en la piscina. El agua brillando sobre su cuerpo. El agua resbalando por su —hay que admitirlo, bastante imponente— masculinidad.

Sacudo la cabeza, como si pudiera expulsar físicamente el recuerdo de mi cerebro. Profesionalidad, Maeve. Es un cliente. Un riesgo. Un problema.

Entro en mi bandeja de entrada. Un correo de mi madre parpadea en la parte superior.

«Hola, cielo, hemos tenido que movernos otra vez. Patrick tuvo líos con un cliente que se puso nervioso por el adelanto del parque; la gente hoy en día ya no tiene paciencia. Ahora estamos en un motel cerca de South Bend. Lily no ha comido nada en todo el día, está muy pálida. Patrick necesita 800 dólares para material de pulido nuevo o perderá el próximo trabajo. Por favor, Maeve. Piensa en tu hermana. Te quiero, mamá».

Siento náuseas. Menuda patraña lo del lío con el cliente. Eso significa que mi padre, Patrick, se ha bebido o se ha jugado el dinero del material y ha abandonado la obra antes de que el pegamento se secase. Y Lily está allí metida, en una habitación nueva y extraña, mientras Patrick probablemente echa el cerrojo.

Me quedo mirando las palabras *«Te quiero»*. Mi madre usa el amor como una moneda que falsifica constantemente. Antes, al menos, estaba el padre de Patrick, mi abuelo Bourke, que evitaba lo

peor. Cuando los acreedores llamaban a la puerta o Patrick volvía a arruinar un «negocio seguro», el abuelo estaba allí. Era el último muro de contención contra el caos absoluto. Pero desde que murió, no les queda nadie a quien sablear. Nadie a quien embaucar con falsas promesas... excepto a mí.

Son como parásitos que han cambiado de huésped. Patrick con su estafa de las reformas, arrancando suelos y dejando a la gente sentada sobre ruinas. Marissa con sus planificaciones de bodas ficticias, cobrando adelantos antes de hundir su tarjeta SIM en la alcantarilla más cercana. Venden esperanza y dejan solo añicos.

Y lo peor es que se creen sus propias mentiras. Piensan de verdad que el próximo gran golpe está a la vuelta de la esquina mientras arrastran a Lily como si fuera un mueble de un motel rancio al siguiente.

Le escribo un mensaje a Lily de inmediato: *¿Estás bien?*

La respuesta llega al instante: *Hambre. ¿Cuándo puedo ir contigo?*

Las lágrimas me queman los ojos, pero me niego a dejar que fluyan. Necesito el dinero de los Vane. Tengo que mantener a Hunter limpio durante tres meses, cueste lo que cueste.

De repente, la puerta se abre de par en par. Sin llamar. Sin previo aviso.

Hunter está en el umbral. Ahora lleva unos pantalones de chándal (menos mal) y una camiseta lavada, el pelo todavía algo húmedo. Tiene el aire de quien posee el mundo entero, empezando por el marco de mi puerta.

—¿Qué demonios te pasa? —le espeta. Cierro el portátil tan rápido que el golpe suena como un disparo y me levanto de la silla de un salto—. ¡Fuera de aquí!

—Vaya, ¿ya nos tuteamos? Un avance alentador —dice Hunter.

Se queda ahí plantado, con las manos en los bolsillos y un brillo divertido en los ojos.

—Creo que encaja mejor, después de haber visto cómo viniste al mundo.

—Esto es mi privacidad —siseo. El pulso me va a mil por la rabia y la adrenalina acumulada tras el correo—. Llama antes de entrar. Se llama educación. Probablemente no hayas oído hablar de ella en tu vida.

—Esta es mi casa, Maeve —dice con calma. Da un paso hacia mí—. Cada metro cuadrado de suelo que pisas me pertenece.

—¡La casa es de tu hermano! ¡Y aunque fueras el dueño de la ciudad entera, eso no te exime de las normas sociales básicas! —casi grito—. ¡Lárgate!

Su expresión cambia. La ligereza deja paso a una dureza gélida.

—En realidad venía a ofrecerte una tregua. A preguntarte si querías que te preparara el desayuno mañana. Pensé que, tras el estrés de la mudanza, tendrías hambre.

Suelto una carcajada que suena hueca y desagradable.

—¿Y qué vas a preparar? ¿Hamburguesas y patatas fritas? No quiero ni saber qué tienes en esa nevera. Además, no estoy aquí para irme de picnic contigo, Hunter. Estoy aquí para evitar que estampes tu vida contra un muro.

—Dios, qué agotadora eres —dice, y su voz es ahora de puro hielo. Me mira como si fuera un insecto especialmente repugnante que acaba de descubrir bajo su zapato—. Intento ser amable y te portas como una víbora.

—¡Hago mi trabajo! —bramo.

—Pues que te den, Maeve —dice cortante. Se da la vuelta sobre sus talones—. Cómete tu orgullo para desayunar.

La puerta se cierra de un portazo y empiezo a ser consciente de hasta qué punto acabo de perder los estribos. Me desplomo en la

silla dura y escondó la cara entre las manos.

Capítulo 11

HUNTER

Remuevo mi taza de forma mecánica mientras le doy vueltas a lo de anoche. El estallido de Maeve no me deja en paz. Conozco a mujeres que gritan y a mujeres que se mueren de asco, pero lo de ayer fue distinto. Había un pánico en sus ojos que intentaba esconder tras la rabia. Estaba sentada frente a ese portátil como si estuviera desactivando una bomba, y mi aparición fue la chispa que casi lo vuela todo por los aires.

Esconde algo. Y sea lo que sea, la vuelve inestable. En realidad, debería darme igual lo que la tenga tan absorta; ya tengo mis propios problemas.

Soy un adulto, maldita sea. Pero aquí estoy, en mi propia casa, esperando el permiso de mi guardiana para empezar el día. Julian me trata como a un proyecto que necesita una reforma, o como a Henry cuando le da por lanzar sus piezas de construcción por todo el salón.

Hablando de Henry. Tengo que acordarme de llevar al pequeño pronto al cine. Lo del minigolf sigo sin hacerlo, y probablemente Maeve me lo prohibiría por miedo a que intentara algo con la chica que entrega los palos y me tomara lo de «embocar» de forma demasiado literal.

Pero Henry... el otro día me miró con tanta expectación. Probablemente solo sea una película corta de dibujos; Henry aún no entiende mucho del mundo, se limita a reírse cuando algo de colores salta por la pantalla. Julian diría, seguramente, que Henry y yo nos parecemos maldita sea demasiado en ese sentido.

Que piense lo que quiera. Julian es el que no se entera de nada. Solo ve la clínica y la tradición familiar. Lleva años preguntándose por qué no avanzo en la carrera de medicina, aunque el plan

siempre fue que yo apoyara al equipo como médico. Cree que es pereza, falta de disciplina o ausencia de motivación.

La realidad es mucho más simple: no puedo ver la sangre. El mero olor basta para que se me revuelva el estómago. Llevo años cargando con este secreto como una piedra en el bolsillo. Un Vane que no puede ser médico... para Julian eso sería el fracaso definitivo. Así que dejo que siga creyendo que solo soy un playboy irresponsable. Es más fácil ser un escándalo que una decepción.

Además, hace tiempo que tengo otro plan. Algo que de verdad me pertenece. Pero de eso no le hablo a nadie. Menos aún a Julian. Y mucho menos a la mujer que ahora mismo cruza el camino de grava viniendo desde la casa de invitados.

Miro el reloj. 07:58.

Puntual como un cronómetro suizo, oigo sus pasos. Me bebo el último trago, dejo la taza en el fregadero y agarro mis llaves. No tengo intención de jugar hoy al pecador arrepentido. Si quiere guerra, la tendrá; pero bajo mis reglas.

Cuando abro la puerta, ya está allí. El sol ya castiga el asfalto, pero Maeve, con su traje de chaqueta gris claro, parece tan gélida como si trajera su propia zona climática. Tiene los ojos ligeramente hinchados, como si no hubiera dormido, pero su postura es impecable.

—Buenos días, Hunter —dice. Ni una palabra sobre lo de ayer. Ninguna disculpa. Solo esa frialdad clínica que me saca de quicio—. Vamos tarde. Tu agenda dice: inspección *in situ* del Centro Logístico Sur.

Sonríó y me pongo las gafas de sol.

—Exacto. Un proyecto muy importante. Infraestructura, expansión, todas esas cosas aburridas que le ponen a Julian.

—Entonces deberíamos irnos —dice cortante, señalando mi Audi.

Conducimos en silencio por los suburbios de Chicago hasta que el césped cuidado deja paso a los esqueletos oxidados de las viejas zonas industriales. Maeve lanza miradas escépticas por la ventanilla. Esto no se parece a lo que esperaba. Aquí solo hay baches, grafitis y un olor a goma quemada que flota denso en el aire.

—El GPS dice que estamos llegando —comenta mientras esquivo un contenedor abandonado—. Pero aquí no hay ninguna obra, Hunter.

—Oh, vaya si la hay —respondo, repantingándome en el asiento de cuero—. Los cimientos ya están puestos.

Doblamos una última esquina y, de repente, el terreno se abre. Ante nosotros se extiende una pista de asfalto de un kilómetro, recta como una flecha, entre dos almacenes. No rugen máquinas de construcción, sino motores trucados. Un grupo de mecánicos rodea un Porsche rebajado y, a los lados, ya esperan los primeros espectadores con walkie-talkies.

—Ya hemos llegado —digo.

Maeve clava la vista en la línea de salida a través del cristal.

—Esto no es un centro logístico —dice muy bajito. Su voz es peligrosamente tranquila.

—Técnicamente, se trata de transportar algo del punto A al punto B —replico mientras abro la puerta del copiloto. La adrenalina empieza a inundar mis venas—. Y la logística que hay detrás es jodidamente compleja.

Me bajo y aspiro el olor a gasolina. A mi espalda, oigo a Maeve dar un portazo. Sé, sin necesidad de girarme, que ahora mismo está usando su portapapeles como un escudo.

El juego no ha hecho más que empezar.

Hier ist die Übersetzung von Kapitel 12 ins Spanische. Ich habe den rauen, adrenalingetriebenen Ton beibehalten und die

technischen Details der Rennszene sowie die emotionalen Nuancen von Maeve präzise übertragen.

Capítulo 12

MAEVE

La zona industrial a las afueras de Chicago es un cementerio de acero y hormigón que vibra bajo el calor de agosto. El olor a asfalto caliente se mezcla con el hedor penetrante de la gasolina sin quemar y la goma quemada. Es un mundo que funciona bajo sus propias leyes, leyes que no tienen nada que ver con el orden estéril de Vane Medical

Tras saludar a unas cuantas personas, hemos vuelto a subir al Audi. Ahora el RS6 está estacionado al final de la línea de salida provisional; el motor al ralentí emite un rugido profundo e irregular que hace vibrar el suelo bajo mis pies.

—Aún puedes bajarte —dice Hunter sin mirarme. Tiene las manos apoyadas con ligereza sobre el volante; los nudillos relajados, casi con ternura, como si estuviera calmando al coche—. Pídete un Uber. Yo pago el viaje, te vas a casa y olvidamos que has estado aquí.

Maldito idiota. Juega con mi profesionalidad como si fuera un acelerador. Si me bajo, pierdo el control. Si me quedo, me convierto en cómplice de un delito.

—Solo conduce —le respondo. Mi voz suena más tranquila de lo que me siento. Abro la aplicación de estadísticas en mi teléfono, más para mantener ocupados mis dedos temblorosos que por una necesidad real de información—. Probabilidad media de supervivencia en una colisión a 180 km/h contra un muro de hormigón: 12 por ciento. Con el airbag lateral activado: 31 por ciento. —Hago una breve pausa y siento mi corazón martillear contra las costillas, un metrónomo irregular para la locura que está a punto de desatarse.

Hunter curva la comisura de los labios. Una sonrisa breve y peligrosa que deja ver sus dientes.

—Las estadísticas son para la gente que no tiene el control, Maeve. Y hoy, el control lo tengo yo.

—Las estadísticas son la única verdad dentro de este coche, Hunter. Todo lo demás es testosterona y delirios de grandeza.

A nuestro lado se posiciona el Porsche que antes rodeaban los mecánicos. Dentro va un tipo que probablemente ha visto el interior de una cárcel más de una vez. Frente a nosotros, una mujer con unos shorts vaqueros diminutos se sitúa entre ambos coches. Alza una bandera amarillo neón hacia el cielo deslumbrante. Se me encoge el estómago con tanta fuerza que casi me falta el aire.

La bandera cae.

La aceleración es un asalto brutal. Mi cabeza golpea contra el reposacabezas y la fuerza centrífuga me oprime los pulmones. Durante un milisegundo, mi visión se desdibuja en un túnel gris. Hunter cambia de marcha con una precisión que deja claro que no es su primera vez. El coche sale disparado, la aguja del cuentarrevoluciones salta a la zona roja como una advertencia y el silbido del turbo me pita en los oídos: un grito agudo y estridente que se superpone al rugido grave del motor.

A nuestra derecha, el Porsche se empareja. Su motor brama con tal potencia que el cristal de mi ventanilla vibra. Veo el rostro desencajado del otro conductor a través del cristal sucio, una sombra de pura agresión. Pasamos a toda velocidad por delante de los primeros almacenes; los ventanales no son más que ráfagas de luz solar reflejada.

Hunter está completamente tranquilo, lo que me asusta aún más. En este momento parece uno solo con la máquina, como si el cableado del coche conectara directamente con su sistema nervioso. No queda rastro del playboy arrogante que me gritó anoche. Aquí está enfocado, como si borrara todo lo que lo rodea.

—Tienes pánico —sentencia. Mantiene la vista fija al frente, con el perfil duro como si estuviera tallado en piedra.

—Estoy rezando —suelto entre dientes mientras intento respirar con normalidad.

Pero, si soy sincera, mi corazón no late deprisa por miedo; late por esa clase de libertad que nunca me he permitido. Es la primera vez en años que no me siento como una observadora de mi propia desgracia. No soy la mujer que redacta informes para el autoritario jefe de una corporación. No soy la hija que espera el próximo mensaje de súplica de Marissa ni la que se rompe la cabeza pensando en la próxima huida de Patrick.

Estoy aquí, en este coche, con el velocímetro marcando 220 km/h, y el mundo de fuera ha dejado de existir. Solo queda este momento, este estruendo y la realidad brutal de la velocidad.

Me siento viva. Es una sensación terrible y embriagadora que pone en duda mucho de aquello a lo que me he aferrado hasta ahora.

El Porsche intenta cortarnos el paso. Se cruza peligrosamente cerca de nuestro morro; sus neumáticos lanzan pequeñas piedras contra nuestra pintura que suenan como disparos. Suelto un sonido ahogado y mi mano se posa por reflejo sobre la consola central, justo al lado del brazo con el que Hunter maneja el cambio.

Hunter reacciona al instante, pero no frena: acelera. Reduce de marcha, el coche aúlla como un animal herido y, con un movimiento de volante mínimo, casi imperceptible, rebasa al Porsche por el interior. Es un trabajo de milímetros a una velocidad que convertiría nuestro coche en un amasijo de hierros ardientes ante el menor error.

—¡La diversión no es una variable matemática, Maeve! —grita por encima del ruido infernal—. ¡Es lo que pasa cuando dejas de calcular y empiezas a sentir!

Cruzamos la línea de meta: una marca blanca desvaída sobre el asfalto agrietado. Hunter deja que el coche pierda inercia; el bufido del escape se suaviza mientras la velocidad se desprende de

nosotros como una piel pesada. La multitud a los lados vitorea; figuras borrosas que golpean los cristales y alzan los puños al aire.

Aparca en el extremo más alejado del recinto, detrás de una hilera de contenedores oxidados. El motor emite chasquidos metálicos mientras se enfría, un clic rítmico en el silencio repentino que sobreviene.

Suelto la consola central. Mi mano tiene un temblor mínimo, una vibración fina que no puedo controlar.

—Sigues viva —dice Hunter. Apoya la cabeza en el respaldo y me mira directamente por primera vez desde la salida—. El 31 por ciento ha sido suficiente, ¿no?

No respondo de inmediato. Intento reprimir el temblor de mi voz.

—Eres un lunático, Hunter.

—Tal vez —dice él encogiéndose de hombros—. Pero soy un lunático que ha ganado.

Un tipo con una chaqueta de cuero gastada y el pelo grasiento se acerca a la ventanilla. Sonríe de oreja a oreja y pasa un sobre marrón abultado por la rendija. Hunter lo acepta sin decir palabra. Es dinero en efectivo. Un fajo grueso de billetes de cien que pesa en su mano. Probablemente es más dinero del que yo gano en una semana en Vane Medical.

Espero que se baje ahora. Que exhiba el dinero, que se deje besar por las chicas que pululan por allí y que interprete el papel del intocable príncipe Vane que se divierte en el fango.

Pero Hunter hace algo distinto.

Espera a que la primera oleada de felicitaciones se retire y a que la atención de la masa se centre en la siguiente pareja de salida. Entonces señala con la cabeza a un hombre mayor que está apartado de la fiesta, junto a una vieja camioneta Ford subida a unos gatos. El hombre lleva un mono de mecánico manchado; su

piel parece cuero curtido y sus manos están agrietadas y negras por décadas de aceite incrustado en cada poro.

Hunter se baja y yo lo sigo en silencio; todavía siento las piernas como si fueran de gelatina. Caminamos directos hacia el hombre y Hunter deja el sobre, sin más, sobre la caja de herramientas abierta, entre llaves inglesas y trapos aceitosos.

—Para las piezas nuevas, Ray —dice Hunter—. Y para el alquiler del taller. Dile al casero que deje de dar la lata.

El viejo mira el sobre y luego levanta la vista hacia Hunter. Se limita a asentar con la cabeza, un gesto breve de respeto mutuo.

—Gracias, muchacho. Tu padre habría... —Se interrumpe y sacude la cabeza—. Que no te pillen.

—Nunca —responde Hunter.

Me quedo un momento más allí, observando al mecánico mientras hace desaparecer el sobre en el bolsillo de su mono con dedos temblorosos. Ray parece alguien que no ha recibido una buena noticia en años.

En mi cabeza ya estoy redactando el informe para Julian. Veo las líneas frente a mí: «El Sr. Vane ha participado deliberadamente en carreras callejeras ilegales. Riesgos considerables para la integridad física. Presunta entrega de dinero negro».

Pero entonces miro a Hunter, apoyado contra el guardabarros de su coche, encendiendo un cigarrillo y con la mirada perdida en la distancia.

Pienso en Lily. Pienso en el dinero que Marissa quiere para «material de pulido».

Y entonces me doy cuenta de que las cosas, a menudo, son distintas de lo que parecen a primera vista.

Capítulo 13

MAEVE

Mi pulso se niega rotundamente a bajar a niveles normales cuando ya estamos de vuelta en casa de Hunter. Ir a ciento ochenta kilómetros por hora en una zona industrial abandonada es lo más alejado de mi rutina matutina habitual.

Hunter entra con paso despreocupado detrás de mí, tira las llaves del coche sobre la isla de la cocina, se pasa una mano por el pelo y abre la nevera. Parece totalmente relajado. El subidón de adrenalina de la carrera ilegal parece haberle resbalado.

—¿Cuánto dinero era eso? —pregunto.

—¿Qué dinero? —Saca una botella de vino blanco del compartimento.

—El sobre abultado que le has dado a ese mecánico antes de subir al coche. ¿Cuánto, Hunter?

Deja la botella sobre la encimera y coge una copa de balón del armario de arriba. Luego saca un vaso bajo de cristal pesado para él.

—Eran las apuestas de los espectadores. Una cifra curiosa. Unos quince mil, calculo.

Me quedo mirándolo. —¿Te juegas el cuello por un montón de billetes arrugados?

—No he corrido por la pasta. —Saca el corcho de la botella—. Corro porque es jodidamente divertido. El dinero es solo un efecto secundario agradable.

Desliza la copa hacia mí sobre la superficie de piedra pulida. El vino claro oscila cerca del borde.

—¿Sueles hacer esto? —pregunto, ignorando la copa—. ¿Arriesgar tu vida en cualquier pista?

Hunter agarra una botella de whisky que está junto a la cafetera. Se sirve un trago generoso.

—Este es uno de mis pasatiempos más inofensivos. —Una sonrisa ladeada aparece en su cara—. Las cosas interesantes de verdad ocurren en mi dormitorio. Ahí hay mucho menos desgaste de neumáticos y la forma de trazar las curvas es bastante mejor.

Mi mirada se clava en el vino. Normalmente nunca bebo en horario laboral. De hecho, casi nunca bebo, porque el alcohol nubla el juicio. Pero, además de que esta mañana he visto pasar mi vida por delante varias veces, el hombre al que debo vigilar me está llevando al borde de la locura. No es solo su debilidad por lo prohibido, sino sobre todo su forma de gestionar su comportamiento. A veces creo que hay un niño de quince años atrapado en este cuerpo de adulto musculoso.

He ganado esta copa con creces, decido, y doy un trago largo. El vino sabe a felicidad líquida, un tratamiento relajante y fresco para mis nervios.

—¿Quién es ese hombre? —insisto—. El del mono de trabajo.

Hunter bebe su whisky. —Se llama Ray.

—¿Y Ray recibe quince mil dólares en efectivo por cambiarte las pastillas de freno?

—Ray recibe el dinero porque las facturas de su taller están vencidas. —Hunter hace girar el vaso en su mano, haciendo que los hielos tintineen—. Es el mejor amigo de mi padre. El único ser humano en este planeta capaz de decirle a Alastair Vane a la cara que es un burro obstinado sin ser despedido al día siguiente.

Hunter mira pensativo por la ventana hacia el jardín, hacia la piscina donde hace poco nadaba desnudo.

—Ray sigue visitando a mi padre con regularidad, aunque papá apenas lo reconoce.

Me apoyo con más peso contra la isla de la cocina. Mi copa se vacía con una rapidez asombrosa. —¿Por qué necesita Ray dinero para su taller?

—Ray lleva años en números rojos. Ya tiene más de setenta, debería estar jubilado hace tiempo. Pero tras dos divorcios y sin plan de pensiones, sigue reparando coches. Sin embargo, apenas tiene clientes; ya no es competitivo.

Hunter agarra la botella de vino y rellena mi copa. No lo detengo. No me gusta admitirlo, pero quiero saber más.

—¿Sabe Julian lo de las visitas? —pregunto.

—No hablo de eso con él.

Miro mis manos; después de la segunda copa de vino, el temblor ha desaparecido. Noto cómo los bordes de mi campo visual pierden nitidez. La cocina parece de repente mucho más pequeña. Más íntima. Los ruidos de fuera ya no me alcanzan.

—¿Y tu padre? —pregunto en voz baja.

Hunter suelta una carcajada amarga. —Esa enfermedad lo ha consumido —casi susurra. Da un paso hacia mí—. El gran Alastair Vane. El hombre que decidía sobre miles de millones. Al final olvidó cómo hacerse el nudo de la corbata. A veces se sentaba en su sillón de cuero, me miraba y me pedía que podara los setos del jardín porque pensaba que yo era el jardinero.

No sé qué decir, algo que no me ocurre a menudo. No sé decidir si es por el alcohol o por el hecho de que Hunter —me cuesta hasta pensarlo— me da pena.

—Esa es la verdadera moraleja de toda esta historia, Maeve —dice él. Sus ojos clavan los míos—. Puedes ser el hombre más exitoso del mundo. Puedes construirte muros de billetes. Pero al final nada de eso sirve si tu propia cabeza decide cerrar el negocio. La salud es la única moneda que tiene valor.

Lo miro. Los contornos de su rostro se desdibujan ligeramente. Mis pensamientos ya no se ordenan en listas. Las líneas divisorias estrictas entre consultora de riesgos y cliente se han disuelto en el Chardonnay. No veo al playboy de los portales de cotilleo. Veo a un hombre que tiene sentimientos.

—Estás triste —digo.

Hunter tensa la mandíbula. —Estoy cabreado. Cabreado con esta empresa. Cabreado con Julian, que finge tenerlo todo bajo control. —Exhala con fuerza—. Y me alegro de que estés aquí y evites que me vuelva completamente loco.

La confesión me pilla desprevenida. Intento dejar la copa y noto que pierdo el equilibrio, como si la cocina hubiera adquirido una inclinación mínima. Rozo la botella, que se tambalea peligrosamente, y al mismo tiempo Hunter levanta la mano para sujetarla.

Nuestros dedos chocan.

Piel contra piel. La descarga eléctrica que recorre mi brazo desde sus nudillos me corta la respiración.

No retiro la mano.

Él tampoco.

Nos quedamos ahí. La botella entre nosotros queda olvidada. Su mano se cierra despacio alrededor de mis dedos. El agarre es firme y cálido.

Hunter levanta la vista y esa sonrisa, normalmente insolente, ha desaparecido. La ironía se ha esfumado.

Se inclina hacia delante y los latidos de mi corazón golpean contra mis costillas. El vino ruge en mis oídos. Debería irme.

Pero en lugar de eso, ladeo la cabeza ligeramente hacia arriba.

Sus labios rozan los míos. Primero con mucha cautela. Aspiro su perfume embriagador y mi mano libre encuentra el camino hacia su pecho. La camisa es suave. Siento su corazón latir bajo la tela fina. Late tan salvaje como el mío.

Entonces el beso se vuelve más urgente. Más hambriento. Desliza su mano hacia mi cuello, su pulgar acaricia mi mandíbula. Me apoyo contra él, dejando que su estatura me sostenga porque mis propias rodillas han cedido definitivamente.

Me atrae más cerca de la isla de la cocina. Mi espalda presiona contra el mármol. Su mano viaja a mi cintura. La presión de la piedra en mi columna vertebral atraviesa la niebla que me envuelve.

¿Qué estoy haciendo?

Apoyo las palmas de las manos contra su pecho y lo empujo hacia atrás.

Hunter me mira confundido.

Me limpio la boca con el dorso de la mano; mis labios queman. La cabeza me da vueltas.

—Esto... —empiezo, pero mi lengua se pega al paladar mientras busco las palabras adecuadas. No existen.

Agarro mi bolso y voy hacia la puerta.

Hunter no dice ni una palabra. No levanta las manos para detenerme. Cuando abro de golpe la puerta hacia el jardín, el calor de la tarde me golpea. Es asfixiante, pero nada comparado con la presión en mi pecho. Corro por el césped hacia la casa de invitados. Y no tengo ni idea de cómo voy a tachar este beso de mi lista.

Capítulo 14

HUNTER

Me quedo mirando el hueco que ha dejado Maeve al huir hacia la casa de invitados después de haberme empujado. Mis dedos se clavan en el borde de la encimera hasta que los nudillos se vuelven blancos. El pulso me golpea con fuerza en las sienes. Más abajo, el bombeo es mucho más violento.

En mi entrepierna, el pantalón me aprieta de forma insoportable. Cada paso que doy roza de manera desagradable contra la piel sensible, y noto cómo una gota húmeda de deseo se forma en la punta y se desliza lentamente hacia abajo. Estoy tan duro que duele. No es esa tensión agradable previa a un buen polvo; no, esto es una presión pulsante y agresiva que me está volviendo loco.

Agarro mi vaso de whisky y me bebo lo que queda de un trago. El sabor ahumado me quema la garganta, pero no apaga ni un poco el incendio de mi interior. Al contrario. El alcohol se reparte caliente por mi estómago y se dispara directo al bajo vientre, como si alguien hubiera echado gasolina al fuego.

A la mierda.

Dejo el vaso pesado sobre la encimera y atravieso el salón a grandes zancadas. Mi cuerpo está bajo tensión. Cada músculo se contrae como si se preparara para una pelea. Me quito la camisa por la cabeza mientras camino y la tiro a una esquina, donde se queda en el suelo como un animal abatido. El pantalón va detrás. Me safo de él y le doy una patada sin dejar de andar.

Abro la puerta del baño con el hombro y giro el mando de la ducha de efecto lluvia.

El agua empieza a caer de inmediato, fuerte y constante. Me meto bajo el chorro sin esperar a que se caliente. Los primeros

segundos son gélidos, me muerden los hombros como agujas, pero luego el agua sube de temperatura hasta quemar.

Me apoyo con ambas manos en los azulejos mojados y dejo caer la cabeza. El agua me corre por la nuca y la espalda. Gotea desde la punta de mi nariz, resbala por mis labios.

E inmediatamente, ella vuelve a estar ahí.

Maeve.

Cómo echó la cabeza un poco hacia atrás cuando la besé. Cómo se abrieron sus labios bajo los míos, primero con dudas, luego con hambre. Cómo me buscó en lugar de retroceder. Sus uñas se clavaron en mi antebrazo; no lo suficiente como para dejar marca, pero sí para que todavía sienta la presión.

Mi mano derecha baja como movida por una voluntad propia. Rodeo mi polla. Está dura como el granito, late con dolor en mi puño. La piel está hirviendo, las venas marcadas. Una sola gota de fluido brota de la punta y se mezcla con el agua de la ducha. Empiezo a mover la mano arriba y abajo. Despacio. Tanteando. Igual que nuestro beso de hace diez minutos.

Pero en mi cabeza rebobino la escena y cambio el final.

En mi imaginación ella está completamente desnuda; la agarro por los muslos, la levanto con un movimiento fluido y potente y la siento directamente sobre la isla de la cocina. El mármol frío se presiona contra su culo, obligándola a tomar aire con fuerza. Me encajo entre sus rodillas, abriéndolas más con mis caderas.

Suelto un gemido bajo cuando aumenta la presión de mi mano. El agua ruge en mis oídos, pero en mi cabeza solo escucho su jadeo sordo cuando me deslizo dentro de ella con dos dedos. Está mojada, caliente, estrecha. Sus paredes se contraen de inmediato a mi alrededor. La follo con los dedos, doblándolos, buscando ese punto que la hace estremecerse. Sus manos se clavan en mis hombros, sus uñas atraviesan la tela de mi camiseta.

—Hunter... —gime en mi fantasía.

Saco los dedos, la agarro por las nalgas y la subo un poco más. Entonces embisto: fuerte y hasta el fondo. Ella suelta un grito ahogado, arqueando la espalda. Sus piernas se enredan en mi cintura, sus talones se clavan en mi trasero, empujándome todavía más adentro. La follo contra la encimera, cada golpe hace tintinear la vajilla a nuestro lado. Sus pechos rebotan con cada impacto, los pezones duros y oscuros por la excitación.

Mi mano se mueve ahora más rápido. El ritmo es cada vez más impaciente. El agua me golpea la espalda, corre sobre mis pelotas, lo vuelve todo resbaladizo e intenso. Me imagino girándola, doblándola sobre la isla. Su torso queda plano sobre la piedra fría, su culo se ofrece hacia mí. Le agarro el pelo, tirando de su cabeza hacia atrás hasta que su cuello se tensa. Entonces vuelvo a entrar en ella; por detrás, más profundo, más duro. Sus dedos se aferran al mármol buscando apoyo. Veo cómo se tensan sus músculos, cómo su cuerpo vibra con cada embestida.

—Más fuerte —jadea en mi mente—. Por favor... más fuerte...

Le doy lo que quiere. Me empotro en ella, sujetando sus caderas para que no pueda escaparse. El sonido de la piel contra la piel resuena en la cocina. Su coño se contrae rítmicamente a mi alrededor. Noto que se está viniendo; sus muslos tiemblan, todo su cuerpo se tensa, un grito largo y asfixiado brota de su garganta.

Mi propia mano termina el trabajo. La presión aumenta a una velocidad de vértigo, un nudo ardiente y pulsante en mi bajo vientre. Me imagino levantándola, aplastándola contra la pared, con sus piernas rodeando mi cintura. La follo de pie, profundo y rápido. Sus uñas me arañan la espalda, dejando rastros que queman.

—Quiero verte correrte —gruño en esta fantasía—. Quiero sentir cómo explotas a mi alrededor.

Se corre otra vez, esta vez más salvaje. Sus músculos tienen espasmos, ordeñándome con tanta fuerza que casi pierdo el sentido. Embisto unas cuantas veces más, duro, profundo, hasta que yo mismo no puedo más.

En la realidad, aprieto los dientes. Un gruñido profundo y áspero escapa de mi garganta. El orgasmo me atraviesa como una descarga eléctrica. Chispazos calientes salen disparados de mí, salpican contra los azulejos y el agua los arrastra de inmediato. Mi cuerpo se sacude sin control, mis piernas amenazan con fallar. Presiono la frente contra la pared fría, respirando a ráfagas mientras las últimas oleadas me recorren.

El agua sigue cayendo sobre mí. Limpia el sudor y los rastros de la fantasía. Pero no apaga el ardor de mi pecho.

Me quedo así mucho tiempo, con las manos apoyadas en los azulejos y la cabeza baja. Mi respiración es pesada. Mi polla todavía tiene pequeños espasmos, a medio endurecer, como si no estuviera satisfecha. Como si supiera, igual que yo, que esto solo ha sido un sustituto barato.

En mi cabeza ella sigue ahí. Maeve. Sentada en la encimera, con las piernas enredadas en mí, con los labios hinchados por mis besos. Gimiendo mi nombre. Mirándome; no como un cliente, no como un adversario, sino como un hombre.

Cierro el grifo. El silencio repentino es ensordecedor. Solo mi propia respiración y el goteo pausado de la alcachofa.

Cojo la toalla, me seco sin mirar realmente. Mi cuerpo se siente pesado, agotado, pero no saciado. El deseo no se ha ido. Más bien se ha enterrado todavía más hondo.

Me pongo un pantalón de chándal limpio y paso de la camiseta. Descalzo, vuelvo a la cocina. El whisky sigue allí. Me sirvo otro, doy un trago largo y me quedo mirando el lugar donde ella estaba hace un momento.

El hecho de que me acabe de hacer una paja pensando en mi "niñera" me hace sonreír. Y noto cómo acepto el desafío de convertir esta fantasía en realidad.

Capítulo 15

MAEVE

Siete días. Ciento sesenta y ocho horas en las que representamos una danza agotadora el uno alrededor del otro. Porque hace exactamente una semana que nos besamos.

Desde entonces, ambos fingimos que no ha pasado nada y nos limitamos a tachar tareas de la agenda de Hunter. Como esta mañana: una reunión con la junta directiva de una fundación benéfica aliada. Hunter sonrió, estrechó manos y soltó las frases hechas adecuadas en el momento preciso. Ni un comentario afilado. Ni un cambio de ruta espontáneo. Funciona con la precisión de un cronómetro suizo.

Ese es el problema.

Parece que se ha puesto un traje de teflón que hace que cualquier emoción resbale sobre él. Se acabaron las bromas estúpidas, se acabaron los comentarios irritados.

Ahora mismo estamos en su despacho. Cuando le dejo el plan diario impreso, me aseguro de que nuestros dedos no se rocen ni de lejos. Nos comportamos como dos imanes con la misma polaridad que se repelen con todas sus fuerzas en cuanto la distancia se reduce demasiado.

Lo malo es que llevo siete días sin poder pensar en otra cosa que no sea nuestro beso.

La presión firme de su mano en mi cuello. Su olor, la sensación de sus labios blandos sobre los míos...

Obligo a mis pensamientos a volver a mis listas con una violencia brutal en cuanto esas imágenes asoman, pero acechan justo bajo la superficie de la conciencia como depredadores en aguas poco profundas.

—¿Qué más tenemos hoy? —Hunter me saca de mis ensoñaciones.

—Nos queda un breve *briefing* con Julian. Quiere revisar las cifras del último trimestre.

—Claro que quiere. —Hunter endereza los hombros—. Vámonos entonces. Quiero evitar el tráfico de la hora punta.

Asiento y lo sigo fuera.

El trayecto hasta la sede central de Vane Medical parece un voto de silencio. Me siento en el asiento del copiloto de su coche y observo las fachadas de Chicago que pasan de largo. Hunter clava la vista con concentración en el tráfico frente a nosotros. Ninguno de los dos dice una palabra de más.

Una vez en el edificio de oficinas, la representación continúa sin fisuras. Entramos en la antecapilla de Julian y Elena nos dedica un gesto de ánimo.

—Os está esperando —dice, señalando la puerta cerrada.

Julian está sentado tras su escritorio, con las manos entrelazadas bajo la barbilla. Observa a Hunter con una mirada que oscila entre la sorpresa y el cálculo receloso.

—Una semana entera sin un solo incidente —sentencia Julian sin molestarse en saludar. Hojea un expediente—. Ni salidas nocturnas a locales de dudosa reputación. Ni titulares innecesarios. Parece que la señorita Gallagher está haciendo un trabajo impecable. O que tú por fin has entendido qué es lo que está en juego.

Observo a Hunter por el rabillo del ojo. Espero el comentario habitual. La sonrisa rebelde. La bofetada verbal que suele propinarle a su hermano cuando este lo sermonea.

Pero Hunter se limita a asentir brevemente.

—Las cifras del trimestre, Julian. No tenemos todo el día.

Julian arquea una ceja, visiblemente desconcertado por la falta de resistencia, pero abre la carpeta.

Mientras Julian da una lección magistral sobre número de pacientes, rendimientos y fluctuaciones del mercado, yo clavo la vista en mis notas. No he mencionado la carrera ilegal de coches, aunque técnicamente debería haberlo hecho. No solo he violado mis directrices profesionales, sino también mis propios principios morales.

¿Y para qué? Por un hombre que me dio el beso más intenso de mi vida.

Si esto sale a la luz, perderé este trabajo. Y la oportunidad de traer a Lily conmigo se habrá esfumado para siempre. ¿Qué me está pasando?

Dos horas después, entramos de nuevo en el camino de entrada de su casa. La tarde llega a su fin, el sol baña la grava con una luz cálida. En cuanto el coche se detiene, abro la puerta antes de que el motor se apague del todo. El aire pesado del verano me golpea y agarro mi bolso del asiento trasero.

—Transcribiré las notas de la reunión y las dejaré en la carpeta compartida —digo hacia la puerta del conductor de Hunter. Evito el contacto visual directo—. Mañana a las nueve nos espera el equipo de relaciones públicas para las fotos nuevas de la web. Por favor, estate listo a tiempo.

Me doy la vuelta y camino hacia la casa de invitados. Mis pasos son rápidos. Solo quiero cerrar la puerta tras de mí, desabrocharme la blusa y escribir una lista para las llamadas de mañana. Algo tangible. Algo que pueda controlar. Mis pensamientos orbitan también alrededor de mis padres, de Lily, de los gastos de abogados y del sentido de la vida.

—Maeve.

Su voz me ancla al suelo. Inspiro profundamente, cuadro los hombros, me pongo mi máscara neutral y me giro despacio.

Hunter está apoyado en el capó de su coche. Se ha quitado la chaqueta y la lleva colgada del antebrazo. La corbata cuelga floja

alrededor de su cuello, el botón superior de la camisa está abierto. Me mira, y esta vez falta en su mirada la distancia meticulosa de la última semana. El depredador ha salido a la superficie.

—¿Hay algo que no esté claro sobre la cita de mañana? —pregunto.

Suelta una risa contenida. Es un sonido honesto que me recorre la espalda con un escalofrío inesperado.

—Si seguimos evitándonos de esta forma tan forzada una semana más, Julian va a empezar a creer que estamos casados en secreto y atravesando una crisis matrimonial grave. Me rehúyes como si tuviera una enfermedad contagiosa.

—Mantengo la distancia necesaria —replico. Los latidos de mi corazón se aceleran de forma delatora. Obligo a mis manos a quedarse quietas a los lados—. Nuestra tarea requiere objetividad. Los enredos subjetivos ponen en peligro el mandato.

—Objetividad. —Se separa del capó y camina hacia mí con parsimonia. Su actitud relajada no oculta que tiene un objetivo claro—. ¿Es esa tu nueva palabra favorita? Hace una semana en la cocina parecías bastante más subjetiva.

Siento que el calor me sube a las mejillas. El recuerdo del mármol en mi espalda golpea con toda su fuerza.

—Fue un error. Un desliz debido al alcohol y a un estado emocional excepcional. He protocolizado ese incidente internamente y lo he archivado como algo irrelevante.

Hunter se detiene a dos pasos de mí. Entorna los ojos.

—¿Has protocolizado nuestro beso internamente? ¿Has creado una tabla de Excel para ello? ¿Columna A para contacto de lenguas, columna B para cercanía física inapropiada y columna C para la forma en que te agarraste a mi camisa?

Aprieto los dientes. Un dolor agudo me recorre la mandíbula.

—Tu humor no cambia los hechos. No volverá a ocurrir.

—Mientes fatal cuando estás nerviosa —dice él. Cruza los brazos sobre el pecho. La tela fina se tensa sobre sus hombros—. Tus dedos estrujan la correa de tu bolso como si quisieras estrangularla. No me has mirado directamente ni una sola vez en todo el camino de vuelta. Y cuando voy a la cocina a por una manzana, huyes al pasillo como si fuera a volar la habitación por los aires.

—No huyo.

—Sí, lo haces. —Su voz pierde el tono burlón—. Escapas de algo que ambos sentimos perfectamente. Y este silencio absurdo entre nosotros me está volviendo loco. Esta semana me he comportado como un alumno modelo bajo sedantes. He estrechado manos, he aguantado los discursos de Julian, he sonreído y he asentido porque pensaba que eso facilitaría las cosas. Pero no es así.

—¿Y qué facilitaría las cosas, Hunter? —Mi tono se vuelve más afilado para tapar mi creciente inseguridad. Doy medio paso atrás inconscientemente.

—Quiero que dejemos de tratarnos como si fuéramos bombas de relojería. —Me mira con fijeza. La fuerza de sus ojos claros es casi tangible—. Tenemos que hablar. Sin tus notas de expediente. Sin el encargo de Julian soplándonos en la nuca. Sin esta presión constante de tener que funcionar en cada nivel.

Observo su rostro y la seriedad que desprende me descoloca por completo. Estoy entrenada para gestionar crisis, apagar incendios y dirigir a personas impredecibles con argumentos lógicos. Pero este hombre escapa a cualquiera de mis listas de control. Desmantela mis escudos solo con su presencia.

—Una conversación no cambia nuestra situación contractual —digo en voz baja. La defensa en mi voz suena quebradiza.

—Eso lo descubriremos. —Levanta la mano, pero la deja flotando en el aire antes de tocar mi mejilla y luego la hunde profundamente en el bolsillo del pantalón—. Esta noche. A las ocho. Paso a buscarte.

—¿Adónde quieres ir?

—Al lago Michigan. Terreno neutral, para que podamos hablar tranquilos. Sin el peligro de acercarnos demasiado en ninguna isla de cocina.

La mención de la cocina hace que mi estómago dé un vuelco descontrolado. Debería negarme de inmediato. Mi mandato no contempla excursiones nocturnas a masas de agua. Es un riesgo incalculable. Una violación flagrante de mis propias normas. Pero mientras miro sus ojos exigentes, siento una extraña capitulación nacer en mi interior. La agotadora evitación de los últimos siete días ha desgastado mi resistencia.

—A las ocho —repito despacio. Tengo la boca seca.

—Ponte algo abrigado —dice Hunter. Se da la vuelta y camina relajado hacia su casa—. El viento sobre el agua es traicionero.

Me quedo sola en el césped. El viento del atardecer agita con fuerza las hojas de los viejos robles en el límite de la propiedad. Echo mano de mi teléfono en el bolsillo de la chaqueta para escribir una lista. Argumentos lógicos que debo exponer esta noche. Límites claros que voy a trazar. Pero mis dedos se quedan inmóviles sobre la pantalla negra.

Capítulo 16

HUNTER

Los tablones de madera del Burnham Harbor crujen bajo nuestros pasos, mientras el viento arrastra el olor a algas, a madera vieja y una ligera nota de motores diésel. Los mástiles de los veleros y yates anclados golpean contra el muelle con un ritmo metálico. Es un sonido relajante que me recuerda a los veranos de mi juventud, antes de que nuestra historia familiar tomara un rumbo que ya no tiene mucho de idílico.

Maeve camina a mi lado. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y observa los enormes cascos de los barcos como si esperara que un inspector de Hacienda fuera a saltar de un camarote en cualquier momento.

Nos detenemos frente a un amarre al final del pantalán. Lo que tenemos delante no es un velero de fin de semana. Es un coloso de treinta metros de fibra de vidrio, teca y acero a medida. Los cristales tintados reflejan la escasa luz de las farolas del puerto.

Maeve relaja los brazos y echa la cabeza hacia atrás para contemplar la cubierta superior.

—El *Versasity* —lee en voz alta la inscripción curvada de la popa. Gira la cabeza hacia mí—. ¿El yate es tuyo?

Suelto una risa contenida y meto la mano en el bolsillo del pantalón. Mis dedos se cierran alrededor de la fría llave de metal.

—Es la sala de conferencias flotante de Julian. Mandó fabricar este trasto el año pasado para ablandar a los miembros de la junta y a los socios comerciales a base de champán y caviar. Aunque creo que nunca ha navegado en él. Se marea en cuanto una ola supera los veinte centímetros.

—¿Y tú tienes la llave del yate de tu hermano?

—Mandé hacer un duplicado —la corrijo mientras subo a bordo por la estrecha pasarela—. Julian no sabe nada, así que... chist. Hace que una tripulación limpie el barco cada semana. Considero mi deber fraternal asegurarme de que el personal de limpieza tenga algo que hacer de verdad.

Maeve me sigue con vacilación a la cubierta de popa. Sus zapatos planos amortiguan los pasos sobre la teca pulida.

—Das fiestas aquí en secreto.

—De vez en cuando —digo mientras deslizo la pesada puerta de cristal de la cabina principal—. Fiestas. Eventos benéficos. O le ofrezco asilo a mujeres agotadas cuando, tras una larga noche en la ciudad, ya no encuentran el camino a su propia cama. Pura caridad cristiana.

Ella pone los ojos en blanco.

—Tu definición de caridad suele llenar las portadas de la prensa rosa.

—Aquí no. —Enciendo la luz tenue del salón. El espacio huele a puro lujo—. El capitán del puerto es un viejo conocido. Ve muy mal cuando los billetes en el bolsillo de su camisa son lo bastante gruesos.

Me dirijo con paso firme hacia el bar integrado, oculto hábilmente tras un panel de madera. Pulso un botón y el estante se desliza hacia arriba en silencio. Julian no bebe cuando trabaja, pero se asegura de que sus invitados tengan la mejor selección. Agarro una botella de ginebra y dos pesados vasos de cristal.

—Vuelve fuera —le grito por encima del hombro mientras saco hielos de la pequeña nevera—. Aquí dentro huele al ego de Julian.

Cuando salgo de nuevo a la cubierta de popa con los vasos llenos, Maeve está apoyada en la barandilla. Observa el lago Michigan. El agua es una superficie negra infinita que se traga el cielo nocturno sin fisuras. El viento le enreda el pelo oscuro en la cara.

—Por el terreno neutral —digo, alzando mi copa.

Vacila un segundo y luego brinda conmigo. El sonido cristalino se pierde en el viento. Da un trago y sus hombros caen un milímetro. Nos apoyamos los dos contra el metal frío de la barandilla. El barco se mece suavemente al ritmo de las olas.

Observo su perfil. La nariz recta. La curva suave de sus labios. Parece agotada.

—¿Quién te persigue, Maeve?

No gira la cabeza. Sus dedos aprietan el vaso.

—Nadie me persigue.

—Tonterías —replico con calma y bebo un sorso de ginebra—. Analizas cada habitación en la que entras. Escribes listas como si tu vida dependiera de ello. Y el otro día parecías estar frente a un pelotón de fusilamiento solo por haber leído un correo electrónico. Así que, una vez más: ¿quién es?

Inspira profundamente y, como no hay respuesta, asumo que he ido demasiado lejos. Hasta que, finalmente, responde.

—Mis padres —dice en voz baja.

La respuesta me sorprende. Esperaba un exnovio celoso. O un cliente furioso de su pasado.

—Patrick y Marissa —continúa, y su voz adquiere un tono amargo—. Son expertos en vender cosas que no les pertenecen. Mi padre arranca los suelos en barrios elegantes, cobra el adelanto por la cara madera de caoba y desaparece antes de que los dueños vuelvan de vacaciones. Mi madre vende a las novias lugares de ensueño para su boda que ha alquilado por un día con tarjetas de crédito robadas. En cuanto cobran el cheque, se esfuma.

Escucho sin interrumpirla. Tengo el sarcasmo en la punta de la lengua, pero me lo trago. El peso de sus palabras es más fuerte que mi necesidad de aliviar la situación con una broma.

—Parece un modelo de negocio estresante —comento, seco.

Maeve suelta una risa sin alegría.

—Es una vida nómada. Casi siempre nos mudábamos antes de que supiera cómo se llamaban los vecinos. Si alguien llamaba a la puerta, solía significar que teníamos que escapar por la ventana del baño.

Se gira hacia mí. La luz tenue del barco se refleja en sus ojos.

—El problema no es el dinero —dice, y su voz tiembla por una fracción de segundo—. El problema es Lily. Mi hermana pequeña. Tiene catorce años. Patrick y Marissa la arrastran de un motel de mala muerte a otro. La usan como escudo humano. Cuando los acreedores llaman a la puerta, ponen delante a una niña llorando. Estoy intentando conseguir la custodia compartida. Tengo un abogado. Necesito la casa en Elmwood Park. Necesito el dinero de este encargo, Hunter.

Las piezas del puzle encajan en mi cabeza. La casa de invitados. La rigidez. La negativa a permitir el más mínimo error. No hace esto por su carrera. Lo hace para salvar a su hermana.

Miro mi copa y mi propia vida parece, de repente, un chiste de mal gusto. Yo lucho contra un hermano obsesionado con el control y un fondo fiduciario. Maeve lucha por la mera existencia de su familia.

—¿Qué puedo hacer? —pregunto.

Maeve parpadea. La pregunta directa parece descolocarla.

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres que llame a alguien? —Dejo mi vaso en la estrecha mesa de madera junto a la barandilla—. Conozco gente en esta ciudad. Gente que no hace preguntas. Podemos meter a Patrick y Marissa en líos legales tan profundos que renuncien a la custodia voluntariamente. Puedo conseguirte al mejor abogado de familia de Chicago. Mañana mismo.

Me mira fija. Una sonrisa real, incrédula, aparece en su rostro. Transforma todas sus facciones. La dureza desaparece.

—Te creo capaz de hacerlo.

—Solo di una palabra.

—No —dice con suavidad—. Nada de acciones ilegales. Nada de tratos bajo cuerda. Cuando traiga a Lily conmigo, todo tiene que ser inatacable. Mis padres aprovecharán cualquier pequeño error que encuentren.

—¿Entonces qué, Maeve? ¿Cómo ayudo?

Da un paso hacia mí. El viento juega con el cuello de su blusa.

—Pórtate bien. Eso es todo. Dame estos dos meses que quedan. Nada de carreras ilegales. Nada de titulares con influencers llorando. Límitate a ser el aburrido heredero que Julian quiere. Si termino este trabajo con éxito, tendré los recursos y el prestigio para ganar en el tribunal de familia.

—Dos meses —repito despacio. Meto las manos en los bolsillos. Una sonrisa ladeada me curva la boca—. Es mucho tiempo para alguien con mi capacidad de atención.

—Lo lograrás. —Alza su vaso y bebe un sorbo de ginebra—. Esta semana has demostrado que sabes funcionar.

—Sé comportarme —digo. Doy otro paso hacia ella. La distancia entre nosotros se reduce al mínimo y puedo sentir el calor de su cuerpo a través del aire fresco de la noche—. Pero no esta noche.

Se queda inmóvil. El vaso se detiene a pocos centímetros de sus labios.

—Hunter.

Esa es la palabra. Mi nombre, pronunciado con ese tono de advertencia y falta de aliento. Es el pistoletazo de salida.

Agarro su vaso a la velocidad del rayo, se lo quito de los dedos y lo pongo junto al mío sobre la mesa. Antes de que pueda protestar,

la rodeo por la cintura con mis brazos.

—¿Qué haces? —pregunta. Sus manos se apoyan por instinto contra mi pecho.

—Enseñarte a ceder el control —murmuro.

La levanto sin esfuerzo y sus pies pierden contacto con la teca. Pesa sorprendentemente poco, pero su resistencia es enorme.

—¡Bájame ahora mismo! —grita mientras me dirijo con ella hacia la barandilla abierta de popa. El pánico asoma en su voz—. ¡Ni se te ocurra, Hunter!

—Dicen que el lago Michigan es una maravilla para nadar en esta época del año —replico riendo.

Llego al borde y me inclino un poco para dejarla deslizarse sobre la barandilla. Era una broma, pero he subestimado sus reflejos.

Sus manos se clavan en el cuello de mi camisa, agarra la tela con la desesperación de alguien que se ahoga. Cuando paso su peso al otro lado de la barandilla, se niega a soltarme.

Lo que viene después no estaba planeado. El peso de su cuerpo me arrastra irremediabilmente hacia delante, de modo que pierdo el equilibrio sobre las tablas pulidas.

El mundo se vuelca. El agua oscura se precipita hacia nosotros.

El impacto es brutal.

El frío del agua me saca el aire de los pulmones, se me mete en los oídos, se traga todos los sonidos de la superficie y los sustituye por un rugido sordo. Pateo con fuerza, rompo la superficie y busco aire con avidez. Me aparto el pelo mojado de la cara y miro a mi alrededor. Siento un momento de pánico al no reconocer nada, hasta que Maeve aparece a mi lado.

Tose con fuerza, escupe agua y se aparta los mechones empapados de la cara. Su blusa blanca se le pega al cuerpo como una segunda piel.

—¿Te has vuelto loco de remate? —jadea. Golpea el agua con la palma de la mano. Una fuente me da directo en la cara—. ¡Tenía el teléfono en el bolsillo!

Suelto una carcajada sonora. El sonido reverbera por la tranquila dársena del puerto. El agua fría envuelve mi cuerpo, pero la adrenalina bombea caliente por mis venas.

—Entonces ya no nos molestará nadie esta noche.

La rabia en sus ojos se mezcla con algo más. El impacto del agua fría ha barrido su actitud habitual tan formal. Mueve los brazos para mantenerse a flote. El movimiento hace que nuestras rodillas choquen bajo la superficie.

Nado más cerca de ella y mi mano encuentra su cintura bajo el agua. Sus manos, que intentan resistirse, terminan en mis hombros, pero no me aparta.

—Eres un idiota —susurra. Sus dientes castañean ligeramente.

—Lo sé —respondo.

No le doy tiempo para más argumentos. Cierro el espacio entre nuestros rostros.

El beso no es un tanteo cauteloso como el de la cocina. La humedad de nuestros cuerpos, el frío del agua, el balanceo de las olas... todo desaparece tras la presión de sus labios. Sabe a lago y a ginebra. Sus dedos viajan de mis hombros a mi nuca, se hunden en mi pelo empapado y me atraen aún más.

La rodeo con ambos brazos, pateo con fuerza para mantenernos a flote. Ella abre la boca, reacciona a cada uno de mis movimientos, me entrega el control y me lo quita en el mismo instante. Es una danza salvaje y descoordinada en medio de las aguas negras.

Cuando mis pulmones arden por la falta de oxígeno, me separo de ella. Los dos respiramos con dificultad. La niebla de nuestro aliento se condensa en el aire fresco de la noche.

Apoyo mi frente contra la suya. El agua gotea de nuestras caras.

—Ven —digo en voz baja.

Nado de espaldas hacia la plataforma de baño en la popa del yate. Me subo por la escalera de metal. El agua cae a chorros de mi ropa. El peso de la tela mojada me tira hacia abajo, pero me impulso sobre la teca.

Me giro y le tiendo la mano.

Ella la agarra. La saco del agua de un tirón. Tropieza un poco hacia delante y choca contra mi pecho. Estamos en la cubierta de popa. Los charcos se forman de inmediato alrededor de nuestros pies. El agua gotea rítmicamente de su dobladillo sobre las tablas de madera.

Tiembla. Su mirada está clavada en mis labios.

Le aparto un mechón de pelo mojado de la frente.

—Ahora voy a enseñarte lo grandes que son las camas aquí abajo.

Capítulo 17

MAEVE

El agua resbala en hilos fríos desde mi pelo y mi ropa hacia los estrechos peldaños de teca mientras sigo a Hunter escaleras abajo. Cada paso produce un leve sonido húmedo. Mis zapatos planos están empapados, las suelas patinan sobre la madera mojada. Me sujeto con una mano al pasamanos pulido; con la otra, aprieto el tejido empapado de mi blusa contra el pecho, como si así pudiera domar el frío y el temblor.

Hunter camina delante de mí. Su espalda es ancha, los músculos bajo la camisa blanca translúcida se marcan con cada movimiento. El agua ha vuelto el tejido invisible: veo las líneas largas y duras de sus escápulas, la hendidura de su columna, el juego de los músculos en sus costados. No se da la vuelta, pero sé que siente mi mirada clavada en él.

Al pie de la escalera se abre un pasillo estrecho. Una luz indirecta desde tiras LED ocultas lo tiñe todo de un oro cálido. Hunter empuja una puerta discreta. Detrás se encuentra el dormitorio principal.

Pero esto no es solo una habitación. Es un maldito palacio bajo la línea de flotación.

Una cama inmensa domina el centro, con sábanas gris oscuro y un sinfín de cojines. Ventanales que van del suelo al techo ofrecen una vista al lago negro como la noche, interrumpida solo por las luces tenues de otros barcos en el puerto. Un lado de la estancia es un vestidor con frentes de cristal; el otro, un baño de mármol que se entrevé tras una puerta corredera a media altura. Sobre la cama cuelga una lámpara de araña de latón mate y cristal que tintinea suavemente ante el más mínimo movimiento.

Hunter entra y cierra la puerta de una patada. Entonces se gira.

Gotas de agua cuelgan de sus pestañas, resbalan por sus mejillas, su mandíbula, su cuello. La camisa mojada se le pega al torso, dibujando cada costilla, cada relieve de sus abdominales. Sus manos encuentran mis caderas; tiene los dedos fríos por el agua y, sin embargo, se sienten incandescentes. Me atrae hacia él despacio, casi con cautela, hasta que mi blusa mojada choca contra su camisa empapada. Siento cada centímetro de su calor corporal a través del tejido. Su erección presiona con fuerza contra mi bajo vientre: grande, pulsante, impaciente.

Inclina la cabeza y me besa.

Este beso es distinto al del agua. Se toma su tiempo para atrapar mi labio inferior entre los suyos, succionándolo con suavidad antes de que su lengua se deslice en mi boca. Sabe a ginebra y menta. Mis manos aterrizan en su pecho, se cuelan bajo la camisa mojada, encuentran piel cálida y firme. Siento su corazón: rápido, fuerte, sincronizado con el mío.

Agarra el dobladillo de mi blusa y me la saca por la cabeza. El tejido produce un sonido húmedo al soltarse. No llevo sujetador; estoy desnuda hasta la cintura. El aire fresco golpea mis pechos y hace que mis pezones se endurezcan al instante.

—Eres preciosa, Maeve... —susurra.

Se inclina, atrapa un pezón con la boca. Su lengua está caliente y húmeda, traza círculos lentos antes de succionarme con suavidad. Una descarga eléctrica me atraviesa el cuerpo y aterriza directo entre mis piernas. Suelto un jadeo, mis dedos se enredan en su pelo. Cambia al otro lado, muerde ligeramente, tira con los dientes hasta que me arqueo hacia él.

Sus manos bajan más, abren el botón de mis vaqueros, bajan la cremallera. El tejido mojado se pega a mis piernas, pero él lo retira con paciencia, incluso se arrodilla un momento para sacar el pantalón por mis pies. Cuando me quedo solo en bragas, se incorpora, me levanta y recorre los pocos pasos que nos separan de la cama. Me tumba sobre las sábanas frescas, que absorben la

humedad de inmediato. Me quedo ahí, sin aliento, con las piernas entreabiertas, viendo cómo se arranca la camisa. Los botones saltan por los aires.

Su torso es una obra de arte de músculo: hombros anchos, pecho definido, unos abdominales que proyectan sombras bajo la luz tenue. Una línea fina de vello oscuro baja desde su ombligo y desaparece en los vaqueros. Se los quita, y los bóxers también. Su sexo queda libre: grueso, largo, con el glande brillando por el deseo. Está duro como el acero, las venas marcadas. Se me seca la boca. Un tirón caliente y pulsante se extiende por mi vientre. Nunca he hecho esto, pero siento cuánto lo quiero.

Se arrodilla en la cama, se sitúa sobre mí. Sus manos se apoyan a izquierda y derecha de mi cabeza. Me besa de nuevo: lento y tierno. Su lengua danza con la mía mientras una mano recorre mi costado, rodea mi cadera, encuentra la lencería. La aparta, sus dedos se deslizan por mi humedad, separan mis labios, encuentran mi clítoris.

Jadeo contra su boca. El contacto es eléctrico. Traza círculos lentos, ejerce la presión exacta. Mis caderas reaccionan con espasmos hacia él. Siento que me mojo aún más, que todo en mi interior se contrae. Me quita las bragas del todo, las tira lejos. Ahora estoy completamente desnuda.

Sus dedos regresan entre mis piernas. Esta vez penetra en mí con un dedo: despacio y con cuidado. Me tenso un segundo. Es algo desconocido, pero no desagradable. Se mueve con suavidad, curva el dedo, encuentra ese punto en mi interior que me hace ver estrellas. Sigue un segundo dedo. Me dilata, me prepara, mientras su pulgar sigue masajeando mi clítoris.

Gimo alto. Mis manos buscan sus hombros, lo atraen hacia abajo.

—Hunter... —susurro. Me tiembla la voz.

Me besa el cuello, succiona el punto sensible bajo mi oreja.

—Dime qué quieres, Maeve.

—Te quiero a ti —susurro apenas—. Es solo que...

Se detiene. Su mirada busca la mía.

—¿Es tu primera vez?

Asiento. El corazón me martillea tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Me besa de nuevo, luego se incorpora, abre el cajón de la mesilla y saca un preservativo. Lo desliza sobre su miembro. Vuelve a colocarse sobre mí.

Se posiciona entre mis piernas. La punta ancha de su sexo presiona contra mi entrada. Me mira a los ojos.

—Si duele, dímelo de inmediato —susurra—. Pararemos.

Asiento. Mis manos están sobre su espalda, mis uñas se clavan ligeramente en su piel. Empuja hacia delante: despacio, infinitamente despacio. La dilatación es intensa. Quema un momento, un dolor agudo y punzante que me hace contener el aliento. Me pongo rígida. Él se detiene al instante.

—Respira, baby —murmura. Me besa la frente, las mejillas, los labios—. Relájate. Estoy contigo.

Inspiro profundamente. El dolor remite, se convierte en una presión sorda. Asiento.

—Sigue.

Se desliza más hondo, centímetro a centímetro. Cuando está todo dentro de mí, se queda quieto. Ambos respiramos con dificultad. Lo siento en todas partes: la plenitud, el calor, el pulso de su sexo en mi interior. Es abrumador. Y se siente... correcto.

—¿Todo bien? —pregunta en voz baja.

Asiento. —Sí. Muévete.

Empieza a moverse, despacio y con cautela. Cada embestida es controlada, pero profunda. El dolor inicial se desvanece rápido, se transforma en otra cosa. En calor. En placer. En un deseo ardiente y palpitante que se expande por mi bajo vientre. Elevo las caderas,

voy a su encuentro. Él gime bajo. Sus movimientos se vuelven más rápidos y duros. Sus manos agarran mis caderas, me sujetan mientras me penetra más hondo. Siento cada centímetro de él, cómo roza ese punto sensible en mí, cómo me llena, cómo me toma.

—Dios, Maeve... te sientes tan bien... tan estrecha... tan perfecta...

Gimo con fuerza. Mis uñas arañan su espalda. Enredo mis piernas alrededor de sus caderas, lo atraigo más profundo. El ritmo se vuelve salvaje. Piel contra piel. El fuego de mi vientre se convierte en un infierno.

—Yo... estoy a punto... —jadeo.

—Llega para mí —susurra él—. Déjame sentir cómo te corres a mi alrededor.

Sus palabras me empujan al abismo. El orgasmo me golpea como una ola: duro y arrollador. Mis músculos se contraen rítmicamente alrededor de él. Grito su nombre, mi cuerpo tiembla, encojo los dedos de los pies.

Hunter embiste unas cuantas veces más, luego él también se tensa. Un gemido profundo y áspero escapa de su garganta. Se corre dentro de mí, pulsando, llenando el látex. Su cuerpo vibra sobre el mío antes de dejarse caer encima de mí.

Nos quedamos ahí, sudorosos, respirando con pesadez. Su frente descansa contra la mía. Me besa con ternura.

—Ha sido increíble —susurra.

Sonríó agotada, pero también... ¿feliz? ¿Se puede ser feliz después de acostarse con un hombre como Hunter Vane? Mis dedos le apartan el pelo húmedo de la frente.

—Ha sido precioso.

Se retira despacio de mí y siento el vacío repentino, el calor que aún resuena en mi interior. Se gira hacia un lado, desecha el preservativo con un movimiento rutinario en la papelería del baño y

regresa de inmediato conmigo. Sus brazos me rodean, me atraen contra su pecho como si fuera algo valioso que no se puede soltar. La sábana cruje cuando nos cubre a los dos. Su mano encuentra mi espalda, la acaricia de arriba abajo con movimientos largos y tranquilizadores. Poseedor y reconfortante al mismo tiempo. El suave balanceo del yate nos muna y, fuera, el agua chapotea contra el casco, una canción sorda y monótona.

Entonces se aclara la garganta suavemente.

—Bueno... —empieza, y ya noto la sonrisa pícaro y familiar en su voz antes incluso de verla en su cara—. Técnicamente, acabo de desvirgar a la famosísima Maeve Gallagher. En un yate. En el lago Michigan. Bajo una lámpara de araña que probablemente costó más que toda tu carrera universitaria.

Suelto un quejido —mitad risa, mitad desesperación— y escondo la cara en su hombro.

—Hunter.

—¿Qué? —Sueno totalmente inocente. Sus dedos juegan con un mechón húmedo de mi pelo—. Habrá que dejar constancia. Quiero decir, la mayoría de los tíos solo consiguen algo así en películas porno malas. Yo lo he logrado en vivo. Con emociones de verdad y todo. Merezco una medalla. O al menos un diploma: «Hunter Vane, primer escalador de la inexpugnable fortaleza Gallagher, 2026». Con borde dorado.

Le doy un puñetazo juguetón en el pecho. —Eres imposible.

—Y tú estás roja como un tomate. —Se ríe bajo, profundo, vibrante—. Es tierno. No sabía que todavía pudieras sonrojarte si no estás destrozando a alguien a base de párrafos legales.

—Para.

—Jamás. —Me estrecha aún más contra él, hasta que no queda ni un milímetro de espacio. Sus labios rozan mi sien—. Ahora en serio. ¿Cómo te sientes?

Inspiro profundamente. Su piel huele a perfume, a sudor y a él. A nosotros.

—Bien —digo en voz baja—. Realmente bien. Y al mismo tiempo... como si acabara de cometer el mayor error de mi vida.

Se queda en silencio. La ligereza juguetona desaparece por un momento. Su mano se detiene, descansa cálida y pesada sobre mi espalda.

—¿Porque soy tu cliente? —pregunta finalmente.

—Porque he hecho pedazos mi propio manual de reglas. Porque necesito a Lily. Porque necesito este trabajo. Porque... —Trago saliva—. Porque tengo miedo de que esto lo rompa todo.

Hunter levanta la cabeza, busca mi mirada. Bajo la luz tenue de la cabina, sus ojos parecen casi negros, pero distingo la seriedad en ellos.

—Maeve —dice con calma—. Acabas de hacer algo solo para ti por primera vez en años. No por Lily. No por tu contrato. No por tu lista. Por ti. Y si esto es un error, entonces soy el error más hermoso que hayas cometido jamás.

Tengo que reír, aunque las lágrimas me queman los ojos. —Eres un engreído.

—Lo soy. —Sonríe de nuevo—. Pero también soy el tío que acaba de hacer que te corras en tu primera vez, así que... creo que puedo permitirme ser un poco engreído.

—Oh, Dios mío. —Escondo la cara de nuevo en su pecho—. Deja de hablar.

—No. —Me besa la coronilla—. Voy a hablar un rato más. Porque sé que tu cerebro está intentando meter esto en una tabla de Excel ahora mismo, y quiero que, en lugar de eso, escuches.

Suspiro. —Vale. Habla.

Él inspira hondo, como si necesitara recomponerse.

—Sé que tienes pánico. Sé que crees que acabas de jugarte toda tu carrera, tu futuro, el futuro de Lily, tu control... todo... a una noche con un tío que ha salido en la prensa rosa más veces que las Kardashian en los últimos dieciocho meses. Sé que mañana te despertarás y escribirás una lista con todos los motivos por los que esto no debería haber pasado nunca. Y sé que intentarás crear distancia otra vez. Porque la distancia te da seguridad.

Sus dedos siguen recorriendo mi espalda.

—Pero te voy a decir una cosa, Maeve Gallagher: no soy un error. Y esto no ha sido un desliz. Ha sido el momento en el que por fin has dejado de querer controlarlo todo y, en su lugar, simplemente... has sentido. Y yo estaba ahí. Y quiero volver a estarlo. Hasta que algún día entiendas que no tienes por qué cargar con todo tú sola.

No sé qué responder a eso. En su lugar, me quedo dormida por primera vez en años sin tener una lista en la cabeza.

Capítulo 18

MAEVE

El balanceo constante del colchón me despierta. Es un ritmo extraño, un suave subir y bajar que no encaja en absoluto con el suelo firme sobre el que suelo construir mi vida.

Un brazo pesado descansa sobre mi cintura y, nada más abrir los ojos, mi cerebro empieza a martillear:

Anoche me acosté con Hunter Vane. La realidad se desploma sobre mí, una avalancha de listas no escritas y reglas rotas. Una pérdida total de control que anoche se sintió como volar y esta mañana como un impacto sin frenos contra el cemento. He perdido mi inocencia con mi cliente. Con el hombre al que debo supervisar profesionalmente. En el yate de su hermano.

Intento apartar su mano de mi cadera con cuidado para escabullirme de la cama.

—Ni lo pienses —murmura una voz profunda directamente contra mi hombro.

—Tengo que levantarme —susurro.

—Estás huyendo, Gallagher —sentencia él. Esconde el rostro en mi pelo—. Tu cerebro hace tanto ruido que no puedo seguir durmiendo. Estás calculando en qué categoría de responsabilidad civil vas a contabilizar este polvo.

Cierro los ojos. Ha dado en el clavo.

—Ha sido una violación de mis obligaciones contractuales.

Hunter suelta una risa contenida. La vibración se transmite directamente a mi cuerpo. Se gira sobre la espalda y me arrastra suavemente con él hasta que quedo medio tumbada sobre su pecho.

Me mira. Sus ojos están limpios, su pelo revuelto en todas direcciones. Está insultantemente guapo para alguien que ayer casi

se ahoga en el lago.

—No ha sido una violación —dice—. Ha sido lo más real que me ha pasado en la vida en los últimos tres años. Así que no te atrevas a relativizarlo en un portapapeles. Creía que lo habíamos dejado claro anoche.

Mi cabeza me dice que anoche no aclaramos nada, sino que creamos uno de los mayores problemas de mi vida, pero no digo nada. Me deslizo fuera de su pecho y me siento en el borde de la cama.

El aire fresco de la cabina golpea mi piel desnuda; recojo mis bragas, ya secas, y me las pongo. Luego voy hacia el armario y me pongo una de las camisetas de Julian o de Hunter, que me queda tres tallas grande. Me llega por la mitad de los muslos.

—Café —digo—. Necesito café. Urgente.

Diez minutos después estoy sentada en la cubierta de popa. Mi teléfono, que estaba "muerto" en un cuenco de arroz crudo en la cocina de a bordo, ha vuelto a la vida al encenderlo. El sol de la mañana disipa la última niebla del lago Michigan, haciendo que el agua brille. Las gaviotas gritan sobre los mástiles de los barcos vecinos. El mundo ha seguido girando, como si esta noche no hubiera pasado nada especial.

La puerta de cristal se desliza y Hunter sale al exterior. Lleva un pantalón de chándal gris caído sobre las caderas. Su torso está desnudo. Me pone una taza humeante en la mano.

—Solo —dice, dejándose caer en el banco frente a mí. Apoya los pies en la mesa baja de teca—. Los granos son probablemente más viejos que el diploma de secundaria de Julian, pero cafeína es cafeína.

Doy un sorbo, me llevo las rodillas al pecho y me envuelvo mejor en la camiseta enorme.

Hunter me observa por encima del borde de su propia taza. Un brillo divertido asoma a sus ojos.

—Así que... —empieza en tono casual—. Ahora que te he convertido oficialmente en mujer, tienes muchas más posibilidades de obtener la custodia. Eso te da cierta madurez materna ante el juez.

Me atraganto con el café caliente. Entre tos y ojos llorosos, le clavo la mirada.

—No lo dirás en serio.

Él sonríe de par en par.

—Solo intento relajar el ambiente. Estás ahí sentada mirando el agua como si fueras a saltar por la borda y volver nadando hasta tu barrio residencial.

Me limpio la boca con el dorso de la mano. Mis mejillas arden.

—Eres imposible. Y el sistema legal no funciona así.

—¿Y cómo funciona entonces? —Deja su taza. La diversión desaparece de sus facciones; se pone serio—. ¿Por qué tienes tanto miedo a la vista, Maeve? Si tus padres tratan así a Lily, ¿qué puede pasar?

Miro la superficie oscura de mi café. La realidad vuelve sin piedad. La noche en el yate fue una burbuja. Una burbuja hermosa y segura. Pero las burbujas estallan.

—Me falta el dinero —digo en voz baja.

Él frunce el ceño.

—Pensaba que ganabas suficiente en Harrington.

—Y lo gano. Pero un abogado de familia que sepa lidiar con casos de custodia de padres sin domicilio fijo pide un anticipo muy alto. A eso súmale el pago inicial de la casa. El juez tiene que ver que ofrezco un entorno estable. Un contrato de alquiler no basta si la otra parte argumenta que me mudo tan a menudo como ellos. —Respiro hondo—. Me faltan unos diez mil dólares. Hasta que no los tenga en la cuenta, mi abogado no moverá un dedo.

Hunter cruza los brazos tras la cabeza.

—Diez mil dólares. Eso es el ejercicio más fácil para mi talonario. Yo te doy el dinero.

—No. —Mi respuesta sale disparada.

—No seas tan orgullosa, Maeve. Se trata de tu hermana.

—No es cuestión de orgullo. —Lo miro a los ojos—. Es cuestión de vulnerabilidad. Si el tribunal ve que mi cliente —un hombre cuyo fondo fiduciario está bajo supervisión de una aseguradora— me suelta diez mil dólares, parecerá un soborno. O algo peor. Mi madre lo usará contra mí ante el juez. Dirá que soy comprable. El riesgo es demasiado grande.

Hunter cruje los dientes de forma audible. Odia que los problemas no se solucionen simplemente con dinero. Desliza las piernas fuera de la mesa y se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

—Vale. Sin cheques. Lo entiendo. —Me mira fijamente—. Entonces tráela aquí.

Parpadeo.

—¿Qué?

—¿No puedes traer a Lily un fin de semana? —pregunta—. Me gustaría conocerla. Y así descansa de esos moteles mugrientos. Pedimos pizza, le enseño el cine en casa, la distraemos.

La propuesta es tan simple y a la vez tan absurda que mi cerebro tarda un momento en procesarla. Lily en casa de Hunter.

Pero entonces tengo una idea.

El correo de Marissa. La exigencia de ochocientos dólares para el supuesto material de pulido de Patrick. Están en South Bend en este momento.

Mi mente entra en modo estrategia. Las listas se ordenan ante mi ojo interno. Marissa quiere dinero. Me necesita como un cajero

automático. Si envió el dinero electrónicamente, no tendrán motivos para dejarme a Lily. Pero si tengo el dinero físicamente... el efectivo es el arma de presión definitiva para mis padres.

—Quieren ochocientos dólares —digo más para mí que para él.

—¿Quiénes?

—Patrick y Marissa. Están atrapados en un motel en South Bend.

—Dejo mi taza sobre la mesa. El cansancio desaparece—. Mi madre me ha escrito varias veces estos días. Exige el dinero para una supuesta obra. Normalmente se lo envió por Western Union.

Hunter hace una mueca.

—Ni se te ocurra hacerlo.

—No lo haré. —Siento cómo mi enfoque gélido desplaza el agobio de la mañana—. Voy a ir allí. En persona.

Hunter arquea una ceja.

—¿Quieres conducir hasta un motel en Indiana para ponerle dinero en efectivo en la mano a tus padres estafadores?

—Les pondré ochocientos dólares en efectivo sobre la mesa —confirmo asintiendo lentamente. El plan toma forma a medida que hablo—. Y a cambio, les diré que me llevo a Lily el fin de semana a Chicago. Aceptarán.

—¿Estás segura?

—Al cien por cien. Ven a Lily como un gasto y un estorbo. Si les pongo el efectivo bajo la nariz y me ofrezco a quitarles a la adolescente de la nómina durante tres días, ellos mismos me meterán la maleta en el coche.

Aprieto los puños.

—Aún no saben nada del abogado. No saben nada de la casa. Para ellos solo soy la hija con el trabajo y la cuenta bancaria que quiere darle un buen fin de semana a su hermanita.

Hunter me observa.

—Das miedo cuando tu cerebro se pone a trabajar. ¿Lo sabías?

—Soy eficiente —corrijo.

—¿Y qué haremos si causan problemas? —Se levanta—. South Bend no está a la vuelta de la esquina. No vas a ir sola.

Le miro hacia arriba.

—Mi coche está frente a la casa de invitados. Tú no puedes salir de la ciudad sin un motivo justificado. Julian se...

—A la mierda Julian. —Hunter camina hacia mí, se inclina y apoya las manos a ambos lados del banco. Su rostro está a centímetros del mío—. Hace unos días estabas sentada en el asiento del copiloto en una carrera ilegal y ni pestañeaste. Te lanzaste a un lago helado de noche y luego pasaste la noche con el infame Hunter Vane. Ya hemos pasado el punto de las justificaciones profesionales, Maeve.

Cierro los ojos, lo cual él toma como un asentimiento.

—Yo conduzco —susurra. Sus ojos se fijan en mis labios—. Sacaremos a tu hermana de ese agujero. Y luego le enseñaré que Chicago tiene más que ofrecer que moteles de mierda.

No espera mi respuesta; presiona sus labios contra los míos. Es un beso que sella un pacto.

—Nos vamos en cuanto volvamos a tu casa —digo.

Hunter sonrío.

—A la orden, capitana. Iré encendiendo los motores.

Capítulo 19

HUNTER

La Interestatal 90 se extiende como una interminable cinta gris a través de Indiana. Sujeto el volante con una mano; la otra descansa relajada sobre la consola central. Maeve va sentada a mi lado, aferrando el sobre marrón con fuerza.

Lleva media hora sin decir palabra. La radio escupe alguna vieja canción de Springsteen, pero ninguno presta atención. La tensión se puede cortar.

Le lanzo una mirada de reojo. —Si te vas a desmayar, dímelo para que pare en el arcén —digo en voz baja—. Si no, perderemos veinte minutos.

—Estoy bien —suelta de inmediato.

—Respiras como si estuvieras levantando un elefante.

Aprieta los labios y veo cómo se obliga a ralentizar la respiración. Inspirar. Expirar. Inspirar. Expirar. Mecánicamente. Como si respirar también fuera algo que pudiera anotar en una lista y tachar.

—Gracias por venir —murmura de repente.

Me encojo de hombros. —No voy a dejar que vayas sola a un motel donde probablemente tus padres ya hayan robado la próxima tarjeta de crédito.

—No tiene gracia.

—No intento tenerla. —La miro un instante—. Solo quiero asegurarme de que salgas de allí con Lily. Y de que nadie se interponga. Por cierto, ¿tiene algún hobby?

—¿Hobbies? Sobrevivir, supongo. Si te refieres a clubes deportivos, equipos de animadoras o algo así, no, no tiene nada de eso.

—Entiendo.

—Aunque... eso no es del todo cierto. Antes solíamos jugar a las cartas juntas.

—Vaya, ¿a qué?

—Al póker.

—No me jodas. ¿Tú y el póker?

—Es un juego que se puede calcular. Se basa en probabilidades, estrategia y evaluación de riesgos.

Pongo los ojos en blanco. —Para mí el póker siempre consistió en que las tías se quitaran la ropa lo antes posible. *Strip poker*, ¿entiendes?

—Ahórrate los detalles.

Maeve gira la cabeza hacia la ventanilla y se sumerge de nuevo en sus pensamientos. El paisaje es llano y desolador: campos de maíz, vallas publicitarias descoloridas de casinos indios, silos oxidados.

—Cogerán el dinero y querrán deshacerse de Lily de inmediato —dice más para sí misma—. Es la única ventaja. No ven en ella a una hija. Ven una carga.

—¿Entonces por qué no te dan la custodia?

—Porque entonces ya no tendrían a quién sablear.

Asiento y no digo nada más.

El motel asoma en el horizonte. El cartel de neón parpadea: «VACANCY – FREE WIFI – WEEKLY RATES». La "Y" está medio muerta; parece que pone "WEEK LIES", mentiras semanales. Apropiado.

Apago el motor.

—Habitación 14 —dice Maeve—. Pabellón trasero.

La miro. —No vas a entrar sola.

—Tengo que entrar sola. Si te ven a ti, olerán el dinero al instante. Empezarán las negociaciones. Los trucos. De repente Lily estará enferma o necesitará zapatos nuevos o cualquier otra cosa que cueste más de ochocientos dólares.

Inspiro hondo por la nariz. —Me quedaré cerca por si algo sale mal.

Me mira. En sus ojos hay algo crudo, algo que suele esconder tras listas y párrafos legales.

—Gracias —dice otra vez. Esta vez suena real.

Me limito a asentir.

Se baja. Espero diez segundos y la sigo.

Me posiciono tras una pick-up oxidada. Desde aquí tengo una vista perfecta de la puerta de la habitación 14. Maeve llama tres veces.

Dentro oigo pasos. Luego, una voz aguda y falsa.

—¿Quién es?

—Soy yo, mamá. Maeve.

Se oye el ruido de un cerrojo. La puerta se abre.

Marissa Gallagher aparece en el umbral. Es el polo opuesto de Maeve. Pelo cardado, pintalabios demasiado rojo, pestañas demasiado largas. Un top de leopardo rosa, vaqueros de otra década. Parece alguien que todavía se cree que está al final de los treinta, aunque las arrugas alrededor de los ojos cuenten otra historia.

—¡Cariño! —Abre los brazos—. ¡Ven aquí!

Maeve da un paso atrás. —Prefiero quedarme aquí fuera.

La sonrisa de la mujer se congela. —No seas así. Entra.

—No tengo mucho tiempo. —Maeve levanta el sobre—. Tengo el dinero. Ochocientos dólares, como dijiste.

Los ojos de la mujer se iluminan como los de un niño en Navidad. —Eres un sol. Patrick está en la ducha. Saldrá enseguida.

Oigo el agua correr en el baño. Bien. Entonces Maeve solo tiene que lidiar con su madre.

—Quiero llevarme a Lily —dice Maeve sin rodeos—. Para un fin de semana largo. A Chicago.

Marissa parpadea. —Pero... tiene clase la semana que viene.

—El lunes es festivo. Y ya he hablado con la escuela. Puede faltar.

Mentira. Lo noto en la postura de Maeve. Pero a Marissa probablemente ni le importe ni se moleste en comprobarlo.

—Ya sabes... últimamente ha estado tan triste. Quizá sea mejor que se quede con nosotros, en su entorno habitu...

Maeve desliza el sobre por la rendija de la puerta. —Toma. Es más de lo que pediste. Cógelo. Y ahora deja que me lleve a Lily.

Los dedos de Marissa se cierran con avidez sobre el papel. Echa un vistazo dentro, cuenta rápido. Entonces sonrío, esta vez de verdad.

—Eres la mejor, Maeve. De verdad. Espera un momento, voy a buscarla.

Desaparece en la habitación. La oigo gritar: —¡Lily! ¡Tu hermana está aquí!

Mi pulso se acelera. Doy medio paso al frente, listo para intervenir si es necesario.

Entonces sale una chica de la habitación.

Pequeña. Mucho más pequeña de lo que esperaba. Pelo oscuro, igual que el de Maeve, pero más salvaje. Ojos azules, enormes y desconfiados. Una sudadera con capucha demasiado grande. Una mochila destrozada contra el pecho, como un escudo.

—¿Maeve? —La voz es fina, casi quebradiza.

—Hola, pequeña. —A Maeve casi se le quiebra la voz—. ¿Preparas tus cosas rápido? Nos vamos a Chicago. Un viaje de fin de semana. ¡Será genial, te lo prometo!

Lily mira a Marissa. Luego otra vez a Maeve. Asiente en silencio.

Se da la vuelta y desaparece en la habitación. Tres minutos después regresa: la misma mochila y una pequeña bolsa de tela con dibujos de elefantes. Ni siquiera se ha cambiado de ropa.

Marissa sigue en la puerta, con el sobre ya en el bolsillo trasero.

—Cuida bien de ella —dice con esa dulzura artificial—. Y llama, ¿vale?

Maeve no responde. Coge la mano de Lily y tira de ella suavemente. Lily se deja llevar. No mira atrás ni una sola vez.

Salgo de la sombra de la pick-up.

Maeve me ve venir. Nuestras miradas se cruzan por encima de la cabeza de Lily.

Asiente brevemente.

Abro la puerta trasera del Audi.

Lily sube sin decir palabra. Maeve se sienta a su lado en el asiento trasero, le abrocha el cinturón y luego se abrocha el suyo. Yo subo delante, arranco el motor y salgo despacio del aparcamiento.

Por el retrovisor veo a Lily mirando por la ventana. Maeve le acaricia suavemente el dorso de la mano. Lily apoya la cabeza contra el cristal y cierra los ojos.

Llegamos al límite de la ciudad de Chicago cuando el sol ya está bajo. Lily se ha quedado dormida. Tiene la cabeza ladeada contra el cristal y la boca ligeramente abierta. Parece tan pequeña. Tan frágil.

Maeve ha estado callada todo el trayecto. Ahora se gira una vez más, se asegura de que Lily está dormida de verdad y luego apoya la cabeza en el reposacabezas y cierra los ojos.

Sigo conduciendo.

Frente a nosotros, el *skyline* de Chicago brilla dorado bajo la luz del atardecer.

No sé qué pasará después. No sé cuántas batallas nos quedan por delante. Pero en este momento, con dos mujeres Gallagher durmiendo en mi coche y el ronroneo reconfortante del motor en los oídos, todo se siente extrañamente correcto.

Pongo el intermitente a la izquierda y me incorporo al tráfico.

A casa.

Capítulo 20

MAEVE

Lily está sentada a la mesa del comedor, con las rodillas encogidas y los brazos rodeándolas con fuerza, como si intentara abrazarse a sí misma porque nunca hay nadie más que lo haga. La sudadera con capucha que no se ha quitado desde que salimos del motel huele a humo de tabaco rancio y a champú barato. Anoche le dejé mi vieja sudadera gris —suave, lavada, con aroma a lavanda—, pero ni siquiera la tocó.

Le pongo delante el plato con torrijas. El sirope de arce en una pequeña jarra de porcelana al lado, dos lonchas de bacon extra crujientes, tal como le gustaban antes. Se queda mirando la comida como si fuera un alienígena de otra galaxia.

—Come —digo en voz baja—. No has tomado nada decente desde ayer a mediodía.

Sus dedos tienen un pequeño espasmo; luego coge el tenedor y pincha el pan sin llegar a dar un bocado.

—¿Esta es tu casa ahora? —pregunta, manteniendo la vista en el plato.

—No. Es de... un amigo. Me quedo aquí temporalmente.

—¿Por trabajo?

—Algo así.

Asiente despacio y levanta la cabeza. Sus ojos azules son inmensos y rebosan desconfianza.

—¿Y el tipo del coche negro? ¿También es un amigo?

Siento que el calor me sube a las mejillas. —Sí. Se llama Hunter. Él... me está ayudando ahora mismo.

Lily suelta un bufido. Un sonido que suena demasiado viejo para sus catorce años.

—Claro. Ayudando. Qué amable.

Quiero replicar, pero la puerta se abre.

Entra Hunter. Va en vaqueros y una camiseta gris con las mangas algo cedidas. Se detiene un momento en el umbral, nos mira a las dos y se aclara la garganta.

—Buenos días, ladys —dice con calma. Su mirada aterriza en Lily. Sin lástima. Sin ese tono de «pobre niña pequeña» que tanto les gusta usar a los adultos. La mira como a alguien que podría participar en una partida de póker.

—He oído que sabes jugar al póker —dice mientras saca una baraja del bolsillo y arrastra una silla.

Lily arquea una ceja. —¿Quién te lo ha dicho?

—Tu hermana. Dice que eres mejor que la mayoría de los chicos de tu edad.

Lily bufa de nuevo. —Miente. Siempre pierdo.

—¿Porque Patrick te deja ganar cuando quiere y te hace perder cuando necesita pasta?

Lily se queda petrificada. Sus dedos se clavan en el tenedor. —¿Cómo sabes eso?

Hunter se encoge de hombros. —He visto a bastantes tipos como tu padre. No te enseñan a jugar porque sean majos. Te enseñan porque necesitan a alguien a quien desplumar.

Lily lo observa fijamente. Luego dice, muy bajo pero afilado como un cuchillo:

—¿Y tú? ¿Te crees que por tener mucha pasta eres mejor que los demás?

La tensión en la sala es casi tangible. Quiero intervenir, pero Hunter levanta una mano —un gesto leve, casi invisible—. Mira a Lily

directamente a los ojos.

—No —dice con tranquilidad—. Creo que, como tengo mucha pasta, puedo permitirme el lujo de ser sincero. Y sinceramente: tu padre es un gilipollas. Pero eso lo sabes tú mejor que nadie.

Lily parpadea y luego suelta una risa, un sonido breve y amargo.

—Tú no te andas con rodeos, ¿verdad?

—¿Para qué? Tienes catorce años, no cuatro. Sabes perfectamente cuándo te mienten.

Ella lo evalúa con la mirada.

—¿Por qué eres amable conmigo? —pregunta finalmente.

—Porque tu hermana te ha sacado de ese agujero de mierda jugándose casi su trabajo. Porque veo que estás intentando no dejar que nadie se te acerque. Y porque yo sé lo que es eso.

Lily guarda silencio un momento y luego pregunta: —¿Juegas limpio?

Hunter sonríe; su primera sonrisa de verdad desde ayer. — Siempre juego limpio. Pero juego para ganar.

Abre la baraja. El sonido de las cartas al mezclarse es relajante. Rítmico. Como un corazón que vuelve a latir.

—Regla número uno —dice mientras reparte cartas y fichas—. En el póker, tú decides qué muestras. No tus cartas. No tu cara. Tú. Tú decides si pareces fuerte aunque tengas una mierda en la mano. O si pareces débil aunque tengas ases. Es la única parte que puedes controlar.

Lily coge sus cartas. Las mira. Luego mira a Hunter.

—Patrick siempre decía que debía sonreír cuando fuera de farol.

Hunter sacude la cabeza. —Patrick no tiene ni idea. Sonreír es lo más estúpido que puedes hacer. Si sonríes, los demás saben al instante que estás nerviosa. No tienes que hacer nada. Tienes que estar... quieta. Y esperar a que piensen que tienes miedo.

Deja sus cartas boca abajo sobre la mesa.

—Paso —dice.

Lily vacila. Luego empuja dos fichas al centro.

—Subo —dice en voz baja.

Hunter arquea una ceja. Sonríe. —Valiente. Voy.

Juegan tres rondas.

En la primera, Lily pierde. Tira las cartas, enfadada.

—Has hecho trampas.

—No. Te has rendido demasiado pronto. Tenías una pareja de dieces. Habría bastado para que yo me retirara.

En la segunda, gana ella. Hunter se retira de verdad, aunque luego admite que tenía dobles parejas.

Lily se queda mirando el pequeño montón de fichas frente a ella. Luego ríe. Una risa de verdad. Breve, sorprendida, como si hubiera olvidado que sabía hacerlo.

En la tercera ronda, va de farol de forma tan convincente — mirándole directo a los ojos, sin pestañear, sin mover un solo músculo— que Hunter se rinde.

—Joder —dice él, tirando las cartas—. Eres buena.

Lily sonríe. Por primera vez, de verdad. —Has perdido.

—He perdido. Y ahora me debes la revancha.

—La próxima vez me jugaré algo real —dice ella.

—Hecho. O, si ganas, tú decides qué cenamos hoy.

—Pizza —suelta Lily al instante.

—¿Y si gano yo?

—Entonces... decides tú.

—Trato.

Yo me quedo a un lado observándolos. Lily... está floreciendo. Relaja los hombros. Sus ojos cobran vida. Habla más con él en veinte minutos que en los últimos dos años con Patrick.

¿Y yo?

Estoy aquí parada y siento cómo todo se me escapa de las manos.

Me he acostado con un cliente. He sacado a mi hermana de un motel sin abogado, sin orden judicial, solo con ochocientos dólares y un farol. Ya no tengo ninguna lista que cubra esto. No hay ninguna categoría para «vínculo emocional con el objetivo». Ninguna columna para «sentimientos prohibidos».

Me doy la vuelta, voy al fregadero y me pongo a fregar. Suele ayudar. Hoy no.

Oigo a Hunter reír. Luego la voz de Lily: —¿Otra vez?

—Otras cien rondas —dice Hunter—. Hasta que me dejes arruinado.

Cierro los ojos.

Mi vida siempre fue controlable. Incluso cuando era caótica. Incluso cuando nos mudábamos. Incluso cuando mis padres mentían. Yo tenía mis listas. Mis planes. Mis reglas. Siempre sabía qué venía después.

Ahora no sé nada.

Me he acercado demasiado al hombre al que debía controlar. He sacado a mi hermana de una pesadilla sin saber si realmente podré quedármela. He roto mi contrato. Mi profesionalidad. Mi distancia.

¿Y lo peor?

No se siente mal.

Se siente como la primera vez en años que puedo respirar.

Me giro.

Hunter me mira. Solo un segundo. Un vistazo rápido. Sin sonrisas. Sin burlas. Solo un asentimiento. Como si dijera: «Te veo. Y me quedo aquí».

Lily recoge sus cartas. —¿Otra ronda?

—Claro —dice Hunter—. Pero esta vez me juego algo de verdad.

Me acerco despacio a la mesa, arrastro una silla y me siento.

—¿Puedo jugar? —pregunto en voz baja.

Lily levanta la vista. Sus ojos brillan.

Hunter me desliza unas cartas.

—Te toca, Gallagher.

Cojo las cartas.

Una sota. Y un as.

Una buena mano. Apenas sonrío. Pero sonrío.

Las siguientes dos horas pasan volando. Lily gana tres rondas seguidas. Hunter pierde a propósito —lo noto en cómo sujeta las cartas, en cómo vacila un segundo de más antes de rendirse—. Pero Lily no se da cuenta. O se da cuenta y lo deja pasar porque, por primera vez en mucho tiempo, siente que está ganando algo.

En algún momento pedimos pizza. Lily elige: extra de queso, extra de pepperoni, extra de jalapeños. Cuando el repartidor llama al timbre, Lily salta de la silla; es la primera vez que se mueve rápido desde que llegó. Abre la puerta, recoge las cajas y las trae a la mesa como si fueran un trofeo.

Comemos directamente del cartón. Sin platos. Sin servilletas. Solo dedos, salsa y risas.

Lily habla del instituto. De un chico llamado Gordon que siempre quiere copiarle los deberes. De una profesora que la odia por ser «demasiado respondona». De un cómic que esconde bajo el colchón porque Patrick decía que los cómics eran «pérdida de tiempo para tontos».

Hunter escucha y hace preguntas. No son preguntas de adulto que solo buscan que el niño se calle. Son preguntas reales.

—¿Y qué haces cuando Gordon quiere copiarte otra vez?

—Le digo que se vaya a la mierda —responde Lily.

Hunter ríe. —Buena respuesta. Pero la próxima vez dile: «Claro, pero te cuesta cinco pavos». Así aprenderá.

Lily sonríe. —¿Cinco pavos? Ese no tiene ni cinco céntimos.

—Pues quítale algo que de verdad quiera. Los auriculares. El cable del cargador. Lo que sea.

Ella asiente con seriedad. Como si de verdad se lo estuviera anotando.

Dejo la pizza. Me levanto. Me acerco a ellos.

—¿Otra ronda? —pregunto.

Lily levanta la vista. Sonríe. —Solo si no vas de farol otra vez.

—Yo nunca voy de farol —digo y me siento.

Hunter me pasa las cartas.

—Mentirosa —murmura.

Sonrío.

Capítulo 21

MAEVE

Todavía siento los últimos tres días en los huesos y, sin embargo, no podrían haber salido mejor.

El domingo por la mañana, el bacon se quemó en la sartén de Hunter. El humo flotaba en jirones por la cocina mientras Lily, descalza sobre la encimera y con su sudadera enorme cubriéndole las rodillas, le daba órdenes.

—Un poco más de aceite, idiota. Si no, va a quedar demasiado crujiente.

Hunter, increíblemente, obedecía. Murmuraba algo sobre una «pequeña tirana», pero no podía evitar sonreír mientras movía la sartén. Yo estaba al lado, sujetando mi taza de café, dándome cuenta por primera vez en años de lo ligera que podía sentirse la vida.

El lunes a mediodía estábamos los tres tirados en el sofá del salón. Las persianas estaban bajadas porque el sol castigaba con demasiada fuerza. Vimos la película de animación *Up* y, cuando el perro de la pantalla murió, Lily lloró en silencio. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas sin que se molestara en secárselas. Yo la estreché contra mí, acariciándole la espalda con movimientos circulares y lentos. Hunter, sin decir nada, acercó el bol de palomitas y fingió que él tampoco miraba la televisión con los ojos húmedos.

Más tarde volvimos al póker, esta vez con una apuesta nueva: quien perdía, tenía que contar una historia vergonzosa. Lily ganó tres veces seguidas y, como Hunter la había convencido antes para jugar un «doble o nada» triple, le tocó contar algo realmente bochornoso (el vídeo habría sido una opción obvia, pero por suerte eligió otra historia).

Hunter dejó caer las cartas sobre la mesa. Se frotó la cara con ambas manos y soltó un gemido profundo.

Lily se inclinó sobre el tablero con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo prometiste. Doble o nada triple. Quiero oír lo más vergonzoso que te haya pasado nunca. Sin excusas, Hunter.

Él me lanzó una mirada de auxilio. Yo me limité a encogerme de hombros y beber un sorbo de agua. Mi schadenfreude no tenía límites.

—Vale —empezó, apoyando los codos en las rodillas. Miraba a la mesa como si reviviera un viejo trauma—. Tenía veintiún años. Era verano. Julian me había arrastrado a un torneo de golf en el Country Club. Había una chica llamada Chloe. Parecía una diosa y me quedé prendado al instante.

—Déjame adivinar —interrumpió Lily—. Quisiste impresionarla.

—Tenía veintiún años —se defendió él de inmediato—. A Chloe se le cayeron sus carísimas gafas de sol, por accidente, en el estanque ornamental del hoyo catorce. El agua parecía poco profunda. Como mucho por las rodillas. Quise ser el héroe, así que me quité los zapatos de piel, me remangué los pantalones y me metí.

Lily ya soltaba risitas.

—No cubría por las rodillas —continuó Hunter con tono resignado—. Era un pozo de lodo. Me hundí hasta la cintura al instante en un brebaje pestilente. Chloe chilló, pero yo no me di por vencido. Intenté poner mi mejor sonrisa y busqué las gafas entre el barro. Y entonces apareció el cisne.

—¿Un cisne? —preguntó Lily incrédula.

—Un pájaro del averno —la corrigió Hunter muy serio—. Ese bicho tenía la envergadura de una avioneta y el carácter de un asesino en serie. Se infló y empezó a sisearme. Levanté las manos para defenderme, pero el cisne pasó directo al ataque.

Hunter gesticuló salvajemente con los brazos para imitar la agresión.

—Me picaba la cabeza. Esquivé un golpe, perdí el equilibrio y caí de espaldas completamente en el agua marrón. Tragué algas, pataleé como un crío y el pájaro se subió literalmente a mi pecho para golpearme con las alas.

Lily ya se sujetaba la tripa. Tenía lágrimas en los ojos.

—Al final conseguí llegar a la orilla —siguió contando—. Apestaba como una depuradora. Los pantalones del traje me colgaban por las corvas porque el barro tiraba de ellos sin piedad. El cisne caminaba detrás de mí siseando. Entré en pánico. Eché a correr. En calzoncillos. Por todo el maldito campo de golf.

Casi escupo mi bebida de vuelta en el vaso.

—Y mejora —dijo Hunter mirándome con total seriedad—. Esprinté por una pequeña colina para escapar del bicho. Al otro lado de la colina se estaba celebrando, por desgracia, una ceremonia de boda. La hija del alcalde. Doscientos invitados.

Lily jadeaba por falta de aire y se resbalaba peligrosamente hacia el borde de la silla.

—Tropecé con la alfombra del pasillo central. Resbalé con los pétalos de rosa. Las piernas me salieron volando. Aterrizé sin frenos en la tarta nupcial de tres pisos.

Hubo un momento de silencio absoluto. Y entonces Lily explotó.

Se rió tan fuerte que perdió el equilibrio y acabó en la alfombra. Golpeaba el suelo con la palma de la mano, incapaz de recomponerse. Su risa rebotaba en las paredes. Yo me tapaba la boca con ambas manos, pero mi propia carcajada estalló con tanta fuerza que me dolía.

Hunter nos observaba. La punta de sus orejas estaba roja, pero las comisuras de su boca temblaban delatándolo.

—Julian tuvo que pagar al fotógrafo para que las imágenes no salieran en el periódico —concluyó su historia con sequedad—. Estuve cuatro días oliendo a lodo de estanque. Chloe bloqueó mi número.

El martes por la noche estuvimos en el jardín. Hunter había sacado una manta de picnic, tres latas de cola frías y un cuenco con fresas en el centro. Lily estaba tumbada boca arriba, mirando al cielo, y de pronto preguntó si no podía quedarse allí.

Se me encogió el estómago porque sabía exactamente lo que significaba ese deseo. Había probado el sabor de una vida regulada, de una en la que no te sobresaltas cada vez que suena el timbre. Nada me habría gustado más que dárselo, pero estaba atada al estricto calendario que marcaba el juzgado.

Hunter me miró, solo una fracción de segundo. Luego se tumbó a su lado y señaló una estrella brillante en el horizonte.

—Esa estrella se llama Vega —dijo—. Si pides un deseo mientras parpadea, se cumple. Pero no puedes decirle a nadie qué es.

Lily entornó los ojos. Después giró la cabeza hacia mí. No quería volver. Quería quedarse conmigo. Y con él.

Tragué saliva para deshacer el nudo de mi garganta y le prometí que haría todo lo necesario para que pronto estuviera conmigo para siempre. Que solo tenía que aguantar un poco más. Buscó mi mirada, asintió despacio y me pidió que le avisara antes de que tuviera que irse. Hunter guardó silencio. Su mano encontró la mía bajo la manta y la apretó con fuerza. Un pacto mudo.

El miércoles por la mañana la llevamos de vuelta.

El viaje a South Bend fue silencioso. Lily iba detrás, con la mochila apretada contra el regazo, mirando por la ventanilla. Por el retrovisor vi cómo se limpiaba los ojos a escondidas.

Me detuve frente al motel. El edificio verde menta parecía aún más desolador que cuando llegamos el viernes. Lily bajó sin decir palabra. La seguí, rodeé el coche y la estreché en mis brazos. Sus

dedos se clavaron en la tela de mi chaqueta como si pudiera detener el tiempo por pura fuerza física. Le susurré al oído que volvería a por ella pronto. Se soltó, cogió su mochila y caminó hacia la puerta de la habitación sin mirar atrás.

Cada paso que daba hacia ese cuarto barato me arrancaba un trozo del pecho. La abandonaba de nuevo a ese mundo de huidas constantes. En ese momento me pregunté si la traición se sentía exactamente así.

Hunter esperaba en el coche. Vio mi cara húmeda y no dijo nada. Se limitó a poner su mano sobre mi rodilla. El calor de su palma atravesó mis vaqueros. Durante todo el viaje de vuelta sentí ese ancla muda a mi lado. Por primera vez, no tenía que cargar sola con el peso de mi origen familiar.

Ahora estoy de nuevo en la entrada, en Chicago. El sol se ha puesto. La casa está en silencio, solo brilla la iluminación exterior. Cruzo el césped descalza y voy hacia la puerta trasera de su casa. Está entreabierta y oigo... voces.

Me detengo. Hunter está hablando por teléfono.

Está de espaldas a la puerta, con el móvil en la oreja y la mano libre en el bolsillo. Su voz es baja. Como si quisiera asegurarse de que nadie escucha.

—Starlight Holdings tiene el papeleo desde la semana pasada —dice—. Sí. A través del fiduciario en Delaware.

Hace una pausa.

—No, Julian no sabe nada. No debe saber nada. Las acciones tienen que estar transferidas para final de mes.

Otra pausa.

—Necesito la firma para el viernes. Como acordamos. Gracias, Sam.

Cuelga.

El pulso me martillea en la carótida. Starlight Holdings. Que yo sepa, ese nombre no aparece en ningún expediente oficial. La forma en que ha hablado —tenue, secreta— no me presagia nada bueno. Acciones anónimas. Un fiduciario en Delaware del que Julian no puede enterarse.

Llamo al marco de la puerta.

Hunter se gira. Al verme, su rostro se ilumina al instante. El móvil desaparece en su bolsillo.

—Estás aquí —dice con suavidad.

Obligo a mis comisuras a subir. —Sí. Quería darte las gracias. Por el fin de semana. Por Lily.

Se acerca a mí y me rodea con sus brazos. Me dejo llevar, escondo la cara en su pecho y aspiro su aroma.

—No tienes que dar las gracias —murmura en mi pelo—. Lo he hecho encantado. —Se ríe bajo—. Es genial. Y tú eres la mejor hermana mayor que se puede desear. Como el fin de semana ha salido tan bien, por cierto, había pensado en una pequeña recompensa para mí. —Su sonrisa no deja dudas de lo que tiene en mente.

Pongo los ojos en blanco, pero asiento. Entonces me toma de la mano y me guía escaleras arriba hacia su dormitorio.

Capítulo 22

HUNTER

Entramos juntos en el dormitorio. Cierro la puerta con el pie y enciendo la lámpara de pie de la esquina. La pantalla proyecta una luz dorada sobre el edredón revuelto. Maeve se queda quieta en medio de la habitación.

Me desabrocho la correa del reloj y dejo que el metal tintinee sobre la mesilla de noche.

—Así que quieres darme las gracias —digo, apoyándome en el poste de la cama. Una sonrisa se dibuja en mi cara—. ¿Hay algún formulario en tu maletín que deba firmar? ¿O basta con un apretón de manos formal entre socios contractuales?

Ella cruza los brazos sobre el pecho, pero el gesto no es de rechazo. Más bien de diversión. —Un apretón de manos me parece algo insuficiente en estas circunstancias.

Me separo del poste. La distancia bromista se esfuma en una fracción de segundo. Acorto el espacio entre nosotros con dos pasos y pongo mis manos en su cintura. Siento su calor corporal a través de la fina tela de algodón.

—Dar las gracias suena a una obligación molesta —murmuro contra su sien—. No quiero obligaciones, Maeve. Te quiero a ti.

Un escalofrío recorre visiblemente su columna. Levanta la cabeza. Sus ojos buscan mi mirada y ya no encuentran ironía en ella. Se pone de puntillas y presiona sus labios contra los míos. El beso me succiona al instante. La tensión acumulada de los últimos días se descarga en este único movimiento. Abro la boca y dejo entrar su lengua, saboreando ese calor familiar que me roba el juicio de inmediato.

La levanto en vilo y ella enreda las piernas alrededor de mis caderas. La llevo hasta la cama y me desplomo con ella sobre el

colchón. Los muelles chirrían bajo nuestro peso. Mis manos viajan bajo su camiseta y recorren su piel. Se siente como seda electrificada bajo mi tacto. Le quito la prenda por la cabeza y la tiro al suelo sin mirar. No lleva nada debajo.

Beso su cuello y succiono el punto sensible bajo su oreja. Mis labios rozan sus pechos antes de atrapar un pezón con la boca. Ella jadea y se arquea hacia mí. Mi mano amasa el otro pecho. Ruedo la punta entre mi pulgar y el índice hasta que se retuerce bajo mi cuerpo.

Sus manos viajan a mi camiseta. Me la quita con impaciencia. Sus uñas arañan ligeramente mis hombros. Su piel arde bajo mis dedos. Recorre los contornos de mi pecho, sus yemas siguen la línea en "V" que desaparece en mi pantalón.

—Date la vuelta —dice sin aliento.

Arqueo una ceja. —Me gusta cómo suena eso.

Me giro sobre la espalda. Ella se desliza sobre mí, pero se posiciona al revés. Sus rodillas descansan junto a mi cabeza mientras su rostro planea sobre mi pelvis. Entiendo su intención al instante, agarro sus caderas y la atraigo un poco hacia abajo.

Su lengua se desliza sobre mi entrepierna. Una oleada de calor fluye por mi cuerpo y hace vibrar cada terminación nerviosa. Sus manos tiemblan mientras abre mi cinturón. Desliza la tela hacia abajo. Mi miembro queda libre. La punta pulsa con una tensión que duele.

Se inclina y me toma en su boca. La succión húmeda me llena por completo. Succiona y hace girar la lengua alrededor del glande mientras yo intensifico mis movimientos contra ella. Mi lengua rodea su clítoris. Un gemido vibra contra mis muslos. Ella se entrega a fondo. Cada movimiento de su lengua envía ondas de choque por todo mi sistema. Siento cómo la tensión aumenta hasta lo infinito.

Sus muslos empiezan a temblar. El orgasmo estalla sobre ella como una marea. Gime a mi alrededor. Sus manos sujetan mis

piernas sin piedad mientras yo la sostengo con mi boca durante la erupción. Las contracciones sacuden su musculatura.

Se separa de mí respirando con dificultad, coge el preservativo de la mesilla y me lo coloca. Luego se gira y se sienta a horcajadas sobre mi pecho. Mi sexo presiona contra su espalda baja.

—Otra vez —susurra.

Río bajo y la atraigo hacia abajo para un beso. Mis manos viajan a sus pechos mientras ella se incorpora. Lentamente se deja caer sobre mí. La plenitud la invade por completo. Me cabalga con movimientos circulares de cadera y siento el pulso dentro de ella. La observo. La luz dibuja sombras suaves en su vientre. Mis manos agarran su pelvis y marcan el compás. La levanto y la dejo caer. Un ritmo frenético retumba en mi cuerpo. Ella se apoya en mi pecho y aumenta la velocidad.

Nos giro con un movimiento fluido. De repente, ella está debajo de mí. Embisto. Cada golpe retumba como un trueno en mi pelvis. Mis labios encuentran su cuello y muerden ligeramente. Ya no hay tanteos. Cada uno de mis movimientos da en el blanco con absoluta precisión. Levanto su pierna y cambio el ángulo. El nuevo enfoque alcanza un nervio que la hace gritar. Mi mano libre se desliza entre nuestros cuerpos y frota su clítoris. Un torbellino nos arrastra. Su segundo clímax impacta. Sus músculos se contraen a mi alrededor, ordeñándome. Ella gime con fuerza. Prolongo su estremecimiento con embestidas constantes.

Me retiro y la pongo boca abajo. Mis manos elevan su pelvis y entro por detrás. Cada golpe choca contra su piel y lanza una nueva onda de choque por mi torrente sanguíneo. Mi mano presiona su espalda hacia abajo mientras la otra encuentra de nuevo su clítoris. Esta intensidad desenfrenada me lleva al límite de lo soportable. Su tercer orgasmo explota como fuegos artificiales y la hace gritar sin control.

Vuelvo a ponerla sobre su espalda, yo mismo estoy a punto de llegar. Mi cara brilla por el sudor. Embisto dos veces más con todas

mis fuerzas y luego me tenso. Un jadeo profundo escapa de mi garganta. Me vacío en el látex, pulsando. Mi cuerpo vibra sobre el suyo antes de dejarme caer a su lado.

Yacemos sudorosos uno junto al otro. Mi frente descansa contra la suya. La beso con ternura.

—Creo que tienes que darme las gracias otra vez. Tres veces, para ser exactos —susurro.

Ella sonrío. —Cállate.

Capítulo 23

MAEVE

La respiración acompasada a mi lado hace que el edredón suba y baje con un ritmo sedante. Tengo los ojos muy abiertos, fijos en el techo invisible del dormitorio. El aire huele a sexo y a pasión. Siento el cuerpo pesado, saciado por la proximidad física que hace apenas unas horas nos consumía por completo. Su mano descansa sobre mi cadera; los leves espasmos de sus dedos delatan que duerme profundamente.

Debería dormir yo también, mi alarma sonará en menos de cuatro horas. Pero mi mente ya funciona a pleno rendimiento. Los engranajes encajan unos con otros, impulsados por esa llamada susurrada que escuché al caer la tarde. *Starlight Holdings. Fiduciario en Delaware. Julian no debe saber nada.*

Giro la cabeza. El rostro de Hunter está relajado bajo la pálida luz de la luna. El pliegue burlón de su boca ha desaparecido. Parece un hombre que no tiene secretos. Pero he pasado toda mi vida rodeada de personas que escondían sus mentiras tras rostros inocentes. Patrick y Marissa podían sonreír mientras entregaban cheques falsos a caseros desprevenidos.

Aparto el brazo de Hunter con cautela. Murmura un sonido ininteligible, se gira de costado y tira de la manta hacia sí. El colchón apenas oscila cuando saco las piernas por el borde de la cama. El suelo de madera está frío bajo mis plantas desnudas. Agarro su camiseta, que yace sobre la alfombra, y me la pongo.

El pasillo está sumido en una oscuridad total, pero ya me conozco bien el camino. Mi sentido de la orientación me guía más allá del aparador, bajando las escaleras hacia la planta baja. Apoyo primero el borde exterior del pie para evitar que las tablas crujan. Una técnica de supervivencia de los moteles de mi infancia: quien hacía ruido se exponía a preguntas incómodas.

El despacho de Hunter está al final del corredor inferior. La puerta está entornada. La empujo y entro. La farola de la calle proyecta un patrón de luz anaranjada a través de las persianas sobre el escritorio.

Cierro la puerta tras de mí y enciendo la diminuta lámpara de lectura. El haz de luz ilumina un espacio de trabajo impoluto. Un portátil, un tapete de cuero, un cubilete metálico para los bolígrafos. Para mi sorpresa, todo está llamativamente ordenado.

Mi mirada baja hacia los cajones de la cajonera bajo el tablero. Tiro del primero. Cerrado. El segundo. Cerrado. El tercero. Cerrado.

Exhalo lentamente por la nariz. Un hombre que no tiene nada que ocultar no cierra con llave los cajones de su escritorio en su propia casa.

Sigo recorriendo la habitación con la vista. La estantería de la pared está llena de literatura médica especializada; libros que probablemente nunca ha tocado. En una mesa auxiliar hay una pila de revistas de arquitectura.

La gente rara vez esconde las llaves lejos de la cerradura que pretenden abrir. Levanto el cubilete, luego tanteo bajo el tablero del escritorio. Nada. Mis ojos se posan en una planta en la repisa de la ventana. Un macetero de latón pesado. La tierra parece recién regada. Me acerco, levanto un poco la maceta de plástico de la planta y escucho el leve tintineo del metal contra el metal.

Una diminuta llave plateada descansa en el fondo del recipiente de latón.

Mi pulso se acelera. Una parte de mí grita que dé media vuelta. Esto es una violación grave de mis facultades contractuales. Una ruptura de la confidencialidad. Pero la gestora de riesgos que hay en mí —la mujer que aprendió dolorosamente que la ignorancia es el mayor de los peligros— obliga a mis dedos a rodear el metal frío. Tengo que saber a qué nos enfrentamos.

Me arrodillo ante la cajonera e introduzco la llave en la cerradura del último cajón. El mecanismo cede con un clic casi inaudible.

Abro el cajón. Archivadores colgantes ordenan el contenido con espacios precisos. Mi dedo índice recorre las pestañas etiquetadas. Seguros. Gestión inmobiliaria. Papeles del vehículo. Documentos fiscales.

Al final de todo, tras un separador en blanco, hay una carpeta gris sin inscripción.

La saco, la coloco bajo el haz de luz de la lámpara y abro la tapa.

El primer documento es un extracto bancario de una entidad en las Islas Caimán. Mi mente entra de inmediato en modo analítico. Escaneo las columnas de cifras. Se trata de una cuenta comercial a nombre de una empresa llamada *Greenwood Solutions*.

Sigo pasando páginas. Debajo hay varias facturas. El encabezado muestra el logo de *Vane Medical*. La empresa de Julian Vane. Las facturas están dirigidas a *Greenwood Solutions*. Los importes son astronómicos. Ochenta mil dólares por "servicios de consultoría en expansión de mercado". Ciento veinte mil dólares por "análisis de riesgos estratégicos".

La firma que autoriza el pago en *Vane Medical* es la de Hunter. Él tiene su propio presupuesto para proyectos especiales. Un presupuesto que Julian, obviamente, no audita al detalle mientras las cifras trimestrales cuadren.

Saco el siguiente documento. Una factura de *Starlight Holdings*. Dirigida a *Greenwood Solutions*. Los importes de estas facturas corresponden exactamente a las sumas que *Vane Medical* transfirió a la empresa *offshore*. *Starlight Holdings* factura a la sociedad pantalla de las Caimán por supuestos servicios de subcontratación.

Coloco las hojas una al lado de la otra sobre el cuero. El patrón salta a la vista. El esquema es simple y, al mismo tiempo, letal. Hunter autoriza pagos de *Vane Medical* a una empresa *offshore* por servicios inventados. Esa empresa se queda con un porcentaje

marginal y transfiere el resto íntegramente a *Starlight Holdings*. El dinero se lava a través del sistema fiscal del Caribe y aterriza limpio en una cuenta nueva.

Agarro el último fajo de papeles. Son los documentos de constitución de *Starlight Holdings*. Registrada en Delaware. Una estructura que garantiza el anonimato total. Pero en la última página, bajo la fe notarial, aparece el nombre del beneficiario económico. El CEO único.

Hunter Vane.

Siento un frío repentino y la sangre abandona mi rostro. Dejo caer los papeles sobre la mesa.

Esto no es una carrera ilegal en una zona industrial abandonada. Esto es malversación de fondos corporativos. Es fraude profesional. Lavado de dinero. Un delito que conlleva una larga condena en una prisión federal.

Me quedo mirando la firma de Hunter. La tinta dibuja las letras de su nombre con un trazo enérgico. Está robando millones de la empresa de su propia familia.

Se me encoge el estómago. Un dolor familiar y nauseabundo se expande por mi pecho. Imágenes de mi pasado irrumpen con violencia en mi cabeza. Patrick, sacando el dinero para un suelo inexistente de los bolsillos de propietarios ingenuos con una sonrisa encantadora. Marissa, dejando atrás a novias desoladas tras saquear el presupuesto de la boda. «La gente tiene demasiado de todos modos», solía decir mi madre mientras pasaba una tarjeta de crédito ajena por el terminal. «Nosotros solo cogemos lo que necesitamos para sobrevivir».

Hunter juega en otra liga. Sus cifras tienen seis ceros. Sus víctimas son miembros de la junta y accionistas anónimos. Pero el núcleo del acto es idéntico. El engaño sin escrúpulos. La convicción de que las necesidades propias están por encima de la ley. Es un estafador.

Presiono las palmas de las manos contra mis cuencas oculares. Un sabor amargo se asienta en mi lengua. Me he entregado a él. He roto mi propia regla de hierro de no confiar en los hombres. He derribado los muros que debían protegernos a Lily y a mí porque creí ver en Hunter a un hombre mejor que su reputación. Un hombre con un fondo bueno tras la fachada. Un hombre que trataba a mi hermana pequeña como a una adulta.

Entonces, otra certeza me golpea como un rayo: esta carpeta me convierte en cómplice.

Soy su gestora de riesgos. Tengo poderes amplios sobre sus cuentas. Si Julian encuentra estas facturas o la autoridad fiscal rastrea el flujo de dinero, el FBI asaltará el edificio corporativo. Hunter será arrestado. Los investigadores verán mis firmas en las autorizaciones generales. Asumirán que yo cubrí las transacciones.

Mi propia libertad está en juego de repente. El proceso de custodia de Lily. Todo mi plan para construir una vida estable y legal para ambas amenaza con saltar por los aires entre los escombros de la codicia de Hunter. Un antecedente penal significa el fin definitivo en el tribunal de familia. Marissa se quedaría con Lily y yo acabaría en la cárcel.

No debo perder los nervios ahora.

Reordeno los documentos con manos temblorosas dentro de la carpeta gris. El orden debe ser exacto. Ni una esquina doblada. Ni rastro. Guardo la carpeta tras el separador, cierro el cajón y giro la llave.

Devuelvo la llave exactamente a la misma posición en el macetero de latón.

La lámpara de escritorio se apaga con un clic seco. El despacho se sumerge de nuevo en las sombras anaranjadas de la farola.

El camino de vuelta a la planta superior se siente como el camino hacia mi propia ejecución. En mi cabeza giran las cifras, los nombres de las empresas, las consecuencias legales en un bucle infinito. *Vane*

Medical. Greenwood Solutions. Starlight Holdings. Un triángulo de destrucción.

Entro en el dormitorio. Hunter sigue en la misma posición. La sábana se ha resbalado de su hombro. Respira pacíficamente. Su espalda ancha sube y baja rítmicamente.

Me meto bajo el edredón y me tumbo en el borde extremo del colchón. Mi cuerpo está rígido. La distancia entre nosotros es de apenas unos centímetros, pero en mi mente nos separan galaxias.

Hunter se mueve. Su brazo me busca a ciegas. Encuentra mi cintura y me atrae contra su pecho cálido. Esconde la cara en mi pelo.

—Frío —murmura adormilado. Me estrecha más para calentarme con su cuerpo.

Cierro los ojos. Una sola lágrima quema su camino por mi sien hasta la almohada. La seguridad de su abrazo se siente, de repente, como una soga alrededor de mi cuello. Me he enamorado de un hombre que lleva en su interior exactamente el tipo de destrucción del que he estado huyendo toda mi vida.

Tendré que pedirle explicaciones. Si ignoro estos documentos, soy cómplice. Si lo denuncio, lo destruyo. Julian entregaría a su propio hermano a las autoridades sin dudarlo para salvar la reputación de la firma.

Me quedo mirando al vacío oscuro de la habitación. El tictac pausado del reloj en la mesilla suena como una bomba de relojería. La tormenta de la que quería proteger a otros hace tiempo que me ha arrastrado a su ojo. Y no tengo ni idea de cómo salvarnos a Lily y a mí del impacto inevitable.

Capítulo 24

HUNTER

Siento el cuello todavía un poco tenso por la noche anterior. Me he acostado con muchas mujeres, pero la conexión con Maeve es especial; nuestros cuerpos parecen hechos el uno para el otro. Oh, Dios, ¿me estoy volviendo sentimental? Da igual, me siento fantástico. Así no será ningún problema aguantar las próximas semanas y meses sin más escándalos.

Deslizo la espátula bajo el huevo frito y lo deposito en el plato justo cuando oigo pasos bajando la escalera. La puerta se abre y me giro con una sonrisa, espátula en mano. Si todo va bien, Maeve solo llevará su ropa interior y mi camiseta, y quizá podríamos estrenar la cocina antes del desayuno.

Pero Maeve lleva su blazer azul marino, abrochado hasta arriba. Su pelo está recogido en ese moño tirante habitual del que no escapa ni un mechón. Se planta ante mí armada con una carpeta de cartón gris y me invade la sensación de que no va a haber ningún *quickie* en esta cocina.

Mi sonrisa se congela una fracción de segundo antes de forzarla de nuevo.

—Pensaba que tras nuestro pequeño maratón de colchón habríamos flexibilizado el horario laboral —digo, señalando la mesa con la espátula—. He hecho huevos. Y al café le faltan dos minutos.

No parece estar para bromas. Segundos después descubro por qué.

—Starlight Holdings —dice ella.

Mi pulso se detiene, pero no dejo que se note. Me giro de nuevo hacia los fogones, apago el fuego y aparto la sartén.

—Suen a película de ciencia ficción de tercera —respondo por encima del hombro. Agarro un paño y me seco las manos con

lentitud deliberada—. ¿He comprado acciones de eso? Mi bróker hace cosas raras cuando se aburre.

—Greenwood Solutions —continúa Maeve. Su voz suena como un contestador automático—. Islas Caimán. Transferencias mensuales de Vane Medical por análisis de riesgos estratégicos. Autorizadas con tu firma.

Tiro el paño sobre la encimera, me doy la vuelta y me apoyo en los armarios.

—Vale, me has pillado. Dono en secreto a la Sociedad para la Salvación de la Rata Topo Desnuda. Julian odia a los animales, así que tuve que ser creativo.

—Ciento veinte mil dólares el mes pasado. —Da un paso al frente. La carpeta impacta contra el mármol de la isla—. Desvías fondos de la empresa a través de una sociedad pantalla *offshore* directamente a una cuenta en Delaware. Una cuenta donde tú figuras como único beneficiario económico.

Mi sentido del humor sufre una muerte súbita.

Miro el cartón gris. Conozco esa carpeta; la guardo en el último cajón, bajo llave, en mi despacho. Escondo la llave en el macetero de latón. Nadie lo sabe. En teoría.

Levanto la cabeza y la miro. Su pecho sube y baja con respiraciones cortas y superficiales. Tiene miedo. No de mí. Tiene miedo de las consecuencias que cuelgan sobre nuestras cabezas como una soga invisible.

—Has registrado mi despacho —sentencio.

—¡Soy tu gestora de riesgos!

—¡Anoche estabas en mi cama! Nos miramos a los ojos. ¿Y después bajas y husmeas en mis cajones?

—¡Estás cometiendo un fraude profesional, Hunter! —Su voz se quiebra al decir mi nombre—. ¡Lavado de dinero! ¡Malversación de

capital! Por esto vas directo a una prisión federal. Si Julian pone las manos sobre estos recibos, llamará al FBI sin pestañear.

Como si no lo supiera. Me despierto con ese pensamiento cada maldito día.

—¡Y ahora yo estoy metida hasta el cuello! —susurra. Cierra los ojos un segundo; todo su cuerpo tiembla levemente—. He firmado las autorizaciones de tus cuentas. Las autoridades pensarán de inmediato que he cubierto todo el plan. ¡Zas, licencia fuera! Acabaré en la trena. ¡Y Marissa se quedará con la custodia total de Lily porque yo seré una delincuente convicta!

Autsch. Eso me duele más que un puñetazo. Sinceramente, no había calibrado su papel en mi plan. Sé que no queda bien que ella esté implicada, pero está poniéndose en lo peor. ¿O no? Sé lo mucho que le importa Lily. Si arrastro eso conmigo al abismo, iré al infierno de cabeza. Aunque, según mi historial, tampoco es que me quede mucha salvación. Por instinto, tomo una decisión.

—Ponte zapatos cómodos —digo.

Abre mucho los ojos. —¿¡Qué!?

—Ponte zapatos planos, Maeve. Nos vamos de excursión.

—No voy a subirme a ningún coche. ¡Tengo que informar de esto a Harrington Risk Management! Estoy obligada por ley...

Le agarro la muñeca y la obligo a mirarme.

—No vas a informar de nada. Todavía no. Dame solo una hora. ¡Una sola hora! Si después de eso sigues queriendo llamar, yo mismo te marco el número.

Veó cómo su cerebro procesa todo. El deber profesional contra lo que pasó anoche entre nosotros. Finalmente, asiente.

Diez minutos después estamos en mi coche. El motor ronronea; salgo marcha atrás y enfilo el RS6 hacia la carretera principal. El sol de la mañana está bajo y deslumbra. Bajo el parasol.

El ambiente en el coche no encaja con el sol de fuera. Aquí dentro reina el invierno más profundo. Maeve mira obstinadamente por la ventana los jardines de Elmwood Park. Los setos impecables dejan paso a parcelas más grandes a las afueras. Tras unas millas, las calles se calman y solo quedan árboles.

Enciendo la radio para tener algo de ruido de fondo. Busco las palabras adecuadas, pero llevo meses sin encontrarlas. Sabía que Julian acabaría mandándome a sus auditores, pero esperaba tenerlo todo atado para entonces. Maeve no estaba en los planes.

Pongo el intermitente a la derecha y dejamos el asfalto. Entramos en un camino estrecho de grava donde los neumáticos crujen con fuerza. Hay baches profundos, así que conduzco despacio. Los árboles son densos y las ramas rozan el techo del coche. Tras unos cientos de metros, el bosque se abre.

Freno y apago el motor. Frente a nosotros hay un terreno enorme y vacío. La hierba llega a las rodillas. En el centro, unas estacas de madera amarilla y cuerdas dibujan un plano gigantesco. Una excavadora oxidada descansa abandonada a un lado. Al bajar, nos golpea el olor a tierra húmeda y agujas de pino.

Maeve mira a su alrededor con vacilación mientras el viento suelta un mechón de su moño tirante. Voy al maletero, pulso el botón y agarro dos rollos gruesos de papel que hay junto a mi bolsa de deporte. Me acerco al lateral del coche y extendiendo el papel sobre el capó caliente. Sujeto las esquinas con mis llaves y una piedra del suelo.

Maeve se acerca despacio y mira por encima de mi hombro.

—Echa un vistazo a esto —digo señalando el papel.

Son planos arquitectónicos. Muy detallados, en vista aérea. Varios edificios bajos rodeando una plaza central. Sin pasillos interminables. Sin salas estériles. Los caminos fluyen a través de jardines diseñados.

Se inclina sobre el capó. —¿Qué es esto?

—Un complejo residencial —respondo—. Para pacientes con demencia. Un lugar que no vea el deterioro como una estación final sin dignidad, sino como el último acto digno de una larga vida.

Sigo con el dedo los caminos del plano.

—Estos pasillos no tienen callejones sin salida. Las personas con demencia entran en pánico ante puertas cerradas o caminos que se cortan. Empiezan a deambular perdidos. ¡Construimos bucles infinitos! Pueden pasear horas y siempre vuelven a un punto seguro. En los jardines hay plantas específicas. Hierbas que despiertan recuerdos de la infancia. Lavanda para calmar. Y nada de suelos reflectantes, porque para los pacientes parecen agua.

Señalo un sendero marcado al borde de la instalación. Hay un nombre pequeño.

—*Alastair's Walk*.

Maeve lo lee en voz baja. Levanta la cabeza y me mira directo a los ojos.

—Mi padre odia las paredes blancas —digo, apoyándome en el capó—. Odia ese olor a hospital. Cuando estaba sano, estaba en el jardín cada mañana a las seis. Ahora se pudre en una clínica carísima, mirando el papel pintado y gritando a los cuidadores porque cree que está en la cárcel.

El viento susurra entre los árboles.

—Julian paga a los mejores médicos de la ciudad —continúo, alzando un poco la voz—. Claro que tenemos el dinero, pero ninguna institución encaja con lo que yo imagino. Solo atiborran a papá a pastillas para que los informes salgan limpios. No quiero eso. Ni para él, ni para nadie.

—¿Por qué haces todo esto a espaldas de Julian?

—No me malinterpretes, Julian ha hecho las paces con papá. Y desde que tiene a Henry y Harper en su vida, se ha ablandado. ¡Pero al final para él todo es negocio! Solo mira la fusión, todo el esfuerzo

para que su hermano pequeño no lo fastidie... Él calcula costes contra beneficios. ¿Un complejo como este? ¿Con jardines que no dan un duro? ¿Con arquitectura cara? ¡Julian destrozaría el proyecto al instante!

Maeve mira fijamente los planos. Su dedo recorre lentamente el *Alastair's Walk*.

—El terreno pertenece a Starlight Holdings —dice en voz baja.

—Exacto. —Asiento—. Yo compré la tierra. Los arquitectos llevan ocho meses con esto y el permiso de obra está en la fase final.

—Con el dinero de Vane Medical.

—No directamente. —Me enderezo—. En principio, es mío.

Frunce el ceño. —Pero las facturas iban a Greenwood Solutions en las Caimán y el dinero salía de los presupuestos de Vane Medical.

—Solo cojo, como máximo, la suma de mi fondo fiduciario —aclaro—. Es mi herencia y me pertenece. Pero Julian tiene el control. Debe autorizar todo lo que pase de cien mil dólares. Si compro tierras en Chicago así como así, lo verá y congelará el dinero al momento.

Inspiro hondo y recorro con la mirada el claro del bosque.

—Así que tomé este desvío. Autorizo pagos por supuestos análisis de riesgos. Julian asiente porque parece un gasto normal en el balance. Greenwood Solutions coge el dinero, lo limpia y lo manda a Starlight Holdings. Con eso pago la tierra. Los arquitectos. Todo.

Maeve sacude la cabeza. —Sigue siendo ilegal, Hunter. Falsificas balances. Da igual que sea tu herencia; para la ley es malversación. Irás a la cárcel por esto.

—Maeve, no te pido que participes. Solo te pido que no digas nada hasta que tenga el permiso de obra.

Rodeo el coche y me planto frente a ella.

—Necesito cuatro meses —digo con total intensidad—. ¡Cuatro meses y medio, para ser exactos! Los contratos con inversores externos están listos. Fundaciones para la investigación de la demencia. Gente que ve el sentido de esto. Cuando su dinero fluya, Starlight Holdings será independiente. Entonces no necesitaré mi fondo fiduciario y Julian podrá rabiarse lo que quiera, porque el proyecto volará solo.

Le cojo la mano. Se sobresalta, pero no la retira. Su piel está gélida.

—Te he metido en esto y, créeme, no era mi plan. —Trago saliva—. Solo piensa por un momento en lo que tú harías por Lily.

—Es distinto.

—¿Lo es? Ambos haríamos lo que fuera por la gente que amamos. No creo que sea distinto. Escucha, Maeve. Hay dos opciones. Opción uno: vuelves ahora mismo a la oficina —señalo el RS6—. Llamas a Julian y le mandas los extractos. Él congela mis cuentas y el complejo residencial muere. Pero, oye, ¡serás la brillante gestora que destapó un fraude millonario! Harrington Risk Management te pondrá la alfombra roja. Cobras tu bono, compras la casa y sacas a Lily de ese motel.

El viento sopla más fuerte ahora, agitando el papel sobre el capó.

—U opción dos: aguantamos juntos las próximas semanas y me cubres. Te prometo que me mantendré lejos de cualquier lío hasta que Julian cierre la fusión con Witherford. Entonces, te quedas con Lily.

Maeve no se mueve ni un centímetro. Sus ojos viajan de mí a los planos. A los senderos. Al nombre de mi padre. Luego mira la excavadora vieja al borde del bosque. Supongo que está pensando en sus padres. En todas las mentiras de su vida. Está sopesando el fraude de alguien que quiere enriquecerse contra mi fraude para construir un refugio.

Finalmente, coge la piedra del capó y la deja con cuidado en el suelo. Agarra los planos, los enrolla con total calma y los mete de nuevo en mi maletero. Cierra el portón con un golpe seco.

—Las transferencias a Greenwood Solutions están camufladas de forma chapucera —dice de repente.

Tardo un segundo en procesar a qué se refiere.

—Tenemos que cambiar los conceptos contables —continúa. Pasa por mi lado hacia la puerta del copiloto—. Dividiremos los importes entre subcontratas locales que crearemos nuevas en el sistema. Gastos de asesoría para la fusión, o algo por el estilo.

Rara vez me quedo sin palabras, pero en este momento solo puedo mirarla.

—Sube, Hunter —suspira abriendo la puerta—. Si Julian ve esos libros tal como están, acabaremos los dos en chirona.

Capítulo 25

MAEVE

El suave clic del ratón resuena en el salón mientras clavo la mirada en la pantalla. Marco una cifra de seis dígitos en la columna de urbanización de terrenos y la desplazo a la de asesoría jurídica externa. Con un toque de tecla, borro el nombre *Starlight Holdings* del concepto de pago. En su lugar, aparece una subcontrata neutral de las Islas Caimán. Pulso *Enter*. La pantalla parpadea un segundo, guarda el cambio y me convierte oficialmente en una criminal.

Me froto los ojos, que me escuecen. Todo mi cuerpo protesta contra esta jornada nocturna, pero mi mente está lúcida. Estoy falsificando balances. Estoy destruyendo pruebas. Estoy haciendo exactamente aquello por lo que he despreciado a Patrick y Marissa toda mi vida. Mis padres falsificaban firmas para ahorrarse una semana de alquiler o largarse con el dinero de jubilados ingenuos; yo manipulo libros contables para el heredero de un imperio.

La diferencia probablemente solo existe en mi cabeza, porque el código penal no hace excepciones con las buenas intenciones. Si Julian entrega estas tablas a un auditor y todo salta por los aires, nos enfrentamos a penas de cárcel de varios años. El proceso de custodia de Lily terminaría antes de que yo pudiera pisar la sala del tribunal. Marissa se quedaría con mi hermana pequeña. Lo perdería todo.

Y, aun así, aquí estoy, sentada con las piernas cruzadas sobre la alfombra, tecleando números de factura ficticios en una base de datos.

Hunter está en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, clasificando recibos físicos. Tiene las mangas remangadas hasta los codos y un bolígrafo entre los dientes. Él también parece agotado. Su pulgar acaricia una y otra vez un plano arquitectónico del complejo para pacientes con demencia que asoma entre los tiques.

Está construyendo un lugar donde la gente pueda conservar su dignidad. Lucha por algo más grande que él mismo.

Yo lucho por Lily. Y por él.

Mis principios se deshacen bajo el calor de su ambición y mi propia desesperación; ahora lo tengo claro. No puedo entregarlo a Julian. Aunque ese fuera, en teoría, mi trabajo.

El móvil de Hunter vibra sobre la mesa de madera; se quita el bolígrafo de la boca y agarra el teléfono. El músculo de su mandíbula se tensa al leer el nombre en la pantalla. Desliza el dedo y activa el altavoz.

—Julian —dice Hunter. Su voz suena pastosa.

—Sean Witherford se ha echado atrás —truenan la voz de su hermano desde el dispositivo. El tono es afilado—. Archangel Holdings está retrasando la firma del contrato de fusión. Quiere ver una auditoría sorpresa de nuestros presupuestos especiales mañana a las ocho de la mañana. Tiene indicios de irregularidades en los honorarios de consultoría.

La sangre se me congela en las venas.

—¿Mañana a las ocho? —pregunta Hunter con calma. Me mira—. Es inusual.

—Es una condición para la fusión —replica Julian—. No voy a dejar que Witherford encuentre un solo flanco débil. La Srta. Gallagher debe subir los informes detallados de tu presupuesto especial al servidor antes de las siete de la mañana. Sin fisuras. Si Witherford encuentra un solo céntimo que no esté justificado sin ninguna duda, tenemos un problema.

Julian cuelga sin despedirse.

El plazo está fijado. Tenemos exactamente seis horas.

Hunter deja caer el teléfono sobre la alfombra. Se pasa ambas manos por el pelo y exhala profundamente. La ligereza habitual ha desaparecido de su rostro.

—No llegamos a tiempo para mañana por la mañana.

—Llegaremos —sentencio.

Cierro mi portátil, agarro el segundo dispositivo que nos da acceso a la red corporativa y abro una máscara nueva. El cansancio se ha esfumado. Mi instinto de supervivencia toma el mando.

—Necesito las facturas de marzo a junio —dirijo—. Tenemos que fraccionar los pagos a Starlight en importes más pequeños. Cuatro mil doscientos aquí, seis mil seiscientos allá. Nada de cifras redondas. Los camuflaremos como gastos de implementación de un nuevo *software*. El departamento de IT de Vane Medical hizo una gran actualización en primavera. Nadie revisa las licencias individuales.

Hunter me mira un segundo. Luego asiente. Arrastra una carpeta y empieza a desplegar los papeles sobre la alfombra persa.

Trabajamos a destajo. Tecleo, calculo, muevo y borro. Hunter me pasa los justificantes correspondientes, me lee los importes y compara las sumas falsificadas con los extractos originales. La habitación huele a café pasado y a la impresora láser que, en la esquina, no deja de escupir página tras página.

Estamos sentados muy juntos en el suelo; su hombro roza el mío cuando se estira a por un fajo de papeles. A veces nuestros dedos se tocan cuando me pasa una nota. Cada contacto envía una chispa ardiente a través de mis nervios hiperexcitados. La intimidad de este delito compartido nos une más que cualquier conversación previa.

Pone toda su fortuna en mis manos.

Yo arriesgo mi futuro por su visión.

A las 03:14 tecleo el último número de factura ficticio en el sistema. Compruebo el total de la columna. Coincide exactamente con el presupuesto que Julian autorizó. Ni un solo céntimo conduce ya a Starlight Holdings. La empresa *offshore* cubre todo el rastro de papel.

Exporto el archivo como un PDF protegido y subo el documento al servidor de Vane Medical. La barra de carga verde se llena.

Carga completada.

Cierro el portátil. El clic retumba con fuerza en la sala.

—Listo —susurro.

Hunter deja caer la cabeza contra el asiento del sofá. Cierra los ojos. Un suspiro largo y tembloroso escapa de sus labios. La presión de las últimas horas desaparece visiblemente.

—Eres un maldito genio, Maeve —murmura.

—Soy una maldita delincuente —corrijo.

Abre los ojos y gira la cabeza hacia mí. Estamos rodeados de cientos de hojas de papel sobre la alfombra. La luz cruda de la lámpara me quema los ojos. La tensión abandona mi cuerpo. Lo que queda es una pesadez física, un latido profundo en mis venas. La adrenalina busca una nueva salida.

Hunter observa mi rostro. Alza la mano y acaricia mi mejilla con el pulgar. Su piel está caliente. Una fina capa de sudor brilla en su frente.

—Has cometido un delito por mí —dice en voz baja.

—Julian habría destruido tu sueño. —Me inclino inconscientemente hacia su contacto—. No podía permitirlo.

Sus ojos cambian. El cansancio es barrido por un hambre voraz; me agarra de la cintura y, con un movimiento enérgico, me sienta sobre su regazo. El ratón del portátil cae a un lado con un golpe seco. Un montón de facturas falsificadas cruje bajo mis rodillas mientras me horcajo sobre sus muslos.

No espero invitación. Rodeo su cuello con mis brazos y presiono mis labios contra los suyos.

El beso es impetuoso. Nos devoramos con la pura desesperación de dos personas que acaban de escapar del abismo. Su lengua

invade mi boca, sabe a café y adrenalina. Le devuelvo el beso con la misma urgencia. Mis manos se hunden en su pelo. Tiro ligeramente de los mechones. Gruñe desde lo más profundo de su garganta.

Sus manos viajan bajo mi camisa. La lana áspera de la alfombra persa me raspa los pies desnudos, pero solo siento el calor de sus palmas en mi espalda. Abre los botones de mi blusa con dedos rápidos. Un botón sale disparado y rebota sin ruido sobre el caos de papeles. Me da exactamente igual.

Retira la tela de mis hombros. No llevo sujetador. El aire fresco de la noche roza mi piel, pero Hunter no me da tiempo a sentir frío. Su boca deja mis labios, viaja por mi cuello y se cierra sobre mi pezón izquierdo. Muerde ligeramente.

Un grito agudo de placer escapa de mi garganta. Clavo las uñas en sus hombros. La reacción física es arrolladora. Mi bajo vientre se contrae espasmódicamente.

Agarro el dobladillo de su camiseta y se la quito por la cabeza. Mi mirada recorre las líneas fuertes de su pecho, marcadas bajo la luz tenue. Me aprieto contra él, frotando mis pechos desnudos contra su torso ardiente. La fricción genera un hormigueo insoportable.

Hunter me agarra de las caderas y me levanta. Me tumba sobre la espalda. La alfombra me quema los hombros desnudos. Las facturas esparcidas crujen bajo mi peso. Se arrodilla sobre mí, abre el botón de mis vaqueros y baja la cremallera. Agarra las perneras y me quita los pantalones y las bragas en un movimiento fluido.

Abro las piernas de par en par. El deseo puro por él anula cualquier rastro de vergüenza.

Él abre su propio pantalón, se deshace de la ropa y se inclina sobre mí. Sin preservativos. Sin cajones. No tenemos tiempo para preparativos.

Se apoya con ambas manos a los lados de mi cabeza. Su rostro está a centímetros del mío. Respira con dificultad. —¿Estás segura? —jadea.

—Tómame —respondo.

Se hunde en mí con toda su fuerza.

Grito y me arqueo hacia él. La plenitud me roba el aire. No es una unión tierna. Es un ritmo salvaje, descontrolado. Se retira casi por completo y vuelve a embestir profundamente en mi interior. Enredo mis piernas alrededor de sus caderas, anclando los talones en su espalda y atrayéndolo todavía más con cada golpe.

El sonido de nuestros cuerpos choca por encima del zumbido del frigorífico. Gotas de su sudor caen sobre mis clavículas. Saboreo la sal de su piel cuando presiono mi boca contra su cuello y muerdo. Suelta un gemido alto. El dolor y el placer se funden en una sola sensación.

Follamos sobre los balances falsificados. Mi espalda raspa dolorosamente contra la alfombra, pero solo siento el calor de la fricción entre mis piernas. Aumenta el ritmo. Sus pulgares se presionan con fuerza contra mis caderas. Me exige todo, y yo se lo doy sin condiciones.

El clímax aumenta a una velocidad de vértigo. Mis músculos se tensan. Un temblor nace en mis muslos. Clavo las uñas en sus escápulas.

—Hunter —balbuceo.

—Suéltate —ordena él.

La ola rompe sobre mí. Las contracciones sacuden mi vientre, ordeñando su miembro con una fuerza implacable. Echo la cabeza hacia atrás y grito su nombre en la oscuridad de la habitación.

Hunter acelera las embestidas. Dos. Tres. Cuatro. Se hunde una última vez en mí, se queda quieto en mi interior y gime con fuerza. Su cuerpo se tensa sobre el mío. El semen caliente se dispara en mi interior, pulsando, llenándome por completo.

Se desploma, dejando caer todo su peso sobre mí y escondiendo la cara en el hueco de mi cuello. Su caja torácica martillea contra la

mía. Respiramos a ráfagas, como si hubiéramos corrido un maratón.

El silencio regresa lentamente al despacho. Solo el crujido de los papeles arrugados bajo mi espalda me recuerda dónde estamos.

Hunter se apoya en los antebrazos y me mira. El pelo se le pega a la frente empapada. Me besa suavemente en los labios. Un contraste tierno y dulce tras la salvajería de los últimos minutos.

—Deberíamos dormir —susurra.

Cierro los ojos y asiento. El agotamiento por fin se adueña de mi conciencia. He derribado mis muros morales por este hombre. El documento está en el servidor de Julian.

La bomba está desactivada.

Al menos por hoy.

Capítulo 26

HUNTER

Le Chêne es uno de esos lugares donde el camarero te recita media novela sobre la trayectoria emocional de la res antes de que te permitan siquiera levantar el tenedor. Un plato principal aquí cuesta más que el alquiler mensual de un estudiante, pero, en términos de superficie, apenas cubre el fondo del plato. Observo fascinado cómo un señor mayor en la mesa de al lado mira fijamente una rodaja de zanahoria diminuta y artísticamente dispuesta, como si fuera a revelar los números de la lotería.

Tiro del cuello de mi camisa. Julian insistió en que esta noche no solo estuviera presente físicamente, sino que proyectara la impresión de que mi mayor pasatiempo es estudiar informes bursátiles. La tela me aprieta de forma incómoda en los hombros. Después de la noche pasada, este traje a medida se siente como una celda de alta seguridad. Si parpadeo, todavía noto las fibras ásperas de la alfombra de mi despacho en las rodillas y la resistencia flexible de la piel de Maeve bajo mis manos.

Maeve está sentada frente a mí, en diagonal. Lleva un blazer azul marino y el pelo recogido en un moño bajo y firme; toda una mujer de negocios. Bebe un sorbo de agua y desliza el dedo por su tablet como si hubiera pasado las últimas ocho horas durmiendo y no dejándose follar hasta perder el juicio en el suelo de mi oficina mientras estafábamos al imperio de Julian Vane. Su postura es intocable. Solo la pequeña marca rosada en el lateral de su cuello, que oculta hábilmente bajo el cuello de la blusa de seda, delata la verdad.

Julian está sentado a mi derecha. Entrelaza las manos sobre el mantel de un blanco inmaculado. Sus ojos están fijos en la entrada del restaurante.

—Es puntual al minuto —sentencia Julian.

Sigo su mirada. Sean Witherford entra en el salón. El CEO de *Archangel Holdings* se mueve con la arrogancia de un hombre acostumbrado a que los demás se aparten de inmediato cuando quiere pasar. Su traje le queda impecable. El pelo gris plateado tiene la raya marcada con precisión. Sus ojos escanean la sala con la puntería de un ave rapaz buscando presa.

A su lado camina una mujer que no encaja en absoluto en este cuadro estéril. Eleanor Witherford lleva un vestido vaporoso en un tono esmeralda cálido. Su sonrisa llega de verdad a sus ojos. Se detiene en una mesa vecina, toca brevemente el hombro de un anciano y se ríe de un comentario antes de seguir a su marido hacia nosotros.

Nos levantamos.

Julian le tiende la mano a Witherford. Un apretón breve y profesional.

—Sean. Me alegra que hayáis podido venir.

—Julian. —La voz de Witherford suena como cristal triturado. Gira la cabeza hacia mí. Me recorre de arriba abajo con la mirada—. Hunter. Una sorpresa encontrarte aquí totalmente vestido. Ya me había preparado para otra sensación viral.

Tenso la mandíbula. La pulla sobre el vídeo del ascensor da en el blanco. Fuerzo una sonrisa que muestra los dientes.

—Buenas noches, Sean. Por desgracia, *Le Chêne* tiene un código de vestimenta estricto. De lo contrario, habría preferido mi traje de Adán.

Eleanor da un paso al frente y pone la mano en el antebrazo de su marido.

—Deja al pobre chico en paz, Sean. Todos fuimos jóvenes una vez. —Se vuelve hacia mí y me tiende la mano. Su apretón es sorprendentemente firme—. Me alegra volver a verte, Hunter. Cada vez te pareces más a tu padre.

La mención de Alastair deshace un poco el nudo invisible de mi pecho.

—Gracias, Eleanor. Estás deslumbrante.

Ella suelta una carcajada clara.

—Y además tiene encanto. Sean, deberías tomar nota.

Witherford bufa con desprecio, pero se deja caer en la silla. Eleanor se sienta a su lado. Su mirada se posa en Maeve, que espera cortésmente a que todos se sienten.

—¿Y a quién tenemos aquí? —pregunta Eleanor con curiosidad.

—Maeve Gallagher —responde Maeve con una naturalidad tranquila. Le tiende la mano a Eleanor—. Liability Consultant. Asisto al Sr. Vane en asuntos operativos.

—Niñera —traduce Witherford. Hace una señal al sumiller—. Así que Julian por fin te ha buscado alguien que te vigile. Ya era hora. Una empresa que quiere salir a bolsa no puede permitirse un bufón suelto en la línea de sucesión.

Agarro mi copa y bebo un trago largo antes de decir algo que me gane la expulsión permanente de este restaurante y de la vida de Julian.

Julian interviene:

—La Srta. Gallagher se encarga de la integridad estructural de nuestra imagen pública. En *Vane Medical* no dejamos nada al azar.

El camarero trae el menú y rellena las copas. Eleanor enreda de inmediato a Maeve en una conversación sobre la arquitectura del edificio. Witherford ignora a las mujeres y se inclina sobre la mesa.

—He recibido la documentación, Julian. Tu secretaria me la envió cifrada esta mañana. —Witherford tamborilea con el índice sobre el mantel—. Las cifras del presupuesto especial están completas.

Mi mirada se cruza una milésima de segundo con la de Maeve. Ella charla sonriente con Eleanor, pero noto el tic diminuto en su

párpado. Los informes que Julian ha pasado a *Archangel Holdings* son una obra maestra de ficción y magia contable que creamos anoche sobre mi alfombra. Si Witherford supiera que acaba de dar el visto bueno a los documentos falsificados de una sociedad pantalla, saldría corriendo del restaurante a gritos.

—Te dije que nuestros libros estaban limpios —replica Julian. Toma un sorbo de vino—. Estamos a punto de construir uno de los imperios farmacéuticos más grandes de los Estados Unidos. *Vane Medical* aporta las patentes y la investigación. *Archangel* aporta la red de distribución. La fusión dominará el mercado.

—La dominancia requiere disciplina —dice Witherford. Gira la cabeza lentamente hacia mí—. Y la disciplina brilla por su ausencia en ciertos puntos.

Corte mi filete. El cuchillo se desliza por la carne tierna.

—Mis áreas de responsabilidad en *Vane Medical* están claramente definidas, Sean. No tienes que preocuparte por mi disciplina.

Witherford suelta una risotada burlona.

—¿Tus áreas de responsabilidad? Te presentas en galas, bebes champán y dejas que estrellitas baratas de internet te satisfagan ante las cámaras. No eres un activo para la empresa, Hunter. Eres un riesgo incalculable. Una bomba de relojería con patas que puede hundir la cotización en cualquier momento.

El volumen en la mesa baja. Eleanor interrumpe su charla con Maeve. Pone la mano sobre el brazo de su marido en señal de advertencia.

—Sean. Basta.

—No, no basta —sisea Witherford. Ha entrecerrado los ojos. Clava la vista en Julian—. Solo firmaré este contrato de fusión si tu hermano es eliminado por completo de la gestión operativa. No lo quiero ver cerca de ningún evento de relaciones públicas. No se le mencionará en ningún informe público. Es una mancha para el apellido Vane.

La sangre me ruge en los oídos. El ataque personal me resbala; hace tiempo que me acostumbré a ser la diana de los tipos de traje de élite. Pero la forma en que habla del apellido de mi padre —el nombre que Alastair levantó con sangre y sudor— hace que mis fusibles salten.

Dejo los cubiertos sobre el plato. El tintineo corta el silencio repentino. Cuadro los hombros y abro la boca para explicarle a este cabrón arrogante por dónde puede meterse su contrato de fusión.

—En realidad, Sr. Witherford, se equivoca en ese punto.

La voz de Maeve es baja, pero atraviesa sin esfuerzo la atmósfera cargada de la mesa.

Me quedo congelado en mitad del movimiento. Witherford gira la cabeza hacia ella. Frunce el ceño como si un mueble hubiera empezado a hablar de repente.

—¿Perdone? —pregunta con condescendencia.

Maeve dobla su servilleta y la deja junto al plato. Se reclina relajada.

—Usted considera la presencia mediática del Sr. Vane como un riesgo. Sin embargo, nuestras evaluaciones demográficas más recientes demuestran lo contrario. *Vane Medical* ha perdido mucha relevancia en el grupo de edad de menores de treinta años en los últimos tres años. Esa es la audiencia del futuro.

Julian mira a Maeve fijamente. Sabe perfectamente que está improvisando. No existen evaluaciones demográficas sobre mi comportamiento escandaloso. Pero Maeve vende la mentira con la convicción de una predicadora.

—La aparición poco convencional del Sr. Vane en el *Four Seasons* aumentó las búsquedas sobre *Vane Medical* un ochocientos por ciento en veinticuatro horas —continúa Maeve imperturbable—. El alcance en redes sociales ha explotado. Hemos llegado a un público objetivo por el que *Archangel Holdings* habría tenido que invertir millones en campañas publicitarias. La volatilidad a corto plazo de la

futura cotización es irrelevante comparada con este posicionamiento de marca a largo plazo.

Witherford parpadea. El ataque lo ha pillado desprevenido.

—Eso... eso no fue una maniobra publicitaria planeada. Fue un desliz vergonzoso.

—Cualquier noticia es una buena noticia, o como suele decirse: el resultado justifica el método —rebate Maeve sin dudarlo un segundo. Esboza una sonrisa gélida—. Es usted un hombre de negocios experimentado, Sr. Witherford. Sabe que la atención es la moneda más valiosa de nuestro tiempo. El Sr. Vane entrega esa moneda. Gratis. Eliminarlo de la esfera pública sería, desde un punto de vista estratégico, un error fatal.

Eleanor estalla en una carcajada sonora. Levanta su copa de vino y brinda hacia Maeve.

—¡Eso es lo que yo llamo una perspectiva brillante! ¿Has oído, Sean? El chico es un genio estratégico. Deberías dejar de comportarte como un viejo amargado y empezar a ver las ventajas.

Witherford se pone rojo. Abre la boca, la cierra de nuevo y echa mano a su vaso de agua. La mujer a su lado le ha quitado el viento de las velas ante todo el mundo.

Julian se aclara la garganta. La sorpresa de su rostro deja paso a una rápida satisfacción. Maeve no solo ha salvado la situación, ha puesto a Witherford a la defensiva.

—Volvamos a la parte de negocios —dice Julian con suavidad. Hace una señal al camarero para que sirva más vino—. La fusión nos dará los recursos para acelerar masivamente los planes de expansión del próximo año. Hemos auditado las capacidades para nuevas plantas de producción en Ohio.

Witherford asiente. Ha recuperado la compostura, pero evita mirar a Maeve.

—He visto los borradores. Muy prometedores. Pero tenemos que hablar de la estructura de costes, Julian. *Vane Medical* mantiene esa rama de beneficencia. Esos programas de ayuda comunitaria para personas sin hogar y sin seguro médico.

Se me encoge el estómago. *Vane Community Outreach*. El proyecto personal de Julian, por el que casi lo pierde todo.

—Solo desviamos una pequeña parte de nuestro presupuesto a esa fundación —responde Julian de forma neutral.

—Es un negocio de puras pérdidas —dice Witherford. Se limpia la boca con la servilleta—. No genera rentabilidad sobre el capital. Si *Archangel* firma la fusión, espero que esa rama sea liquidada. No podemos permitirnos pasatiempos emocionales si queremos dominar el mercado. Las clínicas deben cerrarse o venderse.

El aire en mis pulmones se convierte en plomo. Miro a Julian. *Dile a este bastardo que ese punto no es negociable. Dile que se vaya al infierno.*

Julian observa su plato vacío. Tamborilea con el índice sobre la mesa.

—Estudiaremos las optimizaciones estructurales tras la firma del contrato —dice Julian finalmente. Su voz es plana. Sin emoción alguna—. Ciertamente hay margen para ajustes en el área de beneficencia.

Mi corazón se detiene un momento.

¿Lo dice jodidamente en serio?

Agarro la servilleta de tela sobre mis rodillas. Mis dedos tiemblan de rabia contenida.

En este instante comprendo con una claridad brutal que he elegido el camino correcto. Si Julian está dispuesto a renunciar a aquello por lo que él mismo luchó tanto hace unos años, no dudará ni una fracción de segundo en destruir mi complejo residencial.

Pasaría los planos de *Alastair's Walk* por la trituradora si eso subiera la cotización un medio por ciento.

Necesito *Starlight Holdings*. Necesito las cuentas *offshore*. Y necesito a Maeve.

Giro la cabeza hacia ella. Me observa y, obviamente, ha entendido el peso de las palabras de Julian. Su mirada no transmite una falsa lástima, sino una solidaridad muda. Ya no somos empleada y cliente. Somos cómplices en una guerra que no ha hecho más que empezar.

—Disculpadme —digo. Aparto la silla y me levanto—. Necesito aire fresco.

No espero respuesta; me doy la vuelta y salgo del comedor. El trayecto por el restaurante se me hace eterno. Las conversaciones amortiguadas de los otros comensales rebotan en mí como la lluvia en un cristal.

Fuera, el calor nocturno de Chicago me golpea. El ruido de la calle es un cambio bienvenido tras la atmósfera estéril del comedor. Me apoyo contra el muro de piedra irregular del edificio y aflojo el nudo de mi corbata. Aspiro los gases de escape de los coches que pasan e intento controlar el temblor de mis manos.

La puerta del restaurante se abre.

Maeve sale a la acera; se ha quitado el blazer y lo lleva colgado del brazo. El viento cálido juega con los mechones sueltos que han escapado de su moño. Mira a su alrededor, me descubre junto al muro y se dirige hacia mí.

Se detiene a un metro.

—Casi le retuerces el cuello —comenta.

—Aún estoy trabajando en mi control de impulsos —replico con amargura. Apoyo la nuca contra la piedra—. Gracias por la evaluación demográfica. Ha sido una mentira magistral.

—Estabas a punto de explotar.

—Está vendiendo su alma. —Mi voz es apenas un gruñido—. Está quemando sus buenas acciones por unos puntos porcentuales en la fusión.

Maeve baja la vista y clava los ojos en el asfalto.

—Mi padre vendió una vez las joyas de mi abuela para pagar una deuda de juego. Me dijo que había llevado el collar a reparar. Esperé tres meses a que volviera antes de encontrar el recibo de la casa de empeños en el bolsillo de su chaqueta.

Levanta la cabeza y me mira directo a los ojos. El dolor de su mirada es antiguo, pero tiene aristas afiladas.

—La gente como Julian y mi padre no ven valores emocionales —susurra—. Solo ven recursos. Si queremos construir el complejo, tenemos que ser rápidos.

Extiendo la mano y acaricio con el pulgar la marca rosada oculta en su cuello. Ella cierra los ojos y se inclina hacia mi contacto. El recuerdo de la alfombra de mi despacho golpea con toda su fuerza. La rabia hacia Julian no desaparece, pero se transforma en otra cosa. En un motor enfocado e implacable.

Ya no hay vuelta atrás.

Capítulo 27

MAEVE

Han pasado siete días desde que subí los documentos falsificados al servidor de Julian Vane. Sean Witherford no ha dado señales de vida. Si sus auditores han descubierto el fraude, en este preciso instante estarán preparando la acusación. Recopilando pruebas, contactando con abogados, redactando el comunicado de prensa. Cada llamada de un número desconocido hace que mi pulso se dispare. Si suena el timbre, espero encontrarme a hombres de traje con placas federales en el cinturón.

Julian tampoco se ha manifestado desde entonces. Hunter habló con él una vez por teléfono para intentar disuadirlo de cerrar la rama benéfica de la clínica, pero Julian le dio largas diciendo que eso se decidiría más adelante.

No sé si es una represalia o si ya lo tenía planeado, pero Hunter ha salido de casa a primera hora de la mañana para ir a la universidad.

La baja definitiva.

Empezó medicina solo por el deseo desesperado de cumplir con las expectativas familiares. Firmar hoy los papeles en el decanato significa enterrar ese sueño académico para siempre.

Por supuesto, ha intentado que no se le notara la tensión. Estaba en la cocina, se ha bebido el café solo de un trago y ha soltado un chiste malo sobre la dudosa elección de corbatas del personal administrativo. Pero he visto el leve temblor de sus dedos al agarrar las llaves del coche. El músculo de su mandíbula no dejaba de trabajar. Estaba en tensión absoluta.

Paso un trapo por la isla de la cocina, que ya está limpia. El movimiento es inútil, pero mantiene mis manos ocupadas. Mi cerebro no para. Si la policía me detiene, perderé a Lily. El tribunal

de familia no concederá la custodia a una convicta. Todas esas noches en camas extrañas, todas las mentiras, todas las huidas... acabaría exactamente donde Patrick y Marissa han pasado su vida entera. En los márgenes.

Tiro el trapo al fregadero e inspiro profundamente. El aire de la casa es asfixiante. Necesito oxígeno.

Abro la puerta de la terraza y salgo al jardín. El sol castiga el césped; las cigarras chirrían en los setos del límite de la propiedad. La grava cruje bajo mis zapatillas mientras rodeo la casa hacia la entrada principal para ver si hay correo.

Pero, ¿qué es eso? Un coche desconocido bloquea la entrada.

Es un Honda Civic oxidado. La pintura se desconcha en los guardabarros, dejando un rastro marrón que cruza la puerta del conductor.

Este coche no encaja en este vecindario. Encaja en moteles de mala muerte y gasolineras de carretera.

Y cuando veo quién está apoyado en el capó, mis peores miedos se confirman.

Es Patrick.

Lleva unos vaqueros lavados y una camisa de franela desgastada en los codos, y está encendiendo un cigarrillo. Al verme, tira la cerilla encendida al césped de Hunter y sonríe. Es esa sonrisa ganadora con la que encasqueta contratos de reforma inflados a ancianas en la puerta de su casa.

—Bonita propiedad —dice mi padre. Su voz tiene ese matiz rasposo de fumador empedernido—. Siempre pensé que vivías en un apartamentito. Pero esto... esto tiene clase.

Me detengo a cinco metros de él. Siento los latidos del corazón en los oídos. —¿Qué haces aquí?

Da una calada profunda y expulsa el humo hacia el cielo sin nubes.

—Un padre tiene derecho a ver dónde vive su hija, ¿no? Lily no ha parado de darnos la chapa en todo el fin de semana. Casa enorme. Piscina en el jardín. Un tal Hunter que le despluma la pasta jugando al póker. —Patrick chasquea la lengua—. Me picó la curiosidad. Un par de búsquedas después y ya sé que Hunter Vane está empadronado aquí. Has pescado un buen ejemplar, Maeve.

Aprieto los puños en los bolsillos y mis uñas se clavan en las palmas. Lily ha hablado; era de esperar. No puedo culpársela. No lo hizo con mala intención, solo estaba entusiasmada por un mundo que antes solo conocía por la tele. Pero, por desgracia, le ha puesto el rastro de migas de pan directamente a los pies de Patrick.

—Es mi cliente —digo—. Es una relación profesional. Lárgate de esta propiedad.

Patrick ríe. Un sonido ronco. Se separa del capó y camina hacia mí con parsimonia.

—Cliente. Claro. Pero ese cliente tiene miles de millones en la cuenta. Y tú tienes acceso a ellos. Somos una familia. Compartimos nuestro éxito.

—No vas a recibir ni un céntimo de mí. —Obligo a mis piernas a no moverse, porque huir indicaría debilidad—. Ya os di los ochocientos dólares en South Bend. El trato terminó ahí.

Se detiene a dos metros y me llega el olor a sudor y nicotina.

—Los ochocientos estuvieron bien para el momento. Pero Marissa tiene una idea de negocio nueva. Queremos comprar un terreno en Florida. Un complejo exclusivo para turistas. Eso da pasta de verdad.

—Pues id al banco —replico.

—Los bancos hacen demasiadas preguntas estúpidas —dice Patrick. Tira el cigarrillo al suelo y aplasta la brasa con la puntera del zapato. La sonrisa amable desaparece de su rostro—. Cincuenta mil, Maeve. Eso es calderilla para tu amiguito el multimillonario. Cogemos la pasta y nos perdemos en Miami.

—No tengo cincuenta mil dólares.

—Pues consíguelos. —Da un paso hacia mí hasta que la distancia se vuelve amenazante—. Si el dinero no está en mi cuenta mañana por la tarde, hacemos las maletas. Lily se viene a Florida. O a México. Depende de cómo esté el tiempo. No volverás a verla. Te lo prometo.

Se me encoge el estómago, porque ha dado justo en mi punto más vulnerable. El tribunal de familia aún no ha dictado ninguna medida. Él tiene la patria potestad. Puede meterla en el coche y cruzar la frontera, y yo no tendría ninguna herramienta legal para detenerlo.

—Estás destruyendo su vida —susurro.

—Es mi hija. Yo decido dónde vive. —Patrick levanta la mano y me toca la clavícula con un dedo sucio—. Mañana por la tarde. Cincuenta mil. No seas una cría desagradecida.

Le aparto la mano de un golpe. El movimiento es instintivo. —No me toques.

El rechazo hace que algo brille en sus ojos. El estafador relajado desaparece y surge el hombre colérico. Patrick me agarra con fuerza del brazo izquierdo. Sus dedos se clavan profundamente en mi músculo. Me atrae hacia él de un tirón.

—No me hables así —sisea. Gotas de saliva me salpican la mejilla—. ¿Te crees mejor que nosotros por vivir en este barrio? Eres igual que nosotros. Una ladronzuela arrimada a los idiotas ricos.

Intento soltarme, pero aprieta más. El dolor me llega hasta el hombro.

De repente, unos neumáticos chirrían sobre el asfalto de la calle.

Un Audi RS6 negro entra en el camino y se detiene a escasos centímetros del parachoques del Honda Civic. La puerta del conductor se abre antes de que el motor se apague.

Baja Hunter.

Lleva la camisa azul claro de esta mañana, con las mangas remangadas y el botón de arriba abierto. El agotamiento emocional de la visita a la universidad está grabado en su rostro; lo rodea una energía vibrante e impredecible. Ve a Patrick y su mano sucia aferrada a mi brazo.

Hunter cierra la puerta con un clic seco y cruza el césped con zancadas largas y pausadas. Su actitud desprende una calma aterradora.

—Llevo toda la mañana preguntándome quién ha tirado su basura en mi entrada —dice Hunter. Su voz es engañosamente amable.

Patrick gira la cabeza. —Oye, colega, esto es un asunto familiar...

—¿Familia? —Hunter suelta una risa burlona. Se planta a un metro de Patrick y recorre de arriba abajo la camisa de franela raída de mi padre—. Pareces más bien un extra mal pagado de un *western* de tercera. Suelta su brazo.

Patrick bufa. Aprieta más el agarre sobre mi brazo.

—No te metas, Vane. Puede que tengas dinero, pero esto es mi carne y mi sangre.

—Tu carne y tu sangre están pagando los gastos de tu estilo de vida miserable —replica Hunter. Se mete las manos en los bolsillos. Sus ojos fijan a mi padre como si fuera un insecto bajo el microscopio—. Sabes, Patrick, he leído bastante sobre tus negocios. Ni siquiera eres un estafador con talento. Eres un aficionado que despluma a propietarios ingenuos y luego se esconde en moteles rancios porque tiene miedo a las consecuencias.

La cara de Patrick se pone roja. La vena de su sien late con fuerza.

—Pedazo de imbécil arrogante. ¿Te crees intocable? Eres el hazmerreír de todos los portales de cotilleo del país.

—Posiblemente —dice Hunter impasible. Ladea un poco la cabeza—. Pero soy un hazmerreír con unos abogados excelentes. Tú solo eres un fracasado con un Honda destrozado que chantajea a su propia hija. Última advertencia. Quita tu mano de encima.

Patrick escupe al suelo y me atrae todavía más hacia él.

—Ella se viene conmigo. Y si no pagas, me las llevo a ella y a la pequeña. Ya te buscarás otra puta, Vane.

Las manos de Hunter salen disparadas de sus bolsillos y su puño derecho impacta en la mandíbula de Patrick con un crujido sordo y asqueroso.

La fuerza del golpe levanta a mi padre del suelo; su mano me suelta al instante. Patrick cae hacia atrás como un árbol talado. Su cabeza golpea con fuerza contra las piedras.

Hunter se lanza sobre él, lo agarra por el cuello de la camisa, lo levanta un poco y vuelve a golpear. Un impacto seco y directo en la nariz. La sangre salpica los adoquines claros.

—¡Hunter! —grito.

Pero no me oye. Su rostro es una máscara rígida de pura violencia. Coge impulso otra vez.

Me abalanzo y agarro a Hunter por los hombros. Los músculos bajo la camisa parecen acero bajo tensión. Tiro de él con todo mi peso. —¡Para! ¡Lo vas a matar!

Patrick gime en el suelo. Se tapa la cara con las manos. Gotas rojas se filtran entre sus dedos.

Hunter se detiene en mitad del movimiento. Su puño queda suspendido en el aire. Su pecho sube y baja a un ritmo frenético. Respira a ráfagas por la nariz. Finalmente, baja el brazo.

Tiene los nudillos abiertos. La sangre fresca se mezcla con la piel desgarrada de su mano derecha.

—No vuelvas a tocarla —gruñe Hunter. Le tiembla la voz—. Como te acerques otra vez a esta propiedad, te rompo cada hueso del

cuerpo. ¿Me has oído?

Patrick se queja. Se gira de costado y escupe un diente al césped.

Yo tiemblo de pies a cabeza. La adrenalina ruge en mis oídos como una marea potente.

Un breve toque de claxon rompe el silencio y giro la cabeza bruscamente.

La ventanilla tintada del copiloto del viejo Honda Civic baja con un zumbido.

Marissa está al volante. Lleva unas gafas de sol baratas con pedrería en la montura. Su pelo rubio platino cae lacio sobre los hombros. Sujeta su smartphone en horizontal con ambas manos. La luz de la cámara brilla con fuerza.

Lo ha grabado todo.

Toda la agresión. El primer golpe. La sangre en el suelo. El estallido de violencia incontrolada de Hunter.

Marissa baja el teléfono. Se desliza las gafas un poco hacia abajo y me mira. Su sonrisa es empalagosa y letal.

—Esto va a valer una fortuna, cielito —grita mi madre a través de la ventana abierta.

Arranca el motor. El Honda tartamudea antes de rugir.

—Dile a tu amigo el rico que haga la transferencia —grita por encima del ruido del motor—. O esto saldrá esta noche en las noticias.

Patrick se levanta a duras penas. Se tambalea mientras se sujeta la mandíbula sangrante. Lanza a Hunter una mirada llena de odio, camina vacilante hacia el coche y se deja caer en el asiento del copiloto. Marissa acelera. El coche sale marcha atrás disparado, los neumáticos chirrían contra el bordillo antes de que el Honda desaparezca por la calle.

Hunter está a mi lado. Mira al final de la entrada, ahora vacío. Gotas rojas caen de sus nudillos sobre el suelo claro.

Intentamos maniobrar contra Julian y Witherford con un arriesgado truco contable, y al final nos ha dado jaque mate una pareja de estafadores de tercera de South Bend.

—Nos tiene —susurro.

Hunter aprieta la mano herida. —Encontraremos una solución.

—No hay solución para un vídeo, Hunter. Las imágenes no mienten. Lo has molido a golpes.

Un coche de patrulla gira por la esquina de nuestra calle. La luz azul se refleja en los cristales de las casas vecinas. Los residentes se han dado cuenta de la agresión hace rato. Alguien ha llamado al 911.

La sirena da un breve aullido mientras el coche frena ante nuestra propiedad. Dos agentes uniformados bajan. Tienen las manos apoyadas en sus cinturones de servicio.

Cierro los ojos.

Capítulo 28

HUNTER

Estoy sentado en una silla de metal tambaleante cuyas patas delanteras producen un chirrido contra el suelo de linóleo cada vez que me muevo. Mi mano derecha descansa sobre el tablero rayado de la mesa; la sangre de mis nudillos ya se ha secado. La piel me tira de forma desagradable y un latido constante me recorre hasta la muñeca.

El oficial que tengo enfrente tamborilea con el extremo de su bolígrafo sobre un bloc de notas vacío. Tiene un bigote tupido y la mirada aburrida de un hombre que quería terminar su turno hace tres horas.

—Sr. Vane —dice por cuarta vez—. Se lo pregunto una vez más. ¿Cuál fue el detonante del altercado físico en su entrada?

Me reclino y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Ya le he descrito la situación, oficial Pearson. Ese hombre estaba en mi propiedad sin autorización. Pisó el césped. Soy muy delicado con mi césped.

El policía suspira sonoramente y deja caer el bolígrafo.

—Le ha roto el tabique nasal.

—Se tropezó.

—Contra su puño.

—Mi brazo se encontraba en una posición desafortunada.

Un colega abre la puerta de la sala de interrogatorios. Sostiene una bolsa de plástico transparente con mis pertenencias. Mi smartphone no deja de iluminarse; la vibración zumba amortiguada contra el plástico rígido. Puedo leer el nombre en la pantalla incluso a esta distancia. Julian. Lleva veinte minutos intentando localizarme.

El departamento de RR. PP. de Vane Medical debe de estar echando humo ahora mismo.

—Aquí tiene su chatarra —dice el segundo agente, tirando la bolsa sobre la mesa—. Y tiene derecho a una llamada.

Desliza hacia mí un enorme teléfono fijo de plástico color crema. El aparato parece haber sobrevivido a duras penas a los años noventa. Agarro el auricular y marco el número de memoria. Suena exactamente una vez.

—¿Hunter? —La voz de Maeve tiembla.

—Soy yo —digo. Me giro un poco para dar la espalda a los dos policías, que me observan con curiosidad—. Escúchame bien. No vas a transferir ese dinero. Ni un solo céntimo.

Ella toma aire con brusquedad.

—Marissa tiene el vídeo. Se lo va a vender a la prensa. Julian bloqueará tu fondo. Yo perderé el trabajo, perderé a Lily. Tengo algunos ahorros. Puedo enviarle al menos un adelanto para que se calle.

—No —pronuncio la palabra con firmeza—. Si hoy le das cincuenta mil dólares a esos parásitos, el mes que viene volverán a estar en la puerta. Te desangrarán hasta el final de tus días.

—¿Qué vamos a hacer? —La desesperación en su voz es innegable.

—Vas a llamar a Julian ahora mismo —ordeno con calma—. Se lo vas a contar todo. El chantaje, lo de tu padre, lo del vídeo. Cada maldito detalle.

Sigue un largo silencio al otro lado de la línea.

—Me va a despedir al instante —susurra finalmente—. He fallado en mi mandato.

—No te va a despedir. Te necesita para apagar este incendio. Llámalo. Dile en qué comisaría estoy. Que mueva el culo hasta aquí

y pague la fianza. Resolveremos este problema cuando esté de vuelta en casa. Confía en mí.

—Vale —dice en voz baja.

La línea emite un chasquido y luego el tono rítmico de fin de llamada. Cuelgo el auricular. El oficial del bigote vuelve a deslizar el bloc hacia mí.

—¿Ha refrescado ya su memoria sobre el incidente, Sr. Vane?

Le dedico una sonrisa. —Me acojo a mi derecho a no declarar.

Una hora más tarde, la pesada puerta de acero al final del pasillo se abre y Julian entra en la zona de guardia. No lleva traje, sino un pantalón chino negro y una camisa azul noche. Habla brevemente con el sargento de guardia en el mostrador, firma un formulario y me lanza una mirada que baja la temperatura de la sala diez grados. Un agente uniformado abre la reja de mi zona de espera. Cojo mi bolsa de plástico, saco el teléfono y me lo meto en el bolsillo.

Julian no articula palabra hasta que salimos de la comisaría. El aire bochornoso de la noche de Chicago nos golpea en el aparcamiento. Su Bentley Continental está estacionado en zona prohibida frente a la entrada principal; la carrocería brilla bajo las farolas.

Abro la puerta del copiloto y me dejo caer en el asiento de cuero suave. El interior huele a riqueza inamovible. Un contraste absurdo con la sala de interrogatorios de hace cinco minutos. Julian sube y cierra la puerta con una violencia innecesaria. El motor despierta con un ronroneo potente. Mientras conduce, parece un volcán a punto de entrar en erupción.

—Un paleta de Indiana —estalla finalmente. Mantiene la vista fija en el parabrisas—. Le das una paliza al padre de tu gestora en plena calle. Ante testigos. ¡Y tenemos un vídeo de chantaje en ciernes!

Observo los carteles luminosos que pasan de largo.

—Pensaba que te alegraría mi compromiso social. El hombre necesitaba una corrección dental. Yo solo aceleré el proceso.

El Bentley da un bandazo abrupto cuando Julian pega un volantazo. Recupera el control del coche de inmediato, pero la pérdida de estribos lo dice todo.

—¡Deja de una puta vez los chistecitos! —grita—. Esto no es una travesura de niño rico. Si ese vídeo sale a la luz, la fusión con Archangel se va al traste. Witherford busca cualquier excusa para borrarle del mapa. Se la estás sirviendo en bandeja de plata.

—Ese tipo tocó a Maeve.

Julian frena en un semáforo en rojo y gira la cabeza hacia mí. Sus ojos me perforan. La rabia deja paso a un frío analítico y afilado.

—La tocó —repite Julian despacio—. ¿Esa es tu justificación para una agresión grave? ¿Un tipo agarra a su propia hija del brazo y tú mutas en matón de barrio?

—La estaba chantajeando —digo—. Quería cincuenta mil o se llevaba a la hermana pequeña al extranjero. Es un criminal.

El semáforo cambia a verde. Julian pisa el acelerador a fondo. El Bentley sale disparado hacia delante con una sacudida.

—Eso es un caso para la policía —dice Julian—. No para mi departamento de RR. PP. ¿Por qué arriesgas todo nuestro imperio por los problemas familiares de una empleada? —Tamborilea con los dedos en el volante. Los anillos de su mano chocan contra el cuero—. A menos que no sea solo una empleada.

Vuelvo a mirar por la ventanilla. Los escaparates iluminados del centro se desdibujan en una franja de colores. La adrenalina de la pelea hace tiempo que abandonó mi sistema, sustituida por un cansancio plomizo en los huesos. La piel abierta de mi mano me arde.

—¿Tienes algo con ella? —pregunta Julian.

Suelto una carcajada seca. —No tengo por qué follarme a todo lo que tenga dos tetas.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No hay respuesta porque la pregunta es ridícula. Me vigila. Escribe listas. Me toca los huevos cada mañana a las ocho en punto con un café que no he pedido. —Fuerzo mi voz para que suene lo más despreocupada posible—. Le di una lección a Patrick Gallagher porque estaba en mi entrada y creía que podía provocarme.

Julian calla. Ese es el problema de nuestra relación. Me conoce desde que nací. Me ha visto destrozar deportivos caros. Ha pagado las facturas de habitaciones de hotel demolidas. Sabe exactamente cómo se comporta mi ego cuando lo hieren. Se vuelve ruidoso. Se vuelve arrogante. Pero nunca se queda en silencio.

No me defiendo más ni le ofrezco nuevas excusas. Me limito a estar sentado en el asiento del copiloto mirando a la noche. Pero mi pulso no se calma. La idea de la mano sucia de Patrick en el brazo de Maeve sigue activando en mí ese instinto de aniquilación.

Julian entra en las calles residenciales de Elmwood Park. Las casas son más grandes, las parcelas más amplias.

—Me estás mintiendo —sentencia Julian.

No reacciono.

—Llevas años arrastrando la carrera de medicina aunque detestas la sangre —continúa. Su tono es tranquilo, pero las palabras apuntan con precisión a mis puntos débiles.

Giro la cabeza hacia él. Las luces de las farolas proyectan sombras erráticas en su rostro.

—Lo sabías desde el principio.

—Soy plenamente consciente de que disfrutas de la vida de fiesta universitaria al máximo —dice Julian mientras toma una curva—. Pero que tardaras tanto en graduarte... tenía que haber otros motivos. Así que contraté a un detective.

Una sensación de entumecimiento se extiende por mi pecho. El dolor de mis nudillos queda en segundo plano.

—Un detective —pronuncio las palabras despacio mientras mi cerebro las procesa—. ¿Me pusiste un sabueso encima? ¿Y luego me mandas a Maeve como vigilante a mi propia casa? ¿Es que no confías nada en mí?

—¿Por qué debería?

Mete el Bentley en mi entrada y apaga el motor. Agarro la manilla de la puerta.

—Espero que tu caro detective también te haya dicho que esta mañana me he dado de baja en la universidad.

La mano de Julian se queda quieta sobre la llave de contacto.

—¿Has hecho qué?

—Que te den, Julian.

Tiro de la manilla y abro la puerta de golpe. El aire bochornoso de la noche me recibe. Cierro la puerta del coche tras de mí sin mirar atrás.

Dentro de casa voy directo a la cocina. El agua arrastra una nube rojiza sobre el acero inoxidable del fregadero. Observo mis nudillos destrozados; parecen carne picada de oferta. El latido de mi mano derecha marca el compás de este día estrepitosamente fracasado.

Esperaba que me recibieran con un sermón, porque Maeve Gallagher no es el tipo de mujer que sufre en silencio o se esconde a llorar en una almohada. Es del tipo que te pone bajo la nariz una tabla con códigos de colores sobre tus carencias de carácter. Acabo de aplicarle a su progenitor una corrección maxilar gratuita en mi entrada. Eso justifica, al menos, un monólogo de tres horas sobre el control de impulsos.

Pero la casa me recibe en silencio.

Cierro el grifo y me seco las manos con un paño. Mi mirada viaja por la ventana hacia el jardín. La casa de invitados se recorta como

un bloque oscuro contra el cielo nocturno. Las persianas están bajadas hasta el tope. Probablemente esté durmiendo. Y yo también noto que necesito el sueño.

Saco el smartphone del bolsillo. La pantalla deslumbra mis ojos cansados. Abro nuestro chat.

«¿*Sigues viva?*», tecleo.

Un tic gris. Dos tics grises.

Me apoyo en la isla de la cocina y clavo la vista en la pantalla hasta que el bloqueo automático la oscurece. Los tics siguen grises. Me está ignorando. Comprensible. Guardo el teléfono, ignoro el dolor pulsante de mi mano y subo las escaleras. Mi cama parece una pista de aterrizaje sin uso. Doy vueltas durante lo que me parece una eternidad hasta que, finalmente, mi cerebro decide desconectar.

Capítulo 29

HUNTER

Un zumbido penetrante se me clava directamente en el cráneo apenas unas horas después. La madera de mi mesilla de noche vibra como si tuviera encima un martillo neumático averiado. Parpadeo contra la luz del sol que se filtra por la rendija de la cortina y busco el móvil a ciegas.

Siete y doce.

Mi pantalla parece el centro de mando ante un inminente ataque nuclear. Cuarenta y tres llamadas perdidas. Marco lo ha intentado cuatro veces. Mi abogado de medios, ocho. Varios miembros de la junta de Vane Medical han dejado mensajes de voz desesperados. El resto son notificaciones de portales de cotilleo locales.

Deslizo el dedo sobre un enlace del *Chicago Tribune*. La página carga.

La imagen fija muestra mi puño impactando con estruendo en la cara de Patrick. Hay que reconocerle algo a Marissa: tiene un ojo innegable para los ángulos dramáticos. Su vídeo hace que Patrick parezca un jubilado indefenso atacado sin previo aviso por el rabioso heredero de un imperio. El titular me grita en letras negritas: *El heredero Vane pierde los papeles: escenas brutales en los suburbios*. Navego un momento por la sección de comentarios. La comunidad de internet exige, a elegir, mi encarcelamiento inmediato o mi lapidación pública.

Cierro el navegador. El linchamiento mediático me interesa poco en este momento. Marco el número de Maeve.

Suena una vez. Dos. Tres.

Me recibe la voz artificial de su buzón de voz.

Cuelgo y vuelvo a marcar. Otra vez la locución automática. Un sabor metálico se extiende por mi lengua. Maeve nunca apaga su

teléfono en un día laborable. Preferiría quedarse sin oxígeno antes que estar inalcanzable.

Saco las piernas de la cama. El camino a la cocina me lleva apenas veinte segundos. El segundo cajón junto a los fogones se atasca un poco. Lo abro de un tirón y rebusco entre pilas gastadas y folletos de comida vieja hasta que mis dedos dan con la llave de repuesto estriada del pabellón de invitados.

El césped está empapado por el rocío de la mañana y mis pies descalzos dejan huella en las briznas húmedas. Meto la llave en la cerradura de la puerta de invitados. El cilindro gira sin resistencia.

—¿Maeve? —llamo al silencio.

Nada.

Entro en la cocina americana. La cafetera brilla. No hay portátil sobre la mesa. Ni rastro de su taza favorita en el fregadero. Camino hacia el dormitorio contiguo. Las puertas del armario están abiertas de par en par. Las perchas de madera cuelgan vacías de la barra. La cama está hecha. La colcha descansa sobre el colchón sin una sola arruga.

Me giro y echo un vistazo al baño. El vaso de los cepillos está vacío. Ni una horquilla sobre la repisa.

Se ha ido.

No ha preparado una bolsa de viaje con prisas para escapar del circo mediático que se avecina. Ha vaciado estas estancias de forma sistemática. Ha borrado cualquier rastro de su existencia con precisión quirúrgica.

Vuelvo al pasillo y me quedo mirando la pizarra blanca de la pared. La superficie lisa me deslumbra con su vacío. Sin listas. Sin prioridades en color rojo. Ni un solo trazo.

¿Por qué?

Mi mente repasa las opciones disponibles. ¿La contactó Julian anoche? ¿La amenazó con una demanda por incumplimiento? ¿Ese

ridículo vídeo de móvil la ha hecho huir definitivamente?

No. Eso no encaja con ella. Maeve no huye de los escándalos. Le mintió a Witherford a la cara con expresión angelical para apoyarme. Se convirtió en cómplice hace nada sobre la alfombra de mi despacho manipulando balances de la empresa. Una mujer dispuesta a acabar en una celda por mí no huye por un mal titular.

El smartphone me vibra en la mano y el zumbido me saca de mis pensamientos. Miro la pantalla. Julian.

Pulso aceptar y me llevo el aparato a la oreja.

—¿Dónde estás? —pregunta directo.

—En el pabellón de invitados —respondo.

—Ven a mi casa. Ahora mismo.

—Voy a la oficina, Julian. Voy a reunir al departamento de RR. PP. Venderemos el vídeo como una valiente defensa propia. El hombre estaba acosando a una empleada y yo intervine para protegerla. La prensa se lo tragará sin dudar.

—Vane Medical está sitiada por unidades móviles —me interrumpe Julian—. Los reporteros van desde la entrada principal hasta la calle de atrás. El servicio de seguridad ha tenido que bloquear el garaje subterráneo. No vas a entrar en ese edificio sin que te metan una docena de micrófonos por la garganta. Ven a mi casa ya.

—Yo me encargo de esta basura mediática —insisto. Deambulo por el dormitorio vacío del pabellón. Mi mirada busca desesperadamente una nota. Un mensaje oculto. Cualquier migaja de información—. Solo necesito a mi abogado de medios y una estrategia decente para el informativo de la tarde. En tres días el vídeo estará en el vertedero digital.

Sigue un largo silencio al otro lado de la línea. Solo escucho el leve siseo de la conexión.

—Hunter —dice Julian finalmente, inspirando hondo—. El vídeo es nuestro menor problema. Ven aquí de inmediato.

La llamada se corta. El tono de línea picada me martillea el tímpano.

Bajo el brazo y el teléfono casi se me resbala de los dedos. Mi vista se queda clavada en el escritorio vacío de la esquina.

Julian no ha llamado por la pelea. El frío calculado de su voz no era por un daño de imagen; al parecer, le importa un carajo Patrick Gallagher en este momento.

Lo sabe.

Ha revisado los libros. Ha encontrado *Starlight Holdings*. Ha descubierto los pagos *offshore*. Y sabe perfectamente desde qué ordenador se subieron los malditos archivos.

Me giro y abandono el pabellón de invitados con pasos apresurados. Tengo que llegar hasta él. Tengo que interceptar a Julian antes de que lance al bufete de la empresa contra Maeve.

Capítulo 30

HUNTER

El portón de hierro de la finca de Julian en Kenilworth se desliza con un zumbido silencioso y enfilo el Audi por el camino de entrada curvo. El césped a ambos lados parece retocado por el jardinero de Harper con tijeras de manicura para que cada brizna tenga la longitud exacta. Toda la propiedad exhala una forma decadente de riqueza en la que hasta el viento parece pedir permiso antes de soplar entre las copas de los árboles.

Aparco el coche junto al SUV de Harper, me bajo y me dirijo al gran portal de entrada. Pulso el botón de latón del timbre. Un acorde melódico resuena en el interior de la villa.

Harper me abre. Lleva un vestido de cachemira color beige que realza su figura esbelta. Balancea a Henry sobre su cadera. Mi sobrino mastica concentrado la cola de un dinosaurio de plástico verde. La mirada de Harper cae de inmediato en mi mano y sus cejas se contraen.

—Buenos días, Harper —digo, metiendo la mano herida en el bolsillo del pantalón. Fuerzo una sonrisa ladeada—. Parece que a Henry le gusta más el T-Rex que un caramelo. ¿O es un caramelo con sabor a dinosaurio?

Ni el asomo de una sonrisa aparece en el rostro de Harper.

—Está en la terraza. Buena suerte, Hunter. La vas a necesitar.

Entro en el vestíbulo, donde el suelo de mármol refleja la luz del sol. Cruzo el pasillo largo, paso por el salón impecablemente ordenado y deslizo la puerta de cristal que da al jardín.

Julian está sentado a una mesa redonda de hierro forjado bajo una sombrilla amplia. Frente a él tiene un portátil abierto. Una taza de café descansa sobre un plato blanco.

Aparto la silla del lado opuesto, me dejo caer en el asiento y espero. Mi hermano no levanta la cabeza; sigue con la vista fija en la pantalla parpadeante.

Cruzo los brazos sobre el pecho y preparo mi defensa. Repaso las frases en mi cabeza. *Starlight Holdings fue idea mía. Maeve no sabía nada. Manipulé sus claves de acceso.* Estoy dispuesto a dejar que me carguen con el robo del capital de la empresa con tal de alejar a Julian del rastro de ella. El complejo de demencia ya está muerto de todos modos. Cargaré con las consecuencias.

—¿Cuándo hablaste con Maeve Gallagher por última vez? — pregunta Julian finalmente.

La pregunta me pilla a contrapié. Estaba preparado para un sermón sobre cuentas *offshore* y sociedades pantalla.

—Anoche, antes del incidente —respondo con la verdad—. ¿Por qué?

Julian cierra el portátil un poco y me mira directo a los ojos.

—Porque su teléfono está apagado. No ha respondido a mis correos de esta mañana. Y tampoco ha aparecido por su oficina en Harrington Risk Management.

Se me encoge el estómago. Los armarios vacíos en el pabellón de invitados. La pizarra borrada. El rastro eliminado.

—Quizá se ha tomado un respiro —digo, intentando mantener el tono indiferente—. El incidente con su padre la dejó afectada. Necesitaba distancia.

—Distancia. —Julian repite la palabra como si mordiera un limón. Agarra su taza de café y se la lleva a la boca—. Una gestora de riesgos que apaga su teléfono y desaparece ante la primera crisis pública. Suena a una explicación muy plausible.

—¿Adónde quieres llegar, Julian?

—Quiero llegar a que tenemos una vía de agua. —Deja la taza. La porcelana tintinea—. Una filtración que amenaza nuestra

existencia. Y tu vigilante desaparecida es el origen.

Cuadro los hombros. Este es el momento. Va a dirigir la conversación a la contabilidad. Ha encontrado las transferencias fraccionadas a *Starlight Holdings*.

—Escucha —empiezo inclinándome hacia delante—. Las transacciones en los libros...

—Se realizaron anoche a las cuatro y doce de la madrugada —me interrumpe Julian. Abre el portátil de nuevo y gira el aparato sobre la mesa para que la pantalla mire hacia mí.

Me quedo mirando la imagen. Es el portal bancario interno de *Vane Medical*. Mi cerebro tarda un momento en procesar las columnas de números. La cifra de la primera línea salta a mis ojos.

300.000,00 USD.

Frunzo el ceño. Esto no tiene sentido. Fraccionamos el presupuesto especial para las cuentas *offshore* en importes de menos de diez mil dólares para evitar el algoritmo de auditoría. Trescientos mil de golpe disparan las alarmas internas de inmediato.

Mi mirada viaja a la siguiente columna. La cuenta de cargo. No es mi presupuesto especial para proyectos de expansión. Es la cuenta de *Vane Community Outreach*.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Es la sentencia de muerte para nuestra fusión —dice Julian—. Trescientos mil dólares han salido de nuestra cuenta de la fundación esta noche. Witherford dejó claro en la cena, sin lugar a dudas, que quiere liquidar esa rama benéfica. Exige una revisión total de nuestro historial de donaciones. Y lo primero que verán sus auditores es esta transferencia.

Leo la línea del beneficiario.

LibertyForLily Trust.

A mi corazón le falta un latido completo.

—Un fondo fiduciario —sisea Julian. Señala el nombre con el dedo—. Registrado en Illinois. Estructurado como una donación benéfica irrevocable. No podemos recuperar el dinero así como así. El banco ha legitimado la transacción porque ha pasado todos los protocolos de autorización interna. Parece una donación oficial de nuestra fundación.

LibertyForLily.

Libertad para Lily.

Me quedo mirando las letras hasta que se desdibujan ante mis ojos. Mi mente me catapulta de vuelta a la cubierta del yate. Veo su rostro pálido bajo la luna. Oigo su voz temblorosa.

«Un abogado de familia pide un anticipo muy alto. A eso súmale el pago inicial de la casa. El juez tiene que ver que ofrezco un entorno estable. Me faltan unos diez mil dólares. Hasta que no los tenga, no puedo empezar el proceso».

Yo le había ofrecido el dinero. Ella lo rechazó. Dijo que un cheque de su cliente parecería un soborno ante el tribunal. La haría vulnerable.

Pero, ¿una donación oficial y benéfica del programa *Vane Community Outreach* a un fondo fiduciario anónimo para una menor en riesgo? Eso es inatacable. Es dinero limpio. Es el cimiento para una casa en los suburbios y el billete para el mejor abogado de custodias del país. La suma sobra para la entrada y todos los gastos judiciales.

—¿Quién autorizó esto? —pregunto. Sé la respuesta antes de que las palabras dejen mis labios.

Julian baja un poco con el ratón. Un certificado digital aparece en pantalla.

Autorizado por: Maeve Gallagher. Nivel de acceso 4.

—Su firma —dice Julian. Cierra el portátil con un golpe seco—. Gracias a su estatus como tu gestora de riesgos, tenía amplios

derechos de acceso a nuestros sistemas de cuentas. Yo le concedí esos derechos para que vigilara tus escándalos. En lugar de eso, ha usado su acceso para mover nuestro dinero a una cuenta desconocida en mitad de la noche.

Me reclino despacio en la silla. El armazón metálico chirría levemente. Un dolor sordo se extiende por mi pecho. Me sube a los hombros, a la nuca. No es un dolor agudo o repentino. Es una sensación paralizante. Como si alguien hubiera puesto una piedra pesada sobre mi esternón.

¿Me ha utilizado?

La pregunta martillea mi cráneo. ¿Fue la pasión salvaje entre nosotros solo una maniobra de distracción calculada? ¿Se entregó a mí para asegurarse de que yo no sospechara nada? ¿Un último puto bono antes de saquear la caja y desaparecer?

—Nos ha robado —dice Julian. Agarra de nuevo su taza de café. Su mano tiembla mínimamente—. Encontró una brecha en el sistema. Si Witherford ve esto, retirará su oferta al instante. *Archangel Holdings* no se fusionará con una empresa cuyos protocolos de seguridad pueden ser anulados por una simple consultora.

Miro al jardín. Un aspersor automático se activa al fondo de la parcela. El agua azota el césped en un arco constante. Toda mi visión cínica del mundo, que había ido desmontando pieza a pieza por esta mujer en las últimas semanas, regresa de golpe. La gente miente. La gente te utiliza. En cuanto se trata de sus propios intereses, solo eres una herramienta. Patrick Gallagher vende terrenos inexistentes en Florida. Su hija vende superioridad moral y te vacía las cuentas por la noche.

Había confiado en ella ciegamente. Había puesto mi mayor secreto en sus manos. Y ella aprovechó la oportunidad para resolver su propio problema a costa de mi familia.

—Pondremos una denuncia —continúa Julian. Saca su smartphone del bolsillo—. Voy a llamar al FBI. Malversación de

fondos. No cruzará ninguna frontera sin que su nombre aparezca en una pantalla.

—No.

La palabra sale de mi boca sin previo aviso. Julian se detiene y me mira sin entender nada.

—¿Cómo que no? ¡Esa mujer nos ha aligerado trescientos mil dólares y ha saboteado nuestra fusión!

—No avisaremos a las autoridades. —Obligo a mis piernas a estirarse y me levanto. La silla raspa de nuevo las losas de piedra—. Si contactas con el FBI, la transferencia se hará pública. La prensa se lanzará como una jauría de lobos. «*Vane Medical robada por su propia gestora de riesgos*». Witherford lo leerá en el periódico antes de que su secretario le traiga el primer café.

Julian baja el teléfono. Su mente analítica retoma el control. La lógica de mi argumento es irrefutable.

—¿Cómo piensas explicarlo entonces? —pregunta. Sus ojos se entrecierran.

—Se me ocurrirá algo.

—He oído eso demasiadas veces, hermanito. Y nunca ha salido nada bueno después.

—Dame tres días.

Julian inspira hondo y espera mucho antes de responder.

—Tienes veinticuatro horas.

Capítulo 31

HUNTER

Veinticuatro horas.

Mi mente da vueltas en círculos. Intento encajar los últimos acontecimientos en un orden lógico. Estábamos sentados sobre la alfombra de mi salón. Infiltramos las licencias de *software* falsas para los auditores de Witherford en el sistema de Julian. El rastro hacia *Starlight Holdings* estaba borrado. Habíamos sacado la cabeza de la soga. Después, nos amamos. El calor, la desesperación, la forma en que se aferró a mis hombros... mi cuerpo se niega rotundamente a registrar esos momentos como un engaño calculado.

Pero los hechos cuentan otra historia.

¿Por qué hizo eso Maeve?

Una estafadora profesional no deja una tarjeta de visita electrónica en la escena del crimen. Si robas capital de una empresa, fraccionas los importes. Usas servidores anónimos. Camuflas las salidas. No usas tus propias malditas iniciales de empleada para una transferencia única que, en la próxima auditoría trimestral, explotará inevitablemente como una bengala en el monitor del jefe de contabilidad.

La falta de lógica en sus actos se me clava en el cráneo como un clavo oxidado. Ella es una gestora de riesgos. Minimiza peligros. No corre con un bidón de gasolina hacia un edificio en llamas. A menos que haya perdido el juicio. O que yo lo haya perdido intentando justificar el robo de una mujer que acaba de dismantelar lo que queda de mi vida.

Necesito a alguien que escuche sin movilizar de inmediato a un ejército de abogados corporativos.

Pongo el intermitente y cambio de carril; el *skyline* de Chicago desaparece por el retrovisor. Dirijo el coche hacia los suburbios del norte.

La residencia *Oakhaven* se oculta tras un muro alto de olmos que dan sombra. El edificio parece un club de campo de élite. Nada de fachadas hospitalarias estériles; solo ladrillo rojizo, entradas curvas y un jardín diseñado por paisajistas. Quien ocupa una habitación aquí trae consigo una fortuna considerable. Y, aun así, es... impersonal.

Estaciono el Audi en el aparcamiento de visitas y voy hacia la entrada. La puerta automática de cristal se abre sin ruido. La recepción huele a lavanda artificial y cera para muebles: un intento patético de enmascarar el inevitable olor a desinfectante y vida que se apaga.

La mujer tras el mostrador lleva una blusa sencilla. Levanta la vista del monitor y me sonrío. Una sonrisa profesional, ensayada.

—Buenas tardes, Sr. Vane —dice—. Su padre está hoy en el jardín de invierno. Estuvo algo inquieto por la mañana.

—Gracias.

El jardín de invierno es una estructura inundada de luz, hecha de cristal y acero blanco. Varios ancianos están sentados en sillones cómodos, leyendo periódicos o simplemente mirando hacia el parque.

Mi padre está sentado en un sillón de orejas junto a la ventana.

Lleva una rebeca beige sobre una camisa azul. Sus manos descansan sobre los muslos. La piel del dorso de sus manos es como pergamino, surcada por venas azuladas. Su mirada está fija en un viejo roble del jardín. La estatura imponente con la que antes dominaba cualquier sala se ha hundido sobre sí misma. Parece frágil. Un hombre que levantó un imperio de miles de millones y que ahora ya no sabe en qué año vivimos.

Arrastro una silla acolchada y me siento frente a él.

—Hola, papá —digo. Mi voz suena más fuerte de lo que pretendía.

Su mirada se desprende despacio del tronco del árbol y me parpadea. Los ojos turbios recorren mi rostro. Observa mis mejillas sin afeitar, el cuello arrugado de mi camisa y se detiene en mi mano derecha.

—Los sindicatos vuelven a dar problemas —murmura mi padre. Su voz es quebradiza. Levanta un dedo tembloroso y señala mis nudillos destrozados—. Tienes que mantenerte firme. Si cedemos con los precios del acero en Ohio, nos comerán vivos en las próximas negociaciones.

Ohio. Los precios del acero. Está en un mundo completamente distinto.

Me inclino hacia delante y apoyo los codos en las rodillas. —No le he pegado a nadie en Ohio. Ha sido un incidente privado.

Alastair asiente despacio, como si hubiera entendido mis palabras. Su mirada vuelve a deslizarse hacia el roble. La breve conexión se ha roto. Observo su perfil. La nariz aguileña. Los surcos profundos alrededor de su boca. Siento ese ardor amargo en la garganta que aparece en cada visita. Los empleados de este centro solo ven en este hombre un puesto administrativo que gestionar. Yo veo al hombre que me enseñó a montar en bicicleta.

—La he cagado, papá —digo en voz baja.

Él no reacciona.

Un pájaro se posa en el alféizar de la ventana. Alastair sigue los movimientos del animal con una calma estoica.

—Julian me encasquetó a una gestora de riesgos —continúo. Me da igual si mi padre me entiende o no, necesito desahogarme—. Bueno, en realidad más bien una especie de niñera, ya sabes. Tenía que llevarme con la correa corta. Vigilar mis finanzas. Una niñera gélida, obsesiva del control y amante de las listas.

Suelto una carcajada seca. El sonido muere en el silencio del jardín de invierno.

—Fundé *Starlight Holdings*, papá. Estarías orgulloso de mí. Creé una estructura *offshore* para cegar a los contables de Julian. Quería financiar ese nuevo centro de cuidados al borde del bosque. El complejo donde a la gente se la trate con dignidad. Necesitaba ese maldito resquicio legal porque Julian quiere asfixiar cada céntimo caritativo de nuestra empresa.

Alastair parpadea. Levanta la mano y acaricia el tejido de su rebeca.

—Maeve lo descubrió —sigo contando—. Podría haberme delatado. Podría haberle puesto los papeles sobre la mesa a Julian y mandarme a la cárcel. Pero no lo hizo. En lugar de eso, se alió conmigo y encubrió las transferencias. Cometió un delito por mí.

Se me forma un nudo grueso en la garganta.

—Pensé que estábamos en el mismo bando. Confié en ella. —Aprieto mi mano izquierda en un puño—. Y luego se despierta en mitad de la noche y le roba trescientos mil dólares a mi familia. Transfiere el dinero a un fondo fiduciario para su hermana pequeña. Firma el robo con su propio nombre, hace las maletas y desaparece.

Me callo. La revelación de mi propia ingenuidad pesa en el ambiente. He traicionado al imperio de los Vane por una mujer que, al final, me ha usado como un simple cajero automático. Mi padre sigue mirando por la ventana. El pájaro se va volando.

Me froto la cara con ambas manos y el agotamiento me aplasta contra el respaldo de la silla. Veinticuatro horas. Tengo que conseguir una suma astronómica, soltarle una mentira plausible a Witherford y sacar adelante esta maldita fusión.

—Tengo que irme —digo, impulsándome para levantarme.

Me acerco a su sillón y le pongo una mano en el hombro estrecho. El hueso se siente puntiagudo bajo el punto de la chaqueta. —Cuídate, papá. Volveré la semana que viene.

Me doy la vuelta. El deber me llama. El imperio corporativo.

De repente, una mano se cierra alrededor de mi muñeca derecha.

Los dedos se clavan en mi piel con una dureza inesperada. Es el agarre de hierro del titán que antes no permitía dudas sobre su persona. Me detengo abruptamente. Mi padre ha girado la cabeza y me mira directamente. El velo gris de sus ojos ha desaparecido; sus pupilas están enfocadas.

—La gente leal no roba, muchacho —dice. Su voz es, de pronto, firme.

Se me corta la respiración.

—Prenden fuego a tu jardín —continúa mi padre. Cada palabra está articulada con precisión—. Para que salgas corriendo de la maldita casa antes de que el techo se te caiga encima.

Relaja el agarre. Su mano vuelve a caer despacio sobre su muslo. El enfoque de sus ojos se nubla. La luz se apaga. El titán de hierro se retira y deja de nuevo al anciano de la rebeca beige, que vuelve a fijar la vista en el roble del jardín.

Me quedo clavado junto a su sillón.

Prenden fuego.

Las palabras explotan en mi cabeza.

Maeve no robó dinero en secreto. Activó una alarma ruidosa y parpadeante. Puso su firma bajo una transferencia de trescientos mil dólares. Una suma que el algoritmo de alerta automática del servidor de contabilidad de Julian tenía que detectar por fuerza.

¿Por qué rompes el cristal de la ventana en un atraco al banco si tienes la llave de la caja fuerte?

Rompes el cristal cuando quieres atraer la atención de los guardias hacia ti.

¿Y si Maeve hizo todo esto por mí? ¿Para evitar que la gente de Witherford diera con *Starlight Holdings*? Si eso hubiera pasado, agentes federales me habrían detenido acto seguido. Pero Maeve sacó esa suma exorbitante de la rama benéfica de *Vane Medical* y puso su firma para poner a todo el sistema en estado de alerta. Julian no tuvo ojos ni oídos para nada más. Nadie buscó más importes pequeños y fraccionados por licencias de *software* inofensivas.

Maeve prendió el fuego en el jardín. Se sacrificó para evitar que mi techo se derrumbara.

No escondió el dinero en un paraíso fiscal; creó un fondo fiduciario para su hermana. Una cuenta que probablemente esté bloqueada hasta el fin de los tiempos. Sabía que Julian la perseguiría. Sabía que perdería su trabajo, su reputación y la custodia.

He tomado a ese ángel de los suburbios por una ladrona común, mientras ella acaba de entregar su propia vida por mi sueño.

Me doy la vuelta y esprinto por los pasillos amortiguados de *Oakhaven*. La mujer de recepción me grita algo, pero sus palabras se pierden en el rugido de mi propio pulso. Las puertas automáticas de cristal se abren demasiado despacio. Me escurro por la rendija y salgo al calor asfixiante.

Abro la puerta del Audi de un tirón y me desplomo en el asiento del conductor. Me tiemblan los dedos al sacar el smartphone del bolsillo. Pero no marco el número de Julian. Marco el número al que llamas cuando estás dispuesto a forzar las leyes, destruir existencias y sacar a gente del anonimato.

Suena dos veces.

—Damian Cross —responde la voz suave y arrogante del abogado más caro de la ciudad.

—Habla Hunter Vane —digo. Respiro a ráfagas—. Necesito a tu mejor investigador privado. En menos de una hora. Y ten listo tu

avión.

—Eso suena a una tarde muy cara, Hunter. —Damian parece divertido—. ¿A quién perseguimos?

—A nadie —respondo y arranco el motor. Los cilindros rugen—. Vamos a traer a alguien de vuelta.

Capítulo 32

MAEVE

Limpio las manchas rojas de ketchup del último cliente y rocío desinfectante sobre la superficie rayada de la mesa mientras me pregunto cómo mi vida ha podido dar un giro semejante. El olor penetrante a limpiador de vinagre se mezcla con el vaho permanente de grasa que flota bajo el techo del *Sunny Side Diner*, y las náuseas que ya sentía de forma latente se intensifican.

Miami en septiembre es un invernadero. El aire acondicionado sobre la puerta de entrada capituló hace tres días con una tos ruidosa. Desde entonces, dos ventiladores de techo mueven el aire bochornoso en círculos sin mucho entusiasmo, haciendo que mi vestido de camarera azul claro se pegue a mi espalda. Las suelas de goma de mis zapatillas chirrían sobre el linóleo pegajoso mientras llevo la vajilla sucia tras el mostrador.

—La mesa cuatro necesita café, Maeve —grita Héctor desde el pasaplatos. Desliza un plato con huevos fritos brillantes sobre la balda metálica—. Y lleva el sirope. Los turistas vuelven a ahogar sus tortitas hoy.

—Voy —respondo, equilibrando la jarra y la botella de sirope por el pasillo estrecho entre los reservados. Me duelen los pies una barbaridad; es el decimocuarto día consecutivo que hago este turno. Ya no sé lo que es un fin de semana libre y mis descansos rara vez duran más de diez minutos.

Sirvo el café en las tazas del matrimonio de ancianos de la mesa cuatro, sonrío mecánicamente y me encajo la bandeja vacía bajo el brazo. Al pasar por el pasaplatos, Héctor tira una loncha gruesa de bacon sobre la plancha caliente. La grasa chisporrotea con fuerza. Una nube de humo gris asciende hacia la campana extractora.

El olor me golpea la nariz y mi estómago se contrae con una velocidad brutal. Una oleada caliente de ácido gástrico sube por mi

esófago. Dejo caer la bandeja sobre el mostrador con un golpe seco. Me tapo la boca con la mano, me doy la vuelta y esprinto por el pasillo hacia los aseos del personal. Abro la puerta de madera, caigo de rodillas ante el inodoro destartado y vomito. Mi cuerpo tiene espasmos. Tengo arcadas hasta que solo queda hiel amarga goteando en la cerámica blanca.

Apoyo mis manos temblorosas en los azulejos del suelo y respiro a ráfagas por la boca. La habitación gira ligeramente. Tengo sudor frío en la frente.

—Maldita sea —susurro al cubículo vacío.

Me incorporo apoyándome en el lavabo y abro el grifo. El chorro es débil. Me salpico la cara con agua fresca y observo mi reflejo. Parezco una yonqui en pleno síndrome de abstinencia. Pálida como un cadáver, con ojeras que llegan hasta Los Ángeles. El pelo se me pega a las sienes en mechones lacios. La gestora de riesgos soberana que navegaba por las plantas de juntas de *Vane Medical* con blusas a medida ya no existe.

Agarro una toalla de papel y me seco la cara a golpecitos. Han pasado catorce días desde que desvié trescientos mil dólares de la cuenta de la fundación y atraje la alarma digital sobre mí. Todo para distraer a Julian y a Witherford de las cuentas *offshore*.

Ni siquiera sé con certeza si mi plan ha funcionado. He cortado cualquier contacto de forma rigurosa. Paso mis noches de insomnio buscando en la pantalla agrietada de mi teléfono las noticias económicas de Chicago. Busco desesperadamente titulares sobre una fusión fallida con *Archangel*. Busco informes sobre herederos multimillonarios arrestados o cualquier otro escándalo en los portales de cotilleo. Pero internet calla. *Vane Medical* aparece en los resultados de búsqueda exclusivamente con aburridas cotizaciones bursátiles. Ni esposas. Ni redadas del FBI.

Esa es la única y frágil prueba a la que puedo aferrarme. El silencio mediático significa que los auditores de Julian no encontraron el rastro *offshore*. Significa que Hunter firmará el

contrato de fusión y podrá construir su complejo para la demencia al borde del bosque.

Tiro el papel mojado a la papelera. El precio de esta operación de rescate fue mi propia existencia. Mi nombre figura en una lista negra extraoficial en Illinois. Ninguna empresa de renombre volverá a contratarme jamás. El trabajo aquí en el *diner* es el intento desesperado de salir adelante de alguna manera. Aunque, sinceramente, no sé a dónde me va a llevar ese "salir adelante".

Salgo del baño y cruzo la puerta trasera hacia el callejón estrecho detrás del local, donde el sol del mediodía castiga sin piedad desde el cielo. Me apoyo contra la pared de ladrillo llena de grafitis y saco mi smartphone del bolsillo del delantal. La batería está al doce por ciento. En la pantalla brilla una notificación. Una llamada perdida. Un número desconocido de Chicago.

Mi pulgar flota sobre la secuencia de números. Sé perfectamente quién está al otro lado de la línea. Hunter llama todos los días; usa teléfonos distintos e intenta con terquedad hablar conmigo. Cada vez que el aparato vibra en mi bolsillo, siento ese tirón familiar y doloroso en el pecho. El recuerdo de sus manos sobre mi piel.

Borro la notificación. No debo aceptar esa llamada. Si oye mi voz, me buscará. Si me encuentra, Julian descubrirá la verdad y bloqueará el fondo fiduciario. Lo he sacrificado todo para sacarlo de la línea de fuego. No voy a echar a perder ese sacrificio por un momento de debilidad al teléfono. Guardo el aparato de nuevo en el delantal.

Mi mayor problema: la vista judicial de mañana.

Está fijada desde hace semanas, ya que mi antiguo abogado la consiguió en Chicago cuando aún tenía el trabajo en *Vane Medical*. Pero Patrick y Marissa cambiaron el tablero en el segundo en que el puño de Hunter impactó en la cara de mi padre. Han usado el vídeo que circula y mi presencia física durante la agresión para tacharme de cómplice de un violento. Metieron a Lily en el coche, huyeron a Florida y han conseguido una orden de alejamiento contra mí.

Quinientos metros. Si cruzo esa frontera invisible, las esposas se cerrarán.

Me despego de la pared y vuelvo al local. Héctor me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Estás bien? —pregunta. Desliza un tique sobre el mostrador—. Pareces un ahogado.

—Solo es el calor —miento y cojo el tique.

A las dos de la tarde entrego mi delantal a la camarera del turno de tarde y me meto veintitrés dólares de propina en el bolsillo. Es todo mi presupuesto para los próximos dos días, ya que el sueldo no se paga hasta el final de la semana.

Salgo del local y camino tres manzanas en dirección sur. Las calles de Miami son ruidosas. Las palmeras bordean las aceras, sus frondas secas crujen con el viento cálido. Los deportivos de lujo pasan junto a camionetas destartaladas. El contraste me recuerda dolorosamente la discrepancia entre mi antigua y mi nueva vida.

Giro por una calle lateral más tranquila y me quedo a la sombra de una gran valla publicitaria. Al otro lado de la calle está la escuela secundaria local. El recinto escolar está rodeado por una valla alta de tela metálica. El timbre del recreo suena con un tono agudo que rebota en el asfalto. Segundos después, cientos de alumnos salen por las puertas dobles. Ríen, se empujan, teclean en sus teléfonos.

Me aprieto más contra el poste de hierro de la valla publicitaria. Mi mirada escanea la multitud con precisión mecánica hasta que la encuentro. Lily sale del edificio. Lleva una camiseta de un grupo de música, lavada, que le queda dos tallas grande. Su mochila cuelga de un hombro. No ríe, no habla con nadie. Camina con la cabeza baja entre los demás alumnos y se dirige a la parada del autobús.

Se me encoge el corazón. El instinto de cruzar corriendo la calle de cuatro carriles y estrecharla en mis brazos es casi abrumador. Siento el dolor fantasma de sus dedos clavándose en mi chaqueta durante nuestra última despedida frente al motel de South Bend.

Un coche de patrulla de la policía de Miami dobla la esquina lentamente. Me hundo más en la sombra. La orden de alejamiento cuelga como una espada de Damocles sobre mi cabeza. Quinientos metros. Estoy demasiado cerca de ella. Si Marissa me ve aquí, llamará a los agentes. Disfrutaría viendo cómo me llevan esposada.

Observo cómo Lily sube al autobús escolar amarillo. Las puertas plegables se cierran. El autobús arranca. Exhalo con temblor. Esta es mi realidad actual. Soy una observadora muda de su vida, y ella ni siquiera lo sabe. Le escribí un mensaje hace dos semanas diciendo que nos veríamos en la vista judicial; desde entonces rige la orden y la cumplo. Al menos virtualmente, porque los mensajes serían pruebas contra mí. Pero aquí, en las sombras, la veo al menos de vez en cuando. Y solo soporto esta tortura constante por un único motivo.

El *LibertyForLily Trust* es inexpugnable.

Mi abogado de familia bloqueó legalmente la cuenta en Chicago antes de mi huida. Hay trescientos mil dólares en ese fondo fiduciario. Patrick no puede retirar ni un céntimo. Marissa no puede malgastar el dinero en ninguna estupidez. El dinero está bloqueado hasta que Lily cumpla veintiún años. Incluso si pierdo el proceso de custodia de mañana —y sin asistencia legal mis posibilidades son nulas—, he asegurado financieramente el futuro de Lily. Podrá pagar la universidad. Escapará de este pantano tóxico.

Esa es, al menos, mi esperanza y el único pensamiento que me hace levantarme por las mañanas.

Dejo mi puesto de observación y cojo el autobús público hacia mi motel. Los asientos de plástico se pegan a mis muslos. Miro por la ventanilla rayada mientras el paisaje urbano pasa como una cinta borrosa. Mi motel está en un barrio donde ningún turista se pierde. El neón sobre la recepción parpadea incluso a plena luz del día y el revoco se cae de las paredes exteriores.

Abro la puerta de la habitación 114, que parece más bien una celda. Una cama hundida, una mesa que cojea, un televisor de tubo.

Este es mi nuevo reino. Dejo caer mi bolso al suelo y voy directa al minúsculo cuarto de baño. El runrún en mi estómago vuelve a avisar. Las náuseas vienen en oleadas constantes. Ya no es solo un vómito repentino. Es una sensación corrosiva que me agota desde hace días.

Me apoyo en el borde del lavabo y me quedo mirando el grifo que gotea.

Gota. Gota. Gota. Levanto la cabeza y miro mi reflejo. Mis manos viajan instintivamente hacia mi vientre plano. El gesto es inconsciente, pero provoca un choque eléctrico en mi cerebro. Mi mente establece un puente letal.

Parpadeo. Agarro mi teléfono y abro el calendario digital. Me tiemblan los dedos mientras retrocedo semanas. La marca roja de mi última regla queda muy atrás en el tiempo. Los días se suman hasta convertirse en semanas. El cansancio constante. El olor a bacon frito que hace que mi estómago se rebele.

Dejo caer el teléfono sobre la repisa. La realidad rompe sobre mí con la fuerza de un tren de mercancías.

No es el estrés. No es la comida barata del *diner* ni la falta de sueño.

Retrocedo un paso. Mis rodillas chocan contra el borde de la bañera. Me deslizo por los azulejos hasta quedar sentada en el suelo. Me llevo las rodillas al pecho y las rodeo con mis brazos. Un miedo pánico me atenaza la garganta. Me corta el aire.

Estoy embarazada.

Llevo bajo el corazón al hijo del hombre al que mentí y abandoné. Estoy en una habitación de motel que huele a humedad, poseo veintitrés dólares y mis propios padres me persiguen judicialmente. Mañana se celebra el proceso de custodia que mi antiguo abogado fijó hace más de un mes en Chicago y que ha sido trasladado aquí a Miami porque mis padres se encuentran aquí en este momento.

Tendré que representarme a mí misma. Tendré que sentarme frente a Patrick y Marissa y luchar por Lily, aunque no tengo absolutamente nada en las manos. Una sola lágrima se desprende del rabillo de mi ojo y cae sobre mis vaqueros. La limpio con impaciencia. Necesito lucidez para planear el siguiente paso.

Pero es inútil. Por primera vez en toda mi vida, no tengo ni idea de cómo voy a sobrevivir al día de mañana.

Capítulo 33

HUNTER

—Witherford quiere una reunión —dice Julian por teléfono mientras estaciono el RS6 en un aparcamiento cerca del casco antiguo.

—Qué sorpresa —respondo—. ¿Cuándo?

—Lo antes posible. Será nuestra última oportunidad para salvar la fusión.

—Dile que nos reuniremos pasado mañana a las ocho en Vane Medical.

—¿Por qué hasta pasado mañana?

—Antes de salvar la fusión, tengo que salvar a alguien más —digo y cuelgo.

El bufete de Damian Cross está en el casco antiguo de Chicago, justo al lado del tribunal, y los muros centenarios del pomposo edificio intimidan incluso a los abogados litigantes más experimentados.

Damian está sentado a la cabecera de la mesa en su despacho. Lleva un traje a medida en un tono gris de alta calidad y el nudo de su corbata ha sido anudado con precisión militar. Este hombre no deja nada al azar; al contrario: Damian Cross despedaza a sus oponentes jurídicamente y luego les pasa la factura de la limpieza de sus zapatos.

A su lado se sienta un hombre con una chaqueta de pana arrugada que parece un agotado agente de seguros que lleva tres trimestres sin cumplir sus objetivos de ventas. Se llama Gilbert. Es el mejor investigador privado de Damian. Un fantasma invisible que encuentra ropa sucia digital donde otros ni siquiera sospechan que hay una lavandería.

—Hemos revisado la documentación —comienza Damian. Apoya sus manos delgadas sobre la mesa—. Ha sido un esfuerzo considerable sortear el cortafuegos del banco en Illinois sin activar una alarma silenciosa en las autoridades federales. Gilbert no ha dormido en tres noches.

—Ponlo en mi cuenta —respondo inclinándome hacia delante en mi silla de cuero—. ¿Qué habéis encontrado?

Gilbert saca una carpeta de cartón anodina de su maletín desgastado. Abre la tapa y desliza un papel impreso sobre la madera pulida en mi dirección.

—El *LibertyForLily Trust* —dice el investigador. Su tono es totalmente inexpresivo. Una máquina leyendo datos—. Registrado hace unas dos semanas. El patrimonio del fondo asciende exactamente a trescientos mil dólares, transferidos desde las cuentas de *Vane Community Outreach*.

Me quedo mirando el documento, al final del cual destaca la firma de Maeve.

—Nos ha robado —afirmo, para probar qué dice a eso el hombre que cobra mil doscientos dólares la hora.

—Eso es una cuestión de definición jurídica —replica Damian, recostándose relajado—. Sustrajo el dinero. Pero no se enriqueció. El fondo está estructurado como una inversión irrevocable. La beneficiaria es una tal Lily Gallagher. La cuenta está bloqueada por contrato. Nadie puede retirar, invertir o transferir ni un solo centavo de ahí hasta que la chica cumpla veintiún años. Ni siquiera la fundadora del fondo.

La taza de café negro mate frente a mí se desdibuja por una fracción de segundo. Inspiro despacio por la nariz. El aire acondicionado huele a papel y a granos de café recién molidos.

—¿Ella no tiene acceso al dinero? —pregunto, aunque nada de esto me resulte nuevo.

—Cero —confirma Gilbert. Golpea con un bolígrafo barato el párrafo correspondiente del documento—. Su clienta ha creado una estructura herméticamente cerrada. Si ella se muere de hambre mañana, ese fondo permanecerá intacto. Teniendo en cuenta que además perdió su trabajo a raíz de esta acción, prácticamente ha aniquilado su propia existencia por la previsión de futuro de su hermana.

Un eco mudo de las palabras de Alastair resuena en mi cráneo. *La gente leal no roba.*

—No tiene sentido —digo, aunque confirme mis propias suposiciones. Pero hay algo que no me entra en la cabeza. Me froto el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. Necesita dinero para el abogado. Para el proceso de custodia que se avecina. Si no puede usar ese fondo, ¿cómo piensa financiar el procedimiento contra sus padres?

Damian intercambia una mirada breve con su investigador. Es esa mirada de complicidad entre abogados que me deja claro que las noticias realmente malas están por llegar.

Gilbert saca otra hoja de su carpeta y la coloca junto al contrato del fondo. No es un documento jurídico. Es una impresión de series numéricas crípticas con diversas marcas de tiempo.

—Protocolos del servidor —explica ante mi pregunta tácita—. Hemos analizado la estructura informática de *Vane Medical*. Más concretamente: la noche de la transferencia.

Cuadro los hombros. Fue en el momento en que Maeve y yo estábamos manipulando los balances para la gente de Witherford.

—A las cuatro y diez minutos de esa mañana, un algoritmo de auditoría externo de *Archangel Holdings* infiltró el sistema de seguridad de su hermano —continúa el investigador. Sigue una de las series numéricas con la punta del bolígrafo—. Los auditores cavaron hondo. Muy hondo. El algoritmo registró una anomalía a las cuatro y once. Una sociedad pantalla compleja en Delaware.

Mi corazón deja de latir. *Starlight Holdings*. Mi cuenta *offshore*. El escondite para el centro de demencia.

—El algoritmo estaba a dos clics de descifrar las verdaderas estructuras de propiedad de esa *holding* —dice Gilbert sin levantar la vista del papel—. Habría revelado todos los flujos financieros ilegales. Su nombre habría aparecido inevitablemente en los monitores de los auditores de *Archangel*.

Aprieto los dientes y un sabor metálico se extiende por mi lengua. Julian había advertido que Witherford buscaba fallos. Yo creía que nuestra factura de *software* falsa habría sido suficiente.

—¿Y entonces? —insisto.

Gilbert desliza el bolígrafo a la siguiente línea. La marca de tiempo indica las cuatro y doce.

—Entonces —toma la palabra Damian—, alguien vertió un gigantesco acelerador de incendios electrónico en la red.

—La señorita Gallagher entró en el sistema con su firma personal a las cuatro y doce —añade Gilbert—. Activó una transferencia de trescientos mil dólares desde la cuenta más prominente de la fundación. Una suma tan elevada dispara alertas inmediatas de la categoría más alta en la red interna. Los auditores de *Archangel* soltaron el rastro de su sociedad pantalla en ese mismo segundo. El algoritmo se lanzó, en su lugar, sobre la alarma ruidosa e imposible de ignorar. La señorita Gallagher les lanzó a los sabuesos digitales un enorme trozo de carne para alejarlos de su rastro.

Prenden fuego a tu jardín para que salgas corriendo de la maldita casa antes de que el techo se te caiga encima.

Mi padre, el gigante demente del jardín de invierno, había visto la verdad con total claridad mientras yo me ahogaba en mi cínica autocompasión.

Maeve no me traicionó. No me usó como un cajero automático. Vio en la pantalla de mi portátil que los auditores estaban a punto de destruirme. Yo acabaría en una prisión federal por malversación y

blanqueo de dinero. Mi sueño de *Alastair's Walk* moriría definitivamente.

Así que tomó una decisión consciente y fríamente calculada. Puso su propio nombre bajo una transacción ilegal. Se marcó a sí misma como una criminal, destruyó su reputación ganada con esfuerzo y quemó cualquier posibilidad de un futuro profesional en esta ciudad. Sacrificó su propio sueño vital —la custodia de su hermana pequeña— en el altar de mi libertad.

Me quedo mirando el papel impreso. Las crípticas series numéricas se desdibujan en un patrón confuso. Me doy cuenta de que no tenía ni la más remota idea de lo que era la lealtad real. Siempre pensé que la lealtad significaba que alguien te sostuviera la puerta del coche o defendiera tu nombre en una rueda de prensa. La lealtad es una mujer que se sienta de noche en una cocina ajena, firma su propia perdición y luego hace las maletas en silencio para que tú no tengas que presenciar su caída.

—¿Dónde está? —pregunto.

Fijo mi mirada en Gilbert. El volumen repentino de mi voz hace que el investigador se estremezca imperceptiblemente.

—La señorita Gallagher ha desaparecido —responde. Se aclara la voz suavemente—. No usa tarjetas de crédito. Su cuenta bancaria en Chicago fue congelada por su empresa, ya que están revisando reclamaciones por daños y perjuicios tras el contrato fallido con *Vane Medical*.

—Se pasó media vida huyendo de caseros estafados —digo mordaz—. Por supuesto que sabe cómo desaparecer. No os pago por currículums. Os pago por una ubicación.

Gilbert pasa a la última página de su carpeta. Aparece una imagen de satélite. Muestra una zona urbana densamente edificada. Círculos rojos marcan varias posiciones.

—Los humanos cometen errores —dice Gilbert—. Especialmente cuando están bajo un estrés emocional extremo. La señorita

Gallagher aún tiene su teléfono móvil. Probablemente solo lo usa con redes Wi-Fi públicas para no dejar datos móviles. Pero anteayer por la noche, a las veintidós horas, el dispositivo buscó la red móvil durante exactamente tres segundos antes de volver a ponerse en modo avión.

Señala un punto rojo en el mapa.

—Una antena captó la señal. Miami, Florida. Un suburbio bastante degradado al sur de la ciudad.

—Florida —repito.

Damian se acaricia la barbilla. —La ubicación no es casualidad, Hunter. Hemos investigado el entorno familiar de Maeve. Patrick y Marissa Gallagher se registraron en Miami hace doce días. Se alojan en un motel, junto con Lily.

Aparto mi silla. —Ha seguido a sus padres. Está intentando solucionar la custodia de Lily allí mismo.

—No podrá hacerlo —interviene Damian. Su voz corta mi incipiente impulso de actuar. Habla con la dureza profesional de un hombre que gestiona daños colaterales emocionales a diario en los contratos—. Los Gallagher le han dado la vuelta a la tortilla. Han usado el vídeo de tu pelea.

Me detengo. Un pinchazo desagradable me recorre el pecho. —¿A qué te refieres?

Damian saca un último documento de su propia carpeta. Lleva el sello de un tribunal de Florida.

—Su madre presentó ese vídeo ante un juez en Miami. Junto con una declaración jurada. Afirma que Maeve ha desarrollado una personalidad inestable y violenta, y que actúa como cómplice de un peligroso criminal... refiriéndose lamentablemente a ti. —Damian pone el papel sobre la mesa—. Han obtenido una orden de alejamiento. Una medida de emergencia. Maeve Gallagher no puede acercarse a su hermana a menos de quinientos metros. Tú tampoco,

por cierto. En caso de incumplimiento, hay riesgo de detención inmediata.

Me quedo mirando el sello.

Está sentada en una ciudad extraña y no tiene acceso a su propio dinero. Ha perdido el trabajo que lo significaba todo para ella. Y la justicia le prohíbe el contacto con la única persona por la que aceptó toda esta maldita farsa en primer lugar. Patrick y Marissa han dejado a su propia hija en la estacada. Han usado mi acción furiosa e impulsiva en el camino de entrada como un arma contra Maeve.

—Y hay otro problema —dice Damian.

—Parece que los problemas están hoy de oferta —replico.

—El proceso de custodia empieza mañana. Se trasladó a Miami a petición de Patrick y Marissa; debido a lo ocurrido en tu entrada, además, se ha ordenado un procedimiento de urgencia.

—Pero qué demonios...

—Eso significa que el tribunal, debido a tu pelea, ha determinado una urgencia especial en este asunto —dice Damian.

—¡Pues evítalo! Presenta una apelación, una queja o lo que sea —grito a través del escritorio.

—Ya se ha hecho todo. Cada solicitud ha sido rechazada de inmediato. Jurídicamente ya no es posible hacer nada; mañana empiezan las comparecencias.

Agarro mi americana, que cuelga del respaldo de la silla, y me la echo al hombro.

—Hunter —advierde Damian. Se levanta despacio de su sitio—. Conozco esa mirada. Te desaconsejo encarecidamente cualquier acción irreflexiva. Si vuelas a Florida y te acercas a los Gallagher, estarás violando potencialmente el radio de la orden de alejamiento. A la policía de Miami no le interesa tu saldo bancario. Te arrestarán en el acto.

Me giro hacia la puerta. —Entonces asegúrate de meter un cepillo de dientes en la maleta, Damian. Vuelas conmigo.

Damian suspira. Es un sonido calculado. —Mi tarifa por hora para misiones fuera del estado se duplica. Más gastos.

—Te compro la maldita aerolínea si hace falta. —Abro la puerta hacia el pasillo. El ajetreo del bufete me golpea de frente—. Dile al piloto que arranque los motores. Vamos a sacarla de allí.

No espero respuesta, sino que camino por el largo corredor, pasando por despachos acristalados y secretarias que clasifican pilas de expedientes urgentes. Mi pulso martillea con un ritmo constante e implacable.

Julian. Witherford. *Vane Medical. Archangel Holdings*. Todas esas estructuras por las que mi hermano sacrifica su vida ya no existen en mi cabeza. La fusión puede irse al traste. La cotización puede entrar en caída libre. Me da exactamente igual. Lo único que importa es una mujer en Miami que lo sacrificó todo por mí. Y yo estoy dispuesto a hacer lo mismo por ella.

Capítulo 34

MAEVE

El escáner de códigos de barras emite un pitido agudo. La cajera de la droguería desliza la estrecha caja de cartón por la cinta rayada sin levantar la vista de su smartphone. Nueve dólares con noventa y cinco centavos. Dejo un billete de diez dólares arrugado sobre el mostrador de cristal; se me revuelve el estómago ante el olor dulzón a chicle de menta artificial que la mujer mastica ruidosamente tras el mostrador.

De vuelta en el hotel, tiro el bolso sobre el colchón hundido y llevo la bolsa directamente al baño de azulejos.

Las instrucciones al dorso del paquete están redactadas a prueba de idiotas. Una raya para negativo, dos rayas para positivo.

Me siento sobre la tapa cerrada del inodoro y clavo la mirada en las manchas amarillentas de humedad de la pared de enfrente mientras transcurren los tres minutos reglamentarios. Los latidos de mi corazón martillean contra mis costillas y mi cerebro parece un panel de control sobrecargado en el que todas las luces de advertencia se han encendido a la vez.

Recojo la varilla de plástico blanco del borde del lavabo. Me tiembla el pulgar. Una primera línea rosa marca la ventana de control. El color avanza hacia la derecha como un rastro de sangre minúsculo. No se detiene. Una segunda línea aparece en la ventana de resultados. Clara. Irrevocable.

Me fallan las rodillas.

Me deslizo de la tapa del inodoro y aterrizo bruscamente sobre las baldosas agrietadas del suelo. Presiono las palmas de las manos contra mis cuencas oculares. Un sollozo asfixiado brota de mi garganta. Dos líneas rosas en un trozo de plástico barato acaban de

borrar mis planes de futuro cuidadosamente contruidos de un solo golpe.

Ya es oficial.

Espero un hijo de un hombre al que traicioné ante los ojos de su propio hermano. Llevo bajo el corazón al heredero del imperio Vane mientras mis padres intentarán mañana por la mañana ante el juez arrebatarme definitivamente a mi hermana pequeña.

La falta de salida se cierne sobre mí como una manta de plomo.

Mañana a las nueve comienza el proceso de custodia. Mi antiguo abogado renunció al mandato tras el impago de las cuotas. Tendré que representarme a mí misma. Frente a un juez que firmó una orden de alejamiento contra mí porque mi padre acabó con el tabique nasal roto en un hospital de Chicago. Patrick y Marissa interpretarán el papel de padres ejemplares preocupados. Argumentarán, con asistencia legal, que soy un peligro para Lily.

Y no poseo absolutamente nada que pueda lanzar contra esa maquinaria. El fondo fiduciario asegura el futuro financiero de Lily tras su vigésimo primer cumpleaños, pero no paga a un abogado penalista astuto en el aquí y ahora. He sacrificado mi propia existencia en el altar de la libertad de Hunter para librarlo de la cárcel. He atraído el escándalo sobre mí con la esperanza desesperada de que las esquirlas no terminaran de destrozarme.

Un error monumental.

Unos golpes fuertes contra la madera de la puerta de entrada interrumpen mis pensamientos.

El ritmo no es vacilante. No es una camarera de pisos preguntando por toallas limpias. Es un golpe pesado que hace que el yeso caiga del marco y exige paso.

Me quedo petrificada.

Nadie conoce esta dirección. Héctor, el del *diner*, cree que vivo dos manzanas más allá con una compañera de trabajo. Mis padres

mantienen a Lily aislada en una urbanización vigilada cuya dirección la policía se negó a darme al entregarme la orden de alejamiento.

Los golpes se repiten. Esta vez más fuertes.

Me apoyo en la bañera y me incorporo con las piernas temblando. Tiro el test de embarazo a la papelera bajo el lavabo y me acerco sigilosamente al corto pasillo.

—¿Limpieza? —llamo. Mi voz suena débil.

La manilla de la puerta es presionada hacia abajo con energía desde el exterior. La cerradura atascada resiste la presión a regañadientes.

—Abre la puerta, Maeve.

La voz profunda atraviesa la madera barata de forma amortiguada; mi corazón se salta un latido completo y cae al vacío.

Retrocedo un paso. Mis escápulas chocan contra la pared del pasillo.

Es imposible. No puede estar aquí. No he usado tarjetas de crédito. Di un número de seguridad social falso en mi trabajo secundario. Levanté un muro inexpugnable entre mi pasado y este lugar opresivo en Miami.

—Sé que estás ahí dentro —dice Hunter al otro lado de la chapa. El tono burlón habitual ha desaparecido por completo—. Si no abres esta cerradura en los próximos cinco segundos, echaré la puerta abajo de una patada. Y te juro que hoy llevo el calzado adecuado para hacerlo.

Capítulo 35

HUNTER

Mi tacón impacta justo al lado de la cerradura y la madera barata de aglomerado cede al instante. El material se astilla con un crujido seco, el metal del pomo se dobla lastimosamente y la puerta choca contra el tope interior.

Cruzo el umbral y el calor sofocante de Florida deja paso al hedor viciado de un sistema de ventilación sobrepasado. Esta habitación es un insulto arquitectónico. Un edredón con un estampado de los ochenta, paredes de un amarillo nicotina y un ventilador de techo que traquetea rítmicamente contra su anclaje.

Mi mirada localiza a Maeve en el corto pasillo frente al baño.

Ya no retrocede ni un centímetro más porque su espalda está pegada a la pared. Sus manos se presionan contra el papel pintado que se desconcha. Lleva unos vaqueros lavados y una camiseta demasiado grande que cuelga de sus hombros estrechos. Ni rastro de la inalcanzable gestora de riesgos que ponía firmes a las juntas directivas en un parpadeo. Ante mí tengo a una mujer que está a punto de desmoronarse.

Cierro la puerta destrozada tras de mí. El pestillo ya no encaja, pero la madera se apoya pesadamente en el marco.

—Tienes un gusto pésimo eligiendo escondites, Gallagher —digo.

Ella me mira fijamente. Su caja torácica sube y baja a un ritmo frenético.

—No deberías estar aquí —las palabras raspan sus cuerdas vocales—. La orden. Mis padres llamarán a la policía si te pillan en este estado.

—Que llamen. —Meto las manos en los bolsillos—. La comisaría local no me interesa lo más mínimo. Fuera espera mi coche. Traigo

en el equipaje un plan para Lily que va a privar a tus padres de la custodia antes de que puedan deletrear el nombre de este estado.

Parpadea, pero no me cree.

—Hunter, no lo entiendes. Si Julian nos encuentra juntos, bloqueará tu fondo. Le pasará los papeles a Witherford. Las cuentas *offshore*...

—Alastair me dio un consejo hace dos semanas —interrumpo su torrente de palabras.

Me mira interrogante mientras me acerco despacio.

—Tuvo un momento de lucidez —continúo. Me detengo a un brazo de distancia. El olor a jabón barato y pánico incontenible me llega a la nariz—. Dijo que los aliados más leales no te roban la cubertería de plata. Prendieron fuego al jardín para que salieras de la casa en llamas antes de que el techo se te cayera encima. Una metáfora notable para un hombre que poco antes discutía conmigo sobre viejos precios del acero.

Maeve contiene el aliento. Sus ojos se dilatan. El último resto de color abandona sus mejillas.

—El *LibertyForLily Trust* —digo, bajando la voz a un murmullo sonoro—. Trescientos mil dólares. Operados a través del sagrado proyecto personal de Julian, sellados con tu firma electrónica. Un gigantesco botón de alarma rojo parpadeante. —Levanto la mano y acaricio su mejilla con el índice. Su piel está fría—. Le lanzaste los perros a Julian a propósito porque los algoritmos de *Archangel* habían cercado mi sociedad pantalla en Delaware.

No aparta la cabeza. Una sola lágrima se desprende de sus pestañas y rueda sobre mi dedo.

—Deberías haber huido —susurra. Sus labios tiemblan—. Estás arruinando la fusión. Arriesgas el centro para la demencia. Julian me arrastrará a un tribunal y entonces te arrastraré inevitablemente conmigo al abismo.

—No hay ningún abismo, Maeve. —Le pongo ambas manos en la cara. El contacto físico derriba su última barrera, mantenida a duras penas—. Puse a Gilbert con los servidores. Hemos revisado el fondo. El dinero es inatacable y tus manos están limpias. Has quemado tu existencia para salvar la mía.

Ese es el momento en que sus rodillas ceden. La tensión abandona su musculatura con una sacudida súbita. La agarro por los hombros, sigo su movimiento y me hundo con ella en el linóleo agrietado del pasillo. Esconde la cara en mi cuello y sus dedos se clavan en las solapas de mi americana como si, de lo contrario, la gravedad fuera a succionarla contra el suelo.

La rodeo con mis brazos y la sujeto con fuerza. La presiono contra mi pecho y dejo que respire la desesperación acumulada de los últimos catorce días en la tela de mi ropa.

—No lo entiendes —suelta entre dos respiraciones entrecortadas. Sacude la cabeza contra mi hombro—. No puedes quedarte aquí. Soy un maldito desastre. No tengo abogado para mañana. No tengo casa. Y yo... yo...

Se interrumpe. Un nudo se mezcla en su voz. Se aparta bruscamente de mi pecho, evita mi mirada y clava la vista en la ranura entre las baldosas.

—¿Tú qué? —pregunto con suavidad.

Rodea su propio torso con los brazos. Un gesto protector. Su cuerpo tiembla.

—Acabo de mear en un palo de plástico.

Las palabras flotan en el pequeño pasillo sobrecalentado. Se mezclan con el traqueteo del ventilador y el ruido sordo del tráfico de la calle.

Estoy sentado con las piernas cruzadas en el suelo de un motel de Florida y mi cerebro pega un frenazo en seco. Las sinapsis disparan salvajemente, pero no encuentran ningún cajón adecuado para esta información.

Palo de plástico. Dos rayas. Descendencia.

La miro fijamente. Abro la boca, pero no sale ningún sonido. El algoritmo de playboy con el que he navegado por mi vida los últimos diez años colapsa con un mensaje de error fatal.

Le cojo la barbilla. La obligo suavemente a levantar la cabeza. Sus pupilas están enormes. Un océano de pánico puro me devuelve la mirada.

—Estás embarazada —sentencio. Mi voz suena extraña. Hueca. Como el aviso automático de un ascensor.

Asiente con vacilación. Una lágrima fresca se abre camino por su rostro, dibujando un rastro húmedo a través del polvo del camino en su piel.

—Lo siento. No quería complicarlo más. Quería ahorrarte esta decisión.

La suelto, me levanto de un salto y me paso ambas manos por el pelo. Empiezo a caminar de un lado a otro en el minúsculo pasillo. Tres pasos hacia allá. Tres pasos hacia acá.

—¿Tú lo sientes? —pregunto deteniéndome abruptamente. Señalo con vehemencia su vientre—. Acabas de lanzar una granada biológica a mis planes de vida, Gallagher. Necesitamos un arquitecto nuevo. El pabellón de invitados es pequeño. Tenemos que añadir un ala. No, necesitamos una casa nueva. Con paredes insonorizadas y un búnker para la niñera.

Me mira confundida desde el suelo. El miedo de su rostro deja paso a una expresión de desconcierto.

—Hunter, ¿de qué estás hablando? Julian va a usar esto. La prensa...

—Ahí te equivocas. Henry ha logrado lo que casi nadie más ha conseguido: ha despertado sentimientos en Julian. Cuando mi hermano sepa que pronto habrá otro mini-Vane berreando por ahí,

estará en nuestro bando con más razón todavía. ¡Es la mejor baza que hemos tenido nunca!

Vuelvo a ponerme de cuclillas y la agarro por los hombros. La sacudo ligeramente.

—Deja de pedir disculpas. Tengo que encargar un SUV blindado ahora mismo. Y sobornar a un pediatra para que esté disponible las veinticuatro horas. Dios mío, necesito un trago.

Respiro hondo, obligando a mi pulso acelerado a entrar en un ritmo medio aceptable.

—Escúchame bien —digo, ahora más bajo, más firme—. Mañana no vas a perder ninguna custodia. No vas a volver a dormir en una habitación de motel que huela a moho. Y no vas a volver a luchar sola. Ahora tenemos refuerzos.

Me levanto y le tiendo la mano.

—Tenemos exactamente catorce horas hasta esa ridícula vista judicial —digo—. Lo lograremos. Solo tienes que confiar en mí.

—Pero no puedo irme de aquí —responde Maeve—. La audiencia es aquí en Miami. Patrick y Marissa se encargaron de ello.

—Patrick y Marissa van a tener que cambiar de planes —digo—. Hemos conseguido que el proceso vuelva a Chicago por orden judicial, donde debía celebrarse originalmente. Si eso será una ventaja o un inconveniente todavía no lo sé... pero al menos no es Miami.

Mira mi mano extendida. Una sonrisa minúscula tira de sus comisuras. Pone sus dedos en mi palma y la levanto sin esfuerzo.

—Ponte los zapatos —le ordeno mientras abro la puerta de entrada destrozada. El aire húmedo de la tarde entra en la estancia—. Nos vamos a casa.

Capítulo 36

MAEVE

Las vibraciones de los motores se transmiten a través de la alfombra mullida directamente a las suelas de mis zapatos, mientras el despegue me empuja contra el asiento de cuero color crema del jet privado. Con cada metro de altitud que esta máquina pone entre nosotros y el asfalto bochornoso de Florida, una fracción más de la adrenalina del pánico abandona mi torrente sanguíneo.

Un vaso grande se desliza en mi campo de visión.

—Bebe —ordena Hunter.

Está sentado en el sillón contiguo al mío, con el torso girado en mi dirección.

—No tengo sed —murmuro, aunque acepto el vaso.

—Tu nivel de hidratación ya no es negociable —replica él. Me tiende una servilleta de tela—. El aire de la cabina reseca las mucosas. Y ahora mismo transportas a un polizón. He ordenado al piloto que ajuste la presión al mínimo, pero tienes que beber.

Doy un sorbo al agua obedientemente. Su transformación repentina de heredero cínico a protector vigilante hace que mi sistema de coordenadas se tambalee. Me irrita. Y, al mismo tiempo, toca algo en mí cuya existencia he negado con éxito durante años.

Frente a nosotros está sentado Damian Cross. El abogado estrella ha colocado su portátil sobre la mesa plegable de caoba. Lleva un traje antracita impecable que, incluso tras este vuelo improvisado, no muestra ni una sola arruga. Damian nos observa con la curiosidad analítica de un científico que estudia una anomalía fascinante.

—Tenemos que prepararnos para mañana —dice Damian. Su voz posee la calidad acústica de un diamante tallado: precisa, costosa e inflexible. Abre una fina carpeta de cuero—. Sus padres han

cometido un error colosal, señorita Gallagher. Han trasladado un conflicto familiar a un terreno jurídico cuyas reglas dicto exclusivamente yo.

Me incorporo con esfuerzo. El reflejo de tomar las riendas despierta de inmediato y mi cerebro empieza a generar listas de tareas automáticamente.

—Tenemos que impugnar la orden de alejamiento. Si el juez de familia ve que no se me permitió contactar con Lily, lo interpretará como un distanciamiento emocional. Y mi despido fulminante de *Vane Medical*... Patrick venderá mi desempleo como inestabilidad. Necesito extractos bancarios. Tengo que demostrar que...

—No tienes que demostrar nada. —La mano de Hunter se posa sobre la mía. Sus dedos están calientes. La presión suave obliga a mis pensamientos desbocados a detenerse—. Tu trabajo ha terminado, Gallagher. Prendiste fuego al jardín. Ahora dejemos que los profesionales clasifiquen los escombros.

Damian asiente conforme.

—Hunter tiene razón. Mañana se sentará en esa sala y se limitará a interpretar el papel de la hermana sacrificada. Yo me encargaré de hablar. —Golpea un papel impreso de su carpeta—. Presentaremos a la jueza el *LibertyForLily Trust*. Esa es nuestra cabeza nuclear. Un patrimonio inatacable y bloqueado que usted aseguró poniendo en riesgo su propia reputación. Ningún jurista de este estado le negará la custodia tras ver este documento.

—Pero el vídeo —rebato. El miedo late implacable tras mi frente—. El vídeo muestra a Hunter atacando a mi padre. Me pintarán como la cómplice de un violento.

Una sonrisa divertida asoma a las comisuras de Damian.

—Un vídeo que muestra a un hombre reprendiendo al padre de su gestora de riesgos después de que este la amenazara. Voy a desintegrar a Patrick Gallagher en el estrado. Antes de que termine

con su padre, el tribunal se alegrará de que Hunter solo le rompiera la nariz y no el cuello.

Me limito a mirar a Damian. Durante diez años, yo fui la arquitecta de nuestra supervivencia. Falsifiqué contratos de alquiler, estudié textos legales, me estrujé el cerebro por las noches para evitar que Lily cayera al vacío. Y ahora, aquí hay un hombre en un traje a medida desmontando a los verdugos de mi vida con el aburrimiento casual de quien pide un capuchino.

La sensación de ceder el control total me provoca un vértigo opresivo. Se siente como una caída libre. Pero el pulgar de Hunter, que acaricia tranquilizador el dorso de mi mano, frena el descenso. Por primera vez en toda mi existencia, no miro hacia un abismo sin fondo. Debajo de mí se extiende una red de seguridad inmensa. Ya no tengo que remar. Puedo dejarme llevar.

—Descanse, señorita Gallagher —aconseja Damian. Cierra el portátil—. Prepararé los escritos finales. Hunter, asegúrate de que nuestra cliente no hiperventile.

El abogado se levanta y se retira a la zona de trabajo delantera de la cabina. La puerta de cristal tintado se desliza con un leve siseo. Estamos solos en la zona *lounge* trasera del jet, equipada con un sofá amplio y luz tenue.

Las vibraciones de los motores forman un coro de fondo sonoro. Hunter se desabrocha el cinturón. Se desliza de su sillón y se arrodilla en la alfombra mullida justo frente a mí. Levanta ambas manos y las coloca con cautela sobre mi vientre plano. El contacto envía un chispazo eléctrico a través de las finas capas de tela de mi vestido.

—Voy a comprar una casa nueva —susurra. Su mirada está clavada en mi abdomen, como si pudiera ver a través de la piel—. El ático es una trampa mortal. Las escaleras, los bordes de cristal. Voy a hacer que forren con espuma cada esquina de las propiedades Vane. Y necesito un monovolumen. No tengo ni un solo coche donde se pueda enganchar una sillita infantil.

Una risa honesta escapa de mi garganta. La imagen absurda de Hunter Vane al volante de una furgoneta familiar espanta la última sombra de desesperación.

—Tú no vas a conducir un monovolumen, Hunter —digo en voz baja. Mis dedos se hunden en su pelo espeso.

Él levanta la vista hacia mí. La distancia entre nosotros desaparece.

—Conduciré un montacargas si hace falta. Me has hecho pasar un infierno de dos semanas. Creí que eras una estafadora brillante que había diseccionado mi corazón para echarle los restos a los perros del banco.

—Era la única consecuencia lógica para distraer al algoritmo de búsqueda —replico.

—Lógica. —Sacude la cabeza. Sus ojos arden con una intensidad febril—. Eres la persona más ilógica que he conocido. Incendias tu propio mundo para salvarme. Que sea la última heroicidad de este tipo.

No respondo. Atraigo su rostro hacia el mío. Su boca desplaza cualquier otro pensamiento racional. Saboreo la brisa salada de Miami que aún se aferra a su piel, mezclada con el aire estéril de la cabina.

El beso es la manifestación física de una resurrección. Dos semanas de soledad se descargan en un hambre implacable. Sus labios viajan por mi mandíbula hasta la carótida, justo donde mi pulso bombea los restos del pánico pasado hacia la superficie. Echo la cabeza hacia atrás. Un jadeo insonoro escapa de mi boca.

Hunter me agarra por debajo de las rodillas y me levanta. La gravedad parece haber perdido su validez en este tubo sellado. Me lleva los dos pasos que nos separan del ancho sofá *lounge* y me deposita sobre los cojines. No me toca como un amante que celebra una conquista, sino como un náufrago que, tras días interminables en el océano, siente por fin tierra firme bajo sus pies.

El vestido azul claro del *diner* acaba olvidado en la alfombra; un relicario textil de una etapa de mi vida que caducó definitivamente hace una hora. Él se deshace de su pantalón y su camisa con una prisa frenética; los botones de plástico tintinean contra el revestimiento de la pared.

La estrechez de la cabina intensifica cada percepción sensorial. El zumbido constante de los motores Rolls-Royce se funde con el temblor de mi propia musculatura. Su torso desnudo se cierne sobre mí. El calor que desprende es un contraste incandescente con el aire acondicionado. Ancla sus antebrazos a los lados de mi cabeza.

Sus caricias son como la búsqueda fanática de un tesoro. Redescubre cada centímetro de mi piel, como si necesitara asegurarse por la fuerza de que no soy un espejismo febril. Sus dedos se deslizan por mis clavículas, bajan por la curva de mi cintura y encuentran mis lugares más íntimos.

Cuando penetra en mí, suelto un suspiro tembloroso. El vacío emocional de las últimas semanas se llena con una fuerza monumental. Nos comunicamos a través de un ritmo urgente que supera sin esfuerzo el compás de las máquinas. Cada una de sus embestidas es una reclamación de propiedad sin concesiones, una confirmación muda de nuestra nueva realidad.

Anclo mis talones en su espalda baja. Mis manos recorren sus escápulas, trazando la tensión de sus haces musculares. La fricción de nuestros cuerpos eleva la temperatura en la cápsula aislada. Me aferro a él mientras el latido de mi vientre se contrae en un punto de ignición imparable.

Susurra mi nombre contra mi sien. Suena como un juramento honesto. Una promesa que no necesita testigos.

Las oleadas de la sacudida me inundan con una violencia purificadora, ordeñándolo y robándome el oxígeno. Hunter echa la cabeza hacia atrás, tensando la mandíbula. Un gruñido profundo vibra en su pecho al alcanzar su propio clímax. Deja caer su peso

sobre mí, esconde el rostro en el hueco de mi cuello y respira con ansia.

A diez mil metros sobre el suelo, el círculo se cierra. Yacemos entrelazados sobre los cojines, envueltos por el zumbido de la tecnología y la incertidumbre de lo que traerá el mañana.

Capítulo 37

MAEVE

Después de que el jet aterrizara, fuimos directamente del aeropuerto a casa de Hunter. Tras una ducha larga y caliente, nos metimos los dos en la cama, esta vez con las manos sobre el edredón. Conseguí dormirme pronto, pero ahora llevo lo que me parece una eternidad despierta.

Las cifras luminosas del radio-despertador saltan silenciosas a las 02:17. El ritmo de la respiración de Hunter a mi lado es constante. Su pecho sube y baja bajo la manta ligera de verano. Estoy tumbada boca arriba, con las manos entrelazadas sobre mi vientre plano. Mi corazón golpea contra mis costillas con un compás irregular.

Mañana por la mañana, a las nueve, una jueza desconocida decidirá sobre la parte más importante de mi vida.

Retiro la manta con cuidado y salgo del dormitorio. Las tablas del pasillo crujen bajo mi peso mientras me dirijo al gran salón. Los amplios ventanales dejan pasar la escasa luz de las farolas, tiñendo el conjunto de sofás con un patrón grisáceo.

Me hundo en la gruesa alfombra persa, me llevo las rodillas al pecho y las rodeo con los brazos.

Mañana.

Patrick y Marissa estarán sentados en esa sala. Llorarán. Interpretarán el papel de padres preocupados. Pondrán la orden de alejamiento sobre la mesa y afirmarán que soy un peligro para mi hermana pequeña. Se me encoge el estómago solo de pensarlo. Las náuseas repentinas no tienen nada que ver con el embarazo. Es miedo puro y paralizante.

Un ligero crujido rompe el silencio.

La silueta de Hunter aparece en el umbral. Solo lleva un pantalón de chándal holgado. Tiene el torso desnudo; los haces de sus

músculos se dibujan bajo la luz pálida. No enciende ninguna lámpara. Cruza la estancia con pasos silenciosos, se deja caer en la alfombra a mi lado y cruza las piernas.

No pregunta qué pasa, ni suelta ningún chiste estúpido. Simplemente estira el brazo y me atrae hacia él. Apoyo la cabeza en su hombro cálido.

—Piensas demasiado alto —gruñe. Tiene la voz pastosa por el sueño.

—He intentado que el suelo no crujiera.

Me rodea con el brazo. —Es por la audiencia.

Asiento contra su piel. —Van a contar mentiras, Hunter. Son maestros en eso. Patrick convencerá a la jueza de que me he vendido a un heredero rico. Usará la pelea de la entrada. Dirá que somos inestables.

—Deja que hable. —La mano de Hunter acaricia mi espalda con un movimiento lento—. Damian Cross se merienda a tipos como tu padre antes del desayuno.

—A veces eso no basta. —Cierro los ojos—. Los tribunales de familia odian arrancar a los niños de su entorno habitual. Incluso si ese entorno es tóxico.

—Tenemos el fondo. —Me estrecha un poco más contra él—. ¿Crees de verdad que una jueza le devolverá a Lily a dos estafadores cuando has demostrado que eres capaz de sacrificar tu propio nombre para asegurarle una fortuna? Has hecho que ese dinero sea intocable. Es la prueba definitiva.

Suelto un suspiro tembloroso. —Espero que tengas razón.

Al poner la palma de la mano sobre su pecho, siento el latido constante de su corazón. Durante diez años he construido un muro invisible a mi alrededor. Aprendí a falsificar contratos de alquiler, a hacer maletas en minutos y a escanear salidas de emergencia. Tras la experiencia humillante del instituto, me forjé una regla de hierro:

jamás confíes en un hombre. Los hombres toman lo que quieren y dejan que tú recojas los añicos.

Miro el rostro del hombre que dismanteló su imperio para salvar a mi hermana pequeña. El que se sentó en el suelo sucio frente a un motel en Florida cuando le hablé del bebé.

He roto mi regla más importante. Y lo he hecho con gusto.

La mano de Hunter viaja desde mi espalda hacia delante. Posa su gran palma suavemente sobre mi vientre. El gesto es posesivo y de una ternura infinita a la vez.

—Un bebé —murmura. Sacude la cabeza ligeramente—. Esta tarde he buscado en Google cómo instalar una sillita infantil en un RS6. Internet no ha servido de mucho.

Una risa involuntaria escapa de mi garganta. —Vas a tener que vender ese deportivo.

—Jamás. —Sonríe en la oscuridad—. Mandaré soldar anclajes Isofix en el asiento del copiloto. El niño necesita sentir desde temprano lo que es una buena aceleración.

Le doy un golpe ligero en el brazo. —No irá en el deportivo. Necesitamos algo seguro.

—«Necesitamos». —Repite la palabra, saboreándola—. Me gusta cómo suena. Necesitamos un coche seguro. Necesitamos una casa con un jardín grande para Lily. Tenemos que elegir paletas de colores para la habitación del bebé.

El pánico que me atenazaba desde que desperté pierde sus aristas afiladas. Deja paso a una certeza cálida. Las tareas que tenemos por delante son gigantescas. Un proceso de custodia. Un proyecto de construcción para enfermos de demencia. Una vida nueva de tres... y, con suerte, pronto de cuatro.

—Tengo miedo, Hunter —confieso.

—Lo sé. —Me besa en la frente—. Pero mañana por la mañana entraremos en ese juzgado. Damian se encargará del trabajo sucio

legal. Tú cogerás a Lily de la mano. Y luego nos iremos todos juntos a casa.

Cierro los ojos y me apoyo totalmente en él. Me gustaría tanto creerle... Pero, hasta ahora, creer nunca ha sido suficiente.

Capítulo 38

HUNTER

La cita judicial es a las nueve, pero antes tenemos algo más que resolver. Por eso, Maeve y yo entramos a las ocho de la mañana en la sala de conferencias de *Vane Medical*, donde están sentados Julian y Sean Witherford.

El aire aquí dentro huele a café arábica recién hecho y a la tensión implacable de un trato de miles de millones. Julian preside la mesa larga, rodeado de media docena de abogados con trajes grises. Sean Witherford reina en el lado opuesto. Montañas de contratos impresos, plumas Montblanc brillantes y miradas expectantes dan fe de que hoy es el gran día.

Mi entrada interrumpe el suave zumbido del aire acondicionado. Catorce pares de ojos se clavan simultáneamente en Maeve y en mí.

Llevo unos vaqueros oscuros y una camisa antracita con las mangas remangadas hasta los codos. Mi mano izquierda descansa en la manilla de la puerta; la derecha sujeta con firmeza la mano de Maeve. Ella está medio paso por detrás de mí. Su rostro está pálido, pero mantiene la compostura. Lleva un sencillo blazer negro que Damian le consiguió, junto con otra ropa, para la comparecencia ante el tribunal.

—Buenos días, caballeros —digo—. ¿Ha muerto alguien? Todos tenéis cara de haber mordido un limón muy agrio.

Julian se levanta despacio de su sillón de cuero. Su mirada me perfora, viaja hacia nuestras manos entrelazadas y se reduce a dos rendijas minúsculas. La vena de su sien late con un ritmo poco saludable.

—Si no sacas a esa mujer de aquí ahora mismo, va a morir alguien —dice Julian—. Estamos finalizando los papeles de la fusión.

Y la señorita Gallagher tiene prohibida la entrada. El servicio de seguridad la escoltará fuera de inmediato.

Witherford se reclina en su silla y cruza los brazos. Una sonrisa burlona asoma a sus labios.

—Déjalo hablar, Julian. Quizá tu hermano quiera presentarnos su último vídeo viral. He oído que ahora se dedica a ser un matón de barrio en los suburbios.

Ignoro el comentario de Witherford. Atraigo suavemente a Maeve a mi lado, la guío hacia una silla vacía en el lateral de la mesa y presiono ligeramente sus hombros para que se siente. Se sienta sin hacer ruido y me cede el escenario. Exactamente como acordamos en el coche.

Me acerco a la mesa y me apoyo con ambas manos sobre la superficie pulida. Me inclino un poco y fijo la vista en Witherford.

—Tiene mala cara, Sean —sentencio—. ¿Sus auditores han vuelto a hacer horas extras esta noche? Espero que les pague bien. El intento de hackear las redes de beneficencia de mi familia requiere cierta resistencia.

La sonrisa burlona de Witherford desaparece. Se endereza en su asiento.

—Estamos auditando los libros de una empresa que pretendemos adquirir. Es el procedimiento estándar.

—Están buscando fallos —le corrijo—. Buscan una baza para eliminar mi nombre de la gestión operativa y manipular las condiciones de esta fusión a su favor. Julian me ha descrito la situación con mucha claridad.

Echo mano a mi bolsillo trasero, saco un papel doblado y lo lanzo sobre la mesa con un movimiento fluido. Desliza sobre la madera y se detiene justo frente a la taza de café de Julian.

—Es mi baja oficial de la facultad de medicina —digo en medio del silencio de la sala—. Firmada, sellada y en vigor. Nunca me

pondré una bata blanca. Nunca dirigiré los laboratorios de investigación de *Vane Medical*.

Julian mira fijamente el documento como si fuera un escorpión venenoso. Sabía de mis intenciones, pero ver el papel sellado ante él vuelve el asunto definitivo.

—Eso no cambia el hecho de que hayas mandado a un hombre al hospital —interviene Witherford. Su voz suena rasposa—. Eres un desastre de relaciones públicas, Hunter. Un riesgo impredecible.

Me impulso fuera de la mesa y empiezo a recorrer la sala despacio. El golpeteo rítmico de mis suelas sobre el parqué obliga a los abogados reunidos a seguirme con la mirada.

—Se equivoca de forma fundamental, Sean —explico, deteniéndome tras la silla de un socio junior visiblemente nervioso—. No soy un riesgo. Soy un hombre extremadamente enfocado que, en los últimos meses, ha malversado capital de la empresa.

Un suspiro colectivo de sorpresa llena la sala. Varios abogados dejan de teclear notas abruptamente. Julian echa mano a su vaso de agua con un movimiento torpe. El color abandona su rostro.

—Hunter —advierte mi hermano.

—Déjame terminar, Julian.

Me vuelvo de nuevo hacia Witherford.

—Fundé una sociedad pantalla en Delaware. *Starlight Holdings*. Manipulé facturas, camuflé conceptos contables y desvié un presupuesto especial considerable de *Vane Medical* hacia ese pantano *offshore*. ¿Por qué? Porque quiero construir un complejo para pacientes con demencia. Un centro que lleve el nombre de mi padre y que devuelva la dignidad a personas como él. Julian nunca habría aceptado, porque al final del día solo piensa en esta puta fusión. Así que conseguí el dinero a mi manera.

Los ojos de Witherford se dilatan. Una expresión de satisfacción triunfal se extiende por sus facciones. Huele la sangre.

—Malversación —dice el CEO de *Archangel Holdings*, golpeando la mesa con su pluma Montblanc—. Lavado de dinero. Fraude. Me acaba de dar el motivo para que la comisión de valores asalte este edificio entero.

—Sus auditores estaban a punto de encontrar esas cuentas —continúo imperturbable. Me planto tras la silla de Maeve y pongo mi mano ligeramente sobre su shoulder—. Su maldito algoritmo ya estaba rascando el cortafuegos de mis *holdings*. Si hubieran entrado, ahora mismo estaría en una celda.

Julian deja el vaso. El agua salpica fuera del borde.

—La señorita Gallagher robó trescientos mil dólares de nuestra fundación. Creó un fondo ilegal. No intentes justificar tus errores con un cuento de hadas sobre un centro de demencia.

—No fue un robo, Julian —digo. Pronuncio cada palabra con una precisión cortante—. Fue una operación de rescate.

Señalo a Maeve. Los tipos de traje de la mesa la miran fijamente, pero ella no se mueve. Sigue con la vista fija en la madera.

—Maeve descubrió mis balances manipulados —explico a la sala—. Sabía que yo estaba a punto de ser arrestado. Sabía que vuestros auditores quebrarían el rastro de *Starlight Holdings* en pocos minutos. Así que tomó una decisión. Desvió la suma de la cuenta de la fundación y puso su propia firma debajo.

Witherford frunce el ceño. —¿Por qué iba a hacer eso? ¿Una gestora de riesgos saboteándose a sí misma?

—Porque prendió un fuego para que saltara la alarma de humos —replico. Me apoyo en el respaldo de su silla—. Realizó una transferencia de trescientos mil dólares que, en el sistema, tenía que explotar inevitablemente como una bomba atómica. Vuestro algoritmo soltó el rastro de mi sociedad pantalla en ese mismo segundo y se lanzó sobre esa transferencia masiva. Ella atrajo la alarma hacia sí. Quemó su propio nombre, dejó que la despidieran

de forma fulminante y tiró su vida a la basura solo para que yo pudiera terminar de construir mi maldito proyecto.

Silencio. Un silencio aplastante cae sobre la sala de conferencias.

Julian me mira fijamente. Está calculando. Veo cómo su cerebro analítico superpone las marcas de tiempo, los protocolos del servidor y mis palabras. La comprensión le golpea como un impacto físico. Su mirada viaja hacia Maeve. La desconfianza de sus ojos deja paso a una comprensión estupefacta. Se da cuenta de que la mujer a la que despidió sin contemplaciones ha protegido la reputación de su familia con su propia vida.

—¿Y el dinero? —pregunta Witherford. El triunfo de su voz muestra grietas—. El dinero sigue sin estar. Un fondo ilegal.

—El *LibertyForLily Trust* es un fondo legítimo —le corrijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Maeve no se quedó ni un solo centavo para ella. La cuenta está bloqueada por contrato. La beneficiaria es su hermana de catorce años, que actualmente sufre bajo la tutela de unos padres criminales. El dinero está congelado hasta que cumpla veintiún años.

Rodeo la mesa y me planto frente a Witherford.

—Usted odia la caridad, Sean. Pero ama las buenas relaciones públicas. «*Vane Medical salva el futuro de una niña desfavorecida de un entorno tóxico*». Una generosa donación de la Fundación Vane, gestionada por mi hermano. Convertimos esta historia en una nota de prensa emotiva, enviamos unas fotos de la hermana feliz al *Tribune*, y el mundo se rendirá a sus pies. La cotización de la nueva fusión subirá como la espuma. A la gente le encantan estos relatos lacrimógenos.

Witherford tamborilea con los dedos sobre sus expedientes. Odia que tenga razón, pero el símbolo del dólar en sus ojos es innegable.

—Eso no soluciona el problema de tu persona —gruñe—. Has malversado capital de la empresa para un proyecto de construcción.

Te peleas en plena calle. No firmaré este contrato de fusión mientras formes parte de la estructura operativa.

Este es el momento que estaba esperando.

Inspiro hondo. Observo a mi hermano, que sigue sin habla mirando su café, y al CEO arrogante que cree tenerne acorralado.

—Le ofrezco un trato —digo.

Cuento mis condiciones con los dedos de mi mano izquierda.

—Primero: renuncio a todos mis cargos en *Vane Medical*. Dejo mi puesto en el consejo de administración. Mi nombre será borrado de todos los documentos oficiales de la empresa fusionada. Tendrá su junta directiva impecable, Sean.

Witherford arquea una ceja. Una señal muda para que continúe.

—Segundo: Julian me transfiere el terreno al borde del bosque que compré con los fondos sustraídos de la empresa, así como los derechos exclusivos del centro de demencia. Financiaré *Alastair's Walk* íntegramente con mi propio fondo fiduciario, que tras esta fusión es apto para su adjudicación y liquidación. Lo construiré como una entidad independiente. Ya no tendrá nada que ver con este consorcio.

Julian abre la boca, pero la vuelve a cerrar. Ve la salida.

—Tercero —continúo. Me apoyo de nuevo en la mesa y me inclino hacia delante—. Todos sabemos que las fusiones de esta magnitud causan problemas de liquidez inesperados. Para acelerar el trato y disipar sus dudas por completo, dono la mitad de mi fondo fiduciario personal al capital social de la nueva *holding*.

Un murmullo recorre las filas de abogados.

Julian salta de su sitio. La silla casi vuelca hacia atrás.

—¿Quieres entregar la mitad de tu fondo? Son cifras de tres dígitos de millones, Hunter. Estás completamente loco.

—Soy pragmático —replico sin apartar la vista de Witherford—. Considérenlo una compensación por mis pasados deslices de imagen. Un parche de oro para el ego de *Archangel Holdings*.

Sean Witherford me mira fijamente. El cálculo en su cabeza se dispara. Consigue un imperio farmacéutico gigantesco, se libra del hermano molesto y, para colmo, ese hermano inyecta una suma enorme de capital fresco en las arcas de la fusión. Es una oferta que ni el tiburón más desconfiado puede rechazar.

—Hay una última condición —añado. Mi voz baja a un susurro peligroso.

Witherford parpadea. —¿Cuál?

—Se retiran todos los cargos contra Maeve Gallagher. Nada de demandas por los fondos de la fundación. Nada de vetos en el sector. Julian le escribirá una carta de recomendación tan impecable que el propio Papa la contrataría como consultora. —Me enderezo de nuevo y me meto las manos en los bolsillos—. Este es el paquete completo. Lo toma, o salgo de esta sala, niego mi consentimiento a la fusión y explico a la prensa mañana por la mañana cómo *Archangel Holdings* destruye sistemáticamente fundaciones para personas sin hogar.

El tiempo se detiene en la sala de conferencias. Julian se frota el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Mira el certificado de baja universitaria y luego a mí.

—¿Por qué haces esto? —pregunta mi hermano en voz baja. La rabia ha desaparecido de su voz. Solo queda una confusión sincera—. Estás tirando la mitad de tu herencia. Renuncias a tu lugar en esta empresa. ¿Para qué? ¿Por una mujer a la que odiabas hace unos meses?

Giro la cabeza hacia Maeve. Sigue sentada quieta en su silla. Sus manos descansan entrelazadas en su regazo. Un solo rayo de sol que entra por la ventana se quiebra en su pelo oscuro.

Una sonrisa de verdad asoma a mi cara.

—Lo hago porque tengo una cita en el juzgado de familia ahora mismo, Julian —explico a la sala—. Damian Cross ha preparado una demanda contra los padres de Maeve que es tan gruesa como una guía telefónica. Vamos a conseguir la custodia de Lily.

Camino despacio hacia Maeve, agarro su mano y la ayudo a levantarse.

—Necesito un historial limpio —continúo—. Necesito una vida tranquila, un proyecto propio al borde del bosque y una casa insonorizada. Tenemos que ofrecerle a Lily un entorno estable. —Hago una breve pausa y suelto la bomba con una sonrisa amplia e insolente—. Además, ayer en una habitación de motel extremadamente antihigiénica en Florida, Maeve me informó de que próximamente me tocará cuidar de otra nueva incorporación.

El sonido de una taza de café al caer rompe el silencio. Un abogado joven me mira con la boca abierta mientras la mancha marrón se extiende por sus documentos.

Las facciones de Julian se desencajan por completo. Sus ojos saltan de mí al vientre plano de Maeve.

—¿Tú... ella está embarazada?

—Embarazada. De un auténtico Vane —confirmo alegremente—. Como he dicho, Julian, en el futuro tendré que ocuparme de dos niños. Sencillamente ya no tengo tiempo para aburrirme con vuestros balances secos. Y los pañales no se pagan solos.

Maeve pone sus dedos en mi palma. Aprieta los labios para reprimir un sollozo... o quizá una carcajada.

Witherford se aclara la garganta ruidosamente. Recoge los papeles frente a él. El impacto de mis planes familiares deja paso a su codicia innata.

—Ordenaré a mis abogados que redacten los contratos correspondientes —dice el CEO. Agarra su pluma—. Su transferencia de acciones, los derechos del proyecto de construcción y la renuncia

a acciones legales contra la señorita Gallagher. Si los documentos están firmados para esta noche, la *holding* es tuya, Julian.

Mi hermano sigue mirándonos. La fachada de élite que ha perfeccionado toda su vida está en ruinas. Sacude la cabeza despacio, pero veo el destello minúsculo de respeto en sus ojos. He salvado su imperio, he satisfecho a Witherford y me he comprado mi propia libertad.

—Enviaremos los papeles al bufete de Damian —dice finalmente.

—Excelente. —Asiento a los hombres de la mesa—. Ha sido un placer, caballeros. No me arruinen la cotización. Necesito los dividendos para una casa nueva con zonas ajardinadas muy grandes. Y un castillo hinchable bastante hermoso.

Rodeo la cintura de Maeve con mi brazo y la guío hacia las pesadas puertas dobles. Las miradas de los abogados nos queman la espalda, pero ya no me importan. Al salir al pasillo, las puertas se cierran tras nosotros con un clic rotundo. El silencio del corredor vacío nos recibe.

Maeve se detiene y se gira hacia mí. Una lágrima se escapa del rabillo de su ojo y dibuja un rastro brillante por su mejilla. Me da un golpe suave con la palma de la mano en el pecho.

—Estás completamente loco —susurra. Se le quiebra la voz—. Has entregado la mitad de tu fortuna. Cientos de millones, Hunter.

Suelto una risa baja. Le limpio la lágrima con el pulgar y me inclino hacia ella.

—He comprado mi libertad —murmuro contra sus labios—. Y a la mejor gestora de riesgos del mundo. Es una auténtica ganga.

La beso y miro mi reloj. La primera etapa está superada, pero ahora viene el gran final. Tenemos un juicio por delante y una horda de padres Gallagher desquiciados a los que dismantelar. Y si eso no sale bien, todo lo demás solo valdrá la mitad.

Capítulo 39

MAEVE

La sala del tribunal está relativamente vacía; un proceso de custodia no suele atraer a muchos espectadores. Estoy sentada sola en mi sitio, esperando a Damian, que todavía no ha llegado. Hunter acaba de salir para intentar llamarlo de nuevo.

Al otro lado del pasillo central, mis padres interpretan el papel de sus vidas. El traslado de la audiencia de vuelta a Chicago no ha sido cuestionado, ni por ellos ni por su abogado. En su lugar, se concentran en despertar tanta lástima como sea posible.

Patrick viste un traje antracita. El cuello le aprieta de forma inusual en su cuello carnosos. Una mancha amarillenta en su mandíbula todavía da fe del puñetazo de Hunter, aunque está cuidadosamente oculta bajo una capa de polvos de maquillaje. Marissa se seca las comisuras de los ojos, completamente secas, con un pañuelo de papel. Se apoya en el hombro de Patrick buscando protección. Una imagen de unidad familiar. Una madre abnegada que teme por el bienestar de su hija.

La jueza Sterling hojea un expediente grueso y el papel cruje con un volumen ensordecedor a través del micrófono de su estrado elevado.

El abogado de mis padres se llama Freddy Wonker. Es un hombre bajo y robusto, con una voz atronadora, que sostiene en alto un documento plastificado: la orden de alejamiento de Florida.

—Su Señoría, estamos hablando de una intrusión masiva en la privacidad de mis clientes —su voz resuena en la sala. El abogado camina de un lado a otro frente a la mesa de la jueza—. La señorita Gallagher siguió a sus padres a través de las fronteras estatales hasta Miami. Acechó a la menor, Lily, en la escuela. Acompañada por un hombre que, pocos días antes, había atacado brutalmente a mi cliente en plena calle.

¿Cómo pueden saberlo? Estaba segura de que nadie me descubriría.

Se me encoge el estómago y trago el ácido gástrico que me sube por la garganta. No puedo mostrar debilidad ahora.

—Señorita Gallagher. —La jueza mira por encima de sus gafas de lectura—. ¿Su declaración al respecto? Ha comparecido hoy sin representación legal. Un paso notable teniendo en cuenta las acusaciones.

Me levanto. Mis rodillas muestran una inestabilidad preocupante. —Quería ver a mi hermana —digo. Mi propia voz me suena extraña en este espacio tan vasto—. Mis padres cambian de domicilio semanalmente. Utilizan a Lily como un escudo emocional frente a sus acreedores. Intento ofrecerle un entorno estable.

—¡Protesta! —ladra el abogado—. Insinuaciones sin fundamento y sin valor probatorio alguno.

—A lugar —murmura la jueza y anota algo en su bloc—. Señorita Gallagher, límitese a los hechos probables. Sus percepciones subjetivas respecto a los métodos de crianza de sus padres son irrelevantes aquí.

Aprieto los labios. Hechos probables. Ese es el problema.

Patrick le susurra algo a su abogado tapándose la boca con la mano. El hombre asiente con entusiasmo y se vuelve de nuevo hacia el estrado.

—La parte contraria habla de un entorno estable —continúa el abogado. Se gira hacia los bancos vacíos del público como si hablara ante un jurado completo—. Analicemos ese entorno. La señorita Gallagher ha perdido recientemente su empleo en *Vane Medical* debido a faltas graves y comportamiento poco ético en su lugar de trabajo. Ya no posee una dirección de empadronamiento fija tras tener que abandonar la propiedad de su antiguo empleador. Su propia cuenta bancaria presenta un saldo negativo.

Hace una pausa dramática. Cada una de sus frases es un clavo en mi ataúd.

—Vive de una maleta, Su Señoría. No tiene medios de vida para mantener a una adolescente. Y se mueve en círculos que consideran la violencia física como un medio legítimo para resolver conflictos. Hemos presentado el material de vídeo de la agresión. ¿Realmente queremos dejar a una chica en crecimiento bajo la custodia de una acosadora desempleada que se rodea de multimillonarios violentos?

La jueza Sterling desliza el pulgar por el borde de sus documentos mientras las palabras de Wonker resuenan.

Siento como si alguien estuviera extrayendo el oxígeno de la sala. Lily está fuera, en el pasillo, esperando en un banco de madera junto a una trabajadora social agotada, confiando en que por fin cumpla mi promesa. En que me la lleve a casa. Y yo no tengo casi nada en la mano para detener esta ejecución judicial.

Marissa me lanza una sonrisa triunfal por encima del hombro de su abogado. Un ligero movimiento de sus labios destinado exclusivamente a mí. Ha ganado. Se ha quedado con la gallina de los huevos de oro.

—Los hechos me parecen sumamente preocupantes —comienza la jueza, echando mano a su mazo de madera. La madera pulida brilla bajo la luz de los neones—. El deber de cuidado requiere un mínimo de seguridad económica e idoneidad de carácter. Actualmente, no puedo apreciar ninguna de las dos cosas en usted, señorita Gallagher. Además, el material de vídeo presentado respecto a su entorno social habla por sí solo.

El latido en mis oídos se vuelve atrozmente fuerte; los bordes de mi campo de visión se nublan. La pierdo. Mi hermana pequeña se me escapa definitivamente de las manos mientras permanezco muda ante esta mesa, conteniendo el aliento.

La jueza levanta el mazo. Un movimiento sencillo y mecánico que hará añicos mi vida.

—No veo motivo para conceder la solicitud de transferencia de la custodia...

Capítulo 40

HUNTER

Este maldito tráfico de Chicago casi provoca que Damian no llegue a tiempo. Ahora su coche está en zona prohibida y probablemente se lo esté llevando la grúa, ya que, para colmo, había una agente de movilidad patrullando justo en ese momento. Le he dicho que se metiera la multa por donde le cupiera y he salido corriendo hacia la sala de vistas con Damian.

Irrumpimos en la sala justo antes de que caiga el mazo.

—¿Qué significa esto? —pregunta la jueza. Mira por encima de sus gafas, que cuelgan de una fina cadena de oro alrededor de su cuello.

Damian avanza por el pasillo central.

—Damian Cross, Su Señoría. Represento a Maeve Gallagher. Pido disculpas por el retraso; hemos tenido que verificar algunas certificaciones notariales procedentes de Florida.

Mi mirada cae en la mesa de la parte demandante. Patrick y Marissa están allí sentados, dispuestos como una inocente pareja de suburbios de un mal anuncio de detergente. La mandíbula de Patrick brilla con un tono amarillento bajo una capa antinatural de maquillaje. Le dedico una sonrisa amable. Su rostro pierde el color al instante.

Un hombre bajo y robusto con un traje de pana marrón salta al lado de mi futuro suegro. Se limpia la frente brillante con un pañuelo de tela. Una placa sobre su pila de expedientes lo identifica como el Sr. Wonker.

—¡Protesta, Su Señoría! —truená Wonker. Casi se le quiebra la voz—. La fase de presentación de pruebas está cerrada. La parte demandante ha expuesto sus argumentos finales. Esta comparecencia tardía es un desacato al tribunal.

Damian ni siquiera se digna a mirar al hombre sudoroso.

—La defensa de mi cliente comienza exactamente en este segundo, Sr. Wonker. A menos que prefiera explicar ante el colegio de abogados por qué pretende negar a una joven el derecho a una defensa técnica adecuada.

Wonker se queda con la boca abierta, pero no articula palabra. La jueza Sterling hace un gesto de impaciencia.

—Proceda, Sr. Cross. Pero sea breve.

Cruzo la sala y me dirijo a la mesa de Maeve. Está sentada rígida en su silla de madera. Sus nudillos están blancos de tanto apretar las manos una contra otra. Retiro la silla a su lado y me dejo caer. La madera cruje bajo mi peso.

—Siento el retraso —le susurro, inclinándome un poco hacia ella—. Pero ya ha llegado la caballería.

Un parpadeo de incredulidad rompe su estado de shock. Por debajo de la mesa, busco su mano y entrelazo mis dedos con los suyos.

Damian abre su maletín. El clic metálico resuena con fuerza en la sala.

—Su Señoría, mi estimado colega basa su argumentación en un fragmento de vídeo seleccionado de quince segundos —dice Damian. Coloca una tablet sobre el estrado—. Un vídeo que supuestamente muestra un ataque sin motivo al padre de mi cliente. Deseamos corregir esta percepción selectiva. Mi acompañante dispone en su propiedad de Elmwood Park de un sistema de seguridad de alta resolución que incluye grabación de audio.

Patrick se remueve inquieto en su silla. Marissa se encoge. El papel de madre abnegada se desprende de ella como pintura vieja de una pared.

Damian toca la pantalla. La grabación nítida de mi entrada llena el visor. Las voces suenan con fuerza por los pequeños altavoces. La

risa sucia de Patrick. Su exigencia de cincuenta mil dólares. Su amenaza explícita de llevarse a Lily al extranjero si el dinero no fluye. Y, finalmente, el momento en que agarra el brazo de Maeve y la atrae hacia él con violencia.

La jueza Sterling frunce el ceño. Sus labios forman una línea fina.

—Como el tribunal puede apreciar sin dificultad —diserta Damian, paseando frente al estrado—, la orden de alejamiento contra mi cliente se basa en un engaño deliberado. El Sr. Gallagher estaba chantajeando a su propia hija. El supuesto ataque no fue otra cosa que el cese de una extorsión en curso y de una agresión física.

—¡Eso está sacado de contexto! —grita Patrick, levantándose de su silla.

La jueza Sterling golpea el mazo contra el estrado. El estruendo hace que todos se sobresalten.

—Siéntese, Sr. Gallagher. De inmediato.

Wonker se aferra al borde de su mesa y jadea visiblemente. Una mancha de humedad se extiende bajo las axilas de su americana. Se agarra al último clavo ardiendo que le queda.

—Incluso si tuviéramos que revaluar los incidentes de la entrada, Su Señoría... eso no cambia los hechos fundamentales. La señorita Gallagher está desempleada. No posee ingresos fijos. No tiene un domicilio que satisfaga las necesidades de una adolescente. Mis clientes, por el contrario, ofrecen un núcleo familiar estable e intacto.

Damian se detiene y sonríe. Es la sonrisa de un depredador que observa a una gacela herida tropezar.

—Un núcleo familiar estable —repite mi abogado despacio, como si saboreara el concepto—. Si definimos el fraude profesional como la nueva forma de estabilidad familiar, le doy la razón a mi colega sin reservas.

Entrega el fajo de papeles al bedel, quien lo lleva ante la jueza.

—Presento por la presente siete declaraciones juradas de propietarios de Chicago, Indiana y Miami —continúa Damian en tono de charla—. Patrick Gallagher ha vendido a estos señores pavimentos ficticios en las últimas semanas y meses, malversando los anticipos. Además, encontrarán adjuntos tres informes de investigación policial de Illinois. Marissa Gallagher alquiló allí, bajo nombre falso, locales exclusivos para bodas, pagados con datos de tarjetas de crédito robadas a novias desprevenidas. No hablamos de faltas ocasionales. Hablamos de una red criminal que utiliza sistemáticamente a una menor como escudo humano en sus constantes cambios de domicilio.

Wonker abre mucho los ojos. Mira a sus clientes. Evidentemente, Patrick y Marissa olvidaron mencionar a su abogado estos pequeños detalles profesionales.

—¡Son acusaciones sin probar! —balbucea Wonker, volviéndose a limpiar la frente—. Una maniobra transparente para difamar a mis clientes.

—Son denuncias firmadas de las cuales se ha entregado copia esta mañana a la oficina correspondiente del FBI en Miami —le corrige Damian con suavidad.

La jueza hojea los papeles. El silencio en la sala se prolonga. Me reclino relajado y cruzo una pierna sobre la otra. Patrick me mira con odio. Formo con los labios un «boom» insonoro destinado solo para él.

Wonker se desploma en su silla. Parece que acaba de ver a un fantasma. Pero el hombre no se rinde; se aferra al último argumento que le queda.

—La valoración penal de mis clientes corresponde a otro tribunal —interviene con voz quebrada—. Pero el hecho permanece: la señorita Gallagher tiene la cuenta bancaria vacía. No puede mantener a su hermana. Un juez no puede entregar a una niña a la pobreza.

Damian asiente pensativo. Saca un último documento de su carpeta de cuero.

—La pobreza de mi cliente es una decisión consciente —anuncia. Coloca el papel con cautela sobre la mesa de la jueza—. El *LibertyForLily Trust*. Una cuenta fiduciaria irrevocable, registrada en Illinois. Dotada con exactamente trescientos mil dólares. Este dinero es legalmente inatacable y está destinado exclusivamente a la educación, alojamiento y atención médica de Lily Gallagher.

Los dedos de Maeve se clavan en mi mano. Contiene el aliento.

—Mi cliente no transfirió ese dinero a una cuenta privada para asegurar su propio nivel de vida —concluye Damian su exposición—. Sacrificó su reputación profesional y permitió que la despidieran de forma fulminante para proteger ese patrimonio del acceso de sus padres. Se arruinó deliberadamente para que su hermana pequeña tuviera un futuro. Un acto de lealtad materna que demuestra su idoneidad como tutora de forma indudable y definitiva.

La jueza Sterling estudia el documento. Se ajusta las gafas sobre la nariz. Su mirada viaja del contrato del fideicomiso a Maeve, y luego hacia Patrick y Marissa. La expresión de sus ojos no admite más discusiones.

Se quita las gafas y deja la montura sobre los expedientes.

—La carga de la prueba es abrumadora —dice. Su tono de voz corta las esperanzas restantes de la parte contraria—. Revoco la orden de alejamiento contra la señorita Gallagher con efecto inmediato. La custodia exclusiva y el derecho a decidir el lugar de residencia de Lily Gallagher quedan transferidos por la presente de forma íntegra a Maeve Gallagher. Asimismo, remitiré una copia de este expediente a la fiscalía competente para la investigación de los cargos de fraude contra los cónyuges Gallagher.

El mazo de madera cae. Un golpe final y ensordecedor.

Patrick suelta una maldición en voz alta. Empuja su silla hacia atrás. Dos agentes de seguridad salen de las sombras de la pared

trasera y se acercan a la mesa de los demandantes; sus manos descansan preventivamente en sus cinturones. Marissa empieza a sollozar histéricamente y esconde la cara entre las manos. Wonker recoge sus papeles con movimientos frenéticos y erráticos, ansioso por abandonar la sala lo antes posible.

Maeve se tapa la cara con la mano libre. Sus hombros tiemblan. Un sonido ahogado escapa de su garganta. Me acerco a ella, la rodeo con el brazo y la estrecho contra mi pecho. Esconde el rostro en mi camisa.

La guerra ha terminado.

Capítulo 41

MAEVE

El estruendo del centro de la ciudad me golpea con una fuerza inmensa en cuanto abandonamos el edificio del tribunal. Cláxones, chirridos de frenos de furgonetas de reparto, el aullido lejano de una sirena. El sol de la tarde castiga los amplios bloques de hormigón de la escalinata. Me detengo en el escalón superior y cierro los ojos.

El nivel de adrenalina que me ha mantenido en pie las últimas veinticuatro horas cae en picado. Mis rodillas flaquean ligeramente y tengo que inspirar hondo para no desplomarme. Hunter está a mi lado y me sostiene. Su mirada recorre la plaza mientras observa el tráfico.

—El Sr. Wonker va a tener que desgravar definitivamente los gastos de limpieza de su traje —sentencia. Se mete las manos en los bolsillos—. Ese hombre ha perdido la mitad de su peso corporal en sudor en veinte minutos.

Arranco una carcajada de mi garganta seca. —Damian no tuvo precisamente piedad. Desintegró jurídicamente a mis padres.

—Eso para él ha sido un calentamiento. —Hunter gira la cabeza hacia mí—. Lily está terminando de rellenar los últimos formularios dentro con el oficial de justicia. Tenemos un momento.

Asiento. La palabra *custodia* todavía resuena en mi cabeza. Ya no tengo que calcular rutas de escape. Ya no tengo que temer las llamadas de números desconocidos. La jueza ha abierto la jaula invisible.

Hunter desplaza el peso de una pierna a otra. La máscara irónica de su rostro delata una nerviosidad inusual; algo que jamás había observado en él hasta ahora.

—Tenemos un problema organizativo, Gallagher.

Frunzo el ceño. —¿Ah, sí? La jueza me ha concedido la custodia exclusiva hace cinco minutos. Mis padres probablemente estén buscando vuelos a toda prisa a países sin tratado de extradición, a los que nunca llegarán porque irán a la trena. Ya no veo problemas.

—Pasas por alto un aspecto. —Da medio paso hacia delante—. No tienes trabajo. Julian te ha despedido. Mi agenda es un campo de escombros. Me niego rotundamente a gestionar mi día a día sin una niñera antipática que controle mi vida.

Saca la mano derecha del bolsillo y aparece una pequeña cajita. Madera lisa; nada de terciopelo llamativo. Abre la tapa con el pulgar y un anillo brilla bajo la luz cegadora del sol. Una sola piedra sobre una banda de oro sencilla.

Nada de cursilerías. Nada de hincar la rodilla de forma cinematográfica ante los empleados judiciales que fuman sus cigarrillos en los escalones. Simplemente está de pie frente a mí en el rellano, pero su mirada me ancla con tal fuerza que el resto del mundo desaparece.

—Necesito una nueva base contractual —dice en su típico tono profesional, que rodea magistralmente el núcleo del asunto—. Las condiciones marco son pésimas. El cliente tiende a estallidos espontáneos en entradas ajenas, corre carreras ilegales y planea la construcción de un proyecto faraónico al borde del bosque. Además, el público objetivo aumentará próximamente en dos personas menores de edad. Los horarios de trabajo son, lamentablemente, las veinticuatro horas del día.

Me llevo las manos a la boca. El sonido que emito es una mezcla ronca de sollozo y carcajada. Las lágrimas que contuve en la sala con una voluntad de hierro fluyen de repente sin control por mis mejillas.

—Sé mi esposa, Maeve —dice Hunter en voz baja—. Ayúdame a ordenar esta vida. Para siempre.

Intento responder, pero las palabras se me asfixian en la garganta. Asiento con vehemencia. El velo de las lágrimas desibuja

sus contornos mientras consigo pronunciar un "sí" tenue y apretado.

Saca el anillo de la madera, agarra mi mano izquierda temblorosa y desliza el metal por mi dedo. El oro frío encaja. Deja caer la cajita, me atrae hacia él y esconde el rostro en mi cuello. Sin más bromas. Sin grandes monólogos. Solo el agarre firme de sus brazos, que me roba el aliento, y la certeza absoluta de que nunca más tendré que hacer las maletas.

Epílogo

HUNTER

aprox. 18 meses después...

El tintineo cristalino de las copas de champán se mezcla con el sutil murmullo de una banda de jazz, y el aroma a lavanda en flor flota sobre los extensos jardines.

Desplazo el peso a mi pierna izquierda, porque Rose tira de mi corbata de seda con una persistencia admirable. Sus diminutos dedos tienen un agarre sorprendentemente firme.

—Si arruinas esta tela, te corto el presupuesto para tu futura universidad —murmuro.

Mi hija de ocho meses responde con un balbuceo alegre y se mete el extremo de la corbata en la boca.

Mi mejor amigo, Marco, está apoyado en una de las farolas curvas al borde del camino. Equilibra una copa de champán entre sus dedos tatuados y parece que preferiría estar desmontando un bloque de motor en cualquier momento antes que estar aquí entre tanto traje a medida.

—Un padre de suburbios con vena caritativa —comenta cuando me acerco a él. Observa a Rose en mis brazos. Una sonrisa divertida curva sus labios—. Si alguien me hubiera dicho hace tres años que Hunter Vane estaría en fiestas de jardín por voluntad propia inaugurando centros de demencia, le habría transferido mi coche sin mirar.

—Tu coche pierde aceite en cada tramo recto, Marco —replico. Balanceo suavemente a Rose para mantenerla entretenida—. Deberías cambiar de modelo. Y de estilo de vida ya de paso.

Aunque durante aquella época turbulenta hace año y medio no pasamos tanto tiempo juntos como de costumbre, desde la boda y el

nacimiento de Rose el contacto ha vuelto a ser frecuente, a pesar de que Marco sigue disfrutando de su soltería.

Él resopla divertido y se termina el champán de un trago.

—Déjalo estar. El idilio suburbano y los compromisos fijos arruinan los reflejos en la carretera. Yo me quedo con mis decisiones erróneas y sin complicaciones.

—Espera y verás. —Echo un vistazo por encima del hombro hacia Maeve en la terraza. Un latido constante y reconfortante se expande bajo mis costillas—. Algún día alguien se cruzará frente a tu parachoques y pondrá todas tus rutinas patas arriba. Pruébalo. Si no, te perderás la mejor carrera de tu vida.

Marco me pone la copa vacía en la mano libre y se despide riendo. —Jamás, Vane.

Julian se aclara la garganta a mi lado. Lleva un traje de raya diplomática a medida que no muestra ni una sola arruga, incluso bajo el sol de finales de verano. Harper está a su lado. Balancea a Valentine, la hermana de Henry, sobre su cadera, mientras Henry intenta atrapar una mariquita en los adoquines claros a pocos metros de distancia.

—La arquitectura es atractiva —sentencia Julian. Su mirada recorre la fachada de madera del edificio principal—. Los amplios frentes acristalados le quitan al complejo el carácter clínico. Una construcción sólida.

Ese es el máximo elogio que mi hermano dejará salir por sus labios. Equivale a un nombramiento de caballero. En el último año y medio hemos establecido una tregua muda. No pasamos las vacaciones juntos, pero podemos estar en la misma habitación sin que resulte extraño. El nacimiento de su hija probablemente lo ha ablandado un poco más.

—La instalación está diseñada para la máxima autonomía —explico. Me balanceo ligeramente hacia delante y hacia atrás para que Rose no se impacienta—. Los caminos no tienen callejones sin

salida. Los residentes pueden pasear eternamente sin encontrarse nunca ante una puerta cerrada. Eso minimiza la frustración.

Señalo con la cabeza hacia un banco de madera curvado bajo un roble frondoso. Alastair y Ray están sentados allí, a media sombra. Ray gesticula con las manos, probablemente explicando la estática de una viga de acero de los años ochenta. Mi padre asiente con aire pensativo. Lleva un chaleco de punto y parece satisfecho.

—Funciona —dice Julian en voz baja. Una expresión rara y honesta cruza su rostro. Observa a nuestro padre durante un largo momento antes de volverse de nuevo hacia mí—. Las acciones de la *Vane-Archangel Holding* han alcanzado un nuevo máximo histórico. El mercado está reaccionando muy positivamente a nuestro nuevo enfoque caritativo. Tu... salida de la gestión operativa ha aportado una estabilidad notable.

—De nada —respondo con sequedad—. Me sacrifico por el producto interior bruto familiar.

Una voz profunda se une a nuestra conversación. —La rentabilidad habla por sí sola, ciertamente.

Sean Witherford se acerca a nosotros. Su esposa, Eleanor, se agarra de su brazo sonriendo. El CEO parece más viejo, los surcos alrededor de su boca son más profundos, pero la mirada afilada permanece intacta.

—Hunter —dice Witherford. Me tiende la mano.

Cambio a Rose de brazo con habilidad y le devuelvo el apretón. —Sean. Pensé que evitaba los eventos caritativos como el diablo el agua bendita.

—Las personas cambian sus perspectivas —interviene Eleanor. Acaricia la cabecita rizada de Rose al pasar—. Especialmente cuando sus esposas les recuerdan regularmente su mortalidad.

Witherford se aclara la garganta. Se alisa la solapa de la americana.

—Soy un hombre de negocios, Hunter. Calculo en balances. Pero poseo la grandeza intelectual de admitir errores de juicio. —Mira hacia el edificio, donde los cuidadores navegan con bandejas llenas de bebidas—. Reaccioné de forma exagerada en aquel entonces. Tu estrategia... ese vínculo emocional del público con nuestros proyectos... resultó lucrativa. La campaña de donaciones saneó la imagen de marca de *Archangel* de una forma que veinte agencias de RR. PP. no habrían conseguido.

Arqueo una ceja. Un intento de disculpa de Sean Witherford es casi un fenómeno natural.

—He visto los planos para el ala este proyectada —continúa Witherford. Saca un sobre fino de su bolsillo interior y me lo tiende—. Mi fundación desea cubrir los costes de construcción del nuevo pabellón. Considérelo una inversión en nuestra imagen común. Aquí tiene la donación.

Me quedo mirando el sobre. Luego intercambio una mirada con Julian. Mi hermano asiente casi imperceptiblemente.

Cojo el papel y una sonrisa triunfal se extiende por mis labios. — Siempre supe que tenía un corazón tierno, Sean. Le pondremos el nombre de Eleanor al pabellón. Eso le dará la dosis justa de glamour.

Eleanor suelta una carcajada. Witherford pone los ojos en blanco, pero una sonrisa ladeada delata su satisfacción secreta.

Pido disculpas a los invitados y camino por el césped. El sol me calienta los hombros. Mi hija balbucea feliz. He renunciado a mi puesto en la junta. He regalado una parte gigantesca de mi fortuna. Pero mientras me dirijo a la terraza, donde están las dos mujeres más importantes de mi vida, sé que he hecho el mejor negocio de mi existencia.

MAEVE

La tela de mi vestido verde esmeralda ondea con la suave brisa de la tarde. Me apoyo en la balaustrada de piedra de la terraza y observo el movimiento en el jardín. Los camareros equilibran bandejas de plata entre la multitud. El suave chapoteo del arroyo artificial se mezcla con las risas de los invitados.

Lily se pone a mi lado. Lleva un vestido veraniego en un tono amarillo claro. Su postura es erguida. Ha dejado atrás los hombros encogidos de una niña perseguida. Ante mí tengo a una joven de dieciséis años segura de sí misma que expresa su opinión sin filtros. Sostiene un bloc de dibujo en la mano. Los trazos de lápiz sobre el papel muestran las proporciones exactas del nuevo pabellón.

—Los ángulos de la estructura del tejado proyectan demasiada sombra sobre el camino oeste por las tardes —analiza Lily profesionalmente. Golpea el papel con el extremo del lápiz—. Cuando Hunter añada el ala este, tendrá que ajustar las inclinaciones del tejado. Los pacientes de demencia son sensibles a los contrastes fuertes de luz. Eso los confunde.

Observo su dibujo. Ha estudiado los planos de Hunter en los últimos meses como una obsesa.

—Deberías enseñarle esos bocetos luego. De todas formas, está buscando una excusa para volver loco a su arquitecto.

—Lo haré. —Lily cierra el bloc. Me mira. Su mirada se desliza hacia la pesada cadena de oro en mi cuello. Un regalo de Hunter por nuestro primer aniversario de boda—. Patrick intentó llamarme al móvil la semana pasada.

La mención del nombre ya no hace que mi pulso se dispare sin control. La reacción física ha desaparecido. —¿Le has cogido?

—Por supuesto que no. —Lily se encoge de hombros. La indiferencia de su gesto es real—. Dejó un mensaje de voz. Que fuéramos a verles a la cárcel alguna vez.

Nuestros padres fueron condenados a cinco años de prisión. No tengo intención de visitarles en ese tiempo. Lo que pase después, ya se verá.

Miro hacia el jardín. Hunter se está separando del grupo de Julian y Witherford. Lleva a Rose en brazos. Camina por el césped, riendo de algo que nuestra hija acaba de balbucear, y esquivo con habilidad a un Henry que pasa corriendo.

Es este momento el que me pilla desprevenida cada día. Ya no escaneo el horizonte buscando amenazas potenciales. Mi cerebro ya no repasa rutas de escape. No calculo fondos de emergencia para mudanzas repentinas.

Las cajas están despaquetadas.

Vivo en una casa cuyas paredes están llenas de fotos enmarcadas, dibujos infantiles y bocetos arquitectónicos. Mi día a día es ruidoso, impredecible y desbordante de amor. La regla de hierro de mi juventud se ha esfumado. Confío en Hunter ciegamente. No solo ha puesto mi vida en orden, sino que le ha construido unos cimientos inamovibles.

Hunter llega a la terraza y me planta un beso en la mejilla. Sus labios están calientes.

—Witherford acaba de financiar el ala este —anuncia. Me pone el sobre blanco en la mano—. Ese hombre realmente ha desarrollado mala conciencia. Eleanor obviamente le ha ablandado.

—Mañana le enviaré un ramo de flores gigantesco —digo sonriendo.

Lily se pone de puntillas y echa un vistazo al sobre. —Eso significa que puedo ponerme a revisar los planos ahora mismo. —Agarra su bloc—. Necesito una mesa tranquila. Hasta luego.

Desaparece tras las grandes puertas de cristal hacia el interior del edificio principal.

Hunter la sigue con la mirada. Una sonrisa de satisfacción juega en sus labios. Me entrega a Rose. Nuestra hija clava sus dedos de inmediato en mi collar. Hunter me rodea la cintura desde atrás con sus brazos. Apoya la barbilla en mi hombro. Su aliento roza mi cuello. Contemplamos juntos el complejo. *Alastair's Walk*. El camino circular está muy concurrido. El sol proyecta sombras largas y suaves sobre la hierba.

—¿Has anotado hoy algo ya en tu tablilla, Gallagher? —murmura contra mi piel.

—Ya no tengo ninguna tablilla, Vane —respondo. Me apoyo contra su pecho firme. La seguridad de su abrazo llena todo el espacio dentro de mí—. Mi vida es, actualmente, absoluta e irremediablemente impredecible.

—Bien —susurra, y me besa el cuello—. Exactamente así es como lo planeé.

Fin

Gracias

Querida lectora, querido lector:

Muchísimas gracias por haber dedicado tu valioso tiempo a mi novela. Espero que hayas disfrutado con los personajes y que, tal vez, la historia siga resonando en ti durante unos días.

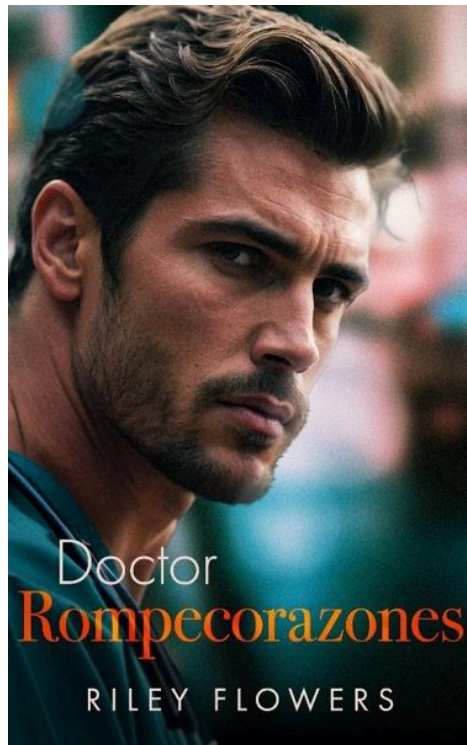
Si el libro te ha gustado, te agradecería que dejaras una breve [reseña en Amazon](#). ¡A mí, como autora independiente, me ayudarías muchísimo!

Riley

PD: ¡En las páginas siguientes te esperan dos pequeñas sorpresas!

Mi regalo para ti

Como primera sorpresa, te regalo mi novela romántica completa [„Doctor Rompecorazones“](#). Puedes descargarla **gratis** aquí:



¡Doctor Rompecorazones en exclusiva para ti!

Al mismo tiempo, te convertirás en miembro de mi familia VIP y no te perderás ninguna actualización ni nuevo lanzamiento. ¡Te espero! Por supuesto, puedes darte de baja en cualquier momento.

**Muestra de lectura de pecado secreto
(¡La historia de amor de Julian, el hermano de
Hunter!)**



[Gratis con Kindle Unlimited](#)

Capítulo 1

HARPER

La lluvia en Chicago no limpia nada. Solo aplasta la mugre de la ciudad contra el asfalto hasta que todo huele a lana mojada, a gases de escape y a sueños rotos.

Observo cómo una gota resbala por el enorme ventanal del *Hightower Bar*, una línea fina y distorsionada que fragmenta el mar de luces del horizonte, y así exactamente es como me siento esta noche. Fragmentada. Un cuerpo extraño en un mundo de luces tenues, tapizados de terciopelo y conversaciones con tanta sustancia como la espuma del champán carísimo que languidece intacto ante mí.

—... y entonces le dije que el blockchain es, básicamente, la única moneda que seguirá existiendo en cinco años. Todo lo demás es papel desperdiciado.

Aparto la cabeza del cristal lentamente y centro la mirada en el hombre sentado frente a mí. Brad. O Chad. Quizá Thad. He perdido su nombre en algún momento entre el entrante y su tercer monólogo sobre las carteras de criptomonedas, lo cual probablemente sea mejor así. Tiene ese rostro típico que se ve por todas partes en los distritos financieros: piel tersa, una sonrisa demasiado blanca y unos ojos que no dejan de escanear la sala por si entrara alguien más importante.

—Fascinante —digo, y mi voz suena tranquila, casi monótona, una superficie lisa sobre un océano de desinterés.

Él no se da cuenta de que no es un cumplido; asiente con entusiasmo y se mete en la boca un trozo de buey de Kobe. —Sabía que tú lo entenderías. La mayoría de las mujeres desconectan cuando hablo de negocios.

—Tal vez el problema no sea el tema, sino el emisor —murmuro contra el borde del vaso antes de apurar el resto del whisky—.

Es un Jameson Black Barrel. No es lo mejor que ofrece el bar, pero quema de la forma adecuada y deja un rastro de fuego en mi esófago que me recuerda que sigo viva, aunque ahora mismo me siento como si estuviera asistiendo a mi propia ejecución.

Bajo la mesa, alguien me da una patada en la espinilla.

No me sobresalto ni hago ninguna mueca; me limito a mirar de reojo a Maya.

Mi mejor herramienta parece todo lo contrario a mí. Mientras yo estoy aquí sentada como la viuda de un capo de la mafia —con un jersey de cuello alto negro hasta la barbilla, vaqueros negros, botas pesadas y un bob rubio platino con un corte tan afilado que podrías cortarte con él—, Maya viste de color melocotón. Irradia luz, sus rizos rebotan cuando se ríe, y esta noche se está riendo demasiado a menudo.

Su cita, un tipo llamado Liam que parece majo de verdad, le sujeta la mano por encima de la mesa, y se miran como si acabaran de descubrir el secreto del universo en los ojos del otro.

Me da asco, me da envidia y me duele, todo a la vez.

La mirada de Maya me suplica: *Sé amable. Por favor. Por mí.*

Suelto el aire despacio, con un soplado controlado por la nariz, porque estoy aquí porque Maya me lo pidió. Porque ella cree que mi corazón volverá a latir si conozco al hombre adecuado, pero no entiende que mi corazón no se ha parado. Solo late tras un muro de hormigón armado y alambre de espino cuyos planos quemé hace quince años.

—Entonces... —dice Brad inclinándose hacia delante, y me llega el olor de su aftershave: una nota de almizcle pesada que intenta simular dominancia, pero solo huele a inseguridad—. ¿Qué haces cuando no estás ahí sentada, guapa y en silencio? Maya ha dicho que te dedicas al marketing.

—Gestión de crisis —corrijo—. Me aseguro de que los ricos no acaben en la cárcel cuando hacen cosas que a los pobres les

costarían la cadena perpetua.

Brad parpadea, un breve titubeo en su fachada perfectamente ensayada. —Vaya. Suena... intenso.

—Es lucrativo. —Dejo el vaso vacío y el sonido resuena demasiado fuerte sobre la superficie pulida de la mesa—. Te enseña mucho sobre la naturaleza humana. Casi siempre las partes decepcionantes.

Liam suelta una risa nerviosa y Maya me lanza una mirada que promete que más tarde tendremos una charla muy larga sobre esto antes de levantarse.

—Tengo que ir un momento al baño —dice ella, y Liam se levanta de inmediato. —Te acompaño hasta la barra, voy a pedir otra ronda.

Desaparecen y me dejan a solas en la boca del lobo. O más bien, en la madriguera de la comadreja.

En cuanto están fuera del alcance del oído, el aire de la mesa cambia, como si alguien hubiera extraído el oxígeno. Brad se acerca un poco más en el banco, demasiado cerca, su rodilla choca contra la mía y retiro la pierna al instante, como si me hubiera quemado con un fogón encendido.

—¿Sabes? —dice él, y su voz baja ahora una octava, un susurro aceitoso que pretende forzar intimidad—. Me gustan las mujeres como tú.

Arqueo una ceja. —¿Mujeres que evidentemente preferirían estar en cualquier otra parte?

Suelta una risa seca, un sonido sin pizca de humor. —Mujeres difíciles de conseguir. El rollo ese de reina del hielo. El estilo gótico. Muy sexi, pero los dos sabemos que solo es fachada.

Cruza la mano por encima de la mesa y me agarra la muñeca. Su palma está húmeda, sus dedos aprietan demasiado, un gesto de posesión que no se ha ganado.

En mi cabeza oigo el clic de un interruptor, el momento en que la civilización termina y el instinto de supervivencia toma el mando. Siento el peso de mis Doc Martens bajo la mesa, calculo el ángulo y sé que bastaría una patada certera en su espinilla, o el tallo de mi copa contra su sien. La violencia en mi interior no es una furia ardiente; es fría, calculadora y absolutamente familiar.

—Suéltame —digo, con voz baja pero letal.

—Venga ya. —Me atrae un poco hacia él; el alcohol ha disuelto sus inhibiciones y las ha sustituido por arrogancia—. Maya y Liam seguro que tardan un rato. Puede que se vayan directos a su casa. Nosotros podríamos...

—Si no quitas la mano de mi brazo en los próximos tres segundos, la vas a necesitar para recoger tus dientes del suelo.

Brad se queda helado, sus ojos se agrandan un instante y luego se entornan; su ego está herido y eso lo hace peligroso. —Zorra. Te crees que eres mejor solo porque...

—¿Hay algún problema?

La voz viene de ninguna parte y de todas a la vez.

Es oscura, un barítono profundo que corta el ruido del restaurante como un bisturí a través de tejido necrótico, y no solo vibra en el aire, sino en lo más hondo de mi caja torácica.

Me quedo paralizada, y Brad también.

Giro la cabeza hacia la izquierda.

Un hombre está de pie junto a nuestra mesa; no, no está simplemente ahí, domina el espacio. Es alto, mide bastante más de un metro noventa, y su presencia proyecta una sombra sobre todo lo demás, aunque no vista traje como los otros clones que hay aquí dentro. Lleva un jersey de cashmere azul marino, con las mangas remangadas hasta los codos, y unos pantalones oscuros que le sientan a la perfección.

Veó su reloj —Patek Philippe, discreto, más caro que el sueldo anual de Brad—; veó sus manos, grandes, de dedos largos y tendones marcados en el antebrazo, y veó su rostro.

Facciones duras, una mandíbula tallada en granito, pelo oscuro que se ha apartado de la frente con un gesto impaciente, y esos ojos... Dios, esos ojos son oscuros, casi negros bajo la luz tenue, y clavan en Brad una intensidad que podría fundir el acero.

Me resulta familiar de una forma que me revuelve el estómago, un eco de otra vida, pero mi cerebro, nublado por el whisky y la adrenalina, no logra enfocar la imagen.

—¿Quién demonios es usted? —espeta Brad, pero la voz se le quiebra al final mientras me suelta la muñeca.

El extraño lo ignora por completo, tratándolo como si fuera un mueble que estorba, y en su lugar se gira hacia mí.

Da un paso hacia mí y, con un movimiento fluido, coge la única rosa roja que hay en el jarrón estrecho de la mesa, dejando que el agua gotee desde el tallo sobre el mantel de lino blanco.

Luego se sitúa detrás de mí.

Contengo el aliento; debería levantarme de un salto, debería apartarlo, porque no conozco a este hombre —¿o sí?—, pero mi cuerpo no me obedece. Un calor plomizo se extiende por mi vientre, una reacción tan primitiva que me daría una bofetada por sentirla.

Siento su calor en mi espalda antes incluso de que me toque; irradia una temperatura como la de un alto horno.

—Aquí estás —dice en voz baja, directamente a mi oído. Su aliento me roza el cuello y un escalofrío me recorre la columna—. Te he buscado por todas partes.

Deja la rosa sobre la mesa, frente a mí, y luego apoya la mano en mi cintura.

No con vacilación, sino con posesividad.

Sus dedos se abren sobre la tela negra de mi jersey, su pulgar presiona con fuerza en el suave hueco sobre el hueso de mi cadera y me atrae hacia atrás hasta que mi espalda choca contra su pecho firme. No es una pregunta, es una orden.

¿Me perteneces?

Brad nos mira con la boca abierta. —Pero... ¿conoces a este tipo?

El desconocido responde por mí. —La cita ha terminado. —Lo dice con calma, sin agresividad, pero con una rotundidad que no admite réplica, y cuando por fin mira a Brad, el color de la cara de este cambia del rojo a la palidez—. Márchese. Antes de que decida que su presencia está agotando mi paciencia.

No es una amenaza, es un hecho.

Brad me lanza una mirada, luego otra al gigante que tengo detrás, agarra su americana y murmura: —Locos. Estáis todos locos —antes de casi tropezar con sus propios pies al emprender la retirada.

Me quedo sentada, con el corazón martilleándome en la garganta, pero la mano en mi cintura no se mueve; me quema la piel.

—Ya puedes volver a respirar —dice la voz grave sobre mí.

Me giro despacio en el banco hasta que puedo alzar la vista hacia él. De cerca resulta aún más intimidante, huele a lluvia, a viento frío y a algo austero y masculino: sándalo y peligro.

Me examina, su mirada se desliza por mi melena corta de color rubio platino, por mis labios rojos como la sangre, baja hasta el cuello cerrado de mi jersey y frunce ligeramente el ceño, como si intentara resolver un enigma.

—¿Por qué? —pregunto, con la voz más firme de lo que me siento.

—Porque te ha tocado —dice con naturalidad—. Y porque parecías a punto de abrirle la yugular con un tenedor de postre. He

pensado que le ahorraría el trabajo de limpieza al personal.

Se me escapa una risa seca. —Lo tenía todo bajo control.

—Seguro. —Sus ojos viajan a mis labios y se quedan fijos allí, y el espacio a nuestro alrededor parece encogerse; el tintineo de las copas, las risas de los otros clientes, el jazz de fondo... todo se convierte en un murmullo sordo. Solo existimos él y esta fuerza magnética que casi me marea.

Retira la mano de mi cintura, pero no retrocede, sino que me tiende la mano. —Vámonos. Este lugar no es para ti. Pareces un cuervo en una jaula llena de canarios.

Me quedo mirando su mano: grande, fuerte, una mano que puede destruir o proteger. Pienso en Maya, que probablemente esté por ahí besuqueándose feliz con alguien, pienso en mi apartamento vacío, en el silencio que me espera allí y en los demonios de mi pasado, que siempre alzan la voz cuando todo calla.

Esta noche no quiero silencio, quiero ruido, quiero olvidar.

Pongo mi mano en la suya, y cuando sus dedos se cierran firmes y cálidos sobre los míos, es como un pacto con el diablo que firmo voluntariamente.

No intercambiamos ni una palabra sobre nuestros nombres. Es mejor así, porque los nombres dan a las cosas una realidad que esta noche no puedo soportar; solo quiero la sensación, no la identidad.

Fuera, la lluvia ha arreciado, azota de lado los rascacielos de Chicago y transforma el mundo en una pintura borrosa de gris y luces de neón. Me guía hasta un coche que espera junto al bordillo —sin chófer, un Aston Martin negro, bajo y agresivo como un felino —, me sostiene la puerta y me deslizo sobre el cuero frío del asiento del copiloto.

Él se sienta al volante y el motor cobra vida con un rugido profundo que me hace vibrar el cuerpo.

—¿A dónde? —pregunto mientras el coche se incorpora al tráfico; conduce rápido, con precisión, con las manos apoyadas con soltura sobre el volante de cuero.

—Lejos —se limita a decir.

Apoyo la cabeza contra el cristal frío y cierro los ojos; el whisky y la adrenalina se mezclan en un cóctel embriagador. Debería tener miedo, me he subido a un coche con un extraño, precisamente el tipo de situación de la que Martha siempre me advertía, pero mi instinto no grita *peligro*, grita *necesidad*.

El trayecto dura veinte minutos. Salimos del centro, nos dirigimos hacia el norte, allí donde las parcelas son más grandes y las vallas más altas, hasta que finalmente el coche se detiene en una entrada y abro los ojos.

Ante nosotros se alza una villa que parece sacada de una revista de arquitectura para sociópatas: piedra oscura, enormes frentes acristalados, ángulos afilados, situada justo a orillas del lago Michigan, donde las aguas negras del lago rompen contra el muro del jardín. La casa está a oscuras, a excepción de una única luz en el piso de arriba; es hermosa y está completamente exánime.

Apaga el motor, el silencio llena el reducido espacio del coche y él se gira hacia mí; en las sombras del garaje apenas puedo distinguir su rostro, solo sus facciones duras.

—Todavía puedes irte —dice, con la voz ronca, como si llevara mucho tiempo sin hablar—. Te pido un taxi. Te llevará a donde quieras.

Es una prueba o una última advertencia, quizá ambas cosas.

Me desabrocho el cinturón de seguridad, el clic suena fuerte, me giro hacia él y me inclino sobre la consola central hasta que siento su aliento sobre mi piel.

—No quiero ningún taxi.

Suelta el aire, un sonido brusco, mitad maldición, mitad alivio, antes de agarrarme por la nuca. Su mano es exigente, sus dedos se hunden en el pelo corto de mi nuca y me atraen hacia él.

Cuando sus labios encuentran los míos, no es una exploración suave, es una colisión.

Me besa con una furia que iguala la mía, sabe a peligro y a secretos oscuros, y yo abro la boca, dejándolo entrar; mi lengua se encuentra con la suya y un gemido vibra en mi garganta.

Se aparta de mí jadeando, con su frente apoyada contra la mía. —Dentro —gruñe—. Aquí no.

Casi vamos tropezando hasta la puerta principal; necesita dos intentos con la llave, le tiemblan ligeramente las manos, una observación que me da una sensación de poder: este hombre firme como una roca tiembla por mi culpa.

La puerta se cierra tras nosotros, el pasillo está oscuro, solo tenuemente iluminado por la luz de la luna que entra por las ventanas, pero no me da tiempo a admirar la decoración. Me empuja contra la pared fría junto a la puerta, sus manos están en todas partes: en mi cintura, en mis muslos, suben más arriba, apartando la tela de mi abrigo.

—Llevas demasiada ropa —murmura contra mi cuello mientras deja un rastro de besos calientes y húmedos hasta mi oreja. Sus dientes rozan mi piel sensible y suelto un jadeo.

—Entonces haz algo al respecto —le exijo.

Agarra el bajo de mi jersey de cuello vuelto y me lo quita por la cabeza de un solo movimiento. El aire fresco del pasillo golpea mi piel, pero solo durante un segundo antes de que su cuerpo caliente vuelva a cubrirme.

Me levanta en vilo, enredo mis piernas alrededor de su cadera, mis botas golpean sordamente contra su espalda y me lleva, como si no pesara nada, por el pasillo y escaleras arriba.

De la casa solo adivino siluetas borrosas. Solo lo veo a él y sus pupilas dilatadas, tanto que el negro casi devora todo el iris. Siento cómo su respiración es entrecortada.

Abre una puerta de una patada: un dormitorio amplio y minimalista, con una cama enorme en el centro.

Me deja caer sobre el colchón y me sigue de inmediato; su peso sobre mí es abrumador y maravilloso a la vez. Clavo mis manos en su jersey, tiro de él, quiero sentir la piel que hay debajo, quiero el fuego que él promete.

—Espera —jadea, incorporándose para quitarse el jersey por la cabeza y lanzarlo con descuido a una esquina.

La luz de la luna cae sobre su torso, pero yo entrecierro los ojos, cegada por el deseo y la oscuridad, y no veo los detalles, no veo la historia escrita en su piel; solo veo el contorno de un hombre que, durante unas horas, puede ayudarme a olvidar quién soy.

Vuelve a mí, su piel arde sobre la mía, y cuando se inclina sobre mí, ya no queda lugar para las preguntas, ni para los nombres, ni para el pasado; solo existe el aquí y el ahora.

Capítulo 2

HARPER

La habitación huele a aire frío y filtrado y a una severidad masculina, pero eso es lo último de lo que me percató. Mi mundo se ha reducido al radio de sus caricias.

Tira mi jersey a un rincón y, por un segundo, el frío de la estancia golpea mi piel desnuda antes de que me empuje de nuevo contra el colchón. Su cuerpo le sigue de inmediato, una mole masiva de calor y musculatura dura que me sepulta bajo él.

No hay ternura. Esto no son preliminares: es una invasión.

No me besa, me devora. Su lengua exige paso, sabe al mismo whisky que he bebido yo, oscuro y fuerte. Sus manos están en todas partes a la vez: una se entierra en mi pelo, inmovilizando mi cabeza, obligándome a mantener el ángulo que él desea; la otra recorre con rudeza mi pecho, bajando por el vientre hasta encontrar la cintura de mis vaqueros.

—Levanta las caderas —gruñe contra mi boca.

Obedezco. Mi cuerpo reacciona más rápido que mi mente. Deseo esta capitulación. Quiero que él tome el control para no tener que ser, durante una hora, la mujer que lo controla todo.

El sonido de la cremallera resuena con fuerza en el silencio. Me quita los vaqueros y las bragas de las piernas en un solo movimiento, arrojándolos a un lado sin miramientos. Ahora estoy desnuda, expuesta, a su merced. Él sigue vestido, a excepción del jersey. El tejido rugoso de su pantalón oscuro roza mi piel sensible, un contraste que me provoca un escalofrío por la espalda.

Se incorpora, arrodillándose entre mis piernas. Sus ojos son casi negros, las pupilas tan dilatadas que engullen la luz de la luna. Me observa como si fuera un mapa que debe conquistar.

—Preciosa —murmura, pero no suena a cumplido. Suena a sentencia.

Se inclina hacia delante, pero en lugar de besarme, su boca desciende. Besa el hueco de mi cuello, muerde ligeramente el tendón, succiona la piel sensible sobre mi clavícula. Suelto un jadeo, mis manos se clavan en las sábanas.

Luego se desliza más abajo. Sus manos agarran mis muslos, abriéndolos de par en par con una determinación que no admite resistencia.

Cuando su boca me toca, mi respiración se quiebra.

Es caliente, húmedo y abrumador. Su lengua es exigente, una obra maestra de ritmo y presión. No se limita a lamerme; me estudia con una intensidad que roza el límite. Encuentra el punto que me hace temblar y se queda allí, atormentándome con una constancia que me vuelve loca.

Hecho la cabeza hacia atrás, contra las almohadas, y mis caderas se arquean involuntariamente contra su boca. —Por favor...

—¿Te gusta esto? —Su voz vibra contra mi piel. No se detiene. Intensifica la presión, succionando con más fuerza mientras sus dedos se hunden en la carne blanda de mis muslos, prometiendo unos cardenales que mañana luciré como trofeos.

La tensión en mi vientre se contrae, una espiral tensa de calor a punto de estallar. Estoy cerca, muy cerca.

Él lo nota. Y se detiene.

Gimo de frustración, un sonido alto e inarticulado.

Se incorpora, respirando con dificultad. En un movimiento rápido, abre sus pantalones y se libera. Solo lo veo entre sombras, pero lo que veo es grueso, duro y está listo. Coge un condón de la mesilla de noche —eficiente, preparado—, se lo pone y vuelve a posicionarse sobre mí.

No penetra de inmediato. Deja que la punta roce mi entrada, trazando un rastro de humedad que me hace estremecer. Está jugando conmigo. Está poniendo a prueba mi paciencia.

—Mírame —ordena.

Abro los ojos. Su rostro está sobre el mío, desencajado por el deseo y una oscura dominación.

—Dime qué quieres —exige.

—A ti —suelto con esfuerzo—. Te quiero a ti. Ahora.

Él embiste.

Es una única y dura embestida que lo introduce en mí hasta el fondo.

Suelto un grito, pero el sonido queda ahogado por su boca cuando vuelve a besarme. La sensación es descomunal. Me llena, me dilata, ocupa cada milímetro de espacio que tengo. Es doloroso y perfecto al mismo tiempo. Es la sensación de ser poseída por completo.

Empieza a moverse. Primero despacio, de forma casi agónica, se retira para luego volver a embestir con toda su fuerza. El azote de piel contra piel resuena en la habitación, un ritmo obsceno y honesto.

Enredo mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo más hacia el fondo. No quiero distancia. Quiero fundirme con él. Clavo las uñas en su espalda, sintiendo trabajar los músculos bajo su piel, duros como piedras.

—Estás tan estrecha... —gruñe en mi oído, con voz ronca, casi quebrada.

Se acelera. Sus embestidas se vuelven más duras, más despiadadas. Pierde el control, sus movimientos se vuelven animales. Martillea dentro de mí, y yo le entrego todo lo que tengo. Muevo mis caderas contra él, buscando la fricción, buscando el abismo.

El mundo se disuelve. Ya solo existe el roce en mi punto más sensible, el ardor en mis pulmones y el sabor de su sudor en mi lengua.

El orgasmo crece como una marejada, oscuro e inevitable.

—¡Oh, sí! —grito cuando la ola rompe.

Mi interior se contrae a su alrededor, pulsando en oleadas de puro éxtasis. Destellos de luz bailan ante mis ojos cerrados. Siento cómo él se queda rígido, cómo todo su cuerpo se tensa y un temblor recorre sus músculos antes de correrse con un gemido profundo y gutural.

Se deja caer sobre mí, hundiendo todo su peso en el colchón. Ambos jadeamos, buscando aire como si acabáramos de estar a punto de ahogarnos. Su corazón late con fuerza contra mi pecho, un compás salvaje e irregular que poco a poco se sincroniza con el mío.

Esconde la cara en el hueco de mi cuello; su aliento llega caliente y húmedo a mi piel.

Durante minutos, nos limitamos a yacer ahí, sin decir nada. Las palabras plantearían preguntas que ninguno de los dos quiere responder. En la oscuridad, donde el sudor y los fluidos corporales se mezclan como un perfume caro, hay una especie de paz.

Pero la paz, para gente como yo, es siempre solo un préstamo.

¿Te has quedado con ganas de más?

[¡Sigue leyendo aquí!](#)

Sobre Riley

RILEY FLOWERS es una apasionada autora de novela romántica cuya misión personal es transportarte fuera de la rutina hacia otros mundos a través de sus libros. En sus historias se refleja una mezcla de vivencias propias, sueños despiertos y fantasías exóticas.

Riley escribe desde su más temprana juventud y, tras cosechar éxitos literarios como escritora fantasma, se lanzó a la aventura de publicar sus propios libros. Actualmente, ha publicado varios *bestsellers* en Amazon que ya han sido traducidos a diversos idiomas.

Para enviarle tus comentarios, sugerencias o simplemente para decir hola, puedes escribir a Riley a: rileyflowersautorin@gmail.com

Ella responde personalmente a cada mensaje.

Sigue a Riley en su viaje:

Riley en Instagram: [@rileyflowers autorin](https://www.instagram.com/rileyflowersautorin)

Riley en Facebook: [@rileyflowersautorin](https://www.facebook.com/rileyflowersautorin)

Newsletter de Riley: [Suscríbete aquí](#)
